



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, julio-agosto de 1977 núm: 4 vol: CCXIII

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12, D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXVI

4

JULIO-AGOSTO
1977

INDICE

Pág. 3

AHORA SOMOS UN NUEVO GRUPO BANCARIO



CON EL AFAN DE OFRECER A NUESTROS
CLIENTES LOS SERVICIOS BANCARIOS
Y FINANCIEROS EN FORMA COORDINADA.

EN EL GRUPO BANCARIO SOMEX,
CON FIRME ACTITUD, ESTAMOS RENOVANDO
NUESTROS ESFUERZOS PARA
SATISFACER LAS NECESIDADES BANCARIAS
Y FINANCIERAS DEL USUARIO DE ESTOS
SERVICIOS Y AL MISMO TIEMPO,
INCREMENTAR NUESTRA PARTICIPACION
EN EL DESARROLLO ECONOMICO DE MEXICO.

GRUPO BANCARIO

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DE LOS BOSQUES DEL
ESTADO DE OAXACA, EN SU PLANTA
EN TUXTEPEC, OAX., ELABORA PARA
EL SERVICIO DEL PUEBLO DE MEXICO
PAPELES PERIODICO Y PARA CUADER-
NOS DE LOS LIBROS DE TEXTO UNICO.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VII, No. 28 Noviembre 1976-Enero 1977

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*

Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

ANUESTROS LECTORES: La trascendencia del pensamiento de
Adam Smith.

ENSAYOS Y ARTICULOS

Julio Gómez Padilla

La economía política de Adam Smith como ciencia social.

Donald Castillo R.

Adam Smith en el pensamiento marxista.

José Valenzuela Feijó

Adam Smith y la idea del trabajo productivo e improductivo.

Arturo Guillén Romo

Excedente y acumulación de capital en Adam Smith.

Benjamín Retchkiman Kirk

Adam Smith, el estado y las finanzas gubernamentales.

José Luis Ceceña Cervantes

El orden natural smithiano y la planificación.

Ricardo Torres Gaitán

La teoría del comercio internacional de Adam Smith.

Andre Gunder Frank

Adam Smith y el tercer mundo.

D. F. Maza Zavala

El liberalismo smithiano y la política económica de América Latina.

Donald D. Weiss

Marx versus Smith sobre la división del trabajo.

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, anual 100 pesos, estudiantes 85 pesos (sólo en el local del IIEC). Exterior, anual 10 dólares EUA.

El envío al exterior por correo aéreo registrado cuesta 4 dólares.

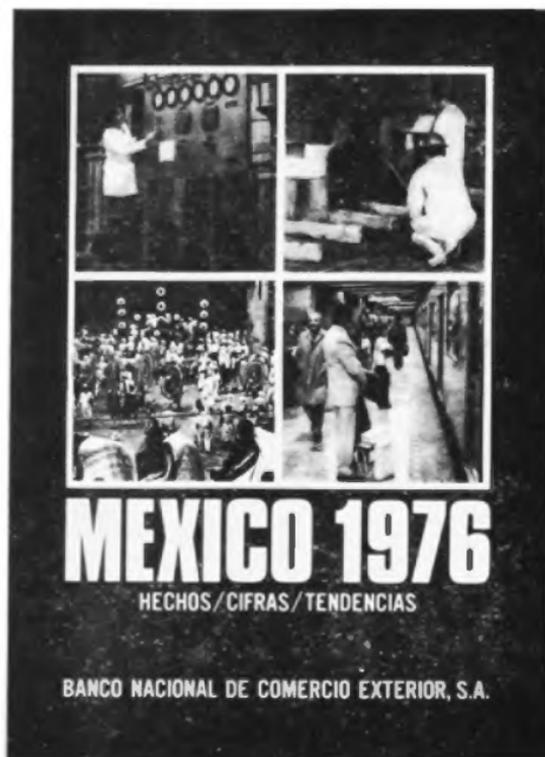
E.U.A. por año; al interior del país, 20 pesos.

Números atrasados disponibles: 5, 6, 7, 9 y siguientes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

México al alcance de todos en el libro de consulta indispensable



Edición completamente renovada:

- Visión histórica
- El territorio y sus recursos
- La población
- Las instituciones
- La política internacional
- El camino del desarrollo
- El Estado en la economía
- El desarrollo regional
- Las actividades agropecuarias
- El sector industrial
- Relaciones económicas internacionales
- El sector financiero
- Finanzas públicas
- Comunicaciones y transportes
- Política de trabajo y bienestar social
- Educación
- Las artes
- La evolución de las artes populares
- Sitios y actividades de interés turístico

\$ 100.00

Para el exterior **Dls. 8.00**

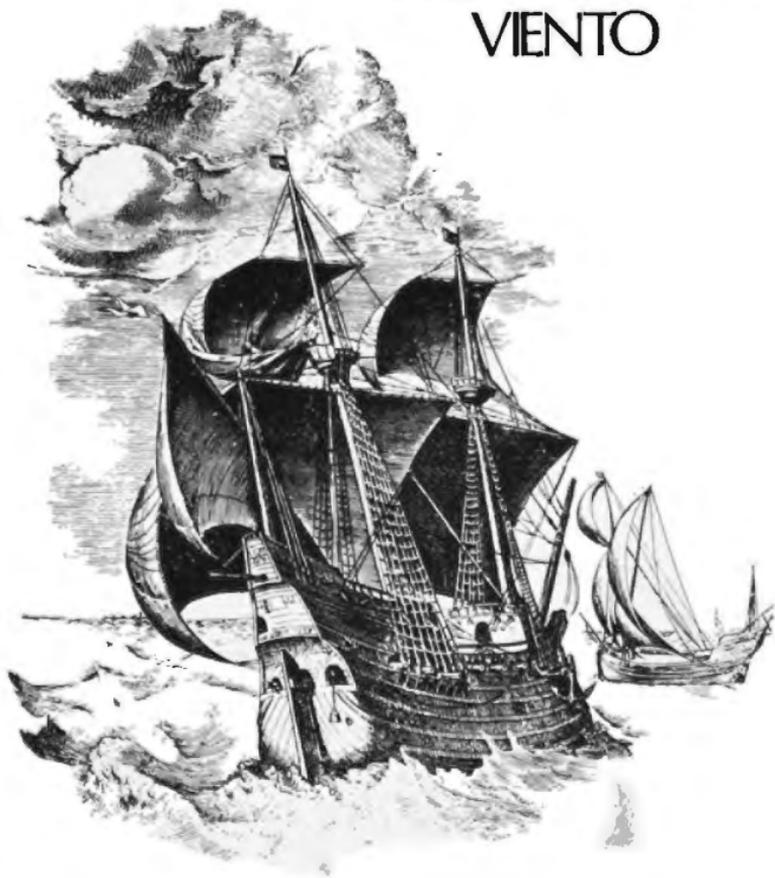
(Edición en inglés: Dls. 12.00)

Envíe cheque o giro postal al

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

PARA UN
BUEN NAVEGANTE
NO HAY MAL
VIENTO



BANCO DEL ATLANTICO
todo un océano de posibilidades

ETLA, S. A.
FILIAL DE
FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DEL ESTADO DE OAXACA
FABRICA CABAÑAS DESMONTABLES,
MUEBLES ESCOLARES, PARQUET,
LAMBRINES, MADERA ASERRADA
DEFLEMADA.

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscienzadamente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i> <i>U.S.</i>
México	110.00	
Extranjero		6.50

—oOo—

De venta en las principales librerías

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

XXI NOVEDADES

LA FRONTERA NÓMADA: SONORA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Héctor Aguilar Camín

Exposición y análisis de los hechos que definieron la participación decisiva del grupo sonorenses en la Revolución mexicana.

DIALÉCTICA DE UNA DERROTA

Carlos Altamirano

Un interesante testimonio y reflexión autocrítica sobre el proceso chileno, realizada por Carlos Altamirano, Secretario del Partido Socialista de Chile.

LAS LUCHAS DE CLASES EN LA URSS Primer período (1917-1923)

Charles Bettelheim

Análisis de las transformaciones sociales ocurridas en Rusia entre 1917 y 1923 en el que se hace un intento por romper con las interpretaciones que presentan la historia de la URSS como resultado de las decisiones de un partido o de un solo hombre.

LA EUROPA ATLÁNTICA: DESDE LOS DESCUBRIMIENTOS HASTA LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Ralph Davis

Serie "Historia económica mundial"

Explica las causas económicas que configuraron la historia de los países atlánticos de Europa y de sus colonias americanas.

EL LENGUAJE PERDIDO

Ensayo sobre la diferencia
antropológica

Jean Duvignaud

Una autocrítica despiadada de toda la antropología del viejo mundo, cuyo planteamiento teórico ha de suscitar polémica.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 quatin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Se lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.



EDICIONES DEL

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

9020

MILLARES CARLO, AGUSTIN
INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL
LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS

\$ 125.00

9022

DUMEZIL, GEORGES
DEL MITO A LA NOVELA

\$ 75.00

17127

FOPPA, ALAIDE
CONFESIONES DE JOSE LUIS
CUEVAS.

(RUSTICA) \$ 50.00

(EMPASTADO) \$ 150.00

4021

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH
LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DE
LA FILOSOFIA (3 TOMOS)

\$ 270.00

9026

MORETTA, EUGENE L.
LA POESIA DE XAVIER VILLAUURUTIA

\$ 75.00

13116

ZAID, GABRIEL
CUESTIONARIO

\$ 100.00

13039 13040

MARTINEZ, JOSE LUIS
EL ENSAYO MEXICANO MODERNO
(TOMO I Y TOMO II)

\$ 80.00 C/U

14257

PHILLIPS, RACHEL
LAS ESTACIONES POETICAS DE
OCTAVIO PAZ

\$ 65.00

17134

CARDOZA Y ARAGON, LUIS
POESIA COMPLETA Y ALGUNAS
PROSAS

\$ 150.00

14266

JONES, W. T.
LAS CIENCIAS Y LAS
HUMANIDADES

\$ 80.00

De venta en las librerías FONDO DE CULTURA ECONOMICA
y en todas las buenas librerías.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	México	América y
		Pesos	España Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Número 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Número 6	110.00	5.20
1956	Números 1 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Número 3	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Número 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 2, 5 y 6	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6	90.00	4.35
1971	Números 2, 4 y 6	55.00	2.65
1972	Números 1, 3 al 6	55.00	2.65
1973	Números 1 al 6	55.00	2.65
1974	Número 6	55.00	2.65
1975	Números 1 al 5	55.00	2.65
1976	Números 1 al 5	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS

**EDICIONES DEL
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917" c/u	24.00	1.20
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	12.00	0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	12.00	0.60
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Ballesteros Porta	12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog	48.00	2.40
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo	24.00	1.20
Traectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz	78.00	3.90
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán	12.00	0.60
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	Agotado	
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	48.00	2.40
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog	Agotado	
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

Lo esperado por todos los transportistas...

AHORA
DINA 3200
CON MOTOR
A **DIESEL**



CAMIONETAS DINA 3.200 "A DIESEL".
ECONOMICE TRANSPORTANDO CON
CAMIONETAS DINA 3.200 TRABAJANDO PRIMERAS EN SU TIPO
CON MOTOR A DIESEL PRODUCIDAS POR DIESEL NACIONAL Y
RESPALDADAS POR SU
AMPLIA RED DE DISTRIBUIDORES DINA EN TODO EL PAIS...



GRAN COMPORTAMIENTO
Y TRADICIONAL RESISTENCIA...

Diesel Nacional, S. A.

AV. UNIVERSIDAD 550 CON MIGUEL LAURENT MEXICO 17 D.F.

FABRICADAS EN
FRANCO

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Suscripción 1977

	Pesos	Dólares
México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Europa y otros continentes		18.25
PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO		
México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Europa y otros continentes		3.65

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Director: Alfredo A. Roggiano, Universidad de Pittsburgh

Secretario-Tesorero: William J. Straub, Carnegie-Mellon University

No. 90

Enero-Marzo 1975

ESTUDIOS: SAUL YURKIEVICH, Nueva refutación del cosmos; RANDOLPH D. POPE, La apertura al futuro: una categoría para el análisis de la novela hispanoamericana contemporánea; ALICIA BORINSKY, Castración y lujos: la escritura de Manuel Puig; MARGERY A. SAHIR, Mitología: otro nivel de metalenguaje en *Buquitas pintadas*; JAIME CONCHA, D'Halmar antes de Juana Lucero; ALFREDO A. ROGGIANO, Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino.

NOTAS: MANUEL DURAN, In Memoriam: Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Rosario Castellanos; JOHN P. DWYER, Cuantos agasapados y otros temas: unas palabras con Gustavo Sáenz; KEITH A. McDUFFIE, Sobre el universo poético de César Vallejo; MONIQUE LEMAITRE, Aproximaciones a Octavio Paz.

BIBLIOGRAFÍA: ROSEANNE B. de MENDOZA, Bibliografía de y sobre Gabriel Márquez.

RESEÑAS: RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ, Sobre Enrique López Albújar, *La diestra de Don Juan*; EVELIO ECHEVERRÍA, Sobre Nicolás A. S. Bratosovich, *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*; DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Hugo Rodríguez-Alcalá, *Narrativa hispanoamericana, Géraldes-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo* (estudios sobre invención y sentido); DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Ernesto Sábato, *Abbadón, el exterminador*; ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Sobre Klaus Müller-Bergb, *Alejo Carpentier: ... estudio biográfico-crítico*; ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Sobre Fray Ramón Pane, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*... el primer tratado escrito en América; ANGEL CAPELLAN GONZALO, Sobre Kasael Schwartz, *A New History of Spanish American Fiction: ... Vol. I, From Colonial Times to the Mexican Revolution and Beyond; Vol. II, Social Concern, Universalism and the New Novel*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Günter W. Lorenz, *Latinamerika: Stimmen eines Kontinents*; JOSE OLIVO JIMENEZ, Sobre Oscar Fernández de la Vega y Alberto N. Pamiés (editores), *Iniciación a la poesía afroamericana*; JOSEPH V. JUDICINI, Sobre Carlos Martín, *América en Rubén Darío: ... Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana*; MONIQUE LEMAITRE, Sobre Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*; GEORGE MELNYKOVICH, Sobre di Giovanni, Halpern y Mac Shano (editores), *Borges on Writing*; JOSE OTERO, Sobre Gerardo Siens, *Ideología de la fuerza*; Teresinha Alves Pereira, Sobre Clarice Lispector, *Agua viva*; ALFREDO A. ROGGIANO, Sobre Mónica Mansour, *La poesía negrista*.

Suscripciones y ventas: William J. Straub, 274 Crawford Hall, Univ. of Pittsburgh.

Canje: Lillian Seddon Lozano, 274 Crawford Hall, University of Pittsburgh.

Suscripción anual en los Estados Unidos, 10 dólares; 3 dólares en América Latina.

Otros países, 10 dólares.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXVI

VOL. CCXIII

4

JULIO-AGOSTO

1 9 7 7

México, D. F. 1° DE JULIO DE 1977

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ



Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ



Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

Número 4

Julio-Agosto de 1977

Vol. CCXIII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Cuba y Estados Unidos: ¿Fin de la política-ficción?	7
MARIO MONTEFORTE TOLEDO. Mecanismos ideológicos del poder en los países dominados. El caso de Centroamérica	14
ANTONIO GARCÍA. Reflexiones sobre la crisis del humanismo burgués. Una perspectiva del tercer mundo .	17
MARCONI OSORIO. Una visión particular de China .	34

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

LEOPOLDO PENICHE VALLADO. El idealismo pragmático de Salvador Alvarado	47
JESÚS SILVA HERZOG. Las ideas económicas, sociales y políticas de Salvador Alvarado	67

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MANUEL SANDOVAL VALLARTA. La responsabilidad moral del hombre de ciencia	85
SERGIO BAGÚ. José Luis Romero: Evocación y evaluación	97
JACOBO KOGAN. Actualidad de Spinoza	105
CARLOS SANTIBÁÑEZ. La incomunicación en dos obras hispanoamericanas	119

PRESENCIA DEL PASADO

	<i>Pág.</i>
CARLOS LATORRE. Temas y técnicas surrealistas en el "Licenciado Vidriera", de Miguel de Cervantes	135
MANUEL S. GARRIDO. Dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa en <i>La Dorotea</i> de Lope de Vega	156
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR. La reforma como proceso ideológico y cultural	178
RAÚL ROA. Enrique José Varona	190
<i>Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón</i> , por Zenaida Gutiérrez Vega, Nota por ROSARIO REXACH DE LEÓN	206

DIMENSION IMAGINARIA

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. Carlos Pellicer	211
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Enigmas de Picasso	214
NICHOLAS W. ROKAS. El fracaso en las novelas de Mario Monteforte Toledo: La obsesión de la libertad	231
MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ. Paralelo estructural entre <i>El Jarama</i> de Sánchez Ferlosio y <i>El Cortejo</i> de Otaola	243
PABLO GIL CASADO. Nononó. Tres veces no	254

Nuestro Tiempo

CUBA Y ESTADOS UNIDOS: ¿FIN DE LA POLITICA-FICCION?

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

SON muchas las consideraciones que pueden hacerse en torno a una nueva relación entre el Tío Sam y la República Socialista de Cuba. Ambas cancillerías han acordado establecer ciertas agencias diplomáticas que aún no alcanzan la formalidad de respectivas Embajadas pero que en la práctica no pueden tener otro sentido que la rectificación de un prolongado error; de una jactancia derivada en ficción; de un repentino realismo donde la fantasía imperaba; del tardío reconocimiento de que no estamos ya en principios de siglo; que las circunstancias son otras; que la "enmienda Plat" está bien muerta y enterrada y que el régimen cubano establecido por Fidel Castro al derribar la dictadura de Fulgencio Bautista no es una aventura transitoria, sino una realidad cuajada, a la cual se le puede ver con simpatía o con enemistad pero que tiene vida propia y representa en la historia de nuestro hemisferio la realidad más sorprendente de su historia.

Larga es la relación pormenorizada de este singular proceso. Con las primeras luces del año de 1959, el dictador tomaba apresuradamente un avión en el Campo Columbia de La Habana y a la capital de Cuba entraban en triunfo los muchachos "barbones" descendidos a paso de heroísmo de la Sierra Maestra. El mundo conocía el carácter del gobierno destituido y de su forjador, el audaz ex-sargento que en 1953, en vísperas de unas elecciones presidenciales, había dado un golpe relámpago en el mismo campo militar habanero y había destituido el gobierno de Prío Socarrás y que acentuó, desde el poder, las ya deplorables y siniestras características que constituían fondo y forma de una política donde el juego, la prostitución y el tráfico de enervantes eran el propósito cardinal, meta a la cual debía arribarse y sostenerse por medio de la represión sangrienta; de la proscripción de los derechos políticos; del abuso, en una palabra, de un poder envilecido y sucio.

Se creyó —¿se quiso creer?— que ese triunfo de la rebelión de los guerrilleros de Sierra Maestra era sólo el impulso de una juventud idealista, romántica, que limitaría su victoria a cambios apa-

rentes en las estructuras de la sociedad cubana; a implantar las fórmulas de una democracia liberal que sólo limpiara un poco los procesos electorales y que, imbuida de un limitado nacionalismo, dejara esas estructuras tal y como las encontraba.

El desprestigio del régimen de Batista, la juventud entusiasta y limpia de los rebeldes "barbones" dieron a Fidel Castro y a sus huestes aureola noble de comprensión y simpatía. Cuba tendría una atmósfera más limpia pero seguiría siendo paraíso de empresarios norteamericanos; fuente de productivos negocios y esos "barbones" serían fáciles de manejar desde el Potomac, para que no se les subieran los humos de la victoria y no asustaran a las familias prósperas ni a los despreocupados turistas.

Pronto empezó a verse que las cosas no serían tan cómodas ni tan tranquilas. El Dr. Castro resignó el poder que había conquistado en manos de políticos profesionales que no duraron mucho, porque la Revolución no se había hecho sólo para cambiar las formas, las apariencias. Tampoco para poner civiles donde sólo había militares. Y muy pronto, la rama de profesionales de una política simplemente liberal fueron desplazados y los instrumentos del gobierno fueron tomados por Fidel Castro, por el Che Guevara y por los resueltos muchachos que abandonaron la Universidad para tomar el fusil y encumbrarse en la Sierra Maestra. Y empezaron las expropiaciones; la formulación y la aplicación de un programa que barría las estructuras colonialistas y ponía al servicio de los cubanos todos y no sólo de los agentes de "trusts" extranjeros, los recursos de la Nación.

Y muy pronto, también, se advirtió que en el esfuerzo rehabilitador Cuba marchaba hacia el socialismo. Fue desde entonces que empezaron las dificultades con los Estados Unidos. Y esas dificultades llegaron a convertirse en guerra abierta entre el Imperio todopoderoso y la pequeña y brava isla, allí apenas frente a Florida. El Gigante decidió que no era posible que existiera, junto a su territorio, un país que decidía por sí mismo su destino y, sobre todo, que ese destino fuera el socialismo. Todo se intentó y todo se frustró. Después de la ruptura de relaciones diplomáticas empezaron las maniobras directas e indirectas. El pequeño país rebelde no producía, en medida seria, sino azúcar y tabaco. Le era imprescindible exportar prácticamente todo, desde lechugas y rábanos hasta automóviles y maquinaria industrial. Sus instalaciones de producción azucarera estaban dotadas de productos de la industria yanqui. Los vehículos de combustión interna que no tenían marca "yanqui" eran verdaderas curiosidades. El no vender refacciones resultó un fuerte golpe. Se dejó de comprar azúcar cubana y se colocó a la economía y a la vida diaria de Cuba en aprietos muy graves, pues la pro-

hibición comercial llegó —y se acentuó— en el ramo de medicinas. A poco empezó a elaborarse el plan de boycott generalizado contra la nueva Cuba. La diplomacia norteamericana consiguió, primero, la expulsión de ese país de la Organización de Estados Americanos. Fueron los gobiernos de Venezuela y Perú los agentes de esa maniobra que culminó con la tesis de la "incompatibilidad" para separar al régimen cubano de la OEA. Después, la invasión planeada y financiada por Washington y preparada militarmente en Guatemala y Nicaragua. Playa Girón fue el sitio escogido para esa invasión, frustrada heroicamente por el pueblo resuelto a ser el arquitecto de su destino.

Pero ello merece alguna consideración más. El plan fue preparado por la administración republicana de Eisenhower en base a los informes de la Agencia Central de Inteligencia —la tristemente célebre C.I.A.— los cuales garantizaban que al iniciarse el desembarco de los invasores, toda la población cubana iba a rebelarse contra el sistema socialista y reinstalar un gobierno grato al Pentágono. Los cubanos anticastristas recibieron del gobierno norteamericano no sólo toda clase de facilidades para esa aventura siniestra, sino la garantía de que serían respaldados en todo momento por los recursos ilimitados de los Estados Unidos. Los Somoza y el inolvidable general Ydígoras, ofrecieron su entusiasta colaboración y en Nicaragua y Guatemala se entrenaron los invasores. Pero no fue Eisenhower el Presidente que dio la señal de "arranquen", sino el recién instalado Kennedy. El resultado de esa invasión es uno de los hechos más positivos que registra la historia de nuestros pueblos latinoamericanos. Los cubanos se apresuraron a rechazar la invasión y en unas cuantas horas, éstos fueron derrotados, aprehendidos y encarcelados. La C.I.A. había dado la primera gran demostración de la veracidad de sus informes. Fue entonces cuando el Presidente Kennedy confesó, en una frase de cierta elegancia, "que era sabido que la victoria suele tener muchos padres pero que la derrota nace siempre huérfana". Y aceptó la responsabilidad de esa embestida del Imperio contra uno de nuestros más pequeños países de Latinoamérica.

Todavía después, en 1964, en el mismo Washington, la OEA mostraba su vocación irrefrenable de impudicia y de cinismo. Sin haber siquiera condenado verbalmente la invasión de Cuba, se sintió estremecida de fervor democrático ante la denuncia de unas armas de fabricación checoslovaca, importadas por Cuba, en una solitaria playa venezolana. Y con sólo ese indicio que no podía constituir prueba jurídica alguna, decretó la obligada suspensión de relaciones diplomáticas, comerciales y de todo género de intercomunicación entre Cuba y todos sus miembros. Sólo México —entonces presidido

por López Mateos— se negó a obedecer ese acuerdo que negaba el elementalísimo derecho de todo país a dirigir su política exterior.

Pero los cubanos soportaron todo eso y muchísimas más agresiones cuya sola enumeración haría interminable esta nota. El socialismo implantado desde 1961, en declaración oficial hecha por Fidel Castro, ha marchado en Cuba contra todos los pronósticos; contra todos los teorizantes; contra todos los augurios. Allí está en pie la República Socialista de Cuba. Tal y como la quisieron los cubanos. Los mayores sacrificios pasaron ya. Y el Tío Sam, después de haber hecho durante diociocho años todo lo posible por destruirla, proponen y concertan el establecimiento de oficinas diplomáticas norteamericanas en La Habana y cubanas a orillas del Potomac.

Parece aún incierto el camino de este esfuerzo de poner fin al largo paréntesis en la relación de Cuba y los Estados Unidos. Se habla de no pocas dificultades que podrán entorpecer, prolongar o destruir esa relación. Los Estados Unidos pretenden indemnización satisfactoria por las empresas y bienes norteamericanos expropiados. En ese punto Cuba sostiene que a su vez, no son pocas las reclamaciones que tiene que hacer. El gobierno de Carter recibe, como es inevitable, presiones muy fuertes dentro de su país para exigir de Cuba rectificaciones en su política exterior, congruentemente alineada en el bloque socialista y, muy especialmente, habla de la necesidad de que Cuba retire las fuerzas cubanas de Angola, país al que auxilió en momento de emergencia para defenderse de la agresión de sus vecinos patrocinados por las potencias de Occidente. Y en ambas agendas habrá ya, en una enumeración aún incompleta, muchísimos pendientes más. Pero el primer paso, el más importante, está dado. Se concertó ese "modus vivendi" diplomático sin que Cuba rectificara ninguna de sus posiciones fundamentales. El milagro histórico asoma ya en ese primer paso. Un país resuelto a ejercer su libertad y su soberanía es, hoy por hoy, invencible. El juego internacional de fuerzas no deja ya indefensa a la víctima propiciatoria de las grandes potencias. Corea primero, Vietnam en grado heroico, nos hablan de ese cambio en el "status" universal. El país todopoderoso tiene que arriar sus banderas y rectificar lo que nunca aceptó rectificar.

Este hecho está bien nutrido de trascendencia histórica. Cuba ha hecho posible la supervivencia de un país con sistema socialista a las puertas del imperialismo más poderoso de la historia. Nuevos tiempos y nuevas situaciones. Hoy tiene la gran potencia requerimientos que no conoció nunca. La historia es hoy, obligadamente, maestra de realismo y humildad.

¿Cuáles fueron los factores que hicieron posible este hecho sin precedentes de un país socialista que rectifica los caminos de la

historia y rompe el mito del "destino manifiesto" con el cual los políticos que pretenden ser realistas sin conseguirlo han proclamado y proclaman que nuestros países sólo tienen, como opción única, el camino que se les señale desde Washington?

No ha sido fácil dar una respuesta definitiva a esa pregunta. Desde luego, antes del nacimiento y de la potencialidad del mundo socialista y concretamente de la existencia del primer Estado de la clase obrera, el caso de Cuba no hubiera podido registrarse. La ayuda solidaria de la Unión Soviética a la Cuba socialista ha sido, desde luego, el factor principal de que la decisión del pueblo cubano no se haya frustrado. Ante el bloqueo del continente americano, la URSS acudió en auxilio y aunque la historia no puede escribirse con lo que hubiera podido suceder, sino que tiene que sujetarse a lo que sucedió, quizás sin la solución de aquella crisis de octubre de 1964, cuando la instalación de "misiles" soviéticos en Cuba provocó la crisis más tensa, entre Nikita Krushov y Kennedy, cuya solución pareció entonces a los líderes cubanos un abandono y una flaqueza de su aliado, los caminos hubieran sido muy otros.

La experiencia de Vietnam, además de los fracasos del bloqueo, instrumento que se consideró decisivo y no logró su objetivo, pues Cuba superó las dificultades en lo fundamental, aconseja una reconsideración realista —verdaderamente realista— de su actitud a los gobernantes norteamericanos. La impopularidad universal de la política yanqui y otras múltiples circunstancias, contribuyeron también a esta situación actual que, suceda lo que suceda mañana, concreta un cambio radical en la actitud del Gigante Imperial ante la pequeña isla que ve triunfantes sus rebeldías.

Pero, desde luego, quizá por encima de muchos de esos factores propicios, Cuba ha brindado una lección histórica de singular trascendencia. Fidel Castro y los demás directores de la Revolución Cubana se ganaron la confianza de la mayoría de su pueblo; una confianza nutrida de resolución, de esperanza, especialmente entre los jóvenes de 1959 y las generaciones posteriores. El camino recorrido por ese pueblo ha estado sembrado de sacrificios, de renunciaciones, de no esperar de nadie fuera de Cuba la solución de sus problemas; de aceptar conscientemente un sacrificio compartido, sin discriminaciones ni titubeos, para que Cuba sea lo que soñó Martí, lo que el prócer cubano deseaba para todos nuestros países, una patria limpia, libre y justa. No han sido pocos los tropiezos, los errores, los equívocos. Pero en cada caso ha habido oportunas rectificaciones, autocrítica sincera y abierta. No puede hablarse, ciertamente, de una atmósfera ideal en caso alguno y, sobre todo, en cuanto atañe a los requerimientos de la democracia formal. Pero priva una mística generalizada, una resolución bien dirigida y sos-

tenida en las condiciones más adversas. Se está logrando —¿se ha logrado ya?— un mundo nuevo en la Cuba de nuestros días; un país al margen del analfabetismo, sin inflación, sin desocupados, en un proceso de industrialización que aún está lejos de las metas señaladas pero que está transformando la economía cubana. Un país entregado a un esfuerzo de culturización sin precedente en nuestra América. Un país, en fin, que decidió construir el camino al socialismo, camino que sabe difícil, esforzado, áspero pero que está resuelto a transitar sin desviaciones, sin desconocer la dimensión de los obstáculos, pero empeñado en superarlos.

En más de un sentido, el proceso de la Revolución Cubana es, sobre todo, un proceso de dignificación, de justicia social, de decoro nacional. Cuba es, por todo ello, el contraste entre las realidades del Cono Sur, particularmente y, en general, de los demás países hermanos y aun de nuestro México, agobiado por crisis, tormentas e incertidumbres que apenas dejan resquicio a pequeños atisbos de esperanza.

Tampoco será fácil augurar los rumbos de los caminos inmediatos de Cuba en esta nueva situación de su largo duelo con los Estados Unidos ni, por otra parte, predecir los siguientes pasos del gobierno yanqui. Pero puede asegurarse, razonablemente, que Cuba no ofrendará, en este ajedrez político con su vecino poderoso, ninguno de sus principios y normas elegidas por el gobierno de Castro y sostenidas por su pueblo. Ya el mismo Castro lo adelantó a riesgo de frustrar el entendimiento. No lo hizo en las peores condiciones, cuando aún muchos de sus aliados y simpatizadores insinuaban la necesidad de "ser realistas" y ceder en algo para calmar al monstruo en cuyas entrañas vivió Martí y facilitar, así, logros pequeños y transitorios. No es insólito que ciertos "realistas" aconsejen, por ingenuidad, timidez o mala intención, ceder en lo importante para obtener lo menor. Cuba pudo ser tachada de intransigente pero no de indigna ni de atender a ese realismo falso y confuso.

Gracias a esa intransigencia, la historia de nuestra América empieza a ser otra y de un modo directo o indirecto, inmediato o mediato, la política imperial tendrá nuevos motivos de reflexión antes de aplicar métodos tradicionales que antaño le fueron infalibles. Esa lección de Cuba no obliga —ni siquiera se intenta insinuarlo— imitaciones de su marcha, de su camino, de sus métodos. Los cubanos escogieron su rumbo. Peligroso, conflictivo, difícil. Lo han seguido con fidelidad y firmeza. Cada país de los nuestros —ésta es quizá su más valiosa lección— podrá ya, más pronto o más tarde, escoger el propio. Sin el fatalismo de que no podrá recorrer más que el que le señale el imperialismo. Esto lo están advirtiendo —sufriendo— nuestros pueblos. Lo mismo los que soportan las tira-

nías castrenses en el Cono Sur que los de las dictaduras clásicas de Centro América o los que en países de cierta apariencia democrática comprueban que su economía y con ella su independencia, la van perdiendo por apremios diversos, por crisis insalvables dentro del sistema.

Recordemos otra vez lo que el entonces canciller de Brasil, Santiago Dantas, dijo en la conferencia de la OEA en Punta del Este, en 1961, a propósito de la "incompatibilidad" acordada respecto a Cuba y los "sistemas democráticos" del hemisferio, como los de Somoza valga como ejemplo (citamos de memoria): "Nos guste o no, el socialismo ha llegado al continente americano. Negarlo, excluirlo, satanizarlo, no cambiará la situación. Cuba tiene derecho a escoger el camino que prefiera. Reconocer esa realidad es lo político. Ignorarlo es un error más".

Hoy podríamos decir que ignorar los cambios internacionales entre la entrada de los "barbones de Castro" a La Habana en el año nuevo de 1959 y el momento en que se concertan estas agencias diplomáticas, apenas encubiertas con banderas que no son las de los países interesados, sería inexcusable. La política internacional ofrece nuevas situaciones y perspectivas sin muchas de las cuales sería imposible este reencuentro entre Estados Unidos y Cuba. La posibilidad de un enfrentamiento bélico entre oriente y occidente ya no es tan inminente como se consideraba hace veinte años ni la fórmula resulta tan simplista para una división global entre oriente y occidente. Dentro de esta situación, Cuba ha sabido responder con oportunidad y acierto a cada situación. Así fue madurando su revolución y aplicando el socialismo en su régimen interno. Resulta, así, un indicio en cierto modo confortante ante tanta incertidumbre y confusiones tanto entre los países capitalistas como en los antaño fraternales miembros del mundo socialista. Pero puede citarse la Cuba de Castro como un argumento elocuente en el sentido de que los vientos de la historia soplan desde el Este, a pesar de ráfagas divisionistas y que es el socialismo el camino por el cual marcha o marchará la humanidad.

Estas líneas pretenden ser un humilde homenaje al pueblo de Cuba. No compartimos todas y cada una de las fórmulas cubanas. Pero la definición de su política; la congruencia con la cual la ha sostenido, su autodeterminación y los frutos que empiezan a madurar en justicia social, en dignificación del ser humano y en las más nobles aspiraciones de la humanidad, ganan nuestra admiración y nuestro respeto. Respeto y admiración que, a nuestro juicio, resultan inevitables al evocar los sacrificios, las amenazas, los peligros constantes de ese camino que dio a nuestra América una nueva Cuba desde el amanecer del año, ya lejano, de 1959.

MECANISMOS IDEOLOGICOS DEL PODER EN LOS PAISES DOMINADOS

"El caso de Centroamérica"

Por Mario MONTEFORTE TOLEDO

EN general, el medio básico de control de la clase dominante —y del poder que detenta— en los países subordinados al imperialismo es la fuerza política y militar, porque todos ellos atraviesan por etapas atrasadas del capitalismo donde todavía no se practica la democracia burguesa. En Europa o Estados Unidos los procedimientos de control son fundamentalmente ideológicos y tan eficaces que el sistema se puede permitir, sin riesgo para su continuidad, el funcionamiento de los partidos y de las organizaciones genuinas de la clase trabajadora; partidos y organizaciones que desde luego, aceptan los límites institucionales y dentro de ellos, los parámetros de la lucha de clases.

Sin embargo —y al igual que en los Estados modernos—, también se da en los países subordinados el juego de las ideologías, como parte de la lucha de clases. Esas ideologías se generan, se reproducen y se aplican por procedimientos menos sofisticados que en los países de pleno desarrollo; pero a veces tan sutiles como los de las sociedades donde aún prevalecen la comunicación directa entre los hombres y las fórmulas tradicionales, casi mágicas, para defender las jerarquías y los intereses de clase y casta.

Como se sabe, las ideologías son superestructuras sociales; por lo tanto, emanan de una base material y de un proceso histórico. Esto significa correlación directa entre contenido de las ideologías y evolución de clases, capitalismo e imperialismo, y también factor decisivo de la relación dialéctica entre las ideologías de las diversas clases.

En los países atrasados y subordinados, la burguesía está particularmente desgarrada por sus propias contradicciones y anacronismos. En lo económico necesita mantener la gigantesca tasa de acumulación de su capital; esto implica defender estructuras tradicionales, adoptar técnicas nuevas de organización y producción, negociar con la metrópoli imperial desde una posición subalterna las propor-

ciones del reparto de recursos y utilidades, y manejar al gobierno como un aparato paralelo. En los países de mediano desarrollo, los intelectuales al servicio del poder suelen teorizar sobre la dicotomía real entre la "clase política", o sea el núcleo partidista y tecnócrata que jefatura al Estado —polo progresista y hasta "revolucionario"—, y la "clase económica" —polo "reaccionario" o conservador— que detenta los medios de producción y sus agencias; el objetivo de semejante versión, evidentemente ideológica, es justificar el "entrismo", la captación de profesionales y técnicos de la pequeña burguesía por el sector dominante —*que es sólo uno*.

El complejo proyecto de la burguesía subordinada para mantener su predominio económico local se traduce en una fantasiosa ideología que nutre versiones muy peculiares del liberalismo, la modernización y la ética como temas principales. El liberalismo orienta la única visión del mundo que le queda a la clase burguesa —no ha podido elaborar otra y difícilmente podrá hacerlo ya—; pero es un liberalismo que admite de manera oportunista todos los límites a los derechos individuales y sociales, y todas las deformidades de la democracia. La modernización cubre una amplia gama de alianzas, técnicas y financiaciones, y abre la vía más ancha a la penetración imperialista y a las fórmulas de explotación "asociada" de los recursos humanos y naturales del país bajo asedio. La ética comprende desde el discurso político para justificar en lo interno los abusos de la fuerza —preservación del orden público, las "instituciones sociales", las tradiciones, la unidad de la "familia nacional" y por supuesto, la Patria—, hasta perspectivas ecuménicas como la cruzada por la "civilización occidental y cristiana".

La guerra fría estimuló la imaginación del imperio norteamericano para crear un *slogan* de grandes y flexibles posibilidades operativas: el "anticomunismo", cuyo contenido ha ido evolucionando; sucesivamente sustentó como misión sacralizada por imperativos de moral laica y religiosa la lucha contra la Unión Soviética, los partidos comunistas, la izquierda en general y el centro nacionalista; a partir de la revolución cubana, el "anticomunismo" equivale a defensa de los intereses de las burguesías locales y de las inversiones yanquis, hasta contra los democristianos y los socialdemócratas.

En Centroamérica no funciona todavía el pacto de clases, fórmula en que la clase superior de varios países medianamente desarrollados del Tercer Mundo están volcando la coexistencia pacífica propuesta a escala internacional; ese pacto se disfraza bajo diversas terminologías y en última instancia gestiona la buena marcha del proceso capitalista. El rezago se debe a lo que antes señalábamos: la preeminencia de la fuerza sobre la inducción ideológica, como instrumento de control para conservar el *statu quo*.

Aparte de los aparatos ideológicos conocidos —el sistema educativo, los medios de comunicación de masa, los partidos, las "instituciones de labor social", la Iglesia, etc.—, el Estado y la burguesía centroamericanos cuentan con otros, peculiares. El de proyección ístmica es el conjunto de superestructuras creadas por el Mecomún —excluido Panamá. Desde su fundación hace ya casi un cuarto de siglo, no se aparta de la teoría desarrollista para explicar que la bonanza de los de arriba origina inevitablemente la bonanza de los de abajo. Como es lógico, éstos siguen esperando que su mitad de esperanza se realice. El sistema fomentó e incorporó a una pequeña burguesía intelectual generadora de un vasto compendio ideológico. Con el mayor cuidado se impidió la libre movilidad de personas, la unificación de la clase trabajadora y la alianza de estudiantes, partidos y grupos que hubiesen impreso al menos un rumbo nacionalista y de sentido social a la comunidad ístmica. La guerra entre El Salvador y Honduras y otras contradicciones que no viene al caso analizar, descalabraron al Mecomún; el imperialismo —gran beneficiario del sistema— se desempeña ahora a escala local o bilateral, aunque también funcionan aún sus consorcios multinacionales. La ostensible presencia de intereses combinados como los de Anastasio Somoza y Carlos Arana Osorio —el ex presidente de Guatemala—, dificulta la recuperación de la ideología centroamericanista que manejaron de consuno las clases dominantes de los cinco países.

De necesidad hay diferencias entre los mecanismos ideológicos del poder en el tiempo y el espacio centroamericanos. La situación de Panamá determina un discurso político antimperialista encendido y permanente; en El Salvador, donde es menor la penetración norteamericana, la oligarquía terrateniente y financiera suele imponerse a los intereses secundarios de la metrópoli; en Nicaragua, Somoza presenta sus negocios como intereses de la nación; los militares de Guatemala y El Salvador renunciaron a la ayuda militar norteamericana como protesta por verse incluidos entre los conculcadores de los derechos humanos. Pero en general, son fundamentales las coincidencias de intereses de las burguesías centroamericanas entre sí y respecto al imperio. Las políticas son coyunturales y no planificadas conforme a estrategias a largo plazo, y los instrumentos de poder se tecnifican y acrecientan su eficacia, pero en lo substancial no cambian.

De hecho, un estudio de las ideologías en Centroamérica daría resultados primarios y elementales en cuanto a contenido, y revelaría sutilezas formales heredadas de los antiguos caciques.

REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS DEL HUMANISMO BURGUES

UNA PERSPECTIVA DEL TERCER MUNDO

Por Antonio GARCIA

La crisis de la llamada Cultura de Occidente

HAY quienes consideran que hablar de la *crisis de la cultura de occidente* —liberal, nacionalista y burguesa— es una forma de salirse del planeta, con el pretexto de ir en busca del hombre. Sin embargo, nuestra preocupación humanista es teórica y práctica, no busca sólo la comprensión filosófica y abstracta de los problemas que avoca el hombre metido en la encrucijada del conflicto, sino la comprensión humana, la inquietud que nos lleva a buscar las "puertas de salida". De nada serviría nuestra exploración en los campos superiores o inferiores de la cultura, nuestra ansia de conocimiento científico o filosófico del hombre como el problema humano por excelencia, si apenas buscásemos satisfacer una preocupación de la inteligencia. Lo que importa, en última instancia, de ese conocimiento de los problemas del hombre, es lo que ese conocimiento puede tener de camino hacia la liberación económica, política y espiritual de los hombres y de los pueblos. Es decir, hacia el restablecimiento del hombre *como fin de la actividad humana*, en todos los planos y niveles de la vida social. Decir *restablecimiento* es decir mucho y poco: porque, en términos generales, no ha existido una sola organización humana —anterior al apareamiento del socialismo como sistema y como nueva cultura humanista— que haya realizado la heroica aventura de tomar al hombre como fin. No como fin en el campo general de la filosofía o de la metafísica, sino como *fin práctico*, como punto de llegada de la economía, de la organización social, del Estado, de la cultura, de la moral. El hombre no ha querido tomarse definitivamente en serio y ha adoptado los más diversos procedimientos para burlar su propio destino y para estorbar su propia ruta. Las religiones hubiesen podido servir para asegurar esta *posición finalista* del hombre sobre la tierra, pero han enseñado la subestimación histórica del hombre —a nombre de

las aspiraciones ultraterrenas— dificultando o bloqueando la posibilidad de que el hombre se constituya en *una criatura digna de su especie*. No existe otra forma de reconocimiento práctico de esa "dignidad de la especie" que la de lograr la transformación de las cosas en medios y del hombre en un fin de cualquier actividad humana: fin último de la economía, de la organización social, de la cultura, del Estado. ¿A qué hablar de "dignidad humana" y de solidaridad de la especie si existe el *mercado del trabajo* —en el sentido elemental de que el hombre se maneja y se mide como una cosa— si el hombre no tiene conciencia de su *posibilidad*, ni siquiera de lo que *realmente* ha conquistado? Podría decir un campesino latinoamericano o un habitante de los sórdidos tugurios en que se hacían los peones en las grandes ciudades, por qué germina la tierra, por qué la tala de los bosques modifica el régimen de lluvias, cuál es la importancia de la deshidratación de alimentos, en qué consiste la imprenta, la máquina de vapor, la energía eléctrica, el tractor, los rayos X, o por qué el hombre se define como un ser racional? Ese hombre, que es el nuestro, no sabe nada. No podría siquiera intuirlo. Su mentalidad es tan rutinaria, tan infra-humana, tan alienada y condicionada por las fuerzas omnipresentes e implacables de la publicidad o del sistema capitalista de mercado, que no podría hablar de las experiencias de los demás, pero ni siquiera de su propia experiencia. No podría sistematizar o reflexionar sobre la experiencia que está viviendo todos los días. Ese hombre es el mismo que se encuentra a lo largo de toda la historia humana. Es el mismo que hoy está despertando en todos los continentes sometidos y en las naciones débiles del mundo, en África, en Asia, en Europa, en América Latina. Es un hombre pre-histórico, aun cuando está desplazado, geográficamente, espacialmente, dentro de continentes o de pueblos que *tienen* y que *hacen* historia: pero no es hombre histórico por la sencilla razón de que no tiene conciencia de la historia que hace, ni de la que participa, ni de lo que gana ni de lo que pierde, ni de sus posibilidades ni de sus conquistas. No sabe *hacer balances históricos*, ni ver el mundo desde perspectivas históricas. Es —utilizando un lenguaje directo y sin eufemismos— *un hombre prehistórico*, no en el sentido de que esté situado *antes* sino *debajo* de la historia. Pero esa situación nada tiene que ver con las facultades de ese hombre: no es prehistórico por cuenta propia, por *incapacidad de desarrollo*, sino *por obra* de una tremenda conspiración que ha identificado —en el ejercicio de una hegemonía compartida— a las naciones imperialistas y a las oligarquías burguesas y terratenientes que controlan la riqueza, la cultura y el poder político en las naciones atrasadas y dependientes. La *clase opresora* y la *nación conquistadora*, han realizado esta horrenda proeza: la de encadenar a la mayoría

de los hombres a la vida prehistórica de la cueva y el sótano. He ahí no sólo los dos más grandes símbolos de la marginalidad social, sino las dos más grandes expresiones culturales de lo que es, realmente, el hogar del hombre. El hombre de la época de desintegración del átomo y de conquista del espacio sideral, sólo ha ganado un sótano y una cueva. Las naciones rentistas y las clases rentistas —¡tan pocos para oprimir y atar a tantos!— son culpables de semejante crimen, que rebasa el convencional y flexible lindero de los códigos. Castigamos los delitos contra la propiedad. Castigamos a Caín cuando emplea el hierro para eliminar a Abel. Castigamos a los criminales de guerra, cuando han perdido la guerra. Castigamos —*cuando podemos*— el asesinato de pueblos, por causas políticas o raciales. *Cuando podemos*: porque los Estados victoriosos emplean el terror contra las razas o los pueblos o los partidos que les estorban para la conquista de sus fines, sin que nadie lo considere un despropósito, ni siquiera una ruptura de las reglas del juego limpio. Pero estos actos —como crímenes, como despropósitos, como simples faltas— *se ven*. Tienen visibilidad histórica. Pero lo que no tiene ninguna visibilidad, lo que está fuera de la conciencia de los hombres, lo que no acarrea responsabilidad alguna, es *el crimen que se comete contra el destino mismo del hombre*. De lo que nadie es culpable es de que el hombre contemporáneo —en la mayoría de las clases, de las razas y de las naciones— esté viviendo en el sótano y en la cueva de la historia humana.

El hombre, una criatura subhistórica

ALGO debe querer decir el que un hombre haya conquistado la máquina, la energía solar, la energía atómica, el suelo, el subsuelo y los otros hombres —esparcidos sobre el haz de la tierra— no sepan nada de ello. Alguna enseñanza debe obtenerse de semejante hecho. Hace siglos se inventó la imprenta y la mayoría de los hombres de hoy, *no la conocen*: está fuera del mundo de su cultura. Se inventó la fertilización química y la deshidratación de alimentos, pero todavía existen países en los que miles de hombres mueren de hambre o viven con hambre, como en la época de la cueva y el sótano. Unos hombres descubren las normas del higienismo, los principios de conservación y de prolongación óptimas de la vida, las técnicas de la alimentación equilibrada, pero los campesinos y los obreros de la América Latina viven por fuera de esas conquistas, al margen de una economía que produce verduras, grasas, carnes y alimentos. Las faltas alimenticias sólo pueden llenarse con alcoholes y estupefacientes. Algo debe querer decir todo esto.

Conozco, personalmente, a las gentes de mi país: a las de más arriba y las de más abajo. Las gentes de arriba no tienen *pensamiento racional* —o más exactamente, *conciencia crítica*— porque los procesos de la acumulación y del enriquecimiento no lo han exigido: no se esforzarían en semejante empresa, quienes están poseídos de la soberbia demoníaca de creer que la riqueza hace posible la compra de todos los dones del espíritu. Las gentes de abajo no tienen pensamiento racional porque está fuera de sus posibilidades de vida y porque la *propagación del irracionalismo* y de la indigencia cultural es el secreto de conservación —y a veces de destrucción catastrófica— de las clases ricas. Las clases pobres *quieren* pero no *pueden*; las de arriba *pueden* pero no *quieren*. No se requiere mucho tiempo para demostrar que las clases ricas tienen *conciencia de clase*, conocimiento estricto de sus intereses económicos y de los métodos para conservarlo, pero *no tienen uso de razón* histórica, *conciencia de la sociedad* y de *la historia en que viven*. Han pasado por las escuelas, por las academias y por las universidades —en procura de los métodos que les permita conservarse, sustentarse y reproducirse como *élites del poder*— pero han sido incapaces de penetrar en las altas esferas de la cultura humanista. Ni el arte, ni las ciencias de la naturaleza, ni las ciencias del hombre, ni las ciencias sociales, ni la filosofía, les deben nada.

Su estrategia cultural se ha fundamentado en la constante *degradación espiritual* del pueblo: la Corona Española mantuvo baños humanos —sin acceso al pensamiento, ni siquiera a las escuelas de adiestramiento en los oficios— para que nadie le disputase políticamente el poder y el ejercicio de la soberanía. Toda esa filosofía de degradación absoluta del vasallo, está resumida en el opúsculo de Fray Joaquín de Finestrada, "El Vasallo Ilustrado", escrito para completar la *pacificación* de los comuneros insurrectos en la Nueva Granada de 1781. Pero la sociedad está dominada por un extraño mecanismo de nivelación por lo más bajo: cuando se degrada a los pueblos, las clases ricas terminan por degradarse ellas mismas. No pueden resistir el impacto de unas clases pobres que bajan de nivel —en el plano de la cultura— pudiendo ellas conservar el suyo. A la degradación espiritual y política de las clases de abajo, sigue, inexorablemente, la degradación espiritual y política de las clases de arriba. En la Europa Occidental, el ascenso cultural de la clase obrera produjo —por necesidad biológica de conservación— la necesidad de superación cultural y política de la nueva burguesía: sin ese intento de superación, de mejoramiento, no habría podido luchar un solo día contra un pueblo dotado de pensamiento político. Pero en la mayoría de países latinoamericanos, la degradación intelectual del pueblo, el mantenimiento del analfabetismo absoluto

o del semianalfabetismo, la propagación deliberada del *irracionalismo como sistema de vida*, ha eliminado los estímulos de superación cultural de las clases ricas y que concentran en sus manos los tres fundamentales elementos de dominación: la propiedad, la cultura y el poder político.

El hombre racional es una abstracción falsa

FRENTE a toda teoría racionalista del hombre, lo cierto es que el hombre —tal como existe, en el ámbito de la economía capitalista de mercado— *no es* un ser racional. No piensa, no actúa racionalmente. La cultura burguesa se inició como un Renacimiento del *homo sapiens*, del hombre como criatura racional y hay que ver lo que ese racionalismo le ha dejado a los pueblos del mundo, en su pensamiento, en su trabajo o en su vida. Al lado o por debajo de la más alta racionalización de la medicina —a través de las especialidades, de las drogas, de los recursos quirúrgicos— los pueblos campesinos de la América Latina, del Asia o del Africa, deben seguir arrastrándose detrás de los curanderos y de la medicina mágica. No existe la perspectiva humana del problema, porque ni siquiera llegamos a pensar que esos pueblos constituyen la mayor parte de la especie humana. En esos pueblos la cultura de occidente —racionalista y ejemplar— está demostrando su verdadera importancia.

Pero lo más importante no es encontrar al hombre irracional en los países atrasados y en el seno de los pueblos que no han llegado a la curva de la vida histórica. Lo más sorprendente es hallarlo —cínicamente satisfecho del arrasamiento de sus facultades, filosofando sobre su propio irracionalismo— en los "países cultos" del occidente europeo. En la era victoriana —tan cerca de nosotros, a través de la nostalgia evocadora de nuestros abuelos!— nadie creía en Europa que el hombre de la Edad de Piedra no estaba muerto. Cinco siglos de pensamiento racional europeo hacían pensar en la victoria definitiva del hombre racional. La experiencia histórica de una de las más nuevas potencias, como Alemania, demostró que *su cultura* era inferior a la potencia anti-humana de sus clases altas, especialmente aquellas educadas en la guerra y especializadas en el arte darwinista de la rapiña, como las aristocráticas y latifundistas de Prusia. En la Alemania que oía devotamente a Beethoven, a Schumann y a Bach, que leía a Goethe y a Schiller, se produjo la catástrofe de una *regresión histórica en masa*, voluntaria, programada, refrendada por gigantescas movilizaciones plebiscitarias. Lo que pasó en Alemania no puede ser olvidado. En uno de los países más

cultos de Europa —en el que, en su etapa de aldeas y señoríos, iluminaron al mundo Goethe, Hegel, Schiller y Beethoven— se *construye* un régimen encaminado, especializadamente, refinadamente, al aplastamiento del *hombre racional*. Esa era su gran consigna histórica. Y a semejante siembra de irracionalismo no sólo se prestan las clases medias fanatizadas, los obreros, los campesinos, las sobras sociales, los aventureros de todas las clases, sino los grupos más cultos de la sociedad alemana. Los *sabios*, los intelectuales, los hombres cuya vida estaba ligada a la inteligencia, formaron parte, como instrumentos, como cómplices, como espectadores impasibles, de este drama del hombre despojándose de su propia dignidad y de sus propias facultades racionales. En el apogeo de Hitler, los intelectuales alemanes coreaban el irracionalismo de Nietzsche y echaban leña en las hogueras que consumían, no sólo los libros prohibidos, sino el espíritu del hombre. Lo que se estaba destruyendo en la Alemania totalitaria era el espíritu del hombre. Esta era la manifestación moderna del *paganismo*: la que consiste en negar y en despreciar los grandes valores creados por la cultura humana. El paganismo no es sólo materialismo religioso y negación de dios: es negación del hombre, y no se limita a negar al hombre, a escarnecer su naturaleza, a romper la unidad de su destino, a burlar las adquisiciones de su cultura, sino que venera a quienes orientan y guían esta conspiración contumaz. Esa conspiración no ha sido derrotada: no murió en los soldados alemanes ni en las horcas de Nuremberg, sino que fue sembrada en el alma de las naciones victoriosas. Es el testimonio que podemos dar nosotros: es el testimonio que pueden dar los pueblos débiles del mundo.

El hombre ha sido destronado de todas las cosas. Las religiones han llevado a la subestimación de su vida en la tierra, en aras de la sobrestimación de su destino después de la muerte: le han desenfocado sus objetivos vitales, sustituyendo lo biológico por lo metafísico. La economía —cuyos resortes capitalistas hallamos desde la antigüedad clásica, en el Estado-ciudad griego o en la Roma imperial— lo ha asimilado a los bienes de producción y cuando le concede libertad es sólo para cargarle con la responsabilidad de su miseria, de su desamparo y de su angustia. La organización política lo pierde de vista, detrás de las murallas compactas de las clases, de las instituciones y de los aparatos de poder. El Estado no alcanza a verlo como hombre de carne y hueso, detrás de las barricadas de partido y de clase: su objetivo es el poder, el acarreo de elementos de coacción y de enriquecimiento —oro, petróleo, hierro— pero no el hombre. La cultura limita con el mercado, no con el hombre. A nombre de una iglesia, de una clase mesiánica, de una raza predestinada, de una élite egocéntrica, el hombre no es reconocido

como fin. Toda revolución contemporánea no podrá consistir sino en restablecer este objetivo de última instancia: en el que el hombre se considere como un fin digno de sí mismo, en que la ciencia, la filosofía, el arte, la técnica, le devuelvan al hombre ese rango —teórico y práctico— de que ha sido despojado. Por lo demás, la transformación del hombre, la liberación de los pueblos, es lo único que puede legitimar la nueva civilización científica y tecnológica. Esta es la tarea histórica de los movimientos socialistas que se inspiran en la filosofía de un Nuevo Humanismo.

El amoralismo del mundo contemporáneo

CUANDO se habla de *amoralismo* no quiere decirse marginamiento de ese repertorio de *normas éticas restringidas* que se da toda sociedad constituida políticamente como tal. A ese nivel de análisis, la moral es el resultado de la aplicación de un cierto código de normas, por medio del cual se expresa una necesidad vital de supervivencia —en las comunidades primitivas— o una necesidad de hegemonía de un cierto grupo social, en las sociedades organizadas en clases, castas o estamentos. Ese código proyecta —con mayor fidelidad que las leyes o las normas jurídicas— el *sistema de valores* y la ideología que funcionan como elementos de cohesión interna de cualquier estructura social.

El *amoralismo* de que aquí se habla tiene otro sentido y se plantea en el más alto nivel de los problemas y condiciones de existencia de la especie humana. Es un *amoralismo* que consiste en la *negación práctica —negación en la conducta—* de los intereses esenciales ligados al destino del hombre: pero no del hombre concebido como *abstracción* —fuera del tiempo y el espacio— sino definido y comprendido como *criatura histórica*, como victimario y sujeto de las fuerzas de opresión o como héroe y sujeto de las siempre renovadas fuerzas de liberación. Amoralismo no es sólo el racismo cínico del nazismo alemán o las corrientes segregacionistas de Sudáfrica o de los Estados Unidos, sino el racismo encubierto que continúa inspirando las políticas o las prácticas de discriminación contra el negro, contra el indio, contra el puertorriqueño en los ghettos de Nueva York o contra el *chicano* en las regiones norteamericanas de frontera.

Amoralismo es la conducta que *ignora* o que desconoce al hombre, teórica o prácticamente. La ausencia de una *moral humana* universalmente válida y que constituya un *Estatuto de la especie*, es lo que conforma el fenómeno, el carácter, la múltiple corriente del amoralismo contemporáneo. Sin ese estatuto esencial, carece de

validez práctica cualquier intento de legislar por encima de las fronteras de las naciones y las clases como ha ocurrido en la proclamación de la Carta Universal de los Derechos Humanos. El capitalismo apareció vinculado a una aurora humanista, pero pronto descubrió el amoralismo de sus fines: en la economía, en la política, en la organización social, en la cultura. Aun la estética del capitalismo está impulsada por esta fuerza amoral. Corresponde a tres grandes valores universales —podría señalar otros muchos— el haber descubierto la *orientación amoral* de la política, de la economía y del arte en la sociedad burguesa contemporánea: Nicolás Maquiavelo, Carlos Marx y Oscar Wilde. Maquiavelo sienta las reglas de una política que está enderezada exclusivamente a la preservación del poder y a la consecución de sus fines, sin ninguna consideración moral. Es la política de poder, que inspira la construcción y conservación de todos los señoríos y Estados modernos, desde la época de los Borgia hasta la de Roosevelt, Stalin o Winston Churchill. Se ha formado un Derecho Internacional y se han diseñado foros tan importantes como la Sociedad de Naciones o como las Naciones Unidas, pero sigue imperando —por debajo de la gruesa caparazón jurídica— la política del poder, la fuerza impositiva o persuasiva del poder atómico o la capacidad de disputar técnicamente el dominio no sólo de la tierra sino del espacio sideral. Los estadistas modernos hablan el lenguaje de la cooperación internacional, pero en su pensamiento llevan la marca indeleble de Maquiavelo. La diferencia entre Hitler y Churchill no es una diferencia de fondo sino de forma: el uno habla desvergonzadamente del imperio de la fuerza —como plasma creador de todo derecho— y los otros hablan del derecho, pero apoyándose sobre el imperio de la fuerza. Por eso Hitler conquista brutalmente a Polonia o Checoslovaquia, Roosevelt ocupa militarmente a Panamá y Churchill hace la guerra de los boers. ¿Hay más cinismo en construir el imperio alemán o el norteamericano que en mantener los desajustados andamiajes del imperio inglés? ¿Hay más responsabilidad en los soberbios caudillos de las grandes potencias que en los conductores espirituales de las iglesias que comparten una opulencia que es el producto del saqueo colonial de los pueblos débiles?

Carlos Marx estudia la economía capitalista como un proceso objetivo y amoral. Las cosas *valen* porque satisfacen *necesidades*, no importa su naturaleza ni la manera de satisfacerlas. Es semejante la necesidad de una piedra preciosa que la necesidad de un pan: la moral no tiene que ver en este juicio. La piedra preciosa y el pan son *valores*, si existe alguien que los compre, ya que el mercado capitalista no clasifica las necesidades en *vitales* y *suntuarias*, sino simplemente en necesidades armadas de poder de compra y necesidades

vacías de poder y que no se expresan comercialmente en nada. La economía no está hecha *para* la satisfacción de las necesidades de los hombres, de acuerdo con sus rangos y jerarquías, sino para la maximización de la ganancia y de la acumulación. Los hombres son *medios*: en el mercado, en el aparato productivo, en la organización política, en la práctica de la vida social. De ahí que los procesos económicos en el capitalismo sean procesos amorales. Para el materialismo capitalista, los hombres son cosas, piezas de un engranaje, partes de un proceso de acumulación. Cuando se explota el petróleo de Venezuela, ¿qué importa el pueblo venezolano? Cuando se hacen plantaciones de caucho en el Africa o de banano en Centroamérica, ¿qué importa el costo humano que tengan para las tribus negras o para los pueblos de Guatemala u Honduras? El hombre que interviene en la plantación, en el bosque, en el campo, en la mina, en el yacimiento energético, en la fábrica, *es* un costo de producción. Ahí se define su naturaleza y ahí termina su papel y su significado. Es un factor de producción, como es un factor del mercado. ¿Quién diría que se genera energía atómica para acelerar el desarrollo de los países atrasados o que se deshidratan alimentos para que puedan sustentarse mejor las tribus del Africa o los pueblos semi-hambreados de la América Latina? No. Es claro que no. Se producen cosas, energías, servicios, alimentos o máquinas, para vender.

El resorte íntimo de la economía capitalista no es la necesidad humana, sino el mercado. En esto consiste su materialismo práctico: en que niega al hombre, en que desestima la naturaleza y el rango de la necesidad, en que no reconoce fronteras morales. La mayoría de los pueblos del mundo está encadenada a la necesidad: no puede satisfacerla, ni siquiera tiene conciencia de ella. ¿Cómo puede conquistar la libertad si ni siquiera tiene conciencia de sus necesidades? La civilización inglesa —orgullo del mundo occidental— ha costado tanta sangre y tantos sacrificios de los pueblos débiles del Asia, Africa, América y Oceanía, como no ha costado ninguna guerra frontal entre grandes potencias. La *necesidad* de estos pueblos desnudos e ingenuos, no cuenta en la economía contemporánea. Las grandes potencias no han entendido aún que no pueden mantener indefinidamente la degradación de los *pueblos atrasados* sin degradarse ellas mismas: caerán víctimas de su propio poder, de su ceguera, de su egoísmo. No hay mundo que resista este agresivo distanciamiento, esta profundización de la brecha que separa las naciones poderosas y las naciones desvalidas, los países que corren adelante y que duplican rápidamente sus conocimientos y los que deben permanecer atrás, anclados en una economía sin dinámica propia y en una cultura de residuos coloniales.

Esta es la gran división horizontal del mundo, cada vez más honda y tajante. ¿En favor de quién? ¿De las grandes potencias? Sí y no. Este es el enorme y craso error de los viejos y nuevos imperios, basados en la noción absolutista del poder. Ese maquiavelismo ha sido entronizado por los Estados totalitarios, pero a esa escuela han asistido también los Super-Estados o Estados Transnacionales que encubren su aparato de poder en una notable diversidad de formas democráticas. A esta división del mundo se agrega otra: la división vertical en clases sociales antagónicas, conformándose una estructura en la que se aplica inexorablemente el principio darwinista de dominación del mundo por las clases más fuertes y las naciones más fuertes. No hay *cooperación* —ni internacional, ni social, ni humana— que pueda montarse sobre la subordinación, sobre la explotación y sobre el sometimiento de la parte más débil. Ahí reside no sólo el principio de ruptura del destino humano, sino la raíz de todos los conflictos contemporáneos. El sometimiento no es la paz, ni la cooperación, ni la justicia: no es sino el aplazamiento de una confrontación agresiva entre bandos que cada día acendran más la convicción de que son dos especies humanas.

En este universo, no hay reglas de juego. No hay adecuación de *medios a fines*, triunfando en la práctica el principio de que *el fin justifica los medios: es la victoria de Maquiavelo*, como lo señalé hace muchos años en "Dialéctica de la Democracia": "Si en la política no hay adecuación de medios a fines, ¿cómo impedir que *la guerra sea una política* y cómo exigir —del bando capitalista y del bando comunista— que alguien respete las reglas del juego si no hay reglas del juego? No rechazo la separación que hizo Maquiavelo entre política y moral, sino la aplicación de la filosofía maquiavélica en el sentido de afirmar que la política es una conquista de fines, sin discriminación de los medios adecuados. La Inquisición quemaba en las hogueras, porque encontraba el medio enteramente legitimado por el fin religioso; los Estados absolutistas han empleado el engaño, el fraude público o la razón brutal de la fuerza, en la adquisición de ciertos objetivos, porque evidentemente todos esos medios eran *la línea más corta* hacia ellos; los comunistas han establecido un cierto tipo de dictadura del proletariado también como *un medio* —y como un medio transitorio— para la conquista de unos fines políticos de liberación humana. Unos y otros han utilizado una tremenda táctica —que conduce a una pendiente sin fin de realizaciones— que se inspira en el principio de que la política es el arte de llegar más rápidamente a los fines. ¿A dónde puede irse con esta teoría de la línea más corta? A una inevitable postura: la de la Inquisición. Puede variar el carácter de los fines —ser religiosos o políticos— pero el principio es el mismo de la Inquisición.

Dentro de este sórdido engranaje, en una lucha sin tregua y sin reglas, el hombre queda convertido en un guñíapo. Polvo y ceniza, como lo predicaba el Eclesiastés”.

Por eso, los grandes exponentes del mundo contemporáneo, son los descubridores de estos principios de amoralidad, de lucha, de conflicto: Maquiavelo, el patriota italiano; Marx, el genial combatiente de la revolución proletaria; Darwin y Wilde, los geniales heterodoxos ingleses de la Ciencia y de la literatura.

El hombre es débil en un mundo poderoso

SERÍA extremadamente largo y difícil inventariar las conquistas culturales del hombre y las líneas de sucesión y entrelazamiento de las grandes *herencias históricas* a través de las cuales se ha transmitido el saber científico, filosófico, teológico, moral y técnico de la especie humana. Descubrimiento extensivo e intensivo, exploración y revelación. Pero apenas ahora el hombre empieza a comprender y a explicarse racionalmente el mundo en que vive —en una historia que se inicia con Descartes, Hegel y Marx—, a penetrar sus misterios y a utilizar sus leyes. Del hombre de hace cinco siglos al de hoy media una enorme distancia histórica: quizás una mayor distancia que la existente entre el hombre medieval y el de veinte o treinta siglos antes. El hombre medieval apenas conocía unas cuantas explicaciones religiosas de los fenómenos: su lindero estaba en la tierra, en el mar, en el aire. No podía acercarse, racionalmente, ni siquiera al suelo del que tenía que sustentarse. Estaba desarmado frente a la naturaleza y su instinto tenía que luchar a brazo partido con la muerte, pero se defendía con una concepción monolítica y religiosa del mundo.

Frente al concepto tradicionalista de que el mundo es demasiado viejo —porque se avalúa la historia humana en años o siglos cuando se ha desarrollado en millones de años y siglos— sólo podemos decir que es demasiado nuevo. El hombre —con una probable antigüedad de unos cientos de miles de años— es un recién llegado a la tierra, históricamente hablando. Del hombre pre-histórico no se da el salto al hombre histórico (juzgando sólo por el hecho formal de que *hace y escribe historia*) sino al *hombre sub-histórico*: el que está *dentro* de la historia, pero no tiene conciencia de ella. ¿Pero qué podemos decir si todavía no se ha aplicado, sistemáticamente, el concepto einsteniano de la relatividad a la estimación del “tiempo histórico”? Cinco siglos de historia de coloniaje no son lo mismo que cincuenta años vividos en la fluida y dinámica historia del siglo xx. El *tiempo histórico* no puede medirse sim-

plemente en años, como las telas o las cosas que son iguales en todas y cada una de sus partes. El *tiempo histórico* es profundamente desigual en todas sus partes: no hay cien años que sean iguales a cien años. El *tiempo* del hombre no puede medirse sino en términos de posibilidades o ciclos de transformación del hombre mismo.

Pero he aquí el problema contemporáneo: por debajo del inmenso y riquísimo arsenal de adquisiciones culturales, coexisten —no conviven— hombres de todos los tiempos históricos. Se ha liberado la energía contenida en el átomo, se ha utilizado industrialmente la energía solar o la de las corrientes de agua, pero la mayoría de los hombres *sólo conoce y sólo emplea* su propia energía o la energía de sus animales. Se ha descubierto el método de defensa de los suelos agrícolas, pero la mayoría de los hombres trabaja sobre suelos empobrecidos, los destruye con su propia actividad y va cambiando las zonas cultivadas por los desiertos. Hace siglos se conoce la imprenta, como medio enérgico de universalización de la literatura escrita o de transfusión de todos los conocimientos y de participación de la historia de todos los hombres: sin embargo, la mayoría de los pueblos no conoce la imprenta. Está fuera del ámbito cultural de los otros hombres y no tiene medios de hacerse partícipe de sus experiencias y de su historia. Hace siglos los hombres descubrieron el sistema racional de pesas y medidas: pero la mayoría de los hombres apenas saben contar con los dedos de los pies y de las manos. El hombre degradado que vive en el sótano, es una acusación contra el que vive en los pisos altos de la cultura, en cuanto ha hecho de ésta un nuevo elemento de dominación social o de coloniaje. Por debajo de este mundo todopoderoso —en cuya cima se instalan las naciones que ejercen una hegemonía hemisférica o planetaria— el hombre tiene que repetir la aventura de Robinson. Debe inventar, cada día, los mismos elementos que emergieron hace siglos en la historia humana. Es hombre subhistórico no sólo en el sentido de que no tiene conciencia de la historia, sino en el de la soledad para enfrentarse a los problemas de su conservación sobre la tierra o en el de la carencia de vehículos de participación en las grandes conquistas culturales del mundo contemporáneo. Debe inventarse el fuego, el hierro, el grano que puede amasarse, la canoa, la energía, las prácticas médicas. Robinson no era un ser totalmente desnudo, puesto que llevaba en su cabeza —a la isla desierta— el arquetipo, la imagen, el inventario de una cultura humana a la que pertenecía. En cierto modo, su tarea no era de creación, sino de recreación. En tanto que el hombre subhistórico debe sacar de la nada lo que necesita para resolver sus problemas de vida o muerte. Debe estar inventando la pólvora.

Si este hombre es cada día más débil, ¿de qué le sirve que exista en un mundo todopoderoso? Si está fuera de las grandes adquisiciones culturales de la historia humana, ¿en qué sentido funciona el sentido de conservación de la especie? Si carece de un pedazo de tierra, ¿en qué medida lo compromete o lo conmociona la conquista de la luna? Si es analfabeto o semianalfabeto, ¿de qué le sirven la herencia cultural griega, judía, romana o cristiana occidental? Esta es la cuestión esencial que se define en un balance histórico de la llamada cultura de occidente.

Los símbolos literarios de la crisis

Los símbolos de la crisis han sido creados —consciente o inconscientemente— por la literatura que destila y proyecta la crisis. Hablar de crisis de la cultura no supone una limitación formal de sus linderos, sino una exposición del problema en el plano más universal: el del hombre como creador de valores.

Por algo la literatura más característica del mundo occidental contemporáneo no es una literatura prometeica, sino agonista. Ni siquiera es escéptica —porque en el fondo de todo escepticismo auténtico existe cierto equilibrio conceptual y cierto puritanismo racionalista— sino pesimista, delicuescente, vacía de fe o hinchada de una fe absolutista que arde pero no da luz. Literatura agonista, no prometeica: el agonismo es la tendencia que descansa —si es que puede descansar sobre algo— sobre la tesis de la absoluta falta de salvación y de la absoluta soledad. La literatura prometeica es la que se inspira en la beligerancia de Prometeo, el dios griego que se sacrifica, como Cristo, por llevar a los hombres el fuego y la esperanza.

Pero los hombres que saca a flote la literatura de crisis no están emparentados ni con Cristo, ni con Prometeo: son los tres seres desnudos de Huis-clos, de Sartre; es Meursault, en "El extranjero" de Camus; es Barrabbas, de Lagervist; son Traian Koruga y Ante Petrovici, de "La Hora Veinticinco" y "La Segunda Oportunidad" de Gheorghiu; es Rubashov, de "Oscuridad a Mediodía" de Koestler. En esta humanidad no hay vínculos, ni compañía, ni moral humana. El hombre es una isla, que ni siquiera tiene la fortuna de estar rodeada de agua por todas partes sino de hombres tan solitarios como él. Una isla amurallada, que no limita ni con Dios ni con el hombre. Su plegaria atormentada es la misma imprecación de Unamuno en su Salmo 1:

Yo te llamé, grité, lloré afligido,
 te di mil voces;
 llamé y no abriste,
 no abriste a mi agonía . . .

En Huis-clos, tres personajes están condenados a estar juntos, en una habitación con cerrojos en la que nunca se apaga la luz. No pueden hacer vida íntima —porque siempre salta la interferencia *del tercero*, del otro— ni tampoco aislarse, porque siempre las miradas de los otros los estarán incorporando *en* su existencia. Todas las armas de realización humana fracasan, en ese infernal escenario: la fuga, el éxtasis, la separación momentánea, el sueño, el reposo o la mentira, la adulación, la hipocresía, cuyo propósito es intentar el sojuzgamiento del otro. He ahí el símbolo sartriano de la humanidad: la coexistencia de tres seres que constantemente rompen su intimidad y su aislamiento. La sociedad es *un tercero* —la noción sociológica de *la gente*, tal como lo explicó Ortega— que siempre *interfiere* y penetra nuestra existencia: no puede participar de nuestra intimidad, ni tampoco permite crear la atmósfera de nuestra intimidad. En todas partes, nos atropellará el suplicio de *los otros*, es decir, en todas partes la compañía de los hombres —los otros— será nuestro infierno. Este es el símbolo del hombre que no conoce la solidaridad entre hombres y para quien *el tercero*, metafísicamente, *es sólo un intruso*.

El Meursault, de "El Extranjero" de Albert Camus, es el pequeño ser que no conoce ninguna de las fuerzas que lo empujan. Ama, se agita, trabaja, asiste a la muerte de su madre, se tropieza involuntariamente con el asesinato, es juzgado —en un tribunal que no trata de entender sino de mostrar a la sociedad un culpable— y por fin debe morir, sin que Meursault conozca el sentido de nada. Vive, ama, muere y no sabe por qué. Siempre está tras las rejas de algo, fuera del alcance de la comprensión humana y de la responsabilidad moral de los actos. Sólo una vez es espectador de su vida: cuando *siente* que es el centro de todas las miradas, en el tribunal que lo condena a muerte. Sólo entonces se da cuenta de su importancia, aun cuando no sabe por qué. He ahí el otro símbolo del mundo en crisis: el hombre —Meursault, este, aquel— siempre extranjero donde quiera que esté. Extranjero en su patria o en cualquier patria. Extranjero en la tierra.

Barrabbas —el personaje bíblico recreado por la amarga inteligencia de Pär Lagervist— está construido de una pasta semejante a Meursault. Barrabbas es un testigo excepcional de la Pasión de Cristo, puesto que no sólo *asiste* a ella, sino que es un personaje de su drama: es, precisamente, el hombre por cuya vida se cambia la de

Cristo, mano a mano. Para él, el acto de la *salvación* tiene un sentido estricto: el de que Cristo murió en reemplazo suyo. *Muró por él*. Este acto le oscurece cualquier significado espiritual. Barrabbas está perplejo: ve al Hijo del Hombre, contempla al romano que le despacha del Pretorio, asiste a las reuniones místicas de los primeros cristianos. Y no entiende el drama que vive, ni su papel, ni su significado, *ni su dimensión en la historia*. He ahí el otro símbolo: el del hombre que no entiende la *revolución* humana de la que forma parte. Barrabbas es sólo una reiterada versión del hombre sub-histórico. Barrabbas está *dentro* del *drama de la salvación*, ocupa materialmente un sitio en su trama: pero su conciencia, su espíritu, su facultad de testimonio, están fuera del mundo. Barrabbas es el hombre que no sólo está fuera del Drama de su Salvación, sino fuera de *su* propio drama.

Traian Koruga, de "La Hora Veinticinco", es la inteligencia de occidente, escéptica y sin ideales. Sin embargo, entre el vórtice de la guerra, entre los mutilados, entre los muertos, lucha obstinadamente por la supervivencia. Todo el objetivo es *volver a vivir*, regresar a la vieja aldea de Fantana y morir al lado de Eleonora West. No importa que Eleonora —la judía desquiciada por la catástrofe, a pesar de todo, de su riqueza, de su cultura, de sus vínculos— hubiese tenido el rostro tan devastado como el de la mujer de Picasso. Pero los campos de concentración, las persecuciones, la ruina de todas las cosas que creía firmes, la brutalidad, el cinismo, la injusticia, desarman y pulverizan su voluntad de resistencia. Habrá un momento en que esté harto de esta lucha. Y es cuando Traian Koruga —en el campo de concentración— entrega sus gafas y su pipa al campesino rumano Ion Moritz. En un mundo lleno de hombres y de máquinas, Moritz es el único verdadero sobreviviente. "Gracias a ellas —dice Traian— he visto muchas cosas en la vida. Con ellas me extasié ante el cielo, el mar y las montañas. Leí centenares de libros y vi morir a mi padre. Con estas gafas he presenciado cómo Europa se hundía, cómo morían de hambre muchos hombres, cómo eran torturados, vejados y humillados en los campos de concentración. . . Fueron para mí como unos ojos. Algunas veces he llegado a confundirlas con los míos propios. . . Con ellas he visto lo que hasta ahora ha habido que ver. . . A partir de hoy no quiero ver nada. Estoy cansado". Y he ahí a Traian Koruga, descendiendo de su calvario, después de la transfiguración y muerte de su alma. Por eso echa a andar hacia las alambradas y los centinelas, para morir a tiros, bajo las ruinas de la cultura occidental. Para morir a tiros, no: porque ese hombre ya estaba muerto. Es el mismo símbolo que emplea Virgil Gheorghiu en "La Segunda Oportunidad", la que tiene todo hombre después de la *primera catástrofe*, pero que no le sirve

para reconstruir la vida sino solamente para morir dos veces: el del intelectual Ante Petrovici. Después del Drama de Europa —del que es apenas una parte el de su país natal— logra escaparse del foso. Es una proeza de voluntad y de engaño. Toda la inteligencia se afina nada más que para conquistar un hueco en una tabla de inmigrantes. Luego crece la riqueza de Ante Petrovici, en el nuevo país. Pero un día se descubre el fraude que hizo para escaparse de Europa y el intelectual enriquecido ya no resiste esa prueba. Su voluntad —tensa para la lucha mortífera y para el escape— se derrumba como un castillo de naipes. Petrovici no muere físicamente: pero su espíritu ha dejado de existir. Allí ha terminado el último acto de su crucifixión.

Esta es la lección de occidente: la Hora Veinticinco es una hora después de que ha pasado la oportunidad de salvarse; la Segunda Oportunidad es la negación de que el hombre puede reconstruirse y volver a nacer entre las ruinas. Es la lección del mundo que ha perdido toda esperanza, como en el Infierno de Dante. Para Gheorghiu es una técnica literaria: la de estar descubriendo, meticulosamente, sólo la veta negra. La de excluir toda posibilidad de salvación. Lo cierto es que esta es la representación del mundo que está en agonía. Unos —como Sartre, Camus, Kafka, Moravia, Gheorghiu— lo describen y se delectan morbosamente en recorrer sus playas deshechas. Otros no alcanzan a tanto: vivieron en la casa de arena como si hubiese sido una fortaleza de piedra. Stefan Zweig, un escritor de carne y hueso, pertenece a la última categoría de naufragos. El no es buceador exhibicionista de la agonía, sino un producto de ella. En "El mundo de ayer", hace la conmovedora confesión del intelectual formado en el espíritu positivista del siglo XIX europeo, a quien le corresponde soportar el increíble derrumbamiento. "Nosotros, en cambio, experimentamos todo sin retorno, nada queda de lo anterior, nada vuelve. Nos estaba reservado participar en grado máximo de lo que, de ordinario, la historia distribuye económicamente cada vez a un país solo, un solo siglo. Yo he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad, y hasta asistí a cada una de ellas en un frente opuesto, a una, en el lado alemán, a la otra, en el lado antialemán. Durante la preguerra conocí la forma y el grado supremos de la libertad individual, y luego, su nivel más bajo desde hace siglos. He sido honrado y proscrito, libre y cautivo, rico y pobre. Todos los pálidos corceles del Apocalipsis han galopado a través de mi existencia. . ." Es la confesión última del agonista. Como Traian Koruga y como Ante Petrovici, Zweig no resistió la última prueba, porque no logró encontrar una fe —amor, esperanza, algo— que le retuviese en la vida.

En "Oscuridad a Medio Día", Arthur Koestler nos ha dado la imagen del intelectual comunista, el Comisario Rubashov, que un día descubre que la verdad de la *revolución hecha* nada tiene que ver con la verdad del mundo que estuvo germinando en su pensamiento. Rubashov debe morir ante el derrumbamiento de su propio ideal, lo mismo que todos los hombres inflamados que hicieron —con su sangre y con su espíritu— la revolución comunista rusa. Rubashov es un símbolo: pero están encarnados en él miles de hombres muertos al llegar a la Tierra Prometida. Trotski, Bujarin, Kamenev, Kirov, toda la *vieja guardia* —la dura, la generosa, la incorruptible— tiene un parentesco espiritual con Rubashov. El antiguo Comisario no tuvo la suerte de Moisés de mirar, desde lejos, la Tierra Prometida. "Donde quiera que volvía los ojos no veía más que desiertos y la oscuridad de la noche". Rubashov es condenado a muerte. Está hecho —como Lenin, como los viejos comunistas heroicos— de un material especial que endurece a medida que se le golpea. Pero la injusticia e inutilidad de su muerte —él, hecho al pensamiento de que "todo acto debe ser útil para el partido y para el proletariado universal"— demuele sus defensas morales. Está harto. Le han condenado a muerte, pero la verdad es que él *ya no quiere vivir*. No tiene voluntad, ni gana. Al bajar las escaleras de caracol —en busca de los tiros que prescribe la sentencia para "el traidor Rubashov"—, sus lentes cayeron, porque no encontró a nadie a quien confiárselos, como Traian Koruga. Los lentes fueron rodando "de escalón en escalón hasta el último, rompiéndose. Rubashov se detuvo un segundo, dudando, y luego siguió a tientas el resto del descenso".

UNA VISION PARTICULAR DE CHINA

Por *Marconi OSORIO*

PEKÍN, China. En la Plaza de Tien-An-Men, la Puerta del Cielo (el Zócalo de aquellos lares), nos observan como descendidos de un platillo volador; para muchos son quizá los primeros occidentales que ven en su vida, vestidos para ellos estrafalariamente, con saco y corbata. Me viene a la mente lo que me decía en broma, un amigo extremista de mis tiempos estudiantiles: "No creeré en la Revolución hasta que cuelguen por las calles a todos los que traen corbata".

Me imaginaba colgado de un farol y con un letrero, por supuesto en chino, que rezaba: "Por traidor, desviacionista, trotsquista, revisionista, partidario irredento de Lin Piao y propagador de las ideas de Confucio".

Precisamente la campaña contra Lin Piao y Confucio está en pleno apogeo. Los anuncios comerciales no existen y los grandes carteles, que se encuentran por todas partes, se concretan a consignas políticas, entre las que abundan las críticas a esos dos personajes, tan dispares en el tiempo y en las ideas y hoy hermanados en el desprecio.

Así, me encuentro en una fábrica con un cartel a manera de proclama: "La crítica a Lin Piao y Confucio nos ha ayudado a aumentar la producción". Lo traduzco a México como vacuna que me aplico para evitar caer en la tentación, tan común, de ensayar comparaciones extralógicas que devienen en juicios disparatados y resulta: "La crítica a Martínez Domínguez y a la Virgencita de Guadalupe nos ha ayudado a aumentar la producción de maíz y tortillas", quedo así, definitivamente escarmentado.

Millares de ciclistas circulando por las calles; tráfico escaso de automóviles, principalmente de diplomáticos. No existe la propiedad privada del automóvil y la aspiración máxima es poseer una bicicleta y/o un pequeño radio. Aun la vivienda, salvo la recámara, hay que compartirla entre varias familias.

Desfilan por las avenidas multitudes en que los grises, azules y verdes se repiten al infinito. En el color del vestido sólo hay esas tres opciones, o más bien dos, porque el verde se reserva para el ejército; en el diseño únicamente existe la típica guerrera al estilo

Mao y el pantalón suelto. Vestimenta tanto de hombres como de mujeres, las que, dada la amplitud de la ropa, sólo se distinguen por sus pequeñas trencitas y por un residuo casi imperceptible de coquetería femenina, en que el único encanto consiste en mostrar la tobillera mediante pantalones zancos; los cosméticos no se usan, se prescinde de todo adorno y los aretes, pulseras, anillos, etc., están proscritos; el calzado es bastante uniforme.

La igualdad en la ropa y la tendencia a que no haya diferencias en el vestido es manifiesta. Por ejemplo, los trajes de la tripulación de los pilotos de los aviones comerciales, de suyo llamativos en Occidente, en China, por lo contrario, consisten en uniformes de telas con la misma baja calidad que las utilizadas en la confección de la ropa de las personas comunes y corrientes.

En una crítica que quizá podrá ser calificada de excesivamente injusta, se observa que, a pesar de la aparente uniformidad en el vestido, existe cierta diferencia en la ropa que usan los altos funcionarios y la generalidad del pueblo, los trajes son a primera vista del mismo color y diseño, sin embargo, las telas y la hechura son de mejor calidad en el primer caso.

Los militares, que se distinguen en la multitud, por su uniforme verde y que, por simple cálculo visual, se estima que forman un porcentaje muy alto de la población, no portan absolutamente ninguna insignia, éstas están vedadas, y la diferencia entre oficiales y tropa la indica un detalle en apariencia insignificante, el número de bolsas de la chaqueta.

La Revolución cultural que transformó profundamente la vida en China, también causó su impacto en el ejército. Los militares están obligados a dedicar parte importante de su tiempo a trabajar en actividades agrícolas o como obreros.

Los varones en su totalidad, presentan un corte de pelo al estilo "casquete corto", lo que resalta más a nuestros ojos, por el contraste con la moda generalizada en Occidente del pelo largo.

La prostitución, el robo, el alcoholismo, la corrupción, las drogas, en general los centros de vicio, fueron eliminados radicalmente y no se solapan, como en algunos países comunistas de Europa Oriental. China es hoy, sin exageraciones, el país más seguro de la tierra.

Una de las cosas que más impresionan en China es la honradez de sus habitantes. En los hoteles, por ejemplo, usualmente los cuartos no tienen llave, las puertas no se aseguran y el dinero y los objetos de valor pueden ser dejados con toda confianza en el cuarto, sin que exista peligro de no hallarlos al regreso. Personalmente comprobé casos de olvido de objetos, los cuales fueron recuperados sin excepción por sus dueños. No es el miedo a un régimen policiaco,

lo que regula la conducta, sino el convencimiento efectivo del común de la gente, de que debe apartarse de esas prácticas delictivas.

La corrupción de los funcionarios está también totalmente erradicada. En síntesis, interna y externamente China proyecta una imagen de dignidad.

No existen boleros, limosneros, vendedores ambulantes o vagos visibles.

Tampoco es frecuente observar parejas de novios. El problema de la sobrepoblación, terrible carga que soporta aún China, ha sido enfrentado haciendo conciencia de la necesidad de retrasar el matrimonio hasta después de los 25 años. En éste y otros muchos aspectos, el comunismo en China semeja la práctica de una religión; la abstinencia sexual es una consigna del Partido y se cumple al pie de la letra.

Otra peculiaridad de la vida diaria en China y que también, como muchas otras, se origina en disposiciones del partido comunista, es la práctica diaria de ejercicios gimnásticos. Gente de todas las edades, principalmente en las mañanas temprano, utilizan parques y calles, que como se ha dicho tienen un escaso tránsito de vehículos, para realizarlos. Los obreros antes de iniciar sus tareas y los burócratas también, junto al escritorio, llevan a cabo sus ejercicios.

Especialmente llaman la atención, lo que se llama en Occidente el boxeo chino y la gimnasia lenta, recomendada para ancianos o personas con ciertos impedimentos físicos, o convalecientes. En esta última, los movimientos son semejantes a los que podría realizar un atleta haciendo gimnasia en los países occidentales, pero con una diferencia fundamental en el ritmo de ejecución, los hacen a "cámara lenta", estirando los músculos a una velocidad tan reducida que invita a reír.

En la puritana sociedad china, la más puritana que contempla hoy el mundo, existe la pequeña concesión del cigarrillo. Se nota a simple vista que son grandes fumadores.

Uno de los éxitos que no puede ser negado a la Revolución, es el creciente alfabetismo del pueblo, se calcula que, al arribar al poder el régimen revolucionario, había un 70% de analfabetos, hoy ese porcentaje se ha reducido al 10%. Para comprender la magnitud del esfuerzo educacional, baste citar que existen actualmente en China 300 millones de escolares. Precisamente es ahí donde se expresa el futuro promisorio de China, todavía, a pesar de sus innegables frutos, la Revolución vive aún etapas primarias, en que la lucha por subsistir absorbe casi todos los esfuerzos. Sin embargo, no solamente han logrado alcanzar niveles mínimos de subsistencia para una población tan numerosa, sino que están firmando bases fir-

mes para un proceso de desarrollo acelerado, un camino ascendente que los llevará pronto a superar esa etapa inicial en la cual, todas sus energías, todo su tiempo, se dedican a tratar de satisfacer sus necesidades elementales. Se avizora que en un breve plazo superarán esas etapas y arribarán a progresos que asombrarán al resto de la humanidad. La creciente oportunidad educativa hará posible a corto plazo, seleccionar de una masa de 800 millones de seres, los mejores intelectos.

El desarrollo a plenitud de las capacidades de su población, originará el florecimiento de la nueva cultura china que seguramente pasará al mundo, por eso no es exagerado decir que el siglo XXI tendrá que estar marcado por una influencia cultural china en la humanidad, que no se había contemplado en esa magnitud en la historia del mundo occidental.

China una vez concluida la etapa armada de su Revolución, se cerró al exterior, volviéndose hacia adentro para organizarse, para sin intromisiones externas encontrar las fuerzas necesarias para levantarse de la ignominia. El cierre de China hacia el exterior no fue novedad, en un país que por razones inicialmente geográficas, formó un mundo particular, en el que milenios de enclaustramiento dieron lugar a una cultura singular. ¿Pero qué sucedió cuando al fin se abrió China al exterior? Su debilidad relativa fue aprovechada por potencias mundiales que, abusando de la nobleza intrínseca del pueblo chino, instituyeron el saqueo en su territorio.

China por circunstancias internas y externas, ocupaba el último peldaño en el desarrollo de la humanidad. "La Buena Tierra" describe con exactitud el nivel degradante del que partió la nueva sociedad. En Shangai en la entrada de un parque que se extiende a lo largo de sus muelles, existió el famoso letrero "No se admiten perros ni chinos".

La Humanidad aún no valora cabalmente lo que debe a la Revolución China, que transformó una nación que acostumbraba ser botín de los países fuertes, en la que vegetaba cerca de la cuarta parte de la población mundial, hambrienta y explotada al máximo, con tendencias anárquicas, caóticas y hasta cierto punto involutivas, donde en resumen, la superación del hombre parecía punto menos que imposible, en una comunidad respetada mundialmente, organizada y sumamente laboriosa, en la cual el sustento, aunque mínimo, está asegurado para todos sus habitantes.

Hoy presenciamos la inminente reapertura de China, pero bajo condiciones diferentes. Un régimen fuerte y digno gobierna China, no el débil y corrupto de las últimas dinastías. Sin embargo, subsiste el peligro de que la población china, por su aislamiento de 25 años, por su puritanismo, sea terreno fértil para la recontaminación de las

ideas decadentes de Occidente, por eso el gobierno chino mantiene filtros rigurosos para el ingreso de extranjeros a su territorio. El turismo es seleccionado cuidadosamente y no se realiza en forma masiva, ni se promueve, como en otros países. En toda toma de decisiones el gobierno chino considera antes que la ventaja económica, las condiciones políticas. Antes que captar divisas vía el turismo, para financiar su desarrollo, prefiere salvaguardar la pureza de los principios revolucionarios.

Se nota en el seno del régimen chino la lucha entre dos posiciones, una que pretende continuar el aislamiento de China y otra que apoya la apertura al exterior, hasta ahora se ha impuesto la tesis de Mao Tse Tung, que considera la conveniencia de tomar lo mejor de Occidente, especialmente en cuanto a su desarrollo tecnológico y adaptarlo al medio chino. Sin embargo, la excesiva propaganda que ha hecho énfasis en la confianza en que todo lo puede hacer China con sus propias fuerzas y el bloqueo al que ha estado sujeto el país durante estos últimos 25 años, han creado un sentimiento de nacionalismo exagerado, bajo el cual se piensa que pueden alcanzarse los objetivos de desarrollo, basados exclusivamente en el esfuerzo interno, lo que obviamente es un error al negar que la humanidad como un todo avanza y que especialmente determinados procesos tecnológicos, deben ser asimilados.

La vigencia de la tesis del Presidente Mao se aprecia claramente al considerar el tipo de libros que se ofrecen a su venta en las librerías. La literatura occidental está prácticamente vedada, las autoridades chinas son sumamente celosas en cuanto a la introducción de nuevas ideas que se salgan del marco que ha señalado el Partido Comunista y el cual es sumamente estrecho. Esto no es así, en cuanto a la literatura técnica, en la cual se entiende que hay una mayor libertad y disposición de títulos.

El aislamiento de China ha sido una necesidad y la franca apertura hacia el exterior deberá también imponerse en su momento oportuno. Se reconoce que, por el mismo encierro intelectual de tantos años, la apertura tendrá que ser paulatina, para no arriesgar los logros que tan difícilmente se han alcanzado.

La obsesión de la China actual, la tan renombrada Revolución Cultural, es en esencia la lucha porque la realidad y los ideales revolucionarios no se separen, en un esfuerzo titánico y que se antoja quimérico por mantener la pureza de principios. Nada menos que el Quijote cabalgando. No en balde es un poeta el que marca los derroteros; mientras el escepticismo que surge del conocimiento de las flaquezas humanas, de la Historia toda con sus infinitos ejemplos, niega que el intento romántico perdure impoluto.

China en mi particular visión, parece un país de adolescentes en que la ingenuidad va de la mano con la persecución ardorosa de los ideales; es el Castillo de la Pureza, en que 25 años de aislamiento de la decadente sociedad occidental, han creado otro mundo, el mundo que ya se prepara al advenimiento del siglo XXI.

La nueva China pretende en un intento que puede parecer utópico, evitar que su Revolución como tantas otras revoluciones, entre ellas la francesa y la misma rusa, se "institucionalice", pierda de vista sus objetivos esenciales, aparezca el divorcio de las palabras y los hechos, dando lugar a una organización social distinta a la que soñaron crear ideólogos y promotores del movimiento revolucionario.

La Revolución Cultural China trata de que coincidan permanentemente la teoría y la práctica revolucionarias. Las revoluciones fácilmente se apartan de sus ideales, y el peligro es mayor en China dado que la población se forma principalmente de campesinos, y los dirigentes gubernamentales y de las organizaciones políticas en general, económicas y sociales, que ha creado el régimen revolucionario, podrían aprovecharse de esa situación, gozando de privilegios que establecerían distingos respecto a la masa laboriosa. Tal perspectiva, que a la luz de la experiencia parece imposible de evitar, para los chinos constituye en los momentos presentes, problema que atacan con furor extremo. Se busca que el hombre de la ciudad, el estudiante, el profesionista, el dirigente estatal, no olvide la realidad de su patria, un país rural, con niveles de vida muy bajos, actúe congruentemente y no obtenga ventajas personales de su situación de privilegio.

Así, se ha establecido la regla de que por cada dos años que se trabaje o se estudie y, por esa razón, no se participe en faenas agrícolas, exista la obligación de un tercer año dedicado a desempeñar tareas directamente en el campo. En China, al calor de la Revolución Cultural, se está cumpliendo fielmente con este principio.

La piramidación política es perfecta. En la organización y control de las masas en China se ha llegado al más alto grado. El control es psicológico no policíaco. El pueblo está realmente convencido ideológicamente. Es para resumir, una dictadura de las ideas y no de la fuerza. De otro modo no se entiende que las milicias populares estén armadas y guarden sus rifles en sus casas. Esto representa una especie de plebiscito en favor del régimen imperante.

El que todos, o la gran mayoría, estén convencidos, no elimina el que sus conciencias estén condicionadas. La enajenación del hombre llega a niveles de perfección, pero ¿qué sociedad de nuestros días no está enajenada?

Los extremos se tocan, el americano medio está sujeto a controles de la mente extraordinariamente sutiles y el hombre común

siente falsamente que es libre. No digamos el soviético, que resiente controles con frecuencia sumamente burdos, que suelen caer en el degradante uso de la fuerza.

Sin embargo, en Occidente existe cierta válvula de escape representada por el pensamiento libre de intelectuales de excepción. En China ese escape también está cerrado.

En la realidad china el individuo sólo tiene acceso a la información previamente sancionada por el régimen. China se constituye así, en un mundo aparte, separado del resto de la humanidad por un rígido y prácticamente impenetrable cordón sanitario intelectual. En la mente de un chino se forman pensamientos condicionados por un medio informativo cuidadosamente creado por las estructuras estatales, de las que el Partido Comunista es el nervio motor, la esencia del mando. La piramidación política, ramificada hasta la base, hace posible que ochocientos millones de chinos dirijan sus esfuerzos casi automáticamente a la consecución de los objetivos que marca el Partido.

En descargo de lo anterior debe señalarse que el régimen de gobierno actúa sinceramente en beneficio colectivo, de tal manera que aún suponiendo que no exista la dictadura del proletariado, sí impera la dictadura en beneficio del proletariado.

Los periódicos en China están totalmente dirigidos por el Estado y, sin concesión alguna, siguen sus lineamientos. Los otros medios de comunicación fundamentales en los tiempos modernos, como son la radio y la televisión, también están absolutamente condicionados. La televisión, que está en pañales, es exclusivamente medio de adoctrinamiento, aunque su influencia es aún reducida, por el escaso número de aparatos receptores.

La radio es el medio masivo de comunicación más importante. La Radiodifusión está totalmente controlada por el Estado. La música occidental no se transmite y únicamente se escucha música china. Por supuesto no existen los anuncios comerciales, no así los mensajes políticos, que se difunden incesantemente.

Para entender por qué la propaganda guarda un nivel elemental, hay que considerar que China sigue siendo en un 80% un país rural. Los "slogans", documentales, películas, mensajes, en fin, los lineamientos políticos, que saturan a la sociedad toda, están encaminados fundamentalmente al convencimiento de las mentes sencillas de los campesinos, que constituyen la mayoría inmensa de la población del país. De ahí la repetición hasta el cansancio de ideas que, para muchos de nosotros, con otra mentalidad, otro estrato social, nos pueden parecer a primera vista, una colección de simplezas.

La influencia determinante del Partido Comunista, el grado de disciplina, la obediencia de sus consignas, pueden evaluarse con es-

tos ejemplos: el Partido Comunista encabezado por el Presidente de su Comité Central, Mao Tse Tung, consideró que los alimentos consumidos por los perros domésticos representaban un despilfarro inadmisibles, ya que iba en detrimento de la cantidad de subsistencias para la alimentación humana, en un país tan pobre como lo es China, con necesidades ingentes de sobrevivencia.

Consecuentemente, el partido dictó la consigna de eliminar el perro doméstico. Su cumplimiento se llevó a cabo con tal eficiencia, que "el mejor amigo del hombre", prácticamente desapareció de China.

Acción similar se llevó a cabo contra moscas y pájaros, esta última con efectos contraproducentes. Se determinó que estas aves consumían una parte considerable de las cosechas de productos agrícolas, mermas cuya eliminación liberaría cantidades importantes de productos que serían de gran utilidad para incrementar la exigua dieta alimenticia del pueblo.

Así, una vez pasada la consigna, la población entera se dedicó con el mayor ahínco a la eliminación de los pájaros, dando como resultado su casi completa extinción. Pero, en este caso, se produjo un trastorno ecológico grave, porque aquellas plagas que controlan con su acción natural los pájaros, al no tener ese freno, se extendieron en proporciones alarmantes y provocaron mayores mermas en las cosechas de las causadas por los pajarillos. Se tuvo que dar marcha atrás en esta consigna y ahora se procura su reproducción con la misma vehemencia con la que se intentó eliminarlos.

El trabajo y la austeridad son el signo rector de la nueva China. Se restringe el consumo a límites puramente de subsistencia y el excedente se dedica a la inversión productiva, cimentando firmemente su estructura económica, lo que crea expectativas de un portentoso desarrollo futuro.

En síntesis, China ha sentado las bases para la nueva era, mientras que gran parte de la humanidad, titubeante y en situaciones totalmente distintas, aspira apenas a ingresar con plenitud en el siglo XXI.

Obviamente el visitante extranjero en China tiene serias limitaciones para interpretar con apego a la realidad, la sociedad china. La barrera del idioma, las escasas publicaciones en otras lenguas y aun en chino, por la ausencia de obras literarias no condicionadas, hacen que se reduzca el campo de investigación casi exclusivamente a la observación directa, con todos los defectos inherentes, agravados por el poco tiempo de que generalmente se dispone y el escaso espacio que se puede cubrir.

Las autoridades ejercen un control que muchas veces parece excesivo, sobre los visitantes extranjeros. No le es fácil al visitante

no oficial moverse. No hay automóviles de alquiler circulando en las calles o estacionados en sitios especiales listos para ser abordados. Si se desea un taxi, se tiene que llamar a un número especial y mencionar el lugar a donde se proyecta ir, con muchas trabas y después de lograr la difícil aceptación por parte de las autoridades, algunas veces se llega a obtener este medio de transporte. No hay por supuesto posibilidades de alquilar carros y aun los diplomáticos que residen en Pekín, tienen que solicitar permiso de las autoridades chinas para alejarse más allá de una distancia de 40 Km. de la ciudad. A pesar de ello, en lo personal, realicé frecuentes y largos recorridos a pie dentro de la ciudad sin que fuese molestado ni por autoridades, ni por civiles, aunque sí tuve que soportar la natural curiosidad de la gente.

El regreso de China en mucho semeja la vuelta de otro mundo. El contraste es aún más agudo porque la salida es por Hong-Kong, una ciudad típicamente del mundo capitalista, que muestra todos sus progresos y lacras, presentándose en ella ambas cosas con caracteres extremos.

Al cruzar la frontera de la República Popular con la Colonia de Hong-Kong, se encuentra uno de manos a boca con un letrero gigante en caracteres chinos: "Tome Coca-Cola".

Vuelve la diferencia en el vestido y los contrastes sociales, el tráfico intenso de automóviles; los edificios más modernos y en fin, la economía de consumo; el afán de adquisición. Mercancías de toda la tierra se expenden en Hong-Kong; el tráfico portuario es intenso; las zonas de tolerancia existen con mayor desarrollo aun que en otros puertos de la Tierra y, en síntesis, el contraste entre las barracas y los rascacielos; la pobreza de un lado, y la riqueza insultante del otro.

En el transbordador que comunica tierra firme con la isla donde está ubicada Hong-Kong, un letrero advierte en grandes caracteres y en varios idiomas: "Cuidado con los carteristas". Imagen imborrable es la de un limosnero chino, que casi desfalleciente, reflejando un grado último de necesidad que no puede fingirse, implora caridad en medio de una riqueza insolente.

La pujanza y el "boom" económico que vive Hong-Kong vibra por todas partes. Es un gran contrasentido que la ciudad sobre la que pende la amenaza de ser absorbida en cualquier momento por el gigante chino, sólo con la voluntad de querer hacerlo, ya que la oposición militar que podría enfrentársele es mínima frente al poderío del ejército rojo, mantenga un desarrollo acelerado y sin casi garantías al futuro, se realicen en ella, inversiones sumamente cuantiosas que se manifiestan en el ritmo febril de construcción de grandes edificios.

Hong-Kong vive porque así lo quiere China, de lo contrario desaparecería en su forma actual. China necesita en esta coyuntura histórica, de Hong-Kong, como un punto de confluencia con el resto del mundo. Mercancías indispensables para la economía china se reciben a través de este puerto, de llegar directamente a los puertos chinos se provocaría un foco de contaminación ideológica con el mundo occidental. Los vicios, los defectos que con tanto esfuerzo han sido extirpados y aun las ideas de individualidad que repugnan al actual régimen chino, podrían extenderse a través de ese indeseable contacto, por eso se prefiere mantener una frontera que haga las veces de cordón sanitario. La frontera está a 100 kilómetros más o menos de la costa, en ese territorio tiene jurisdicción la Corona inglesa, el cordón sanitario a distancia de la ciudad, evita el contacto masivo y frecuente y permite controlar de esa manera la posibilidad de que el fenómeno chino de la Revolución intente ser interferido en cierto grado por fuerzas externas.

*Hombres de Nuestro
Linaje*

EL IDEALISMO PRAGMATICO DE SALVADOR ALVARADO

Por *Leopoldo PENICHE VALLADO*

La civilización y el progreso en el inmenso escenario histórico de nuestro mundo cada vez más pequeño, no ha sido obra de los hombres prácticos que por mirar siempre hacia abajo, mientras marchan por el lodazal de los senderos, no han sido capaces de levantar la cabeza para explorar el horizonte. La civilización ha sido obra de los inconformes con las ideas de su tiempo: fundadores de religiones, descubridores de nuevas islas y continentes, científicos y técnicos, filósofos que han ahondado en la personalidad interna del ser, y poetas que han sabido cantar libre y alegremente su canción. Por todo esto tenemos la convicción de que el México de mañana no será construido por los mercaderes, sino por los inconformes que sueñan en hacer de la patria, una morada en la cual disfruten todos sus hijos de los mayores bienes materiales y espirituales, y de la mayor igualdad compatible con la naturaleza humana.

JESUS SILVA HERZOG. *El Pensamiento Económico, Social y Político de México (1810-1864)*. Introducción.

... soy un revolucionario que no claudica en sus ideales, que no abdica de sus más altos y nobles principios... Yo puse las armas de la Revolución al servicio del ideal. No sólo me sirvieron para castigar a los bandidos que habían convertido una algarada política en desvergonzado festín de robo; sino también para

defender, como cumple a quien entiende el deber del soldado de una causa noble, los fueros de la civilización.

GRAL. SALVADOR ALVARADO. Actuación Revolucionaria del... en Yucatán. Diciembre de 1918. Mérida, Yuc.

Fuera de toda discusión, los resultados materiales y la transformación mental que se operó en Yucatán en su época, acreditan históricamente la acción de Alvarado como la primera franca y profunda reivindicación social, económica y espiritual, que conoció el pueblo yucateco. Por primera vez la Revolución dio frutos y éstos se distribuyeron amplia y equitativamente, y las semillas cayeron en los surcos del porvenir.

ANTONIO MEDIZ BOLIO. Prólogo de "Carta al Pueblo de Yucatán" y "Mi Sueño". Editorial INJUMEX. México, 1955.

I

UNA apreciación cabal y exacta de la aportación del Gral. Salvador Alvarado a la obra transformadora de la sociedad mexicana, que viene realizándose desde la caída del porfiriato y que no concluye aún en nuestros días; un enfoque preciso de los méritos personales de este gran revolucionario, que cuenta entre los más caracterizados y valiosos de los protagonistas de la gesta histórica cuyo inicio se fija en el año memorable de 1910, no se ha hecho hasta ahora, lamentablemente.

A D. Jesús Silva Herzog, historiador y economista de agudo sentido y vasta experiencia, debemos la más clara, ajustada y rigurosa exégesis¹ que se ha logrado hasta ahora de la obra alvaradista y de la personalidad de su realizador, por cuanto en sus juicios cohones-

¹ Jesús Silva Herzog. *Un Revolucionario Auténtico*. En "El Pensamiento Económico, Social y Político de México, 1810-1864". Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1967, pp. de 487 a 504. México, D. F.

ta con admirable sindéresis, las circunstancias ambientales que rodearon la actuación del sinaloense en Yucatán y en otros escenarios políticos, con las personales, para deducir de esta operación dialéctica el valor histórico intrínseco del legado social, político y económico, producto de las luchas de la época señaladas por la participación decisiva de Alvarado.

Pero Silva Herzog no pretendió producirse con exhaustividad en la elaboración de su trabajo crítico-biográfico; se limitó a penetrar y analizar con su habitual profundidad conceptual, la obra de Alvarado en el contexto de su tiempo, tomando sólo las características esenciales de ella, para pasarlas por su crisol exegético estricto y severo, y preparar un material historiográfico precioso e insustituible, para el estudioso capacitado en el empleo de un rigorismo metódico y ordenador, aplicable al deslinde de hechos y circunstancias fundamentales.

En la biografía de Alvarado, para quien busca en ella algo más que el caudal anecdótico, se advierten dos aspectos perfectamente escindibles: su vida militar iniciada en el movimiento maderista y concluida con el episodio de su asesinato durante la rebelión delahuertista, a la que se adhirió por emergencias políticas inevitables aun en la vida de los mejores y más sensatos luchadores sociales, y su tarea de organizador social que fue intensa, aunque más breve que la anterior, pues se desarrolló exhaustivamente en el reducido lapso de tres años, teniendo como ámbito único el Estado de Yucatán.

Actividades aleatorias complementan su existencia de 44 años, en los intermedios que le permitieron sus preocupaciones esenciales, la milicia y la política: faenas de boticario de provincia absorbieron su primera juventud, y en los años posteriores a 1919, que marcaron su retiro del ejército por desavenencias con el Presidente Carranza, ensaya las letras en el área de la investigación socio-política desde los Estados Unidos, donde se encontraba a la sazón voluntariamente exiliado. Su obra consta de tres volúmenes, se titula "La Reconstrucción de México" y es producto de sus experiencias políticas directas y de sus lecturas, generalmente bien digeridas dentro del autodidactismo que rigió siempre sus inclinaciones intelectualistas.

"Salvador Alvarado —asienta certeramente Silva Herzog— es una mezcla de hombre de acción y de idealista, cayendo a veces en lo utópico." De estas características está investida toda su obra política y social realizada en Yucatán, sin que la mezcla ni la caída le resten trascendencia histórica y sustancia revolucionaria. El suyo es un idealismo eminentemente pragmático, nunca romántico o fantástico, y sus utopías están enraizadas siempre en experiencias de

probada positividad. He aquí la originalidad y la fuerza de la actividad alvaradista.

Atisbando aquí y allá las narraciones y exégesis del alvaradismo en Yucatán, es decir de los tres años —plazo breve pero intenso— que duró la gestión gubernamental del Gral. Alvarado —lo más brillante y afirmativo de su obra política— nos hemos tropezado con posturas tan descaminadas como la de algún juzgador contemporáneo de Alvarado y testigo cercano de su obra, que escribiendo un cuarto de siglo después con la mentalidad puesta en el pretérito vivido, se permite trazar una línea divisoria rígida entre los errores y los aciertos, a efecto de hacer un balance que en fin de cuentas, por aspirar a una estrictez deshumanizada, no se sabe si resulta favorable o desfavorable al personaje estudiado, ya que el narrador, visiblemente llevado de sus entusiasmos y de sus intereses —tan fuertes como opuestos unos y otros entre sí— termina por hacerse bola alternando elogios y vituperios explosivos sin orden ni concierto.²

Para el juzgador de referencia, parece haber una desconexión extralógica entre la liberación de los trabajadores del campo, dispuesta y ejecutada por Alvarado, y el descenso de la capacidad productiva de la entidad yucateca propiciado por el mismo, al lesionar la preponderancia económica de los poderosos terratenientes que integraban la iniciativa privada. Juzga como si se tratara de hechos aislados, y es así como califica tajantemente de acierto el primero y de error el segundo. ¿Puede darse mayor absurdo?

En primer lugar, es objetable el concepto de capacidad productiva aplicado al Estado de Yucatán, como sede y campo de acción exclusivo para una minoría pequeño burguesa adueñada de la riqueza pública constituida por el henequén. Cuando se decía que la entidad federativa —el Yucatán anterrevolucionario— era capaz de producir tanto más cuanto, se estaba circunscribiendo la noción de entidad federativa al pequeño núcleo de hacendados pertenecientes a la plutocracia henequenera y a la oligarquía en el poder, y naturalmente se estaba sancionando, en nombre de los "sagrados" intereses de la patria chica que aquéllos se habían adjudicado en patrimonio, la explotación de muchos millares de hombres cuya miseria era el sostén de esa cacareada prosperidad.

Desde un punto de vista realista, justo y pragmático, ¿puede decirse que Alvarado cometiera el error de afectar la hegemonía económica que ejercía un grupillo de privilegiados, al mismo tiempo que realizara el acierto de libertar a los jornaleros de las hacien-

² Alvaro Gamboa Ricalde. *Yucatán Desde 1910*. Volumen II. Caps. del XXVII al XLVI. Imprenta Standard. 1943. Veracruz, Ver.

das, y que aquel error causara la ruina del Estado? No; si Alvarado ocasionaba alguna ruina, no era por cierto la del Estado, en la noción socio-política precisa de esta forma de organización comunal, sino en todo caso la del sector plutocrático que hacía radicar el engranaje estatal, en la preponderancia básica de los derechos de quinientos hacendados sobre los secundarios de varios millares de trabajadores. Era tal vez la ruina de los pocos que disfrutaban la riqueza que extraían del Estado las mayorías que no tenían derecho a disfrutar de ella, lo cual es muy diferente. Estas últimas que nada poseían sino su miseria, nada tenían que perder. Sin duda la decantada ruina de los terratenientes ocurrió, pero a largo plazo; no en el inicio ni en la plenitud de la obra alvaradista, que fueron siempre fructíferos para los hacendados favorecidos por el criterio inexorable del sinaloense, de no romper el equilibrio social suscitando pugnas entre el capital y el trabajo. La ruina vino muchos lustros después, como secuela de los nuevos moldes impuestos a la propiedad henequenera por la Reforma Agraria cardenista.

De no advenir en 1915 la Revolución a Yucatán en la espada de Alvarado, la situación prevaleciente se habría prolongado algunos años más tal vez, en beneficio de los oligarcas, pero no del Estado, pues la economía de éste se hubiera derrumbado irremisiblemente al sobrevenir la competencia en el mercado henequenero —perceptible desde 1908— fenómeno imposible de controlar ni por la Revolución ni por la reacción suponiéndola adueñada del poder político. Y entonces ¿qué habría ocurrido? Que aquellos cuantiosos capitales que el henequén hacía afluir a las arcas de los hacendados, hubieran buscado salvación en las cajas de los bancos extranjeros, y los parias del campo permanecido en situación más asfixiante aún que la que precedió al estallido de la guerra social del 47.³

Lo que hizo Alvarado —y hubiera hecho cualquier renovador de buena fe— fue suscitar el más o menos transitorio desajuste que habrían de producir sus medidas revolucionarias de justicia social, en aquel ambiente sobrecargado de oscurantismo y de rutina, imponiendo a los yucatecos un sacrificio temporal, con el que pagarían el beneficio inestimable de acabar con una situación notoriamente inequitativa y antisocial, que más tarde o más temprano habría de tener un fin violento y lamentable. Sin embargo, con el noble deseo de amenguar en lo posible los efectos adversos de su empresa trans-

³ En el año de 1847 ocurrió en Yucatán una sangrienta sublevación indígena que ha sido llamada guerra social o guerra de castas, generada por la situación de opresión impuesta a la gran mayoría maya, por la minoría mestiza privilegiada que venía detentando los poderes político y económico desde la consumación de la conquista española.

formadora, que los yucatecos todos habrían tenido fatalmente que afrontar, como ha ocurrido en todos los movimientos transformadores del mundo, creyó factible anticiparse a los hechos históricos, combatiendo simultáneamente el desequilibrio provocado por las medidas revolucionarias de justicia social.

Para el efecto, buscó empeñosamente la colaboración de los hacendados mismos, esto es, de los elementos contra los que iba dirigido el programa de la Revolución. Demandó de ellos comprensión, y un poco ingenuamente, les ofreció garantías para que llevaran con buen ánimo su situación de derrotados. "Celebré numerosas juntas con hacendados y capitalistas — escribe en el relato sobre su actuación en Yucatán— invitándolos a emplear sus capitales en empresas remunerativas y de urgente necesidad pública. Traté de hacerlos adoptar sistemas de trabajo más en concordancia con el espíritu de nuestras ideas; y muy lejos de pretender destruir el capital —ni siquiera de atacarlo— procuré siempre darles las mayores facilidades para su desenvolvimiento y para que llenara la función social que la comunidad tiene derecho a exigirle."

Sería insensato sostener que la obra de Alvarado en Yucatán careciera de errores. Pero desde luego afirmamos que la mayor parte de ellos no son precisamente los que señalan sus sedicentes historiadores. El error más costoso y evidente de Alvarado fue pretender conciliar situaciones inconciliables, con un espíritu apaciguador, pese a las violencias que se le señalan en su actuación, y que él reconoce y explica como exacerbaciones inseparables de toda lucha armada.

Cuando llegó a Yucatán, "vi —dice él mismo— sin gran trabajo, que tan necesitados de redención estaban los ricos como los pobres". Esta realidad, superficialmente apreciada, constituyó el punto de partida de una tarea política sistematizada, y a ella ajustó, sin penetrar analíticamente en su fondo, toda la fuerza de su obra social y económica de signo exaltadamente revolucionario. La verdad era que los ricos no necesitaban de ninguna redención, pues a pesar de todos los desajustes circunstanciales introducidos en su situación por peculiaridades del régimen político imperante, seguían detentando el predominio clasista y el uso exclusivo de los medios de trabajo y de producción.

Los ricos que encontró Alvarado en 1915, eran los hacendados henequeneros en trance de liberarse de la tiranía económica del molinismo⁴ agente de los monopolios extranjeros de la fibra, y dueño y

⁴ Se llamó "molinismo" al estado de cosas creado en Yucatán por la dominación política y económica que ejercían los señores Molina, allegados del Lic. Olegario Molina Solís en un tiempo Gobernador del Estado y luego Secretario de Fomento en el gabinete del Presidente Díaz, circunstancia a la que se debía la gran influencia de que disfrutaba en el porfiriato.

señor del comercio y de la industria del henequén. No estaban libres del todo, pues todavía los intereses del antiguo régimen privaban en las transacciones financieras. Pero tenían puestas sus más caras esperanzas en un cambio, que suponían favorable a ellos, del estado de cosas imperante, como consecuencia de la reciente caída de la dictadura porfiriana. No se consideraban perdidos, y por consiguiente no se daban por vencidos del todo, al extremo de necesitar "redención" como creyó Alvarado.

Aunque veían venir la transformación inminente, no podían concebir que ésta se hiciera al margen de los intereses que ellos representaban, y estaban completamente seguros de que, en el fondo, las cosas de la economía yucateca, al no desplazar de su base el henequén, se perpetuarían con ligeras modificaciones formales, en las mismas condiciones esenciales que hasta entonces habían guardado. No eran capaces de concebir que la justicia social llegara a Yucatán por la vía directa del despojo que ellos iban a sufrir, de las riquezas que el azar de una organización social estrábica les había deparado. Así se explica que hasta entonces vivieran en el *dolce far niente* que el prodigio henequenero auspiciaba, y su interés intelectual no iba más allá de la función de convertir en oro amonedado, las pencas del agave que el indio sumiso cortaba día a día para ellos. De haber podido liberarse de la tiranía financiera del poderoso molinismo, su felicidad habría sido completa. . .

Sin embargo, Alvarado se empeñó en "redimirlos", para lo cual condicionó su obra revolucionaria al contradictorio propósito de no lesionar los intereses creados por aquel sector, al propio tiempo que luchaba por reivindicar los modestísimos y humanos del sector que formaban los trabajadores del campo y de la ciudad, victimados por la opresión capitalista. Desde luego que no logró —no podía lograrlo— su propósito conciliador, y si mientras ejerció el poder pudo muchas veces contar con la colaboración personal de no pocos elementos pertenecientes al sector económicamente poderoso, ello fue más por temor a desafiar su omnipotente autoridad, que por una convicción, siquiera débil, de la bondad de la obra de la que ellos se convertían en dóciles y forzados instrumentos.

Fue así como, concluido el mandato preconstitucional de Alvarado, la opinión de los ricos por él "redimidos" se unificó en su contra en la forma más violenta, y llovieron injurias, acusaciones, quejas y toda clase de anatemas sobre la obra alvaradista y sobre su autor, que se vio obligado a ejercitar su derecho de defensa. Entonces lamentó su error, a la luz de la experiencia adquirida, y no pudo ocultar en ocasión tan decisiva, el dolor de algún desengaño injustamente padecido.

El resultado final fue el primer fracaso sufrido por la Reforma Agraria en Yucatán. Si Alvarado hubiera tenido el concepto claro y socialmente válido de la función revolucionaria puesta en sus manos, habría ido derecho a la finalidad natural de la Reforma que era la socialización de los medios de producción que haría efectivo el reparto de las tierras. Pero, como hemos dicho, quiso respetar y mantener en toda su fuerza el régimen capitalista en la explotación de la tierra, simultaneado con la manumisión de los siervos, en cuya esclavitud residía precisamente el punto de apoyo básico del capitalismo. Y advino el desajuste fatal para la Reforma.

TUVO Alvarado otra traba en el desarrollo de su tarea: la presión carrancista que pesaba sobre él. El Primer Jefe no fue lo que se dice un agrarista convencido, y procedió siempre con cautela en la adopción de medidas revolucionarias que en alguna forma pudieran acarrearle dificultades internas o internacionales. Es evidente que en mucho frenó la euforia reformadora del sinaloense en materia agraria. El propio Alvarado lo deja entrever cuando escribe estos párrafos: "Diré respecto a la cuestión agraria, que deploro con todo el corazón no haber cumplido con mi deber en ese sentido, *repartiendo todas las tierras* (subraya LPV) según me lo ordenaba el Decreto de 6 de enero de 1915, expedido por la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista. Causas ajenas a mi voluntad, y que no provenían, por cierto, de la oposición de los hacendados, me impidieron cumplir con aquel mandato expreso de la Revolución".⁵

¿Qué otra causa pudo haber sido superior a una disposición de D. Venustiano? Y no se califique de absurdo el hecho de que éste boicoteara sus propias leyes, pues es del dominio público que la expedición del Decreto de 6 de enero —inspirado y redactado por D. Luis Cabrera— reconoció como origen —la necesidad política que tenía el gobierno del Sr. Carranza de salirle al paso al Plan de Ayala que estaba ganando la adhesión de las grandes masas a la causa zapatista.⁶

⁵ Gral. Salvador Alvarado, *Actuación Revolucionaria del... en Yucatán*. Tipografía La Moderna. Mérida, Yucatán, 1919.

⁶ "...A nuestro juicio, el paso legislativo de mayor trascendencia durante el período preconstitucional fue la Ley Agraria de que se trata. Había que dar el primer paso, sobre todo por razones políticas; había que atraerse al constitucionalismo a la masa campesina del centro y del norte del país para combatir con éxito la División del Norte comandada por el Gral. Francisco Villa; había que tener a la mano una ley agraria frente al Plan de Ayala, con el propósito bien claro de quitar al Gral. Zapata el monopolio del ideal agrarista. De suerte que no parece aventurado afirmar que las consideraciones de carácter político influyeron en la Ley del 6 de enero de

El mantenimiento del equilibrio entre el capital y el trabajo, y en general entre todas las fuerzas sociales, políticas y económicas, es una constante característica del pensamiento político de Alvarado, convencido de que el sostenimiento de todo gobierno depende de que no se rompa ese equilibrio: "...el capital y el trabajo, la mente y el músculo, la idea y la voluntad, debían juntarse y cumplir cada uno con su deber para el progreso y la felicidad de todos".⁷

Para él, esta era una ley económica que jamás debería ser violada por el gobernante revolucionario honrado, y era tan fuerte esta convicción, que lo llevaba a contradecir sus propias experiencias respecto del origen espurio de ese capital que le merecía tan gran respeto, experiencias que expresa con su habitual calor de humanidad cuando dice: "Encontré que la riqueza de aquel pueblo bueno y fuerte, hecho para mejores destinos, no tenía otro fundamento ni otro origen que el trabajo del indio. Sobre su miseria y sobre su ignorancia, que le convertían en máquina de labor, se habían levantado fabulosos capitales y se habían labrado fortunas de príncipes."⁸

¿Y estos capitales manchados, estas fortunas mal adquiridas, deberían medirse en la evaluación de los derechos sociales y humanos, con el mismo rasero que el trabajo limpio, digno, sin sombra de turbiedad, de una masa de hombres injustamente explotados y discriminados? La realidad es que el confuso criterio revolucionario de Alvarado, producto más de un autodidactismo de poca profundidad, que del conocimiento sólido de las teorías sociales modernas, lo mantuvo intelectualmente en los límites de un socialismo utópico de tinte jesucristiano. Y su revolucionarismo, más generoso que político, lo condujo a intentar sustituir sin solución de continuidad, el desequilibrio que encontró en Yucatán con un equilibrio pleno e inmediato, eludiendo pasar por la fase de desequilibrio acrecentado que acompaña a todas las revoluciones, y la que él representaba no era una excepción. Por eso no acometió la transformación en la forma drástica y lógica que las circunstancias exigían, y por eso la acción revolucionaria desaprovechó una oportunidad inapreciable para dar el primer paso en firme en la Reforma Agraria de Yucatán.

Pudo, pues, Alvarado, ahorrarle a la Revolución los veinte años que transcurrieron hasta que Cárdenas se atrevió a abordar la empresa con base en un revolucionarismo más realista y mejor orientado, y con ellos muchos sinsabores, muchos daños, muchas fallas,

1915, y que dicha ley a su vez influyó efectivamente en el triunfo de las fuerzas leales al señor Carranza." Jesús Silva Herzog. *Breve Historia de la Revolución Mexicana*. Tomo II, p. 141. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1960.

⁷ Gral. Salvador Alvarado. *Actuación Revolucionaria*, . . . *Ut supra*.

⁸ *Id. Id.* *Ut supra*.

que se han venido perpetuando a través de la historia regional, por causas cuyos orígenes hay que buscar en el primer paso en falso que dio el Gral. Alvarado, erigido al mismo tiempo, paradójicamente, en redentor de los pobres y de los ricos de Yucatán.

Pero la historia es la historia, y no nos es dable modificar su marcha al ritmo de nuestros intereses particulares; una crítica a la actuación del Gral. Alvarado, por haber procedido como pensamos que no debió proceder, sólo podría basarse en valores o principios absolutos, desestimando las posibilidades históricas de realización de los hechos que pudieran ser convenientes desde nuestro punto de vista personal. "¿Hasta dónde —se pregunta André Gorz— puede incidir la iniciativa personal en el curso de los acontecimientos?" En verdad, también existe la posibilidad de que sean los acontecimientos los que incidan en la iniciativa personal por cuanto "si los individuos son, en su acción social e histórica, los productos de su situación ¿en nombre de qué se les puede condenar o criticar?"⁹

II

UN lustro transcurrió desde el inicio maderista de la Revolución, hasta los días de la irrupción en Yucatán de las fuerzas constitucionalistas capitaneadas por el Gral. Alvarado. Y ese interregno no había logrado destruir, con sus supuestos cambios de estructuras y de hombres, ni siquiera afectar profundamente, las tradiciones enseñeadas en la vida yucateca con el advenimiento de la civilización del henequén, tradiciones representadas por las modalidades más ominosas de organización social bajo los signos de la injusticia, la esclavitud, el fanatismo religioso, y la explotación del hombre por el hombre en sus formas más trágicas.

Si bien en Yucatán no hubo prácticamente lucha armada, las repercusiones del movimiento nacional se hicieron sentir en los resquebrajamientos de la monolítica economía henequenera controlada por una plutocracia todopoderosa, con las inevitables irradiaciones a los diversos sectores constituyentes de la desequilibrada organización social prevaleciente. A estos quebrantos económicos contribuyeron las agitaciones políticas nacionales: el capital de la Reguladora, que era de los hacendados, sufrió la primera sangría en 1913, al disponer de dos millones de pesos el Gobernador Prisciliano Cortés para enviar al "chacal" Huerta por vía de ayuda a los gastos de la rebelión. Después, el carrancismo victorioso decretó un empréstito de siete millones de pesos para las necesidades de la revolución

⁹ André Gorz, *Historia y Enajenación*, p. 35. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1964.

constitucionalista, que fue cubierto también por los hacendados yucatecos. Y todavía más tarde, siendo Secretario de Hacienda D. Luis Cabrera, intentó poner nuevos gravámenes al henequén para los mismos fines, y por haberse negado a patrocinar esta nueva exacción el Gobernador Eleuterio Avila tuvo que presentar su renuncia y exiliarse del Estado.

La Revolución, como impulso transformador de la vetusta organización nacional, acendrada en sus formas más negativas por el porfiriato, no había llegado a Yucatán, pues, cuando sonaron en Mérida los primeros disparos de los mausers alvaradistas. Todo se había quedado hasta entonces en leves escaramuzas sociales sin mayores consecuencias. Por eso es extraordinariamente exacta la patética descripción que hace el sinaloense del panorama yucateco que vio a su llegada:

"Encontré a Yucatán en plena servidumbre. Miles de desgraciados, por culpa de instituciones tradicionales y de vicios sociales tan fuertemente enraizados que parecían indestructibles, languidecían de generación en generación con la vida vendida a los "amos", con los músculos relajados en enriquecer a la casta de los señores; con el alma y la conciencia sujetas al hierro invisible de una amarga esclavitud, en la cual habían aprendido, de padres a hijos, que no podían tener otro sueño de alegría que el del alcohol, ni otra esperanza de liberación que la muerte. . . En ninguna parte como en aquella tierra que espiritualmente estaba viviendo una vida de tres siglos atrás, era necesaria la renovación de todas las fuerzas y el equilibrio de todos los derechos."¹⁰

Y a renovar las viejas fuerzas y equilibrar los derechos injustamente conferidos, se dirigió desde entonces la acción de Alvarado, unas veces siguiendo el camino que su conciencia le hacía considerar recto, y otras el que las circunstancias insuperables le señalaron. El saldo, pese a las insuficiencias de su obra total, resultó en extremo positivo, por cuanto creó un nuevo estado de conciencia en la entidad, que si permaneció soterrado en los hombres de la generación en que este estado advino, afloró impetuoso en los de la siguiente, pese a la terrible presión proveniente de las sombras del pasado cercano, que trataron de perpetuar siempre el odio a Alvarado y a su obra, de padres a hijos, hasta convertirlo en tradición familiar.

De ese panorama tétrico del Yucatán de 1915 que pinta Alvarado ¿qué quedaba el 10. de febrero de 1918. cuando el sinaloense entregó el gobierno a su sucesor D. Carlos Castro Morales, a quien toca refrendar en Yucatán, bajo el constitucionalismo carrancista, el pro-

¹⁰ Gral. Salvador Alvarado. *Actuación Revolucionaria. . . Ut supra.*

cedimiento del sufragio ineffectivo inaugurado por Madero,¹¹ y que después ha tomado carta de naturalización en los regímenes revolucionarios subsiguientes, hasta nuestros días? Si con ánimo lisonjero dijéramos que al dejar Alvarado el poder en manos de la persona que él mismo designó para recibirlo, de aquel panorama espantoso sólo queda el recuerdo, y que los tintes negruzcos habíanse tornado color de rosa, faltaríamos a la más estricta verdad.

Tres años eran muy pocos años para derrumbar una sólida edificación social que databa de más de medio siglo, y cuyos cimientos habían sido competentemente reforzados en tres décadas de dictadura porfiriana. Pero indiscutiblemente el edificio había sufrido una recia conmoción y su caída se veía inminente. Alvarado había dado el primer golpe efectivo de piqueta; los demás se sentían venir, y a esta condición del ánimo público —la ansiedad, la expectación, la espera perenne— se ha venido ajustando el ambiente de Yucatán en lo que va corrido de 1918 a 1977. Tarda en llegar el último golpe, mas el pueblo tiene fe en que un día llegará. . .

NADIE se atrevería a negar que Alvarado, en su tiempo, alteró profundamente la fisonomía del Estado, por cuanto su labor gubernativa abarcó todos los aspectos fundamentales de una auténtica transformación social, interna y externa. La Ley Seca, la supresión de las corridas de toros, y las peleas de gallos, la primera Ley del Trabajo expedida en el país, el primer Congreso Pedagógico, el primer Congreso Feminista, la liberación de la prostituta, la de la servidumbre doméstica, la fundación de escuelas rurales, vocacionales, artísticas, etc., la reorganización de la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén, la creación de la Compañía de Fomento del Sureste, el Reglamento de la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 que según la autorizada opinión de Silva Herzog "interpreta en un sentido más radical, más revolucionario, el contenido de dicha Ley";¹² la fundación del Comité de Inmigración, y tantas y tantas medidas ejecutivas y legislativas que tuvieron la virtud de trasponer los límites de la letra impresa para convertirse en acción eficaz, en hecho dinámico, fueron otros tantos factores influyentes decisivamente en los nuevos moldes que los tiempos aportaban a la vida de Yucatán.

¹¹ En las primeras elecciones de gobernador efectuadas en Yucatán instaurada la Revolución, Madero tuvo que imponer a Pino Suárez contra el candidato de la oposición que obtuvo mayoría de votos, como resultado de la manipulación comicial realizada por los hacendados, que todavía conservaban la fuerza política y económica que les había dado la recién derrumbada dictadura.

¹² Jesús Silva Herzog. *Un Revolucionario Auténtico*, etc. *Ut supra*,

Todas estas disposiciones, llevadas a puro y debido efecto bajo la égida creadora de Alvarado, sirvieron de justo marco a la que fue su máxima obra de gobierno: la manumisión de los esclavos del henequén, que culminó con la fundación del Partido Socialista del Sureste. Esta acción redentora de alto signo político y humano, bastaría para asegurarle un lugar de honor entre los más grandes reformadores que ha tenido México, si la importancia de las demás tareas históricas que logró realizar fuera menor. Su acción gubernativa logra "la mayor prosperidad que registra la historia de Yucatán, obtenida por los métodos revolucionarios" según anota verazmente Antonio Mediz Bolio.¹³ Esto es, una prosperidad que nada tiene que ver con los adelantos y la paz de "sepulcro blanqueado" que prevalecieron en la entidad treinta años antes, y de los que todavía se ufanan los herederos de la oligarquía porfirista. Y en este aspecto, Yucatán disfruta la honrosa primacía de haber sido la sola región de la República que supo, en aquellos días, de esa concepción integral del progreso de las colectividades que es la esencia de la doctrina revolucionaria.

En materia henequenera, Alvarado desarrolló una política comercial alcista que le ha sido muy censurada, pero entendemos que es difícil emitir un juicio definitivo acerca de ella, desligados de una circunstancia fortuita que contribuyó a elevar fantásticamente los precios de venta al extranjero de la fibra: la guerra mundial 1914-1918. Se pretende atribuir a esa acusada tendencia a elevar los mencionados precios, que caracterizó la acción de la Reguladora convertida por Alvarado en monopolio oficial, la causa de que los compradores norteamericanos se esforzaran en promover y refaccionar el cultivo del henequén en otras regiones del mundo, así como la elaboración de fibras sintéticas sucedáneas.

A esto puede responderse que desde 1908, a juzgar por las estadísticas, México dejó de ser el único productor de henequén en el mundo, ya que la producción mundial de ese año fue de 139,952 toneladas, de las cuales a nuestro país correspondieron 137,452. Y ya sabemos que las competencias comerciales son siempre el resultado de una emulación determinada por la buena aceptación de un producto, es decir, se originan, en una proporción decisiva, en los mecanismos de la oferta y la demanda, y muy poco en factores extra-comerciales, como es un alza provocada por la guerra, circunstancia tan eventual.

También se atribuye a Alvarado el haber impulsado una política económica que a la postre resultó más favorable a los hacendados

¹³ Antonio Mediz Bolio. Prólogo de *Crit. al Pueblo de Yucatán y Mi Sueño*. Editorial INJUMEX. México, D. F., 1955.

que a los siervos a quienes él mismo libertó. Y esta sí es una verdad que no puede ser desconocida. El hecho se originó, como hemos dicho ya, en el criterio equívoco que normó algunos de sus actos, atribuible a su afán de mantener a toda costa un equilibrio rígido en el mecanismo capitalista de la producción, como base de toda política gubernamental de no agresión al capital, y en su errónea creencia de que en Yucatán tanto necesitaban ayuda los pobres como los ricos.

Dejó un legado político muy importante en el opúsculo que tituló "Mi Sueño" un producto de su imaginación constructiva y pragmática, encerrado en atractivo molde literario; su redacción se atribuyó entonces al gran poeta yucateco Antonio Mediz Bolio que fue colaborador muy cercano del sinaloense. En rigor, "Mi Sueño" es un programa de gobierno, el programa que Alvarado pretendió realizar y que habría realizado de habérselo permitido el tiempo y las circunstancias. Se trata de un documento en el que la realidad y la ficción se amalgaman en visiones admirables por su lucidez, así como por la permanente actualidad y la calidad hacendera de los planes y proyectos que enuncia, aplicados unos y aplicables otros en el presente, aunque demorados.

Quienes vivieron en Yucatán aquellos días tempestuosos preliminares de la presencia de Alvarado con su ejército, recuerdan que ésta se anunció en forma impresionante. El enviado por el Presidente Carranza para batir a la rebelión argumedista,¹⁴ llegaba precedido de una leyenda de crímenes y de infamias que hacían su figura repulsiva para la sensibilidad sosegada del yucateco típico, que Argumedo había sabido con suma habilidad canalizar en su propio provecho. Y el día que este impostor —que bien pudo haber sido el responsable de una nueva separación de Yucatán de la República Mexicana, cuyos resultados finales habrían sido históricamente imprevisibles—, huyó del Estado, con muchos millones de pesos en sus morrales, presa de temor, ante la inminencia de la llegada de las fuerzas constitucionalistas para someterlo al orden, comenzó la desbandada de las familias "decentes" de Mérida, que iban a buscar refugio en pequeños poblados, haciendas y ranchos, para ponerse a cubierto de los desmanes de las "hordas" alvaradistas.

De la marcha hacia Mérida procedentes de Campeche, donde habían desembarcado las tropas constitucionalistas, iban llegando a la capital las noticias más espeluznantes de hechos atribuidos a Alvarado y a sus hombres: en Hecelchakán había fusilado a varios soldados y en Maxcanú a otros por "quítame esas pajas"; en Halachó había pasado por las armas a numerosos jóvenes de la mejor sociedad de Mérida por el delito de ser ricos, y ya en Mérida, había or-

¹⁴ Abel Ortiz Argumedo era el nombre del cabecilla de la rebelión.

nado las ramas de un frondoso roble plantado en el Paseo de Montejo, con racimos de horca. Todo esto confirmaba la leyenda negra de que venía precedido el implacable militar, y ponía estremecimientos de espanto en los habitantes.

Después pudo comprobarse que la realidad era bien distinta de las afirmaciones del chismerío populachero: el soldado victimado en Hecelchakán, había antes violado a una infeliz mujer del pueblo; el de Maxcanú, era un delincuente de homicidio en la persona de un pacífico ciudadano; en Halachó, Alvarado no hizo otra cosa que contener la euforia sanguinaria de sus subordinados, impidiendo que sacrificaran a mayor número de jovencuelos que, encendidos de fiebre argumedista, se habían armado para detener al ejército de la Revolución, los ahorcados en el roble habían sido también reos de repugnantes delitos. Esta era la verdad que pudo constatar a su tiempo la sociedad meridana.

¿Que hubo desmanes de la soldadesca, que se cometieron injusticias, que se derramó sangre yucateca inocente? Era inevitable que así ocurriera: se vivía el lapso de ardor bélico y de desenfreno que acompaña a todas las grandes conmociones sociales. ¿Acaso las cabezas que hizo rodar la guillotina en Francia restan grandeza épica a la gloriosa Revolución del 89, y solidez y trascendencia a la obra de Mirabeau, Dantón y Desmoulins?

Lo que nadie, ni los propios enemigos de Alvarado se han atrevido a afirmar, es que los grandes ingresos que la política alcista produjo al Estado en el comercio del henequén, hubieran sido deshonestamente aplicados por el caudillo. Puede que en su euforia revolucionaria hubiera hecho, como gobernador, inversiones estériles; pero la verdad es que jamás cayó en la tentación del enriquecimiento ilegítimo.

III

EN su obra yucateca, Alvarado se adelantó muchos lustros a la acción de la revolución ideológica en el escenario mexicano. Su interés por la actividad henequenera en todas sus fases, notorio siempre como preocupación central de su programa político, se extendió, con intuición visionaria, al aspecto culminante del proceso transformador del agave que hasta entonces se detenía tradicionalmente en la preparación de la materia prima para su exportación y elaboración en el extranjero. Su meta era la industrialización total de la fibra en el propio lugar de su producción. Veamos lo que dice al respecto: "Siempre he pensado que la grande obra de los viejos henequeneros que crearon la riqueza agrícola de Yucatán, quedaría trunca si no

se acometía resueltamente el problema de industrializar el henequén en nuestro propio país, estableciendo el mayor número posible de fábricas para elaborar artículos de henequén, a fin de aprovechar nosotros mismos la materia prima, y enviar a los mercados extranjeros únicamente lo que necesiten para su consumo; evitando así en ese mercado las grandes existencias de fibra, que obligan a bajar los precios por exceso de oferta."¹⁵

En pos de esta meta, dictó todas las medidas conducentes a reorganizar la cordelería "La Industrial", que si bien había sido fundada en fecha anterior (1897) por la iniciativa privada, en los días de Alvarado estaba en trance de extinción víctima de las maniobras de los representantes locales del trust monopolista extranjero comprador de la fibra, que no podía permitir competencias que lesionaran el interés de los elaboradores norteamericanos de artefactos de henequén.

En "Mi Sueño", dice a propósito en ese lenguaje de anticipación onírica característico de aquel valioso documento histórico: "La industria henequenera llenaba el Estado de un extremo a otro de un asombroso impulso. La producción había llegado a un mejoramiento incomparable en calidad y cantidad, no sólo por el aprovechamiento de lo que antes se consideraba desperdicio inútil —como el bagazo que era ya materia de próspera industria— sino también por adopción de nuevos métodos y maquinarias científicas."¹⁶

¡Qué lejos estaban a la sazón los días de 1962 en que un Presidente mexicano, cabalmente interiorizado de los valores económicos y morales de la fibra yucateca, como vehículo de progreso y de justicia social, determinara socializar la última fase del proceso industrializador: la conversión de la materia prima en producto elaborado, en beneficio del interés campesino! Cuando López Mateos decretó la adquisición de los medios de producción industrial henequenera, y transformó a "Cordemex" en empresa estatal, dijo estas palabras en las que se advierte un eco del criterio alvaradista manifiesto medio siglo antes: "Habremos de llegar a la integración del ejido industrial, desde el cultivo del henequén y la desfibración por los propios ejidatarios, hasta la cordelería en manos también de los ejidatarios, pues si son ellos los hombres que trabajan la tierra, a ellos corresponde la riqueza total del henequén."

HAY aliento anticipatorio también en la obra legislativa de Alvarado en Yucatán. En ella fue mucho más allá de lo que habían ido

¹⁵ Gral. Salvador Alvarado. *Actuación Revolucionaria*, etc. *Ut supra*.

¹⁶ Gral. Salvador Alvarado. *Mi Sueño*. Ediciones del Gobierno del Estado. Mérida, Yucatán, 1965.

los hombres de la Revolución de su época, y su influencia evidente en el criterio social de los constituyentes de 1917, ejercida a través de la representación yucateca, se aprecia en la letra y el espíritu de los mandamientos constitucionales básicamente revolucionarios, como son los artículos 27 y 123.

Pero no únicamente estas cuestiones merecen su atención y fundan su criterio constitucionalista; abarca otras de no menor trascendencia social en aquella época y aun en la nuestra, que conforman conceptos que son producto claro de la experiencia adquirida por el gobernante y por el revolucionario, en su quehacer yucateco.

Con fecha 18 de enero de 1917, Alvarado dirigió desde Mérida a los miembros del Congreso Constituyente de Querétaro, un extenso telegrama cuyo texto, por desgracia, no ha sido suficientemente difundido para que la opinión pública nacional cuente con un elemento más de convicción, decisivo y concluyente acerca de la recia envergadura del gran luchador revolucionario, idealista, sí, pero con un idealismo pragmático constructivo, al que son adictos sólo los inconformes mencionados por Silva Herzog, y que no comprenderán nunca los mercaderes y oportunistas que tanto hemos padecido a lo largo de las décadas de la historia de nuestra Revolución Mexicana.

Dice lúcidamente uno de los párrafos de dicho telegrama: "Sabien ustedes perfectamente bien que las leyes deben estar de completo acuerdo con el medio para el cual son expedidas; que deben tenerse en cuenta las costumbres, el modo de ser, el grado de cultura y civilización, las condiciones geográficas, etnográficas, políticas y sociales de cada pueblo. Una ley puede ser buena para uno y mala para otro: puede llenar las legítimas aspiraciones de un pueblo y no satisfacer a otro, por no ser adecuado al medio, y cuando no reúne esas condiciones esenciales, es inadaptable, y, como consecuencia lógica, constituye letra muerta, nadie la aplica."¹⁷

En relación con la organización ejidal y el latifundio, expone los siguientes conceptos reveladores de su certera visión del futuro mexicano: "Con toda franqueza debemos declarar que la cuestión relativa a los ejidos de los pueblos no decide el problema, ni lo resuelve en lo absoluto. Cuando se haga la distribución de los ejidos, volverán con toda seguridad a ser acaparados por los terratenientes y el pueblo quedará en las mismas condiciones que antes de la Revolución." Más adelante: "Para evitar que grandes extensiones de tierra estén en poder de una sola persona, sin que las cul-

¹⁷ Ramón Mendoza Medina, *La Influencia de Salvador Alvarado en la Constitución de 1917*. Edición del Centro Regional en Yucatán del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI. Mérida, Yuc., 1967. (Los entrecomillados que aparecen en los párrafos subsiguientes pertenecen al texto del mismo documento.)

tive en su totalidad con perjuicio de la nación, se propone la expropiación en esos casos, y nada más natural que si una persona no puede cultivar determinada porción de tierra, se la dé a quien pueda cultivarla. . ."

Sobre la posibilidad de que la tierra sea acaparada por extranjeros, propone: "Para que los extranjeros no sigan considerando a la República como un país conquistado, y para que no continúen acaparando la riqueza pública, se propone que sólo los ciudadanos mexicanos gocen del beneficio de pedir tierras sin cultivo, siempre que sea para que las cultiven personalmente. Y a los ciudadanos mexicanos se les darían esas tierras en arrendamiento y no en propiedad, para que la Nación o el Estado siempre tuvieren derechos directos sobre esas parcelas, a fin de vigilar su cultivo facilitándole al arrendatario los recursos indispensables y adecuados o ya privándole del beneficio conseguido si no es diligente, empeñoso, activo y competente, para ceder la parcela a quien tuviera mayores aptitudes, con el objeto de mejorar la riqueza pública."

Acerca de la capacidad de las instituciones y ministros de tipo religioso, para adquirir bienes en propiedad, propone: "Se propone igualmente que las instituciones religiosas y los ministros de cualquier religión o secta no tengan capacidad legal para adquirir en propiedad o para administrar bienes raíces o derechos reales, porque nadie ignora las artimañas de que se ha valido el clero, que es la rémora más grande que tiene la humanidad, y el peor enemigo que ha tenido la República para burlar las leyes de Reforma."

Pero sin duda su proposición de mayor trascendencia social, nacida de su experiencia yucateca, pero susceptible de extender nacionalmente sus beneficios, fue la adición del artículo 28 constitucional. Su aprobación por el Constituyente de 17 pone de manifiesto la influencia de las ideas de Alvarado en este aspecto medular de nuestra Carta Constitucional. He aquí el texto de la adición tal como lo concibió el proponente y fue transmitido por la representación yucateca: "No constituyen monopolio las asociaciones de los productores para que, en defensa de sus intereses y del interés general, vendan directamente en los mercados extranjeros los productos naturales e industriales que sean la principal fuente de riqueza de la región en que se produzcan, siempre que dichas asociaciones estén bajo la vigilancia y amparo inmediatos del Gobierno Federal o del de los Estados, y previa autorización que al efecto se obtenga de las Legislaturas respectivas en cada caso. Las mismas Legislaturas, por sí o a propuesta del Ejecutivo, podrán derogar cuando las necesidades públicas así lo exijan, las autorizaciones concedidas para la formación de las asociaciones de que se trata".

El propio Alvarado explica la génesis de su oportuna proposición en el telegrama a que nos hemos referido: "A primera vista parece que la adición que se propone al artículo 28 está de más y sale sobrando, toda vez que en realidad y en estricto derecho no constituyen monopolio las asociaciones que se forman en los términos a que dicha adición se refiere; pero es mejor que la misma ley fundamental haga la aclaración de una vez, para evitar conflictos que se presentarían después de promulgada la Constitución, en virtud de que los grandes intereses de los verdaderos monopolizadores extranjeros que han sufrido un rudo golpe y a los que se les ha cortado de raíz sus procederes nada limpios, pretenderían volver a las andadas." En seguida puntualiza el caso de los productores de henequén que nutre una experiencia particular suya, pero congruentemente nacionalizable: "En Yucatán los productores de henequén estaban extorsionados, verdaderamente oprimidos por ciertos monopolizadores, que a su antojo y arbitrio señalaban el precio de la mercancía y ponían condiciones a cual más onerosas y leoninas a los productores. Para evitar este estado de cosas que causaba un verdadero trastorno económico en esta región, por ser el henequén la principal y puede decirse que la única fuente de producción, se estableció bajo auspicios y dirección del gobierno, una asociación denominada Comisión Reguladora del Mercado de Henequén, que vende directamente la fibra en los mercados extranjeros, obteniendo así pingües beneficios. Los productores se han favorecido y el Estado también. Los mismos resultados tan halagadores obtenidos por los productores de henequén en Yucatán, pueden alcanzar los productores de algodón, cacao, azúcar, etc., etc., de los diversos estados de la República, estableciendo asociaciones bajo la dirección de sus respectivos gobiernos. Téngase en cuenta que las tendencias de esas asociaciones no serían en lo absoluto formar un block para vender en la República los artículos de primera necesidad con perjuicio de los consumidores y esencialmente de las clases menesterosas, sino para exportar dichos productos para obtener mayores ventajas que no se obtienen cuando median intermediarios entre el productor y el consumidor de los mercados extranjeros. Por último, como estas asociaciones se formarían con la autorización de las respectivas legislaturas, es inconcuso que no obtendrían dicha autorización, ni el gobierno las ayudaría cuando redundase o pudiese redundar en perjuicio de los consumidores de la República, sobre todo tratándose de artículos de primera necesidad, indispensables para la vida."

Los debates en torno del texto del artículo 28 constitucional y su correspondiente adición basada en la experiencia yucateca de Alvarado, fueron muy agitados según informó la prensa de la época: el resultado final fue de ciento veinte votos en pro y cincuenta en

contra, victoria que hay que anotar al espíritu luchador, idealista y visionario, del caudillo sinaloense.

NO creemos haber agotado el tema de las proyecciones de la obra alvaradista en el medio social yucateco canalizada al nacional, pero estimamos que los aspectos señalados bastan para dejar sentada una verdad histórica irrefragable: que Alvarado actuó en Yucatán con amor a la causa que servía, convicciones firmes, buena fe hasta en sus equivocaciones, y honestidad a toda prueba, y que el saldo de su obra es, repetimos, ampliamente positivo, si se le juzga desde el punto de vista, muy respetable, de la Revolución tal como él, producto de su época, la concibió y la ejecutó. Fue un auténtico constructor del México revolucionario que todavía no logra su plena madurez: tal vez, intrínsecamente, el mejor de todos.

Mérida, Yuc., marzo de 1977.

LAS IDEAS ECONOMICAS, SOCIALES Y POLITICAS DE SALVADOR ALVARADO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

GENERAL revolucionario, gobernante y escritor. Nació en 1880 en la población de Culiacán, Sinaloa, o en Potam, Sonora. El habla de este lugar llamándolo mi pueblo en su libro "La reconstrucción de México" (p. 11, t. I). Dejó de existir en 1924. La carrera militar de este personaje se inició en 1910 bajo las órdenes del coronel Juan G. Cabral, sirviendo a la causa maderista y participando en varias acciones de armas. Por sus dotes de organización y de mando fue nombrado comandante para luchar contra los orozquistas en 1912. En 1913 al ser asesinados el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez se incorporó a las fuerzas sonorenses que desconocieron al régimen de Victoriano Huerta. Pronto fue ascendiendo en su carrera militar desde mayor hasta brigadier, habiendo sido durante varios meses el jefe de los revolucionarios que pusieron sitio al puerto de Guaymas en poder de los federales.

El rompimiento del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista con José María Maytorena, quien se declaró partidario de Francisco Villa, hizo que la policía del Estado de Sonora aprehendiera al general Alvarado por orden del toruoso gobernador, en agosto de 1914. En octubre del mismo año fue puesto en libertad por órdenes de la Convención de Aguascalientes.

En febrero de 1915 fue nombrado Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente para someter a los rebeldes yucatecos encabezados por Abel Ortiz Argumedo. Alvarado, después de vencer a los reaccionarios en varios combates, ocupó la ciudad de Mérida el 19 de marzo de dicho año. Ortiz Argumedo y su pandilla huyeron al extranjero con un cuantioso botín. El señor Carranza nombró a Alvarado gobernador y comandante militar del Estado de Yucatán, cargo que desempeñó desde entonces hasta los primeros días de 1918, entregando el mando al gobernador electo por el pueblo. El general Salvador Alvarado al frente de la entidad precitada realizó una obra revolucionaria y a la par constructiva verdaderamente notable, sin paralelo en ningún otro Estado de la República. Sus dotes administrativas y de reformador han sido reconocidas sin ambages en lo fundamental por propios y extraños.

Después de su admirable gestión en Yucatán se traslada a la ciudad de México. Hacía tiempo que había sido ascendido a divisionario. En 1919 solicita licencia para separarse del ejército por inconformidad con la política del presidente Carranza al tratar de imponer la candidatura presidencial de Ignacio Bonillas. Su solicitud es negada y es aprehendido. Puesto en libertad se traslada a los Estados Unidos donde escribe su obra en 3 volúmenes titulada "La reconstrucción de México", en la cual estudia todos los problemas nacionales, lo mismo los económicos que los políticos y sociales, dando en cada caso su parecer sobre la manera de resolverlos. Regresa al país en 1920 y es nombrado Secretario de Hacienda y Crédito Público por el presidente Adolfo de la Huerta. A fines de 1923 secunda la rebelión delahuertista. Combate en el Estado de Tabasco. Sus fuerzas son vencidas. Vagando por la selva casi solo es sorprendido y asesinado por un oficial de los leales al gobierno del general Alvaro Obregón.¹

Salvador Alvarado es una mezcla de hombre de acción y de idealista, cayendo a veces en lo utópico. Escribe que "la sublime religión del pensamiento está en avanzar, en volar alto, en mirar lejos, en ser fuerte, en ser grande". Y en su largo escrito titulado "Mi sueño", en el cual pinta cómo será Yucatán y Estados circunvecinos en un futuro próximo, se deja llevar en alas de su pensamiento, por sus nobles deseos, por sus anhelos de superación e imagina algo así como un nuevo país de utopía. Sin embargo, reconocemos que "Mi sueño" es un pecado venial frente a otros escritos e iniciativas del divisionario sonorenses.

Ahora bien, el general Salvador Alvarado, en su carácter de gobernador de la entidad precitada, expidió el 3 de diciembre de 1915 un decreto reglamentando la ley expedida el 6 de enero de ese mismo año por el señor Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo de la Nación. El decreto de Alvarado es de indudable interés histórico porque pone de relieve el espíritu revolucionario que en ese año de 1915 prevalecía entre los jefes más prestigiados del movimiento que iniciara don Francisco I. Madero el 20 de noviembre de 1910.

El documento de que se trata consta de una serie de considerandos redactados en estilo elocuente, de ochenta y siete artículos bien claros y precisos y tres transitorios. Puede decirse en términos generales que este reglamento de la Ley de 6 de enero interpreta en un sentido más radical, más revolucionario el contenido de dicha ley.

En uno de los considerandos se lee:

¹ El hecho ocurrió el 8 de junio de 1924.

Que ante el fracaso mundial de todos los sistemas religiosos y del espíritu comercialista para obtener la felicidad de los pueblos, se levanta por fin el concepto claro de que todo hombre tiene derecho a obtener por medio del trabajo, lo que significa su bienestar directamente de las fuentes naturales, lo cual quiere decir que todo hombre tiene derecho a un pedazo de tierra, en donde por medio del cultivo y por todas las formas que la economía moderna enseña, pueda obtener lo necesario para sostener con cierta comodidad, y con facilidad de practicar las relaciones sociales necesarias para la elevación de su espíritu, consiguiendo, además ciertas economías para la vejez, todo lo cual significa bienestar material por familia, que es la base, en términos generales, de la felicidad de los pueblos.²

Como es fácil observar, quien redactó este considerando ya se daba cuenta del fracaso moral y económico del sistema capitalista y pensaba que era menester encontrar métodos más eficaces para garantizar una vida más humana y más justa de los miembros de la sociedad.

De 20 a 25 has. de tierras de labor debían repartirse a todo mexicano o extranjero avecindado en el Estado de Yucatán, que quisiera dedicarse a la agricultura, y 200 has. de terrenos para pastos. Tratándose del cultivo del henequén las parcelas distribuibles no podían exceder de 10 hectáreas.

Ya sabemos que desde la iniciación de la reforma agraria en nuestro país se ha discutido acerca del límite que debe fijarse a la pequeña propiedad. Mientras unos pecando por carta de menos la han fijado en 10 has., otros pecando por carta de más llegan a fijarla desde 100 a 300 has. de riego como en las reformas constitucionales de fines de diciembre de 1946. En el decreto del gobernador Alvarado se señalan como máximo 50 has., cantidad que parece la más conveniente tratándose de tierras de riego de primera clase y siempre que los propietarios o usufructuarios en una zona determinada se organicen en forma cooperativa para los fines de cultivo y la venta de los productos.

Otros aspectos que precisa destacar del reglamento en cuestión, son los relacionados con los ordenamientos acerca de las expropiaciones por causa de utilidad pública. Se dice que serían pagadas con bonos redimibles en 50 años, los cuales gozarían de un interés del 4% anual. Estas disposiciones, que por supuesto a la postre no se cumplieron, eran más lesivas para los antiguos propietarios que

² Salvador Alvarado, "Reglamentación de la Ley Agraria", en *Colección de folletos para la historia de la Revolución Mexicana*, dirigida por Jesús Silva Herzog, t. IV, pp. 86 y 87.

la reforma agraria cubana, considerada como confiscatoria por el Departamento de Estado, o como la japonesa.

Lo que se dice en el párrafo anterior nos hace pensar en la reforma agraria mexicana en cuanto al pago de las tierras expropiadas. Según nuestros informes no ha pasado de 40 millones de pesos lo entregado a los antiguos dueños de la tierra en el país, lo que quiere decir que nuestra reforma agraria ha sido de hecho confiscatoria, lo que parecerá muy mal a unos y muy bien a otros; muy mal a los hombres de la derecha, muy bien a los hombres de la izquierda. Mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que si no se hubieran hecho las cosas como se hicieron, la reforma agraria en México apenas estaría en sus comienzos, con todas las consecuencias económicas, sociales y políticas imposibles de imaginar.

Reconoce con clara visión que para crear la pequeña propiedad no es suficiente con distribuir la tierra sino además dar crédito a los labradores, para lo que es necesario establecer un banco agrícola, a fin de que les ayude a levantar sus cosechas o para establecer pequeñas industrias rurales. Y no sólo eso, pues considera necesario establecer una escuela de agricultura, construir caminos y realizar obras de riego en todo el sureste del país. Por supuesto que al pensar en todo lo anterior tiene presente a los pueblos dotados con tierras ejidales. De lo anterior se concluye que el primer gobernante que tuvo el concepto de una reforma agraria integral fue el general Salvador Alvarado. Un decenio después, siendo Presidente de la República el general Plutarco Elías Calles, se estableció el Banco Nacional de Crédito Agrícola, los primeros 4 bancos agrícolas ejidales, las escuelas centrales agrícolas, la Comisión Nacional de Caminos y la Comisión Nacional de Irrigación.

Anotemos de paso que la Comisión Reguladora del Mercado del Henequén y la Compañía de Fomento del Sureste de México, fueron durante la gestión administrativa de Alvarado en Yucatán medidas revolucionarias de intervención del Estado en la economía, medidas que produjeron notable mejoramiento en las condiciones económicas de la entidad.

El gobernante de que nos ocupamos no se preocupó únicamente del fomento económico de la península, ya que de modo constante tuvo también muy honda preocupación por la suerte del indio maya, explotado sin misericordia por los grandes terratenientes henequeneros, a los que llamó "la casta divina", mote que ha perdurado desde entonces hasta la fecha. De "Actuación revolucionaria del general Salvador Alvarado en Yucatán", pequeño libro en que se defiende de sus adversarios y publicado después de haber dejado el gobierno yucateco, tomamos al azar los párrafos siguientes:

Para hacer al indio definitivamente libre, era preciso educarlo.

Era preciso educarlo para que tuviera una idea clara y definida de sus deberes y de sus derechos de ciudadano, prepararlo para que no volviera a caer nunca en la esclavitud.

No pudo escapar al Gobierno de la Revolución el peligro que entrañaba esa transición entre el vasallaje y la ciudadanía; y para evitar cualquier trastorno que pudiere venir y para eliminarlos totalmente en lo futuro —acudió al procedimiento más racional y más humano—: crear escuelas que civilicen a los antiguos siervos, y con actos de justicia y de respeto a la libertad, ir encarrilando sus energías por el sendero del bien.

¡Con cuánta razón los hombres de bien, llenos del espíritu de Jesús, más que muchos de los que lo afrontan diciendo que creen en El, sienten, en su cólera sagrada, la necesidad de arrojar del Templo a los fariseos y a los escribas que en su nombre cometen los más nefandos crímenes!

El Pueblo de Yucatán, secularmente oprimido al mismo tiempo que por el AMO, por el CURA hipócrita y venal, que era su cómplice para aterrorizar a los indios con las penas eternas si no daban ciega obediencia y callada sumisión a los poderosos de la tierra; ese pueblo que sólo necesitaba abrir los ojos y ver la luz; para sentir la conciencia de su propia dignidad, tuvo un estallido de humana y frenética indignación, cuando se dio cuenta de cómo había vivido aherrojado por su ignorancia, al servicio de los falsificadores de la verdad, de los corruptores del Evangelio, de los traficantes de la palabra divina.

Y fuera de la ley vivía el hacendado que disponía de la persona del indio, exactamente igual que del cuerpo de una res, herrada con una marca.

Fuera de la ley, vivía el amo que ayuntaba los machos y las hembras de su servidumbre, con el mismo procedimiento con que acoplara los potros y las yeguas en los corrales de su estancia para producir, igual que ejemplares de buena y fina sangre, siervos vástagos de siervos, para que substituyeran a sus padres en la fatiga abyecta de ir arrancando a la tierra el oro que los niños ricos iban a despilfarrar envileciéndose también en los prostíbulos de París y en las orgías elegantes de Nueva York.

Fuera de la ley, vivían los que se sentían capaces de aplicar el DERECHO DE PERNADA en el siglo XX, gozando de las primicias de las hijas de sus esclavos, para casarlas después en complicidad con el Cura y en ignominia de Dios, con otro siervo al cual, desde el primer acto solemne de su vida civil, se le enseñaba que no tenía derecho a la virilidad ni al honor.

Fuera de la ley, vivían los poderosos que, siglo tras siglo, daban a besar su mano, como en una ceremonia de vasallaje feudal, al desdi-

chado paría que se alzaba del suelo trémulamente, con las espaldas abiertas por el látigo de los capataces, haciendo así ritual y casi sagrada la degradación de la humana especie.

Fuera de la ley, vivía el que, en contubernio con las autoridades, tan irredentes y tan serviles como los mismos esclavos, hacía cazar por los gendarmes al desventurado jornalero que, cansado de tanto dolor y tanta ignominia, se fugaba de la hacienda para ir a venderse a otro propietario de quien esperaba menor impiedad.

Fuera de la ley tenía que estar, por fin, aquel que pasaba, tasándole a su albedrío, un jornal que consistía en unos cuantos ruines centavos, en granos de maíz y botellas de aguardiente; el jornal de las bestias con semblante humano que, dobladas sobre la tierra, bajo el fuego del sol y la herida del azote, trabajaban todos los días, para que su trabajo se convirtiera en palacios y en automóviles, en sedas y en diamantes, que ellos estaban acostumbrados a ver como tributo a una especie de divinidades, bajadas a la tierra con la advocación de "HAGENDADOS", para hacerles el honor de servirse de sus miserables fuerzas.³

En los párrafos transcritos se advierte en Alvarado no sólo la preocupación por el indio maya sino su protesta cargada de ira por la miseria en la que lo habían sumergido como en inmenso pantano de abyección sus inhumanos explotadores; es la requisitoria contra la canalla enriquecida con el sudor y las lágrimas de sus esclavos; es la pasión por la justicia de un verdadero revolucionario que se había jugado la vida en defensa de sus ideales en cruentas batallas; es, en fin, el amor de un hombre de bien por los humildes, por los desdichados para quienes parece que se han hecho todos los males y todo el dolor de un mundo deshumanizado y cruel.

En otro lugar se dice que siguiendo el plan de la doctrina socialista o sea el ejercicio de la acción oficial para mejorar la condición de las clases que siempre han sido explotadas, ha ordenado que un departamento gubernamental se ocupe de la construcción de viviendas para los trabajadores, cómodas y baratas para que puedan ser adquiridas en varios años con mensualidades que resulten inferiores a los alquileres que generalmente pagaban los proletarios. Otra vez vemos cómo Alvarado solía adelantarse a su tiempo.

Por otra parte, el general Alvarado convocó a un Congreso Feminista en Mérida, el primero celebrado en nuestro país. Dicho congreso se efectuó en el mes de enero de 1916. Las conclusiones a que llegaron las mujeres yucatecas cabe resumirlas en la forma siguiente:

³ Salvador Alvarado. "Actuación revolucionaria del general Salvador Alvarado en Yucatán", pp. 43, 44, 51, 52 y 55.

- I. En todos los centros de cultura de carácter obligatorio o espontáneo, se hará conocer a la mujer la potencia y la variedad de sus facultades y la aplicación de las mismas a ocupaciones hasta ahora desempeñadas por el hombre.
- II. Gestionar ante el gobierno la modificación de la legislación civil vigente, otorgando a la mujer más libertad y más derechos para que pueda con esta libertad escalar la cumbre de nuevas aspiraciones.
- III. Ya es un hecho la efectividad de la enseñanza laica.
- IV. Evitar en los templos la enseñanza de las religiones a los menores de diez y ocho años, pues la niñez todo lo acepta sin examen por falta de raciocinio y de criterio propio.
- V. Inculcar a la mujer elevados principios de moral, de humanidad y de solidaridad.
- VI. Hacerle comprender la responsabilidad de sus actos. "El bien por el bien mismo."
- VII. Fomentar los espectáculos de tendencias socialistas y que impulsen a la mujer hacia los ideales de libre pensamiento.
- VIII. Instituir conferencias periódicas en las escuelas, cuya finalidad sea ahuyentar de los cerebros infantiles el negro temor de un Dios vengativo e iracundo que da penas eternas semejantes a las del Talión: "Diente por diente, ojo por ojo."
- IX. Que la mujer tenga una profesión, un oficio que le permita ganarse el sustento en caso necesario.
- X. Que se eduque a la mujer intelectualmente para que puedan el hombre y la mujer completarse en cualquier dificultad y el hombre encuentre siempre en la mujer un ser igual a él.
- XI. Que la joven al casarse sepa a lo que va y cuáles son sus deberes y obligaciones; que no tenga jamás otro confesor que su conciencia.
- XII. Establézcanse conferencias públicas a las que asistan principalmente profesores y padres de familia a compenetrarse de los nobilísimos fines que persigue la educación racional con su base de libertad completa, la que lejos de conducir al libertinaje, orienta a las generaciones hacia una sociedad en que predomine la armonía y la conciencia de los deberes y derechos.
- XIII. La supresión de las escuelas actuales, con sus textos, resúmenes y lecciones orales, para sustituirlas con institutos de educación racional, en que se despliegue acción libre y beneficiosa.

- XIV. Creación del mayor número posible de escuelas-granjas mixtas.
- XV. Fomentar por medio de conferencias y artículos en los periódicos, la afición al estudio de la medicina y farmacia en el bello sexo.
- XVI. Debe abrirse a la mujer las puertas de todos los campos de acción en que el hombre libra a diario la lucha por la vida.
- XVII. Puede la mujer del porvenir desempeñar cualquier cargo público que no exija vigorosa constitución física, pues no habiendo diferencia alguna entre su estado intelectual y el del hombre, es tan capaz como éste de ser elemento dirigente de la sociedad.⁴

Las conclusiones a que llegaron las mujeres yucatecas muestran el espíritu progresista que predominaba en los sectores revolucionarios de aquella entidad. Yucatán fue sin disputa el Estado de la República más avanzado en materia social durante los gobiernos de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto.⁵ En ninguna otra parte del país se llegó tan cerca de la implantación de un régimen socialista.

En el pequeño libro citado en páginas anteriores, en el cual se defiende de sus adversarios como arriba se hizo notar, se ocupa del problema de la justicia en nuestro país. Y en relación con este asunto escribe Alvarado:

Y ahora que trato de cosas relacionadas con la justicia, debo aclarar con la mayor tristeza, que en nuestro país no existe. Miente quien afirme lo contrario. Aunque con dolor, hay que confesar que hasta aquí, la Revolución ha sido impotente para hacer cesar la aberración espantosa, para modificar el criterio horriblemente torcido que norma los actos de los encargados de aplicar ese vergonzoso enredijo, que se ha dado en llamar pomposamente LEY. Ese criterio y esa aberración de que hablo, no es sino la VERDAD LEGAL. ¿Existen, pues, dos verdades? Sí, según lo declaran, sin el menor asomo de rubor, las consagradas autoridades en la materia.

⁴ Jesús Silva Herzog. "Breve historia de la Revolución Mexicana", t. II, pp. 233 y 239.

⁵ Carrillo Puerto, gobernador socialista del Estado de Yucatán de febrero de 1922 a diciembre de 1923. Se sumó a la rebelión delahuertista. Fue asesinado en la ciudad de Mérida el 3 de enero de 1924 por órdenes del general Ricárdez Broca junto con sus hermanos y varios compañeros de ideales y propósitos.

En nuestros tribunales, la inmoralidad es reina y señora; se siente con angustia que es un mito la Justicia, que sólo hay una farsa cínica y brutal, en la que siempre triunfa el hábil, el fuerte, el que goza de influencias y amistades y ligas.

Pero, se dirá: La Revolución ¿no ha acabado con las influencias, no ha hecho cesar esas infamias? No, no ha concluido con ellas, hay que tener el valor de gritarlo; hay que tener la entereza de descubrir la llaga, para poder cauterizarla resueltamente. Y así será; la Revolución barrerá esos oprobios, esas vergüenzas, inflexiblemente, y luchará con indomable tenacidad hasta ver coronada su obra, a pesar de todo y contra todos.

Todavía hoy, después de tantos años transcurridos, no podemos ufanarnos del imperio de la justicia en nuestro país, como tampoco de que todos los mexicanos gocemos de libertad. Constantemente los demagogos mencionan en sus discursos esas dos palabras, por cuyo contenido esencial y cumplimiento pleno ha luchado el hombre en el curso de los siglos de su historia dramática. Y es que hay en esos dos vocablos sagrados, un estrecho maridaje irrenunciable. No hay libertad sin justicia ni justicia sin libertad. Lo demás es engaño, fraude, mentira. .

Incuestionablemente "La reconstrucción de México" es la obra más importante de Salvador Alvarado como ideólogo. Ya se dijo que en dicha obra se ocupa de todos los problemas nacionales y que apunta las soluciones apropiadas según su leal saber y entender. En la imposibilidad de hacer un resumen completo de trabajo tan extenso, tomando en consideración la índole del presente artículo, vamos a limitarnos a tomar de aquí y de allá las opiniones del autor que a nuestro parecer tienen la mayor significación.

Según Alvarado, México es un país de cuantiosas riquezas potenciales que sólo esperan el trabajo del hombre para transformarse en bienes materiales útiles a la colectividad. No ignora las dificultades para la explotación de tales riquezas a causa de los obstáculos para transportarlas de los centros de producción a los de consumo. Entre estas dificultades señala con sobra de razón la falta de ríos navegables y de puertos naturales con que la naturaleza se negó a dotarnos. Efectivamente, el río torrencial y poco profundo, que a veces sólo es río en la temporada de lluvias, de igual manera que las cadenas de inmensas montañas, han sido en gran medida causa de nuestro lento desarrollo. La montaña ha sido y es el personaje de mayor significación en nuestra historia. Nos ha dado y nos da metales preciosos e industriales, factores de riqueza; pero al mismo tiempo ha sido y es, hoy menos que ayer, obstáculo para intercambio de mercancías, de hombres y de ideas. En otras palabras, la monta-

ña ha sido y es hoy todavía serio obstáculo para la cabal integración de México y de los mexicanos entre sí.

Reconoce que entre los problemas de mayor cuantía, que es menester resolver, está el agrario, el de las comunicaciones, el de la educación popular, el del indio, el fiscal y el político administrativo; pero reconoce que "la base imprescindible para la resolución de todos nuestros problemas nacionales, es ante todo el mejoramiento económico de nuestro pueblo". Y lo verdaderamente amargo, digámoslo una vez más para que se clave en la conciencia de nuestros conciudadanos, es que todavía hoy podemos escribir en esencia lo mismo que escribió Alvarado en 1919.

Y aquí es oportuno recordar que el 12 de diciembre de 1893, desde la Tribuna de la Cámara de Diputados, el maestro Justo Sierra, recordando las palabras del predicador de la montaña, dijo: "El pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia". Han pasado 83 años y hoy tenemos que decir, si somos honrados —fijarse que digo honrados— que el pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia, a pesar de los milagros de Nuestra Señora de Guadalupe y de las promesas, no siempre cumplidas, de Nuestra Señora la Revolución.

Hace notar que una de las cuestiones más graves del país consiste en la mala distribución de la tierra, acaparada por unos cuantos grandes terratenientes. Véase cómo desde Hidalgo y Morelos, pasando por muchos otros autores estudiados en este libro, hasta los revolucionarios de 1910-1911 en adelante, el reconocimiento de la seriedad del problema de la tierra ocupó predominantemente su atención en casos innúmeros. Alvarado nos dice:

El hecho capital es que, la tierra de nuestro país, se encuentra en manos de un grupo de latifundistas, que han constituido una pseudo-aristocracia agraria; y que las pequeñas propiedades son en número tan reducido que no guardan proporción con los dieciséis millones de habitantes de que se compone nuestra República.

De esos dieciséis millones de seres, una inmensa mayoría constituye la enorme masa de siervos campesinos.

No incurrimos en ningún error al afirmar que ese, nuestro sistema agrario, ha sido la base de nuestra organización social y política; y que esa aberración anacrónica, que nos hace permanecer en pleno siglo XVI, ha sido la causa principal de nuestras guerras civiles. Ya hemos dicho y afirmaremos que, si éstas no han tenido éxito, ha sido porque no hemos atacado por su base y modificado, NUESTRO SISTEMA SOCIAL Y POLITICO, que emana del sistema agrario.⁶

⁶ Salvador Alvarado. "La reconstrucción de México". T. I, p. 111.

Agrega que además de una razonable distribución de la tierra había que pensar en el fomento de la producción agrícola a fin de que ésta no fuera únicamente suficiente para llenar las necesidades del consumo interno sino para exportar los excedentes. El pensaba en una agricultura dirigida por personal competente, por ingenieros agrónomos salidos de las escuelas de agricultura, que utilizaran los sistemas modernos de cultivo.

En materia de petróleo está de acuerdo con el artículo 27 constitucional y obviamente cree que el derecho de México a los recursos del subsuelo es indiscutible, manifestando su desacuerdo pleno con los argumentos de las compañías petroleras contra el artículo 27 constitucional.

Recordemos que desde que fue promulgada la Constitución de 1917, las compañías petroleras de nacionalidad inglesa y norteamericana, mostraron por todos los medios a su alcance su inconformidad con la nueva legislación sobre la materia. De manera que podemos decir que desde el año de 1917 dichas empresas no cesaron de luchar contra México, apoyadas enérgicamente por el State Department y la Foreign Office. En 1927 las compañías petroleras norteamericanas, con la complicidad del embajador de la Casa Blanca en México y el apoyo del Secretario de Estado, estuvieron a punto de provocar la guerra entre los Estados Unidos y nuestro país. Esta infamia fue conjurada por la habilidad, la energía y el patriotismo del presidente Plutarco Elías Calles, quien denunció el complot infame por los medios más apropiados ante el Presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge. La contienda inevitable entre las compañías extranjeras y el gobierno de México, culminó con el acto expropiatorio de 18 de marzo de 1938, en que dimos un paso de cierta significación a favor de la independencia económica de nuestro país.⁷

Alvarado dedica en su libro particular atención al problema del transporte. A su juicio las líneas troncales ferrocarrileras debían ser alimentadas tanto por nuevos ramales como por los caminos para camiones y automóviles, con objeto de poner en contacto los centros de producción con los de consumo, lo mismo tratándose de pequeñas poblaciones que de haciendas y pequeñas rancherías. El estudio que hace de las comunicaciones terrestres y de sus proyecciones futuras era entonces correcto y lo es en la actualidad. También se ocupa del transporte fluvial y marítimo aun cuando con menor extensión. Lo que sí no pudo prever y era lógico que no pudiera hacerlo es el sorprendente desarrollo de la aviación. Al fi-

⁷ Sobre esta materia consúltese: "Historia de la expropiación de las empresas petroleras", por Jesús Silva Herzog; "Petróleo", por José Domingo Lavín, y "El capital monopolista y la economía de México", por José Luis Ceceña.

nalizar la segunda década del presente siglo no era fácil que alguien pudiera tener una visión clara del inmenso adelanto del transporte aéreo en todo el mundo, alcanzado particularmente en el último cuarto de siglo.

Alvarado estaba en completo desacuerdo con el sistema fiscal mexicano, porque según su parecer recaía "sobre el trabajo, sobre el esfuerzo y sobre el consumo"; son impuestos indirectos que gravan en forma desigual a los contribuyentes, pesando más sobre las personas de más bajos ingresos. Lo curioso es que a juicio de nuestro hacendista, el remedio consistía en establecer en México el impuesto único, invención del teorizante norteamericano Henry George, con el antecedente de los fisiócratas y la Ley de la Renta del Suelo de David Ricardo. Ya sabemos que la teoría georgista estuvo de moda en México precisamente en la época en que el revolucionario sonorenses o sinalcense escribe la obra de que venimos tratando. Sabemos también que el georgismo, o en otras palabras lo del impuesto único permanente no es practicable y es ya tan sólo una doctrina obsoleta de que suelen ocuparse los historiadores del pensamiento económico.

Nuestro autor tiene ideas bien estructuradas en cuanto al imperialismo. Sabe bien que es un fenómeno económico y político, resultado del desarrollo comercial, industrial y financiero de las grandes potencias capitalistas; que es un hecho real e independiente de la voluntad de las grandes masas trabajadoras. Se ve sin dejar lugar a duda que Alvarado era un observador atento, un lector asiduo, un estudioso siempre alerta para captar los sucesos de su tiempo. Bueno es transcribir aquí algunas muestras de lo que pensaba acerca del imperialismo:

EL IMPERIALISMO FINANCIERO de los pueblos ricos es un hecho actual, viviente, incontrastable. Es estúpido negarlo. . . La prueba más elocuente de la existencia de ese fenómeno, es la última gran guerra. Millonadas de hombres fueron a matarse sin odio, sin conocerse siquiera, empujados fatalmente por el **IMPERIALISMO FINANCIERO**. La fuerza de expansión de los pueblos vigorosos, fuertes, llenos de vida, no se detiene jamás ante el capricho sentimental de los pueblos inertes, cuya única forma de expansión ante estos fenómenos, es la de acudir a declamaciones sentimentalistas. Esas fuerzas son como torrentes que todo lo arrastran a su paso, asimilándose lo que les es útil y destruyendo lo que les estorba. **EL IMPERIALISMO FINANCIERO** de nuestra época, es ese torrente; y una de sus más vigorosas representaciones se encuentra en los Estados Unidos de América. **EL IMPERIALISMO FINANCIERO EXISTE**, es un hecho real y positivo; ajeno a nuestra voluntad, como producto de la acumulación excesiva

de riqueza en ciertos centros del mundo; acumulación debida, en primer lugar, a la energía, a la agresividad y tenaz esfuerzo de aquellos pueblos; y también a ciertas condiciones sociales que han coadyuvado a que el fenómeno se produzca. Vemos que, una de las naturales consecuencias de ese fenómeno es la de **BUSCAR INVERSIONES MAS PRODUCTIVAS** que las que pueden lograr en su propio país. Natural es también que, el campo más propicio a su acción sea aquel donde hay **MAYOR SUMA DE RECURSOS NATURALES SIN SER APROVECHADOS**, ya porque sean países poco poblados o porque los habitantes de esos países no hayan sabido poner en producción esos recursos.⁸

Y aconseja defendernos del imperialismo por medio de la explotación de nuestros recursos, de nuestras riquezas potenciales; por medio del trabajo constante; de la acumulación interna de nuestros capitales; en fin del esfuerzo colectivo bien organizado y dirigido. Sin embargo, Alvarado no se opone a las inversiones del capital extranjero en nuestro país, es decir a las inversiones imperialistas. Aquí encontramos cierta contradicción. En la época en que Alvarado escribe, el imperialismo norteamericano ya había llevado al cabo buen número de intervenciones militares en algunos países de la América Latina; y esa política imperialista continuó durante la década de 1920 y principios de la siguiente, cada vez con mayor decisión y agresividad, cada vez con mayor contradicción entre las palabras de sus gobernantes y los hechos. Después de la pausa de la política de buena vecindad del segundo Roosevelt, y de la Segunda Guerra Mundial, de la cual salieron los Estados Unidos mucho más ricos y poderosos que nunca antes en su historia, los actos imperialistas de la "gran democracia norteamericana" han superado a todos los consumados con anterioridad. Hoy ese imperialismo ya no se conforma con intervenir y tratar de imponer su voluntad y sus normas de acuerdo con sus intereses es nuestro continente, sino también en Asia, Africa y aun Europa. La ambición de sus dirigentes políticos no tiene límite, y todo parece indicar que aspiran al dominio mundial.

En ese viejo libro que venimos glosando y que fue dado a la luz pública hace alrededor de 57 años, tan lleno de ideas nuevas y todavía útiles en nuestros días, el general Alvarado se ocupa del indio, mostrando que había pensado seriamente y con hondura sobre problema tan fundamental para México. Sus puntos de vista coinciden en términos generales con la visión de los modernos indigenistas, quienes piensan que lo que hay que hacer es lograr la incorpo-

⁸ Salvador Alvarado. *Op. cit.*, t. I, pp. 339, 340, 358 y 359.

ración plena del indígena en lo económico y en lo cultural a la nación mexicana. Como muestra de las opiniones del autor acerca de este asunto, seleccionemos algunos párrafos:

Ya estamos cansados de tanta "logorrea" retórica en favor del indio.

Y sin embargo, el indio está allí, estorbando el progreso de la patria.

Pero él también es parte de la patria. No podemos hacerlo a un lado. No podemos aniquilarlo, como hicieron los colonos ingleses con los pieles rojas o los búfalos, para después reunir piadosamente los últimos rebaños de unos y otros y poblar con ellos las "reservaciones" y los "parques".

Tampoco podemos fundar la República sobre un cimiento o capa de esclavos.

El indio, por sí solo, constituye uno de nuestros más hondos problemas.

Necesitamos transformarlo en eficiente elemento social.

Va en ello nuestro futuro, todo nuestro destino como nación.

Para ello no tenemos más que un medio evidente: la educación.

No creemos en la omnipotencia de la educación; pero tampoco podemos renunciar a ella. Nos desarmaríamos. Cruzarnos de brazos sería un crimen. Al contrario, es necesario obrar, y obrar pronto.

Pero al hablar del indio, no nos concretamos únicamente a la educación escolar. Su redención no está en enseñarle a leer, escribir y contar, etc. Está en algo más: está en el trabajo. En el trabajo inteligente. En el trabajo inmenso. Está, sobre todo, en mejorarle su vida, física, intelectual y moralmente. Está en curarlo del mal de la embriaguez.

El indio es un elemento productor, un elemento económico. Pero es preciso que lo sea de un modo consciente. No es ni debe ser una máquina. Es un hombre. Debe ser también un ciudadano. Debe ser un ciudadano que trabaje con eficiencia: para su bien y para el de la comunidad. Debe ser un ciudadano que posea siquiera el *mínimum* de ilustración que corresponda al común de los habitantes de un país civilizado.

Debe vestirse mejor. Debe alojarse mejor. Debe comer mejor.⁹

En cuanto a la organización política de México, Salvador Alvarado está convencido de que tal organización es una de las causas de nuestras desdichas, ya que en un aspecto importantísimo produce resultados funestos al concentrar el poder político "en las manos de un solo hombre". Agrega que ese es uno de los errores más

⁹ Salvador Alvarado. *Op. cit.*, t. II, pp. 20 y 21.

lamentables que puede cometer un pueblo; "y mayor es el error cuando el pueblo no tiene absolutamente ningún freno a su disposición, para reprimir el daño que un mal presidente puede hacerle".¹⁰ A don Salvador Alvarado le asiste plenamente la razón. Nosotros muchas veces hemos llamado a nuestros presidentes, emperadores sexenales, por el inmenso poder de que gozan, poder sólo comparable al que tuvieron en su tiempo un Felipe II o un Luis XIV.

Agreguemos que desde hace varios lustros el Presidente de México ha ido acumulando cada vez mayor poder. Precisa decir la verdad. Hoy el Presidente de la República por medio del Partido Revolucionario Institucional ejerce pleno dominio en el Senado de la República y casi pleno en la Cámara de Diputados. De él depende en cierta medida la Suprema Corte de Justicia de la Nación. En consecuencia no hay en el gobierno federal equilibrio de poderes sino un solo poder: el poder del primer magistrado de la nación. También a través del Partido Revolucionario Institucional nombra a los gobernadores de los Estados, a los ayuntamientos y aun en algunos casos a los tribunales de justicia. Tiene la facultad de legislar directa o indirectamente de acuerdo con la Constitución, lo mismo en los asuntos pequeños que en aquellos de considerable trascendencia nacional. De hecho en México es una ficción la soberanía de los Estados, tanto en el campo político como en el económico, pues con el sistema de participaciones en los impuestos de mayor cuantía tales como los que recaen en la minería, en la industria eléctrica, en la gasolina, en los cigarrillos, en la cerveza y en otros, el Presidente tiene en un puño a los gobernadores con el sencillo procedimiento de retener las dichas participaciones. De modo que sólo tienen dos caminos: someterse al poder omnímodo o fracasar por falta de recursos oportunos.

Y no sólo lo que se dice en el párrafo anterior. El gobierno de México es intervencionista y nos parece muy bien. Hay decenas de entidades económicas del sector público y lo mismo de participación estatal. Unos cuantos ejemplos de las primeras: la industria petrolera, la industria eléctrica, los ferrocarriles, el Banco de México, el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, el Banco Nacional de Comercio Exterior, el Banco Cinematográfico, el Banco Nacional de Crédito Rural y la Nacional Financiera. A través de esta poderosa institución oficial el gobierno participa e interviene en numerosas industrias. Agréguese el Instituto del Seguro Social y algunos organismos más que intervienen en la distribución del ingreso de los servidores públicos y de grupos populares al proporcionarles mercancías a bajos precios. Y en todas estas entidades económicas

¹⁰ Salvador Alvarado. *Op. cit.*, t. III, p. 275.

y de carácter social la última palabra la dice el Presidente de la República.

El mal estriba en que el Presidente de la República es un hombre. Por lo tanto no es infalible y se equivoca, inevitablemente, con cierta frecuencia. Ningún mandatario a través de toda la historia ha sido omnisciente. Todos han cometido errores en perjuicio de sus pueblos. Este mal no tiene remedio cuando no existe un poder moderador. La conclusión es que los reparos que oponía el general Salvador Alvarado al sistema político mexicano eran incuestionablemente correctos. Y eso que él no vio lo que nosotros estamos viendo.

Terminemos con nuestro personaje, resumiendo en forma muy concisa nuestros juicios. Salvador Alvarado fue un organizador excelente al frente del Estado de Yucatán, un militar capaz, un hombre honrado, inteligente y patriota. En sus escritos se advierte al autodidacta con información casi siempre de segunda mano. Su noble figura está esperando al biógrafo que estudie en detalle y con profundidad su vida y su obra. En resumen, Salvador Alvarado está esperando que la historia le haga justicia.

Aventura del Pensamiento

LA RESPONSABILIDAD MORAL DEL HOMBRE DE CIENCIA*

Por Manuel SANDOVAL VALLARTA**

HEMOS estudiado ya algunos de los aspectos del choque de la política y la ciencia en un breve ensayo que vio la luz pública en la colección que editó recientemente el profesor F. S. C. Northrop de la Universidad de Yale.¹ No consideramos a fondo en esa ocasión el problema de la responsabilidad moral del hombre de ciencia en su nuevo papel de agente encargado de apoyar determinadas actividades políticas. Nos proponemos llenar este vacío en el presente artículo.

Cualquier análisis del problema planteado tiene que comenzar por definir con precisión cuál es la finalidad esencial de la ciencia. Ya hemos asentado en el ensayo citado más arriba que la ciencia tiene por finalidad fundamental el descubrimiento de la verdad objetiva. Es a la luz de esta definición que nos proponemos estudiar el problema formulado aquí.

En todo descubrimiento científico hay que distinguir entre aquellas consecuencias que tienen que ver con el avance de las fronteras de lo conocido, y aquellas que se refieren a las aplicaciones técnicas del nuevo descubrimiento. Las primeras tienen relación directa en la finalidad esencial de la ciencia ya definida más arriba, no así las segundas. Además, y esta característica tiene importancia fundamental, las aplicaciones de un descubrimiento científico son siempre imprevisibles. En otras palabras, el hombre de ciencia que realiza el descubrimiento de algún hecho nuevo nunca puede prever cuál o cuáles serán las aplicaciones que en el porvenir otros harán de él.

* Las consideraciones que forman la base de este estudio fueron presentadas por el autor en la reunión anual del Comité de Servicio de los Amigos verificada en Palmira, Estado de Morelos, el 29 de noviembre de 1950.

** Homenaje de la revista al eminente físico-matemático mexicano y miembro de su Junta de Gobierno, cuyo pulso dejó de latir el 18 de abril próximo pasado.

¹ "The Impact of Politics on Science", en la colección intitulada *Ideological Differences and World Order*. Yale University Press, 1949, p. 297.

La historia de la ciencia suministra apoyo muy amplio a la tesis ya asentada. Vale la pena discutir en algún detalle un ejemplo que podríamos llamar clásico: el de Ampère, Faraday y Maxwell, los grandes descubridores de las leyes fundamentales del electromagnetismo. Estas leyes, que recibieron su forma definitiva del último de los físicos citados, están contenidas en las cuatro célebres ecuaciones diferenciales vectoriales que llevan su nombre, y para el profano no significan absolutamente nada. El físico, en cambio, lee en ellas todo lo que necesita saber para la mayoría de las numerosas aplicaciones de la electricidad, que en forma sustancial afectan nuestra vida diaria y en ocasiones han servido para dar un giro distinto a la historia del mundo. Pensemos en el generador eléctrico, el transformador y el motor, en el telégrafo y el teléfono, la televisión y el radar. Las ecuaciones de Maxwell sí tienen que ver con la finalidad esencial de la ciencia, porque han servido para añadir algo fundamental a nuestro conocimiento de la verdad objetiva; no así sus aplicaciones presentes o futuras que nada han agregado al conocimiento de hechos fundamentales. La imprevisibilidad de las segundas resalta, por ejemplo, de la contestación que pueda darse a la pregunta siguiente: ¿podría Maxwell, en la mitad del siglo XIX, haber previsto que cien años más tarde sus descubrimientos literalmente salvarían a su patria, a Inglaterra, de su destrucción por la fuerza aérea de Hitler, por medio del radar? Es evidente que no. Del mismo modo nosotros no podemos predecir si ese mismo invento servirá mañana para aniquilar ciudades enteras y asesinar a centenares de miles de seres humanos, o para salvar miles de vidas humanas.

Agreguemos todavía un ejemplo más, tomado esta vez de la historia contemporánea de la ciencia. Guiados por el deseo de averiguar la verdad, Hahn y Strassmann descubrieron el hendimiento del uranio y dieron con la clave de la liberación de la energía nuclear. ¿Podrían haber previsto que unos años después su descubrimiento conduciría a la bomba atómica? ¿Podrían predecir que pronto se convertiría en un problema político preñado de muy graves peligros para la humanidad? Indudablemente que de nuevo la respuesta tiene que ser un rotundo no.

De los hechos citados se infiere que el hombre de ciencia, por razones fundamentales inherentes a la naturaleza misma de las cosas, ni puede prever ni mucho menos puede dominar las aplicaciones posibles de su descubrimiento. Se sigue de aquí que no tiene ni puede tener ninguna responsabilidad moral. La ciencia, en tanto que cumple con su finalidad de descubrir la verdad objetiva, no tiene ningún contacto con problemas de índole moral por la muy sencilla razón de al realizar sus descubrimientos no puede, por ra-

ziones esenciales de imprevisibilidad, anticipar si serán utilizados para el bien o para el mal.

Otra consecuencia que puede sacarse de lo ya asentado es que otros hombres, rara vez el descubridor, son los que tienen que escoger el uso que ha de darse a los descubrimientos científicos. Nadie se engañe con la suposición de que cuando la investigación científica está dirigida a fines de utilidad social es posible eliminar toda aplicación dañosa, porque tal suposición viola la característica esencial de la imprevisibilidad de las aplicaciones de los descubrimientos científicos. Para agregar un ejemplo más, consideremos un sistema social en el cual un organismo central resolviera apoyar únicamente investigaciones científicas encaminadas a lograr el mejoramiento de la salubridad por medio de estudios bacteriológicos y epidemiológicos apropiados. Los resultados logrados lo mismo pueden usarse para el fin propuesto que para desatar una guerra bacteriológica que destruiría buena parte de la vida en una región vasta de nuestro planeta.

Hay que darse cuenta además de que los descubrimientos científicos capitales, aquellos que cambian de un golpe todo el panorama científico, no pueden ni siquiera preverse ni adelantarse. El fenómeno surge cuando un hombre de genio extrae algo radicalmente nuevo de hechos que son del conocimiento de muchos. Pensemos en Bohr, que de las ideas de Rutherford sobre la estructura del átomo, de las de Planck sobre la radiación y de los trabajos experimentales de Rydberg sobre espectroscopia extrajo la magnífica síntesis que se conoce hoy como la teoría cuántica del átomo, cuyas vastísimas aplicaciones no podemos todavía ni remotamente anticipar.

Completamente distinto es el caso del hombre de ciencia que, por cualquier motivo o bajo cualquier disfraz, por su propia iniciativa o bajo presión ajena, realiza trabajos con finalidad específica y bien definida. El sí tiene la plena responsabilidad moral de sus actos, según que sus trabajos estén orientados hacia aplicaciones benéficas para la humanidad o peligrosas para su porvenir. El mismo juicio es aplicable al hombre de ciencia que usa sus conocimientos para apoyar determinadas formas de poderío político. Es al moralista, no al hombre de ciencia, a quien corresponde determinar si la aplicación específica de la ciencia que se tiene en perspectiva es moral o inmoral.

Resumamos en pocas palabras la tesis desarrollada hasta aquí. El hombre de ciencia que persigue el descubrimiento de la verdad objetiva y amplía así las fronteras de lo conocido, no tiene ninguna responsabilidad moral por la razón esencial de que las aplicaciones de los descubrimientos científicos, por razones inherentes a su natu-

raleza, ni son previsibles ni pueden dominarse de antemano. El hombre de ciencia que aplica los descubrimientos científicos con finalidades bien definidas sí tiene plena responsabilidad moral. Corresponde al moralista, no al hombre de ciencia, determinar si la finalidad propuesta es moral o inmoral.

Otras consideraciones todavía pueden hacerse alrededor del tema de que nos ocupamos aquí. El conocimiento de la verdad confiere a quien la comprende los elementos necesarios para ejercer el poder. De aquí el interés que muestran los políticos, los militares, los industriales por la ciencia y por la investigación científica, y de aquí también la ingerencia de los hombres de ciencia en el apoyo de la política actual de las grandes potencias que sobrevivieron a la segunda guerra mundial. Pero esto tiene como consecuencia que la determinación del sentido que se da a la aplicación de los descubrimientos científicos pasa de las manos de los hombres de ciencia a las manos de los políticos, de los militares, de los industriales. Esto, nótese bien, no releva al hombre de ciencia de su responsabilidad moral, aunque sí la amengua o, mejor dicho, la distribuye entre los que trabajan y los que dirigen u orientan al trabajo. Se ha alegado, en consecuencia, que los hombres de ciencia deberían asumir su plena responsabilidad y encargarse de la dirección de los asuntos políticos. Esta sugestión, que sin duda tiene mérito, padece del defecto capital de que nada tiene que ver con las finalidades esenciales del trabajo de los hombres de ciencia, además de que es dudoso de que, en su mayoría, tuvieran la preparación indispensable para tomar a su cargo con éxito la rienda de los asuntos públicos.

Otra solución consiste en proponer un moratorium a todo el trabajo de investigación científica, porque el adelanto de la ciencia constituye ya un peligro para la civilización. Es indudable que hay un enorme desequilibrio entre el progreso de las ciencias matemáticas, físicas y biológicas por una parte, y por otra el atraso de una política y una ética que pretenden encontrar por el camino de las alianzas y de la guerra soluciones a los problemas económicos y sociales planteados por el desarrollo rápido de aquéllas. Esta pretendida solución, sin embargo, conduce al absurdo de que lo que significa progreso debe estancarse, en tanto que prevalece lo que no adelanta. La solución racional consistiría, al contrario, en buscar el avance acelerado de la política, la economía, las ciencias sociales y la ética, a modo de restablecer su equilibrio con las ciencias físicas matemáticas y biológicas. Sólo así podría lograrse el bienestar público y sólo así, en nuestra opinión, podrían eliminarse los gravísimos peligros que se ciernen actualmente sobre la humanidad.

CIENCIA Y POLITICA

EN la colección de ensayos que bajo el título *Diferencias ideológicas y orden mundial* (New Haven, Yale University Press, 1949) recopiló F. S. C. Northrop, apareció uno mío bajo el rubro *El impacto de la política en la ciencia*. Estudié allí algunos de los aspectos de la intervención de la política en la ciencia y formulé, más bien provisionalmente, algunas conclusiones que parecían imponerse desde entonces. Han transcurrido casi diez años y ya ocurre preguntarse si todavía tienen validez mis puntos de vista. ¿Hanse acaso encontrado soluciones a los problemas planteados por la planificación de la investigación científica, por el secreto con que se han pretendido rodear a los resultados de la indagación, por el incremento desmesurado de la tecnología y el menosprecio de la ciencia pura? ¿Cuál es la verdadera responsabilidad social del hombre de ciencia? ¿Cómo puede compaginar su actividad científica con sus obligaciones y derechos frente a la sociedad de que forma parte? Me pongo abordar aquí este complejo de graves problemas.

Tal vez el primer gran jefe que se dio cuenta clara de las relaciones entre la ciencia y la política fue Napoleón Bonaparte. En el *Memorial de Sainte Helene* por el Conde de Las Casas (Paris, Bossange Freres, 1824) se relata la amistad del personaje central del siglo XIX con las grandes figuras científicas francesas de su tiempo, Monge, Laplace, Lagrange, d'Alembert, Prony, que lo condujeron a aprovechar los conocimientos científicos tanto en la guerra como en la paz. Hay razones para pensar que no pocos éxitos, y también algunos fracasos, del gran comandante se debieron a la influencia de sus colegas y amigos del Instituto y la Academia.

Hasta el primer tercio de nuestro siglo era permitido, sin caer en contradicciones absurdas, considerar a la guerra como la continuación lógica de la política. Y como la guerra es en buena parte el uso eficaz de la materia y de la energía contra el enemigo, la influencia de los especialistas —químicos y físicos— se manifestó especialmente durante las luchas entre naciones de gran adelanto científico. Ya en la Primera Guerra Mundial, los militares y los políticos de ambos bandos se habían dado cuenta de que es imposible ganar una contienda con armas y recursos modernos sin el concurso activo de hombres de ciencia. A los químicos se les pidió entonces que prepararan mejores explosivos y mejores materiales sintéticos substitutos de los naturales, y a los físicos se les asignó la tarea de aprovechar sus conocimientos de las ondas sonoras en el agua para detener al mortal submarino. Mucho antes de la

Primera Guerra Mundial habían utilizado ya su familiaridad con las leyes de la dinámica para averiguar lo que era necesario hacer para que un proyectil fuera a dar a su blanco.

Estos objetivos, más bien modestos, se ampliaron extraordinariamente durante la Segunda Guerra Mundial. No sólo se trataba de detener al submarino, sino de derribar al mortal bombardero, localizarlo, predecir su curso y atacarlo con artillería antiaérea. La terrible lucha entre el perito en aerodinámica, cuya ambición era calcular y construir aviones de pelea y de bombardeo cada vez más rápidos y cada vez con mayor facilidad y seguridad de maniobra, y el experto en electrodinámica, predicción, señales y servomecanismos, cuya meta era localizar el avión, predecir su trayectoria, alimentar con señales electromagnéticas debidamente interpretadas el mecanismo de puntería de los cañones antiaéreos y derribarlo, tiene todos los elementos del drama y de la tragedia. Y de allí pasaron los físicos a aumentar el alcance de los cohetes, a dirigirlos de modo que pudieran hacer blanco con precisión increíble, y a fabricar bombas siempre mayores —tarea que culminó con la bomba de fusión y de fisión y redujo al absurdo la guerra como continuación de la política.

Antes de la Segunda Guerra Mundial todavía podía tener validez la teoría de la torre de marfil, es decir, del hombre de ciencia que en el aislamiento de su gabinete desarrollaba pacientes investigaciones de las que podía resultar cualquier cosa desde la curación de la pulmonía hasta un gigante industrial. Al derrumbe de la torre de marfil, no sólo los gobernantes comprendieron que las actividades de los hombres de ciencia eran de vitalísima importancia, sino que éstos adquirieron responsabilidades con las que antes no habían tenido que enfrentarse. Toda una teoría de las relaciones entre la ciencia y la sociedad se vino abajo con estrépito, y sus repercusiones continúan aún.

El derrumbe ha acarreado una serie de problemas nuevos, la mayor parte aún sin solución; algunos, temo, insolubles. Para mayor claridad en su planteamiento es conveniente recordar algunas de las finalidades y de las características fundamentales de la ciencia. En primer lugar, la función primaria de la ciencia es el descubrimiento de la verdad objetiva. Esta definición, que merece aprobación casi unánime, significa que todas las demás finalidades de la investigación científica, cualesquiera que sean, son secundarias. Nótese que los objetivos secundarios tienen que ver, no con la función fundamental de la ciencia, sino con el problema totalmente distinto de cómo y para qué debe emplearse la ciencia. Claramente no puede

usarse en modo alguno, bueno, malo o indiferente, antes de que exista.

En segundo lugar, la ciencia tiene carácter universal, en el sentido más amplio. Una ley científica tiene la misma validez y puede ser descubierta por los mismos métodos en cualquier región de nuestro planeta, y vale lo mismo en Júpiter que en Sirio o en Antares. La universalidad de la ciencia se deriva de su objetividad y explica por qué los hombres de ciencia sienten la absoluta necesidad de mantener relaciones con sus colegas en todo el mundo. Volveremos sobre este tema cuando, más abajo, estudiemos las contradicciones en que caen los razonamientos con que se pretenden justificar las investigaciones científicas secretas.

En tercer lugar, la ciencia exige de quienes la cultivan disciplina y absoluta integridad intelectual. Ni el simulador ni el falsificador pueden ser auténticos hombres de ciencia. Finalmente, en cuarto lugar, solamente los hombres de ciencia, y preferentemente los de la misma especialidad, pueden juzgar el trabajo científico de sus colegas. Estos cuatro principios, y algunos otros subsidiarios, forman la base teórica para abordar el estudio de los problemas que me he planteado aquí.

Comenzaré por estudiar la planificación de la investigación científica, problema multifacético del que solamente podré tocar algunos aspectos, que puede plantearse así: un grupo, no siempre de auténticos hombres de ciencia, pero sí relacionado con quienes ejercen el poder, decide de antemano qué problemas científicos son importantes y deben abordarse de inmediato, obtiene y administra los fondos necesarios. Dentro de este sistema cabe la libertad de investigación siempre que forme parte del programa resuelto, es decir, que éste deje en libertad a los investigadores para abordar los problemas a que los conduzca su curiosidad o su trabajo anterior. Pero si el grupo planificador y administrador de la investigación científica resuelve que solamente los problemas indicados por él deben y pueden abordarse, entonces temo que si la historia de la ciencia puede servir de guía, el veredicto está en contra de quienes defienden la teoría de la investigación planificada. Los grandes adelantos científicos fundamentales y realmente inesperados surgen cuando un hombre de genio sigue un camino inexplorado del que nadie en su tiempo tenía idea. ¿Se puede suponer que una junta de investigación científica hubiera encargado a Faraday el descubrimiento de la inducción electromagnética, clave de la industria eléctrica de nuestros días? ¿O tal vez le hubiera encargado que concentrara su atención en el arco voltaico o en la pila eléctrica? ¿Hubiera encontrado Gibbs lugar en los planes de una junta para

desarrollar su mecánica estadística? ¿O Lobachevsky para la geometría no euclidiana, o Planck para la teoría cuántica de la radiación? Claro que estas preguntas, y otras semejantes, son hipotéticas, pero creo sin vacilar que todo el ambiente científico del siglo XIX favorece la respuesta negativa.

Si se pretende entronizar a una teoría filosófica, como guía de la planificación de la ciencia, se olvida que la verdad científica no puede encerrarse dentro de cajones de ideas *a priori* y se viola la función fundamental de la ciencia que mencioné arriba en primer lugar. Sospecho desde hace tiempo que una de las razones para que el progreso de las ciencias económicas, políticas y sociales no sea comparable con el de las ciencias físicas y matemáticas es que los economistas y los sociólogos se han preocupado más por defender ciertos puntos de vista engarzados en la tradición, que por descubrir la verdad objetiva. ¿Dónde estaría hoy la física si todavía se ocupara de defender las teorías aristotélicas? Nuestra civilización sería totalmente distinta y tal vez no por ello nuestra vida sería más fácil.

Todavía más grave es que la planificación de la investigación científica se dirija a las aplicaciones de la ciencia y desprecie la ciencia pura. Insisto en que es de la naturaleza de las cosas que no pueden preverse los descubrimientos científicos fundamentales y verdaderamente nuevos, ni pueden incluirse en un programa de investigación planificada que no deje en libertad al investigador. A los políticos, a los militares y a los industriales les interesa generalmente el desarrollo del poder que ya poseen y, en consecuencia, no les importa mucho ni aprecian lo que significa la ciencia pura.

Confieso que no comparto las inquietudes de quienes creen que la aportación de fondos públicos para investigaciones científicas acarrea como consecuencia necesaria un programa objetable de planificación. La experiencia de algunos organismos gubernamentales e internacionales, entre los que descuella el CERN de Ginebra (Centro Europeo de Investigaciones Nucleares), administrado por auténticos hombres de ciencia con un alto sentido de responsabilidad científica, y aun la muy modesta de nuestra propia patria, está en contra de esta aseveración. El riesgo existe sin duda, y asume una forma particularmente innoble cuando algún simulador de la ciencia pretende asfixiarla al través de la asignación de fondos. El riesgo, sin embargo, no es inherente al sistema: es más bien circunstancial.

El secreto con que se ha pretendido cubrir los resultados de la investigación científica es uno de los males más insidiosos que resultan del impacto de la ciencia y la política. El procedimiento es reunir a los hombres de ciencia en una cofradía en la que los

miembros juran comunicarse sólo entre ellos. Adviértase que siempre han tendido a asociarse, no para conservar en secreto sus trabajos, sino, al contrario, para discutirlos a la luz del día y aprovechar así los acontecimientos y el juicio crítico de sus colegas. De acuerdo con el principio de la universalidad de la ciencia, el libre cambio de ideas ha sido siempre una característica del trabajo científico y un eslabón vital en la cadena del progreso de la ciencia. Si los trabajos científicos no siempre son accesibles al público, no es por el deseo de conservarlos secretos, sino por la necesidad de usar un lenguaje técnico apropiado que los hace inaccesibles a los no iniciados.

Todos los días, sin embargo, se comprueba en multitud de formas diversas que los resultados de la investigación científica conceden a quien los posee inapreciables ventajas industriales, políticas y militares. De allí el deseo de conservar estas ventajas por medio del secreto, sin tomar en cuenta ni las características de la investigación científica ni el daño que se le causa. La idea del secreto, ajena a la ciencia, ha sido siempre agradable a los militares especialmente, y parece bien justificada en su aplicación a las operaciones militares ordinarias. Hay una diferencia esencial, no siempre bien apreciada, entre los planes y las operaciones militares, que dependen de la voluntad de un hombre, o cuando más de un grupo pequeño, y la solución de un problema científico que depende del descubrimiento y de la aplicación de ciertas leyes de la naturaleza, accesibles y conocidas por todos los que tengan la inteligencia, la preparación y los conocimientos necesarios. En el primer caso el secreto puede conservarse, en principio, indefinidamente, en el segundo no. Sobran ejemplos recientes para comprobar la exactitud de esta aseveración y no me detendré a citarlos aquí. Sólo recordaré, con emoción, una sesión del congreso para los usos pacíficos de la energía atómica, convocado por las Naciones Unidas en Ginebra en agosto de 1955. Un dato fundamental para aprovechar la fisión del uranio, bien sea en el sentido pacífico o en el bélico, es el conocimiento de la *sección* del núcleo de uranio. En el lenguaje técnico de la física nuclear, esto significa en términos generales el tamaño del núcleo cuando se le bombardea con neutrones de diversas energías cinéticas. Durante la Segunda Guerra Mundial y los años siguientes los físicos de los Estados Unidos, por una parte, de la Unión Soviética, por otra, y de Inglaterra, por otra, habían medido cuidadosamente la variación de la sección del uranio cuando cambia la energía cinética del neutrón incidente, pero habían conservado en riguroso secreto sus resultados, ya que los militares y los políticos de cada país deseaban conservar en esa forma una ventaja que creían inapreciable.

En una sesión memorable del congreso de Ginebra los físicos norteamericanos, los soviéticos y los británicos presentaron cada uno sus resultados. ¡Cuál sería la emoción de los presentes al comprobar que eran rigurosamente idénticos! Más allá de verificar que los físicos norteamericanos son tan competentes como sus colegas soviéticos y británicos, se demostró la futilidad de querer conservar en secreto un resultado científico fundamental. En este caso, como en todos los demás, el secreto sólo pudo retardar, pero no impedir, la divulgación general de un resultado científico.

La idea del secreto científico como medio de aumentar el poderío y el prestigio de una nación o de un grupo de naciones tendría sentido si una nación o un grupo de naciones tuviera el monopolio del talento científico del mundo. Pero la historia de la ciencia comprueba abundantemente que esta es una noción fútil y falsa, derivada de la soberbia humana. Algunos de los descubrimientos científicos más revolucionarios y más importantes del pasado han sido hechos, en efecto, por personas que trabajan lejos de los grandes centros científicos y en condiciones de aislamiento casi absoluto. Piénsese en Lobachevsky en Kazan, en Ramanujan en Mysore, en Eliezer en Ceilán. El talento y el genio no son predecibles y pueden desarrollarse bruscamente en cualquier región del mundo. Pero aún el genio no puede contribuir al progreso de la ciencia si hay una cortina de secreto que le impida dar a conocer sus resultados y no le permita saber de los demás.

Se ha pretendido dar una solución al problema del secreto alrededor de las investigaciones científicas en el sentido de que la ciencia pura debe ser libre, en tanto que la aplicada puede ser secreta. Aparte de la dificultad de establecer una frontera bien definida entre las dos, el principal obstáculo es que la decisión se pone frecuentemente en manos de personas que solamente tienen un conocimiento sumario de la ciencia y no están esencialmente capacitadas para juzgar. La idea de esta solución es muy apreciada por los industriales, que han estado acostumbrados a ella en sus empresas por largo tiempo. Pero una empresa industrial raramente se ocupa de investigaciones fundamentales, y si alguna vez lo hace es más bien por casualidad que deliberadamente. Recuérdese a este propósito la historia del descubrimiento del transistor por Shockley en los laboratorios de la Compañía Telefónica Bell, resultado de profundos trabajos teóricos y experimentales sobre los semiconductores y el estado sólido.

Llegamos ahora a uno de los problemas más delicados y sutiles que ha planteado el impacto de la ciencia y la política: el de la responsabilidad moral del hombre de ciencia. Ante todo es preciso

establecer una distinción tan clara como sea posible entre quien trabaja movido por la curiosidad intelectual sin motivos ulteriores y quien labora conscientemente en la solución de problemas específicos movido por impulsos que pueden ir desde la codicia hasta el patriotismo. El primero no es responsable del uso que otros hagan de sus descubrimientos, ni los puede prever nunca. ¿Podría hacerse responsable a Hertz del uso de las ondas electromagnéticas para precipitar una hecatombe mundial? Evidentemente que no. Me parece que este ejemplo, y otros muchos similares que se podrían aducir, exonera sin género de duda al primer tipo de hombre de ciencia, al hombre de ciencia puro, de responsabilidad por el uso que otros hagan de sus descubrimientos. El caso hipotético del hombre de ciencia que descubre algo y puede prever inmediatamente que puede utilizarse en perjuicio de todos constituiría la excepción a esta regla. No hay en la historia de la ciencia, hasta donde yo sé, un ejemplo claro de este caso.

El problema es mucho más sutil y más complejo en el caso del hombre de ciencia que trabaja en la solución de un problema específico, que lo mismo puede ser un proyectil guiado para aniquilar de golpe millones de habitantes de una gran ciudad, que un nuevo antibiótico para curar una enfermedad rebelde que siega anualmente millones de vidas. Se podría proponer, en este caso, como criterio general, que la culpabilidad del hombre de ciencia que trabaja en la solución de problemas específicos cuya finalidad se puede prever con precisión, está en razón inversa del beneficio que su trabajo acarrea a la humanidad en general. La ambigüedad del concepto de beneficio se eliminaría al definir que se trata de beneficio general, no de beneficio de un grupo particular.

La sutileza del problema, sin embargo, aparece desde el momento en que se analiza más de cerca. En el ejemplo citado, el motor del cohete y el mecanismo de guía lo mismo pueden servir para un proyectil dirigido que para un satélite artificial, con la ayuda del cual se harían experimentos de importancia para el progreso de la ciencia y en beneficio de la humanidad. Los estudios sobre el nuevo antibiótico lo mismo podrían utilizarse para el fin proclamado que para inventar una nueva arma bacteriológica letal. La misma dificultad se presenta siempre que la creación científica, por una parte, y la decisión de cómo usarla, por la otra, están en distintas manos. ¿Dónde queda entonces el criterio de culpabilidad?

Es claro que los hombres de ciencia que trabajan específicamente en problemas bélicos no pueden escudarse tras el criterio clásico de que los progresos científicos son en esencia moralmente neutrales y que la responsabilidad corresponde a quien resuelve cómo deben

usarse. El ejemplo anterior muestra que aun el trabajo científico realizado con intención bélica puede transformarse en benéfico, y recíprocamente. Pero sin duda hay una gran diferencia entre el caso de quien descubre accidentalmente algo importante para la guerra y el caso de quien, como resultado de su esfuerzo, inventa armas de destrucción en masa. Otro tipo de solución a este problema, que se pierde en un laberinto de sutilezas, es el que parte del supuesto de que el fin justifica los medios. Carece de fuerza moral y no lo consideraré aquí.

Es evidente que la raíz de todos los problemas que he considerado aquí es la falsa noción, propaganda a través de los siglos, de que la guerra es una forma natural de la política y que cuando más se le puede reprobar como un mal necesario. Los acontecimientos de los últimos quince años han demostrado la falsedad de esta noción, pero desgraciadamente no parecen haber sido entendidos por los grandes dirigentes contemporáneos. Los físicos saben muy bien que no pueden emplearse los mismos métodos para analizar el movimiento de un planeta alrededor del sol que para estudiar el de un electrón alrededor del núcleo, porque el orden de magnitud de las dimensiones de una órbita planetaria es completamente distinto del de las de un átomo. Del mismo modo no se puede intentar la resolución de cualquier problema social o económico por medio de la guerra cuando el orden de magnitud de la energía puesta en juego por las armas de hoy es completamente distinta del de la de hace veinte años. Pero, repito, desgraciadamente esta verdad no ha penetrado bien todavía en la mente de los estadistas de hoy.

En tanto que la ciencia se use en apoyo principal del poderío militar y político no veo modo de evitar la intervención de la política en la ciencia, con las consecuencias que he intentado estudiar sumariamente aquí. En el mejor de los casos retardará el desarrollo de la ciencia, en el peor puede destruir la ciencia y la civilización. Como un modesto hombre de ciencia debo en consecuencia contribuir con mi grano de arena para que llegue el día en que ya no sea necesario pensar en la ciencia como un instrumento del poderío político y bélico.

JOSE LUIS ROMERO: EVOCACION Y EVALUACION

Por Sergio BAGU

1

ME resultaría difícil, si me lo propusiera, evaluar la obra escrita de José Luis Romero dejando de lado su imagen de docente y de amigo y el fluir tan espontáneo de su conversación. De su obra me he formado un concepto bastante claro y, para mí, bastante acabado. Pero le tengo a él mismo en mi retina de observador reciente, tan vívidamente relacionado con episodios casi actuales o no tan lejanos que me resulta inadmisibles omitirlos, en este momento en que venzo la pesadumbre de su partida para escribir estas líneas.

Yo no fui, acaso por el simple azar de los hechos, su amigo íntimo y frecuente. Podría, sin embargo, haberlo sido por razones generacionales, de vocación y de actuación universitaria. Mi contacto con él, si bien muy espaciado, fue invariablemente cálido y fácil. Diría que la limpieza de espíritu, el amor por las cosas de la cultura y una clara definición a favor de la justicia social eran las tres condiciones que se necesitaban para ser muy buen amigo de Romero. Todavía podría agregar dos más: la generosidad intelectual —que le llevaba a compartir su conocimiento con entusiasmo y sin limitaciones— y el sentido del humor, que en él era muy refinado pero espontáneo.

No obstante no haber sido su amigo íntimo y frecuente, el clima de ideas y de políticas que envolvió su obra escrita y docente me es tan familiar casi como el mío propio. La circunstancia de que su adolescencia cultural transcurriera bajo la guía de su hermano Francisco Romero, el filósofo, dieciocho años mayor que él y que en el ambiente inmediato de su juventud haya habido personalidades como las de Pedro Henríquez-Ureña y Alejandro Korn, está indicando las mejores fuentes que pudo tener, en el Río de la Plata, su formación humanística. Esas condiciones explican acabadamente su desapego por el documentalismo de archivo, en el que insistían sus maestros de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, así como su primer gran vuelco

vocacional, que lo fue hacia la historia de la cultura, cuya expresión más acabada resultó su fundación de la revista "Imago Mundi", en 1953.

Hay otra figura, en el clima intelectual que le fue familiar, que completa ese horizonte humanístico: Rodolfo Mondolfo, radicado en Argentina desde la década de 1930. No evoco estos nombres por su importante valor biográfico, sino porque definen acabadamente un modo de humanismo, en radical divorcio con la filosófica literaria que fue alimento y producto de un tipo de escritores de limitada cultura y estridente publicidad —sus contemporáneos también—, algunos de quienes lograron completar en forma muy convincente todo su ciclo de portavoces de las consignas más reaccionarias. Este otro corrillo coexistió con el grupo anterior sin rozarlo y, en realidad, le sobrevivió hasta hacerse el exponente aclamado de una cultura aristocratizante, cada día más hostil hacia la sociedad de masas que le iba envolviendo. El humanismo de Korn, Francisco Romero, Henríquez-Ureña y Mondolfo no consumió su valor intrínseco pero, quizá a partir de la década de 1950, perdió fuerza alumbradora para una nueva generación que comenzó a buscar la justicia por vías políticas y culturales diferentes (mejores en algunos casos y peores en otros).

El otro vuelco conceptual en la obra de José Luis Romero es el de la historia social, que él concibió, me parece, como reconstrucción del universo total de la clase burguesa. Y aquí me asalta la gran pregunta: ¿por qué él se hizo medievalista, siendo argentino y viviendo en su lugar de nacimiento, que nunca pensó abandonar?

2

LA clave no es de fácil acceso, pero creo tenerla, sin necesidad de recurrir a sus respuestas literales (porque, claro está, esto se lo preguntaron muchas veces y él contestaba, con su ironía característica, que para comprender mejor la Argentina; o bien, en otros casos, para comprender mejor lo que estaba ocurriendo esos días en el mundo). Si tenemos en cuenta que Romero se especializó en ese fenómeno típicamente urbano que fue el surgimiento de la burguesía como clase social en Europa centro-occidental y que lo analizó, a lo largo de decenios de contacto con documentos y de reflexión; y si, por otra parte, pensamos que esa clase burguesa pasó a constituir la columna vertebral de la historia de las clases sociales y del universo occidental hasta nuestros propios días (incluyendo el mundo colonizado, y más tarde subordinado, de nuestra América Latina), no pongo en duda un instante que esa extraña vocación del

gran historiador argentino estaba dirigida a re-trazar un origen esencial de nuestra realidad contemporánea. La sonrisa de Romero, al contestar la pregunta, me lo confirma.

Es que Romero se especializaba en el siglo XIV, pero vivía profunda, ardorosamente en el presente. "La historia no se ocupa del pasado —le explicaba a Félix Luna—. Le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre vivo". No creo que pueda decirse con mayor concisión nada más fundamental sobre la necesidad que el ser humano ha sentido siempre de explorar el pasado.

He dicho cómo interpreto yo la entrada de Romero, primero en la historia de la cultura y, más tarde, en la historia social. Quisiera agregar cómo vi yo desarrollarse y enriquecerse, a lo largo de lustros, la concepción que Romero tenía del proceso histórico.

He recordado que no tuvo, en momento alguno, vocación por el documentalismo, lo que llevó a algunos de sus tempranos colegas a suponer que se iría deslizando hacia una historiografía discursiva. Su camino fue radicalmente diferente. En verdad, ninguno de los viejos documentalistas alcanzó el extraordinario rigor técnico y metodológico que desarrolló Romero. La diferencia sustancial consistía en la clase de verdad que Romero quería arrancarle al pasado. Esa verdad no se entregaba ante la sola inspiración. Le era indispensable una gran disciplina de trabajo y un riguroso método de análisis y reconstrucción.

Algo más también. Necesitaba una permanente maduración interior, un aumentar sin pausa su capacidad de aprehender una realidad social. Y en esto Romero avanzó sin intervalos. Yo lo veía crecer en sabiduría, con el ímpetu y el entusiasmo de un adolescente. Estaba enamorado de su trabajo de pensador y se alborozaba con cada hallazgo. ("Me divierto una barbaridad", nos decía; a su manera, entremezclando humorismo con modestia).

Como para todo buen pedagogo, la docencia —que fue para él profesión ineludible, porque de eso vivía— fue también una fuente de reflexión, un campo experimental para sus ideas. Así se explican sus dos virtudes de maestro: su gran limpieza expositiva, que transformaba cada una de sus clases en modelo didáctico y su incesante aprendizaje en el debate con sus propios alumnos. Evoco esto, además, para explicarme mejor por qué el curso de historia social que Romero comenzó a dictar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires alrededor de 1960 impresionó tanto a los estudiantes de sociología, de historia y de psicología.

ACTUARON circunstancias especiales —que apuntan, sin embargo, a males conceptuales que se encuentran aún hoy en las universidades latinoamericanas—: la sociología que se enseñaba entonces era inmóvil, sin vibración de cambio, con clases sociales que se transformaban, a la manera funcionalista, en una estadística simplificada (dicho esto, con todo el respeto que me merece la estadística, instrumento indispensable que se puede aplicar con los fines más diversos); la psicología, un constante girar en círculo cerrado alrededor del enigma, así inexplicable, de la personalidad sin contacto con la realidad social ni con el transcurso del tiempo; la historia, una inmensa fragmentación en momentos inconexos, sin lógica unificada y sin integración de datos.

Romero no se propuso, en modo alguno, conmovir las bases lógico-pedagógicas de esas tres carreras. Con toda su espontaneidad y limpieza habituales, lo que hizo fue explicar una extraña realidad de clases sociales, universos culturales y valores ético-intelectuales, jamás estática sino en creciente e incesante transformación. Un proceso optimista, en el fondo, a pesar de las catástrofes frecuentes, porque él estaba convencido de que la experiencia histórica hacía que el hombre fuera progresivamente mejor. Un docente con su capacidad para aclarar ideas, con su excepcional capacidad de diálogo con los jóvenes, con su erudición sin límites y su vasto horizonte humanístico contrastaba tan fuertemente con la docencia y los docentes —no todos, claro— de las otras tres carreras que los alumnos terminaban su curso de historia social con la fuerte impresión de haber descubierto un camino radicalmente nuevo. Recojo, para decir esto, sus propios testimonios y estoy seguro que no caigo en la hipérbole.

La historia social que enseñaba Romero tuvo además otra virtud de gran alcance: hacía que los alumnos descendieran a la realidad constituida por la sociedad en que vivían. Parecía inexplicable en el caso de un medievalista. Pero se comprendería mejor lo que estaba ocurriendo si se recuerda que el modo de enseñar la sociología, la psicología y la historia en la Universidad de Buenos Aires de aquellos lustros nada lejanos colocaba a los alumnos en una suerte de suprauniverso poblado de nubes densas, desde donde no podían divisarse la textura y las anfractuosidades del suelo. Esa experiencia no la tuve yo porque, en esos años, enseñaba historia económica y sociología económica para economistas, en la Facultad de Ciencias Económicas de la misma Universidad y mis alumnos eran, prácticamente todos, ya jóvenes profesionales en ejercicio, que lidiaban varias horas diarias con problemas de empresas del Estado y privadas.

de servicios públicos, de bancos, de conflictos de intereses mensurables en números, de movimiento obrero. Vivían a diario, en otras palabras, en esas anfractuosidades del suelo social que los otros no podían divisar.

4

ESSE tipo de docencia, tan rico, le ayudó activamente a acumular sabiduría histórica, si bien también creo que le absorbió muchas de las horas que pudo haber dedicado a sus libros. Lo uno por lo otro. Lo cierto es que la obra grande de José Luis Romero —su etapa de la gran síntesis— es, a mi ver, la que él inaugura con la publicación en 1967 de "La revolución burguesa en el mundo feudal" y que luego continúa con "Latinoamérica: las ciudades y las ideas", en 1976. Quiero decir que esos dos libros, a pesar de su valor intrínseco, no eran sino el prólogo de su gran etapa de síntesis. Lo que seguiría es lo que dijo él mismo a Félix Luna, hace muy pocos meses, con las siguientes palabras:

Estoy escribiendo la continuación de "La revolución burguesa en el mundo feudal", que se compondrá de cuatro volúmenes en total, si puedo llegar a escribirlos. El título general de esta obra será "Proceso histórico del mundo occidental". El primer tomo es "La revolución burguesa en el mundo feudal" y seguirán tres, como le dije, de los cuales el segundo está ya casi terminado. Este es uno de los proyectos.

El otro es una obra bastante ambiciosa que está casi hecha: no falta más que escribirla. . . [Aquí, otra vez, el dejo de fino humorismo que Romero insertaba incesantemente en su conversación. Claro está que lo que quería decir era que lo fundamental de la nueva obra estaba, en su cabeza, bien completo y aclarado y que, allí en alguna gaveta de su abigarrado estudio, habría quizá mil páginas con anotaciones]. Se trata de una historia de las ciudades y de las culturas urbanas, con el título de "La ciudad occidental". Porque no es de todas, sino de las ciudades del mundo occidental.

Y finalmente el tercer proyecto comprende dos obras de carácter teórico. Una, sobre la conciencia histórica, que se llamará "El hombre y el pasado"; la otra es un análisis sobre el tema específico de la ciencia histórica, que a mi juicio nunca ha sido percibido con claridad aunque haya habido muchas aproximaciones. Este es uno de los más importantes que yo podría hacer. Llamo a este libro "Teoría general de la vida histórica". Pero la vida histórica, claro está, no es más que una palabra y eso me obliga (en este caso el camino intelectual ha

sido inverso) a analizar en qué consiste la vida histórica. Esta es una investigación que nunca se ha hecho de manera definitiva.

Es indispensable haber conocido a Romero y recordar su gran honestidad intelectual para comprender que este programa de trabajo y creación no se movía en el terreno de la fantasía, sino que, lisa y llanamente, él lo hubiera cumplido si las catástrofes de la naturaleza y de la política le hubieran concedido, digamos, dos o tres lustros más de vigor físico e intelectual.

Pero la gran síntesis quedó inconclusa cuando apenas comenzaba.

5

TENDRÍA que interrogarme, por segunda vez, para que mi testimonio tuviera mayor validez, qué clase de historia social era la que hacía Romero.

Ya he dicho algo de lo sustancial. Pero quiero ahora agregar una verificación y una opinión. Yo conservaba muy vivas mis lecturas de Marc Bloch y, por otra parte, acababa de leer varios de los autores europeos más importantes dedicados al tema medieval cuando estudié, más que leí, "La revolución burguesa en el mundo feudal" de Romero. Tenía frescos en mi memoria los elementos de una posible comparación. Mi conclusión le fue muy favorable. Estoy convencido que la de Romero es una obra maestra, una de las más importantes —por su capacidad de interpretar y por la vastedad de su erudición— que se han publicado sobre el tema. La coloco en el nivel de Bloch y muy por arriba de muchos de los libros, fragmentos y artículos de autores europeos y estadounidenses sobre temas afines de mayor circulación en nuestros días. Esta obra no ha sido traducida al francés ni al inglés y es probable que no lo sea en muchos años, porque su autor era latinoamericano. Mi pronóstico es que se traducirá antes al ruso y al polaco.

Debo aquí hacerme una pregunta para poder, enseguida, verter una opinión. Si Romero había desarrollado esa capacidad para reconstruir la historia social, ¿cómo se explica que no fuera marxista?

Esta pregunta, así tan simplificada, puede llevar a suponer que la adhesión al marxismo es condición previa indispensable para hacer buena historia social (yo creo que es un excelente punto de partida, aunque no indispensable) o bien, más que condición previa, garantía para que la historia social que se haga sea buena (lo cual no explicaría por qué hay malas historias sociales escritas por adherentes confesos al marxismo). No son esas posiciones las que me

preocupan ahora, sino que trato de comprender cuál fue la vía por la que Romero llegó a hacer una excelente historia social.

Desde luego, él tenía por el modo de interpretar la historia introducido por Marx un respeto profundo. Se lo acababa de decir a Félix Luna:

El aporte de Marx a la ciencia histórica es importantísimo. Yo diría que los únicos dos historiadores que, en distintas situaciones, sin duda, han puesto el dedo en la *realidad real* [una vez más, su tendencia a la paradoja, su fino sentido del humor. Me lo imagino preguntándole a un político o a un escritor oficializado: Usted, señor, ¿habla de la realidad o de la realidad real?] con toda su crudeza, son Maquiavelo y Marx. Son los que han puesto sobre la mesa la trama gruesa, insoslayable, de lo que es el comportamiento humano, individual y social. Desde ese punto de vista creo sinceramente que en el mundo contemporáneo hay muy poca gente que, en alguna medida, no sea marxista, aunque no lo sospeche, si se entiende por marxismo —y es su expresión más válida— un conjunto de principios de la dinámica histórica [...]. Tradicionalmente la ciencia histórica ha visto la trama de la historia y él muestra, como Maquiavelo, el revés. Esta es su grandeza y no hay manera de que nadie lo niegue.

Pero él no era marxista. No lo era porque el gran cauce de su formación humanística procedía de otras fuentes; porque no había experimentado la necesidad de manejar el dato económico en la medida y en el sentido que caracterizan a una actitud marxista; porque había construido sus categorías de análisis de modo tal que algunas coincidían con las de Marx y otras no. Tampoco era un marxista sin saberlo. El sabía que no lo era y acertaba.

(No tomo aquí en consideración el margen de verdades fundamentales enunciadas por Marx e incorporadas ya, sin mencionar procedencia, a la cultura occidental y a las cuales se refiere Romero en los párrafos precedentes, ni tampoco su propia definición política para saber si era o no marxista porque, a esta altura de la colosal polifurcación de actitudes políticas dentro del campo doctrinario marxista en todo el mundo, ese dato no tiene mucha importancia. El hecho es que no compartía las conclusiones políticas que Marx había extraído de su propio análisis histórico. Romero se consideraba socialista. Quizá fuera apropiado ubicarlo en una posición de socialismo reformista).

Mi opinión, finalmente, es que el campo de observación que él escogió —el universo integral de la clase social; más precisamente de la clase-eje de la macroestructura capitalista— y todo el respaldo de su vasta formación profesional y humanística hicieron que su

historia social fuera igualmente importante para un marxista con inteligencia como para un no marxista culto y sin sectarismos.

El lector de las obras fundamentales de José Luis Romero que mayor provecho puede obtener de ellas tiene que ser un individuo tan ausente de vanidades intelectuales, tan necesitado de justicia y tan conmovido por la sabiduría como lo era él.

México, D. F. Mayo de 1977.

Ficha bibliográfica de José Luis Romero:

Nació en Argentina en 1909; falleció en Japón en 1977.

Doctor en historia, graduado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Tesis: "Los Gracos y la formación de la idea imperial".

Profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata; Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires; Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, Montevideo.

Rector interventor en la Universidad de Buenos Aires. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del Directorio de la Universidad de las Naciones Unidas, con sede en Tokio.

Libros: "Las ideas políticas en Argentina", "El ciclo de la revolución contemporánea", "La Edad Media", "El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo xx", "La revolución burguesa en el mundo feudal", "El pensamiento político de la derecha latinoamericana", "Latinoamérica: las ciudades y las ideas", etc. Además, numerosos artículos y ensayos.

Obras citadas en este ensayo:

José Luis Romero, "La revolución burguesa en el mundo feudal", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

José Luis Romero, "Latinoamérica: las ciudades y las ideas", Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1976.

Félix Luna, "Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia", Timerman Editores, Buenos Aires, 1976.

ACTUALIDAD DE SPINOZA

Por *Jacobo KOGAN*

EN el deseo de contribuir a los homenajes que se rinden este año a Spinoza con motivo de los trescientos años de su desaparición, yo considero necesario destacar el interés permanente y actual de su filosofía, haciendo resaltar que no se trata solamente de evocar una figura histórica, un genio del pasado, sino de reafirmar la presencia viva de una filosofía cuyo contenido posee impercedera vigencia.

No es que vayamos a espigar en el sistema spinoziano algunas ideas que aún subsisten después de los trescientos años transcurridos desde la publicación de sus obras; tampoco vamos a pretender que nada ha ocurrido desde entonces en la historia de la filosofía. Lo que deseamos señalar es la vigencia del conjunto de su doctrina como visión única e insustituible, y por lo mismo perenne. En cuanto a su lugar en la historia de la filosofía, no sólo habían aparecido después de Spinoza concepciones distintas, sino incluso contrapuestas, y sin embargo, esto no ha disminuido el interés y el valor de su enfoque.

Para comprenderlo, es preciso que diga algunas palabras sobre el sentido de actualidad en filosofía. La historia de la filosofía es una sucesión de construcciones admirables de la inteligencia humana en su esfuerzo por comprender la realidad. A diferencia de lo que significa "actual" en las ciencias, cuya historia consiste en una gradual eliminación de los errores del pasado, los grandes sistemas filosóficos no han perdido nada de su importancia para quienes se preocupan por los fundamentales problemas del hombre. Si consideramos lo que subsiste hoy de la física, de la matemática o de la medicina de hace cien años, apenas si queda algo en pie; en cambio la historia de la filosofía está toda ella presente en sus representantes insignes. Es que las ciencias se ocupan, cada una en particular, de una clase determinada de objetos, pertenecientes a una esfera circunscripta de la experiencia, y a medida que van conociendo mejor las cosas se ven en la necesidad de cambiar las ideas. La filosofía, por el contrario, se propone entender la Naturaleza en su conjunto y esto depende de la situación del observador den-

tro del mundo total; el observador que parte del interior de la realidad como de un centro, nunca puede verla como un objeto desde fuera, porque él mismo forma parte de ella. Cada uno de nosotros se siente a sí mismo como centro del mundo y de ahí proyecta su visión. Lo mismo ocurre con el filósofo, cuyo enfoque de la totalidad depende de su situación histórica y cultural, de la índole de sus preocupaciones principales de su personalidad; y su visión es por tanto inevitablemente relativa. Pero no por ser relativa debe resultar necesariamente falsa o inexacta. No podemos ver el mundo ni la historia situándonos fuera de uno u otra, pero el enfoque de un panorama desde un punto de vista determinado, aunque no nos ofrezca la totalidad, puede ser perfectamente verdadero, si es bien observado y adecuadamente descrito; y hay lugares de observación más favorables que otros, así como hay talentos privilegiados para percibir con perspicacia y transmitir con precisión lo que han visto. Un sistema filosófico no consiste en una adición de ideas sueltas y fragmentarias, por más correctas e ingeniosas que sean, sino en una arquitectura intelectual lógica y coherente, partiendo de una experiencia radical. Y la actualidad permanente de una filosofía es la solidez del sistema en que ha sido expuesta.

Spinoza es uno de esos pensadores egregios que han tenido de la realidad una visión magnífica y singular y ha sabido expresarla con un rigor insuperable.

En virtud de la peculiaridad de su concepción, para entenderla adecuadamente es preciso percibir la estructura de su sistema desde dentro, y no desde el exterior, desde el punto de vista de un sistema diferente; y entonces se nos aparece como un monumento de solidez y amplitud vasto y profundo, dentro de su enfoque personal.

Es claro que para conocer cabalmente el sistema de Spinoza sería necesario examinar su lenguaje, las corrientes de pensamiento de la época en que vivió y el método que ha empleado para exponer sus ideas. Todo esto no podríamos obviamente hacer aquí, pues exige una síntesis de varios cursos de historia de la filosofía. Me centraré, por tanto, en presentarlo desde el ángulo de uno de sus problemas fundamentales, el de la esencia de la realidad, o la metafísica.

Todos saben que la obra principal de Spinoza lleva el título de "Ética" y no el de "Metafísica", y es efectivamente una preocupación ética la que según sus declaraciones expresas fue el móvil principal de sus meditaciones.

La Ética como disciplina filosófica se ocupa, en general, de la conducta humana en sus relaciones comunitarias; pero en un sentido más hondo, ella se pregunta por el sentido y valor de la vida hu-

mana y el problema de lo que es el verdadero bien. Este problema ético fundamental Spinoza no cree que pueda ser resuelto admitiendo simplemente las recomendaciones y deberes impuestos por la religión, la tradición o la moral común, sino que han de hallar su base en el conocimiento de lo que es verdaderamente real, o sea, en una metafísica. Su conclusión será que el hombre sólo podrá alcanzar el genuino bien si logra realizar plenamente su naturaleza y para eso es preciso comprender primero qué es la Naturaleza y cuál es la condición del hombre.

Partamos con Spinoza de una experiencia primordial: nos encontramos en la realidad sintiendo y pensando. Lo inmediatamente cierto son nuestra vida y nuestro pensamiento; pero no estamos solos, y nuestro pensamiento se dirige a algo que no somos nosotros mismos, sino el mundo que nos rodea; el yo pienso y el mundo en que piensa el yo, aparecen en nuestra experiencia inmediata e intuitiva como juntos e indisolubles; nuestra inteligencia encara una extensión espacial infinita en que aparece la multiplicidad de las cosas. Estas cosas no se presentan en forma caótica, sino en un orden fijo, como gobernado por leyes permanentes. Llamamos Naturaleza al conjunto de todo lo que existe dentro de este orden.

Nosotros, hoy, estamos acostumbrados a llamar Naturaleza a las cosas y a los hechos físicos y psíquicos, excluyendo el conocimiento de ellos. Spinoza rechaza tal concepción. La Naturaleza es para él la totalidad, incluida la inteligencia que conoce y que comprende la Naturaleza. El pensar no es para él un imperio dentro de otro imperio, como si el conocimiento estuviera fuera del mundo. El pensamiento no es ningún artificio y, estima él, resulta tan inconsistente declarar desde el principio que sólo existen las cosas en el espacio, como que sólo existe mi pensar, siendo una ilusión el mundo, como supone el idealismo. El mundo extenso en el espacio y el pensamiento que lo conoce no son sino dos fases de la misma realidad. Spinoza llama *sustancia* al Todo de la Naturaleza o Dios, y *atributos* a estas dos fases de ella: la extensión y el pensamiento. La sustancia es una, comprende todo lo que eso existe, en la mente y fuera de la mente; los atributos expresan *cómo* es la Naturaleza y se nos presentan en las dos fases o dimensiones señaladas.

La sustancia lo abarca todo, es infinita. Y una realidad infinita ha de poseer infinitos aspectos. El hombre sólo conoce dos de ellos esenciales: el pensamiento y la extensión. Son esenciales porque cada uno de estos atributos abarca la totalidad como fondo unitario; mientras que la multitud de cosas se encuentran en el espacio, y la variedad de ideas en la mente, las percibimos a través de apariencias que no son esenciales, ni al mundo y ni siquiera a las cosas

mismas. Sin extensión espacial no puede haber cosas, sin la actividad de pensar no puede haber ideas. Pero las cosas mismas pueden variar en sus cualidades, así como las ideas pueden aparecer claras y distintas, o vagas y confusas. Spinoza llama también a la sustancia infinita Dios o la Naturaleza.

Es importante comprender desde el comienzo que ni la extensión ni el pensamiento los aprehendemos por medio de los sentidos. Nosotros vemos cuerpos que se mueven o están en reposo dentro del espacio; no vemos el espacio; tenemos conciencia de las operaciones que efectúa nuestro entendimiento, pero el acto de pensar es la fuente de donde surge el entendimiento mismo, el pensar no es un mecanismo: es tal como nos aparece la Naturaleza por la actividad de la razón, es la inteligencia en su infinitud, el intelecto que concibe el mundo. Los atributos los conocemos por una intuición intelectual de este pensar originario.

Lo que nos resulta difícil admitir hoy es que los pensamientos sean también realidades, como lo son las ideas en la dimensión intelectual de la Naturaleza, según Spinoza. Creemos que las únicas realidades son las cosas y los hechos, mientras que las ideas no son más que abstracciones. Tampoco Spinoza considera que toda idea que nos pasa por la mente es real o corresponde a algo real. Hay ideas absurdas, como el triángulo cuadrado y hay ideas confusas que no son nocimientos. Su única realidad consiste en su aparición en la mente humana; porque real es en la Naturaleza todo lo que hay y todo lo que ocurre pero hay ideas verdaderas y otras meramente imaginadas. Las ideas verdaderas son claras y distintas, íntegramente adecuadas al objeto a que ellas se refieren y provienen de la razón; las inadecuadas, en cambio, son vagas y confusas y tienen su origen en la imaginación. No revelan lo que las cosas son en su realidad, sino cómo aparecen en calidad de imágenes en nuestra mente.

Pero la genuina realidad de las cosas es lo que ellas son y no sus apariencias; lo que ellas son siempre en su integridad, y no en la transitoriedad de sus aspectos. Una idea adecuada, que proviene de la razón, y no de nuestros sentidos, es la verdadera realidad de la cosa.

Y hay más: las ideas genuinas no son copias pasivas de las cosas, sino que las producen. Tomemos el ejemplo de una figura geométrica: el círculo. Visto en el espacio de nuestra sensibilidad, es una imagen limitada, circunscripta, de un objeto, que nuestra percepción destaca en la infinita extensión. Toda determinación o limitación en esta extensión infinita, un aislar del objeto del fondo de la realidad en su conjunto, es una negación de la totalidad, un

artificio de nuestra imaginación que delimita figuras separadas e independientes. El conocimiento de esta figura es una percepción pasiva de algo extraño a la razón, de algo que encontramos en el espacio como si fuera dado de antemano. Lo que en cambio la razón piensa adecuadamente es una realidad esencial, una unidad y no fragmentos separados de ella. El matemático piensa el círculo como un objeto producido por la inteligencia: "la rotación de una recta en torno a una de sus extremidades, una de las cuales está fija y la otra móvil". Mientras que en la percepción sensible es la captación de un objeto extraño a la razón y por lo tanto inasimilable por ella; la figura que surge de la inteligencia no guarda para ésta ningún misterio: es una creación intelectual proyectada activamente sobre el fondo de la extensión ilimitada.

Sólo conocemos adecuadamente las cosas cuando surgen de nuestra razón. La realidad primordial es la infinita extensión y no el círculo recortado dentro de ella y aprehendido por medio de nuestro sentido visual, que no es sino una imagen. La esencia del triángulo está en la idea que lo produce.

El círculo, sin embargo, no es un ente que existe en el mundo exterior, pero sí lo son las cosas materiales, los árboles, los animales, los hombres. Con todo, la existencia de éstos depende también de las ideas, de ser cada uno lo que en su esencia. Un hombre lo es enteramente cuando existe como hombre, y cada uno de nosotros se realiza en la medida que desarrolla íntegramente su singularidad individual. Las modificaciones accidentales y contingentes que nos suceden no afectan el núcleo de nuestra persona, y si cambiamos totalmente es que nos hemos convertido en otro, como en el ejemplo que cita Spinoza de un poeta que había perdido totalmente la memoria y se transformó en una persona distinta.

Es que el plano de las ideas y el de las cosas no son, como vimos, más que dos fases de lo mismo: el uno nos presenta las inmutables esencias, el otro los cambios causados por los hechos; uno es el punto de vista de la eternidad, el otro el de los sucesos que ocurren en el tiempo.

Las cosas en el plano de la extensión realizan el ser de las ideas en ese plano; *pero lo que realizan es lo que las cosas son, es decir, sus ideas*. Una idea, por lo tanto, no es solamente una abstracción: Dios o la Naturaleza, es también una idea, y sin embargo contiene en sí todo lo que existe y es la fuente inteligible de todos los acontecimientos. También son ideas los atributos, el pensamiento y la extensión, que constituyen aspectos fundamentales de la realidad.

Así se explica la célebre enunciación de Spinoza de que "el orden y la conexión de las ideas es igual al orden y conexión de las

cosas". Esta formulación afirma la identidad entre el enlace de las ideas de la razón con la concatenación de las cosas y de los hechos en la sucesión temporal. Las ideas y las cosas son, los objetos particulares que Spinoza llama *modos*, los cuales emergen, respectivamente, de cada uno de los atributos de la totalidad de la Naturaleza. Pero el enlace de las ideas en el plano del pensamiento es lógico, racional y permanente, mientras que las relaciones entre las cosas y los hechos en el plano de la extensión son causales y se desarrollan en el tiempo. En la fase del pensamiento, el orden y la conexión de las ideas se nos presenta como una dimensión estática, fija e inmutable; por ejemplo: la relación entre los ángulos y los lados de un triángulo; en cambio, en la faz de la extensión, el dinamismo de los sucesos constituye un proceso temporal que produce transformaciones constantes, desplegándose en causas y efectos con movimiento de los objetos.

Sin embargo, siendo el orden total del mundo gobernado por leyes permanentes de la Naturaleza, lo que ocurre en la extensión ha de ocurrir con la misma necesidad y el mismo rigor que hallamos en la relaciones lógicas y matemáticas. Para la inteligencia infinita de Dios, como dirá más tarde Leibnitz, inspirado en Spinoza, las verdades de hechos son también verdades de razón. Pero sin recurrir al entendimiento divino, que para nosotros será siempre arcano, se puede comprender que si el Universo es uno, y siendo el pensamiento y la extensión sólo dos fases del mismo, lo que acontece en una de ellas ha de reproducirse igualmente en la otra.

Con todo, si se advierte que la dimensión del pensamiento es la eternidad y la de la extensión el tiempo, y siendo la eternidad y la infinitud de Dios la fuente de todo lo que es temporal, se impone la supeditación del plano de la extensión al del pensamiento. Esto ha dado lugar a dos interpretaciones del spinozismo que nos será útil tomar en consideración aquí.

Según Windelband y Cassirer, "El dios spinozista se halla inscripto dentro de una quietud broncínea de una fórmula matemática" ("El Problema del Conocimiento", tomo II, p. 49. Fondo de Cultura Económica, México).

La otra interpretación procede de la mayor autoridad actual en los estudios spinozianos, Carl Gebhardt, que vuelve a una tesis antigua del conocido historiador Kuno Fischer. "Dios, decía Kuno Fischer, comentando a Spinoza, es la causa única; es, por lo tanto, la fuerza que produce los fenómenos, actuando en cada uno de ellos de un determinado modo; existiendo innumerables fenómenos, tienen que existir innumerables fuerzas, en las que consiste y se halla presente la plenitud divina. . . Las cosas concretas son transitorias y

precarias, pero lo que en ellas actúa y lo que perdura a través del cambio de los fenómenos tiene un origen eterno y divino. Estas fuerzas que en las cosas actúan son las cosas no como van y vienen, sino tal como son en sí. El sustento de estas fuerzas no son las cosas, sino Dios, pues él y sólo él es la esencia primigenia de plena fuerza" (cit. por Cassirer, op. cit., p. 48).

Y Gebhardt escribe actualmente: "El dinamismo es otro rasgo esencial que caracteriza a la filosofía de Spinoza, por más que este aspecto sea todavía completamente ignorado por la interpretación debida a Windelband y quizá de Lotze, que consideran el spinozismo como un panteísmo matemático. El que considera que la esencia de cada cosa es un impulso, ve el mundo no estática, sino dinámicamente, lo que está de acuerdo con el hecho de que Spinoza encuentra la esencia de la corporeidad no en la simple extensión de la materia, sino en su actividad propia; la esencia de la idea no consiste en una simple presencia a la manera de las imágenes sobre el lienzo, sino en su propia eficacia y espontaneidad. Dios no es un *espacio* metafísico de todas las cosas, sino *esencia activa*, dinámica" (C. Gebhardt: "Spinoza", Edit. Losada, págs. 117-118).

El impulso que menciona Gebhardt es lo que Spinoza llama *conatus* y que se ilustra en la proposición de la Ética de que "cada cosa se esfuerza por perseverar en su ser". Este esfuerzo emerge de la inmutabilidad de la idea, y constituye asimismo la explicación más evidente de cómo el pensamiento eterno se conserva y se impone en todos los cambios.

Es preciso tener cuidado de no considerar cada uno de los atributos con independencia del otro; las ideas solas, sin su actuación en las cosas, no son en verdad más que pensamientos abstractos; como las cosas sin las ideas carecen de consistencia. El mundo de las ideas se integra y opera dentro del mundo de las cosas y las transformaciones que sufren las cosas constituye la vida de las ideas. Cada idea eterna contiene en sí todas las connotaciones de su existencia esencial en el tiempo, como la idea del triángulo contiene en sí todas sus relaciones con los demás elementos de la figura eternamente. En la idea de un individuo está contenida toda su vida, con todos los sucesos esenciales de su existencia temporal.

Podemos describir ahora cómo el atributo de las ideas eternas se despliega dentro del mundo de la extensión, con referencia especial a la existencia humana. Todas las cosas son ideas en la mente de Dios, pero no lo saben; sólo lo sabe el hombre que posee la virtud del conocimiento y la conciencia, por lo que participa de los dos mundos, de la extensión y el pensamiento. Su cuerpo es un objeto extenso, su alma es la idea de ese cuerpo. Y hay más: el

hombre no sólo tiene conocimiento de su cuerpo, sino también conciencia de sí, que no es únicamente una idea del cuerpo, sino una idea de la idea del cuerpo y el alma a la vez. Y gracias a este conocimiento de sí y de las cosas, puede comprender su situación en el mundo y su relación con Dios.

El hombre piensa tal como piensa Dios cuando su pensar brota y deriva de la razón, porque no hay más que una razón universal, pero hay distintos modos de aplicarla. Si se piensa directamente a partir de ella, se tienen ideas claras, distintas y precisas: es el lema del racionalismo del que Spinoza es el más cabal representante; y las ideas son claras y distintas para él cuando son concebidas surgiendo de la Unidad de la Naturaleza y sus atributos, e intuitivas intelectualmente en su integridad; pero las ideas sólo son vagas, confusas, mutiladas y parciales cuando no se parte de la razón, sino de la experiencia sensible corporal.

A través de los sentidos, no conocemos en rigor directamente nada. Lo que acontece cuando queremos comprender los objetos partiendo de sus impresiones sobre nuestra sensibilidad, es que los tomamos por preexistentes a nuestra actividad de conocer y tratamos de aprehenderlas desde fuera. Las cosas exteriores producen en nuestra mente imágenes y estas imágenes son las cosas tal como aparecen transformadas por nuestra mente y no tal como ellas son objetivamente: conocemos lo que ocurre en nuestra mente, no lo que existe en sí. Las imágenes, además, nos presentan siempre aspectos parciales y externos de las cosas, de manera que lo que son en su integridad es un supuesto de nuestra imaginación; nuestro conocimiento resulta así sólo hipotético. Si a esto se agrega que los hechos son resultado de causas antecedentes, cuya serie se extiende hacia el pasado en concatenaciones infinitas que nuestra mente es incapaz de abarcar, —por lo que nunca sabemos cuáles son las causas primeras de lo que ocurre— se hará evidente que nunca conocemos nada a ciencia cierta, y que la imaginación sólo nos proporciona un conocimiento parcial, vago y confuso.

La multitud y variedad de cosas y de hechos de la Naturaleza no podemos aprehenderlos en todas sus particularidades; para ello nuestra inteligencia inventa clasificaciones en géneros y especies: hablamos del árbol, del caballo, del hombre; pero sólo existen este árbol, tal caballo, aquel hombre: los nombres genéricos son un artificio de nuestra mente. Si se tiene en cuenta que casi todas las palabras del diccionario son generales, resulta que nuestro lenguaje se mueve casi siempre entre abstracciones.

Establecemos entre las cosas y los hechos ciertas relaciones según nuestros puntos de vista y nuestras necesidades de orientación con

respecto a ellas: así hablamos de lo que está arriba y lo que está abajo, de lo lejano y lo cercano, de poco y mucho, de rapidez y lentitud, de grande y pequeño; todo eso no son más que calificaciones imaginadas, pues no son propiedades de las cosas mismas. Y lo propio ocurre con el número y la medida, lo breve y lo duradero; y como el tiempo es asimismo una medida, la medida de la duración y el movimiento, el tiempo también es un producto de la imaginación humana.

El universo se nos aparece así en dos dimensiones distintas: de la eternidad y de la temporalidad; la primera tal como es conocido por la razón, la segunda tal como es imaginado a través de la experiencia sensible; la primera, contiene las integridades y totalidades que son las ideas verdaderas; la segunda, comprende un cúmulo de objetos engendrados por suposiciones y poblada de fantasmas fabricados por la imaginación con los datos recogidos por nuestros sentidos.

No es que aquello que imaginamos sea una mera ficción y no exista en absoluto; nada ocurre en el Universo, ni en la extensión ni en el pensamiento, que no sea parte de la Naturaleza; pero lo que imaginamos sólo acontece en nuestra mente y no en el mundo exterior, no en el mundo tal como lo piensa Dios, donde todas las cosas son eternas; porque en la eternidad no hay ni antes ni después, ni número, ni medida, ni duración, ni tiempo.

La conciencia es un saber que se sabe, un saber del saber, una idea de la idea. Esta idea de la idea no es algo agregado a la primera, sino la misma idea con conciencia de sí misma. La idea de la idea forman una unidad similar a la unidad del cuerpo y el alma, como es inseparable la conciencia de aquello de que es consciente. Pero la idea del cuerpo es el pensamiento de nuestra existencia en el plano de la extensión, mientras que la idea de nuestra alma es el pensamiento de nuestra realidad conjunta, como cuerpo y alma a la vez.

Somos conscientes de nuestro ser como cuerpo en la extensión y un alma en tanto que pensamiento, pero no siempre tenemos conciencia de nuestra unidad como idea en la mente universal. El alma, como idea del cuerpo, existe mientras dura el cuerpo, puesto que no es más que la idea de éste en la razón; pero la idea de nuestro ser en la mente de Dios o la Naturaleza es indestructible.

Hemos visto, además, que los atributos de la sustancia son infinitos, pero que nosotros sólo conocemos dos de ellos. Ahora bien, la idea que se despliega en el atributo de la extensión ha de tener despliegues paralelos innumerables en todos los demás atributos infinitos. La idea de lo que es cada uno de nosotros ha de poseer

así manifestaciones innúmeras en todos los planos que ignoramos; con ello, la existencia humana adquiere horizontes de realidad insospechables.

No lo dice expresamente Spinoza, porque en filosofía rigurosa sólo se puede hablar de aquello que tenemos experiencia, y nosotros tenemos experiencia sólo de los atributos que son la extensión y el pensamiento. Pero la posibilidad mencionada surge con toda coherencia de su doctrina.

Veamos ahora en qué consiste para Spinoza nuestra libertad. Somos libres cuando nuestra acción surge de nosotros, de lo que somos, y no cuando estamos sujetos a leyes desconocidas; desde el punto de vista de la causalidad somos un punto de aplicación de fuerzas anónimas; sólo cuando obramos a partir de nuestra idea en la razón, nuestro acto emerge de nuestra esencia. No somos libres para obrar en el plano de la extensión, de la causalidad y el tiempo, pero somos libres para *comprender* en la dimensión del pensamiento, y esto es decisivo para nuestro destino.

El obrar con conciencia es ya una tesis de libertad, aunque se reduzca ésta al conocimiento de la necesidad, según una frase célebre. Pero este conocimiento de la necesidad por la razón no es de ninguna manera para Spinoza una resignación al fatalismo. La libertad como autenticidad, como plena afirmación de la persona en tanto que idea de la razón que se realiza permanentemente en la extensión infinita, no es por cierto la esclavitud de quienes creen que sus arbitrariedades proceden de su libre voluntad, porque ignoran su origen; ellos son *entes pasivos* siempre determinados por algo exterior a su esencia.

En cambio cuando la acción es la realización de nuestra Naturaleza humana que es el conocimiento, somos activos. Ya en la dimensión temporal, cuando tenemos conciencia de ser parte de la totalidad de la naturaleza y de que nuestras ideas de la razón brotan de la inteligencia del mundo, las mismas acciones que ejecutamos por determinación causal poseen un diferente sentido. Sentimos una solidaridad con todos los hombres y todas las cosas; y aquello mismo que el ignorante hace por ambición, el sabio hace por benevolencia; no podemos suprimir nuestros deseos, pero conociendo cuáles son los deseos que brotan de la totalidad de nuestra alma, podemos dirigir nuestras energías hacia aquello que no es más útil. Podemos anteponer las ideas adecuadas a las inadecuadas, y siendo las primeras las que corresponden a nuestra auténtica realidad, ya nuestros actos no son ciegos e inconscientes, sino frutos de una actividad auténticamente nuestra.

Comprendiendo que todo lo que acontece no puede ocurrir de otro modo, no nos dejamos entristecer por lo inevitable; porque la tristeza disminuye las potencias de nuestro ser, por lo que buscaremos la alegría que las exalta. Obraremos con serenidad y no por miedo y esperanza de lo incierto. No temeremos a la muerte, sabiéndonos eternos, y en la conciencia de ello radica nuestra verdadera libertad. "El hombre libre, dice Spinoza, en nada piensa menos que en la muerte y su sabiduría es una meditación no sobre la muerte sino sobre la vida".

Existe así la realidad tal como la conoce la razón y la realidad tal como la conoce el hombre cuando no parte de la inteligencia pura, sino de la sensibilidad y la imaginación. En la imaginación, nos parece que el tiempo existe efectivamente, porque en él transcurre nuestra vida, pero ignoramos que sólo tiene una existencia ficticia y creemos que al concluir nuestra vida temporal ya no queda más nada de nosotros.

Y así ocurre realmente si no nos elevamos al conocimiento racional y comprendemos que somos parte de la Unidad y Totalidad de la Naturaleza; que desde el punto de vista de la eternidad la idea de nuestro genuino ser es nuestra persona como la idea de la idea de nuestra alma en la mente de Dios, donde somos indestructibles.

Nuestra alma es la idea del cuerpo; al extinguirse el cuerpo desaparece también su idea, si sólo nos atenemos al tiempo; pero somos también una conciencia, que no es únicamente la idea del cuerpo, sino la idea de la idea del alma, un pensamiento eterno en la mente del Universo. Si comprendemos esto por medio del conocimiento máximo, que es la intuición de la razón, sabremos también que somos eternos y efectivamente lo seremos.

"Sentimos, dice Spinoza, experimentamos que somos eternos". Todos los hombres lo sienten y lo experimentan, pero el ignorante de las verdades de la razón, o descrea de todo, o concibe la inmortalidad como una duración indefinida en el tiempo y la espera al final de su vida; el que en cambio tiene conciencia de sí como parte de la Totalidad sabe que el tiempo es imaginario y vive en la eternidad cada instante de su existencia.

En el plano de la imaginación, que es la dimensión temporal, el hombre nace, vive y muere sin saber dónde había estado y qué le había ocurrido. Es como si hubiese visitado un maravilloso país y lo hubiera abandonado sin haber recogido en él más que algunas impresiones superficiales y fugaces, ciego para lo principal, y es que allí podía haber sido eterno.

"Resulta así evidente —concluye Spinoza— cuánto vale el sabio y cuánto más poderoso es que el ignorante, que actúa sólo movido por la concupiscencia. Pues el ignorante, aparte de ser zarandeado de muchas maneras por las causas externas y de no poseer jamás el verdadero contento del ánimo, vive además inconsciente de sí mismo, de Dios y de las cosas, y tan pronto como deja de padecer, deja también de ser. El sabio, por el contrario, considerado en cuanto tal, apenas experimenta conmociones del ánimo, sino consciente de Dios y de las cosas con arreglo a cierta necesidad eterna, nunca deja de ser sino que siempre posee el verdadero contento del ánimo".

LA conciencia de la verdadera realidad es también el fundamento de la ética. La virtud es para Spinoza la afirmación de la existencia humana por medio del pensamiento. Parte de un decidido realismo moral: cada uno aspira a la felicidad y busca lo que le es verdaderamente útil; pero antes de vivir bien el hombre tiene que existir, esto es, realizar su idea de hombre. Todas las tendencias que lo impulsan a perseguir el bienestar, la alegría, el desarrollo de sus facultades y capacidades son perfectamente legítimas y deben ser satisfechas, siempre que un bien transitorio no anule la posibilidad de existencia plena y auténtica. Este bien auténtico es en el hombre el conocimiento y la razón, sin las cuales ninguna acción es auténticamente suya; si no obra a partir de la razón el hombre es juguete de las circunstancias exteriores ignorando las causas que determinan su conducta. Sin el conocimiento y el obrar consciente de su verdadero ser el hombre vive ajeno a su esencia.

Esta conciencia tiene también proyección capital sobre su comportamiento en la sociedad y con respecto a los demás hombres. La vida específicamente humana no es posible fuera de la sociedad; el Estado y las instituciones son de una utilidad primordial y la obediencia a las leyes no es sólo una supeditación esclavizadora. El Estado tiene su base en una necesidad racional de orden y de paz; y "el hombre, dice Spinoza, conducido por la razón es más libre en la ciudad, donde obedece a las leyes, que en un desierto donde no obedecería más que a sí mismo".

El hombre es verdaderamente esclavo cuando está enceguecido por las pasiones o cuando es una mera cosa perteneciente a un dueño. Pero el ciudadano de un Estado no es esclavo en ninguno de los dos sentidos. La obediencia al soberano es un estado intermedio entre la esclavitud y la libertad, pues cuando la sociedad está fundada sobre criterios razonables, la ley, principio de disciplina ex-

terior, nos pone sobre la vida de la liberación. Por otra parte, aunque la obediencia suprime, en un sentido, la libertad de obrar, el sujeto no es sin embargo *la cosa* de su soberano, porque en toda "libre República" que cumple las funciones que le son encomendadas, el fin de la ley es el bien no de las personas que gobiernan, sino del pueblo entero.

Sin embargo, la relación con los demás hombres no se agota en una vinculación utilitaria de intereses comunes, sino que se halla también motivada por la aspiración de realizar conjuntamente la humanidad del hombre y el empeño de los hombres libres de hacer algo de sus vidas desarrollando la personalidad de cada uno. El hombre se realiza por el conocimiento, que es una tarea común, y la conciencia, que es fuente de las relaciones personales en el plano de la libertad.

"Hay muchas cosas fuera de nosotros, escribe Spinoza, que nos son útiles y que por tal razón tenemos que desearlas. Entre ellas, el pensamiento no puede inventar nada mejor que aquellas que concuerdan enteramente con nuestra naturaleza. Porque, por ejemplo, si dos individuos de la misma naturaleza se juntan el uno con el otro, componen un individuo dos veces más poderoso que cada uno por separado. No hay nada más útil al hombre que el hombre. . . ; de ahí que los hombres gobernados por la razón no deseen nada para ellos mismos que no deseen también para los demás hombres, y son así justos, honestos y de buena fe" (Ética, libro IV, prop. XVIII, escolio).

El motivo capital de la preocupación filosófica de Spinoza fue el esclarecimiento de lo que es el verdadero bien, la felicidad genuina, cuyo logro máximo es la beatitud. El móvil de esta aspiración es individual, pero siendo el origen de la beatitud la conciencia de nuestra integración en la Totalidad, que es Dios o la Naturaleza, esta unión mística no se efectúa mediante un salto directo al infinito, sino a través de un amor a todas las cosas y ante todo a todos los hombres. La ética confluye así con la metafísica, la beatitud no es un premio a la virtud sino la virtud misma como potencia de afirmación vital y el amor intelectual del alma a Dios es el amor con que Dios se ama a sí mismo en el hombre.

Spinoza define el amor como una alegría acompañada de la idea de una causa exterior. La alegría es una exaltación de nuestro ser y el objeto que la produce suscita en nosotros el amor hacia ese objeto. Pero la exaltación máxima de nuestro ser ocurre cuando ejercemos el conocimiento desde el punto de vista de la eternidad, alcanzando la plenitud de conciencia de nosotros mismos, de Dios y de todas las cosas. Entonces la beatitud que experimentamos ya no

proviene de un objeto sensible que percibimos en el mundo exterior, sino de algo que intuimos intelectualmente desde el interior mismo de la sustancia universal, o el Universo de que formamos parte inseparable. Es lo que Spinoza llama el amor intelectual a Dios, amor en que pensamiento y realidad, Dios y el hombre se identifican.

LA INCOMUNICACION EN DOS OBRAS HISPANOAMERICANAS

Por Carlos SANTIBAÑEZ

SI partimos de la noción aristotélica de que *el hombre es un animal social*, dejando aparte toda falsa interpretación de traductores inexactos, y contemplamos, por otra parte, los medios con que actualmente se cuenta para comunicarse, notamos que la primera afirmación no se cumple cabalmente, a pesar de la gran cantidad de medios para ello. Se han señalado múltiples aspectos negativos en la vida del hombre, y se ha buscado su rastro en la literatura, señalando la contradicción de una época ahí donde el artista no vio sino el objeto de su arte: lo que habría de narrar: el conflicto particular de una pareja, la validez formal de una metáfora. Pero quizá aquí falte profundizar: el hecho de la imposibilidad de la comunicación que se observa en nuestro tiempo atañe al hecho literario más que a ningún otro. La cuestión de unos seres que intentan comunicarse y no lo consiguen, es, tal vez, lo último que puede llamar la atención de un escritor del presente, si pensamos que un intento fallido puede caracterizar un momento dado, una situación y una época.

Establecer la comunicación a través de la literatura es lo que habrá de guiarnos al *interpretar* textos literarios. Pero la crítica enfrenta aquí un nuevo problema: al querer participar el resultado de su estudio muchas veces asiste a la confirmación de que los otros están distraídos, no quisieran pensar más, ya lo hicieron —con el cerebro de otro—, la lectura para ellos fue buena porque los entretuvo: pasaron el rato. Y lo decía Unamuno: "*La cuestión es pasar el raptó.*"

La literatura continúa reflejando el enigma. Los personajes cambian, revuelven la escena, gritan su verdad. Ella sólo transparenta su engaño, su contradicción. Nada más trágico que ~~el~~ realizarse en ellos la imposibilidad de la comunicación. Poco más de un siglo antes de que Cortázar y Sábato —los autores que aquí analizaremos—, se preocuparan del asunto, Carlos Marx había repetido una afirmación clave a este respecto;

La relación del hombre consigo mismo únicamente es para él objetiva y real a través de su relación con otros hombres.¹

Objetivar: situar el objeto en el mundo, y el hombre en relación al objeto, una meta imposible para los personajes del cuento de Cortázar que servirá en el presente ensayo de apoyo a la tesis de la imposibilidad de comunicación. El escritor contemporáneo lo plantea en el cuento *La autopista del sur*, a través de un hecho cotidiano y bien conocido por los que padecemos la vida de las grandes metrópolis: el clásico "embotellamiento". Para empezar nos vemos reflejados en la gente que el escritor retrata: llevaba prisa.

En esto, el ambiente que Cortázar plantea, es el mismo del verso de Eliot en *La tierra baldía*, que traduce esa irónica recomendación como una constante: "*Hurry up, please, it's time*" (dénse prisa, por favor, es hora). El grupito del cuento de Cortázar iba rápido, esto es: quería llegar un domingo en la tarde a su casa, se encontraba a punto de lograrlo y, de pronto, se destruye el encanto y aparece la inercia: detenerse el tránsito. Vaya un absurdo, habrá que tocar el claxon, impedirlo de cualquier manera. El hecho de que cientos de personas pasen junto a otras tantas sin necesidad de conocerse, cada una montada ante un volante como ante un destino que maneja individualmente, y que tal vez chocaría al ser confrontado con otros, eso no tenía nada de absurdo. Al contrario: era lo propio, lo que había que fomentar y dentro de lo cual la cosa marcharía felizmente. La distancia que ahora los separa se ha acortado con respecto a la de antes: errores del tránsito, pero en esta nueva distancia, habrán de recorrer ese abismo que va de una a otra vida, superior, en tamaño, a la distancia de antes. No llegarán a casa un domingo en la tarde, llegarán a la vida de enfrente. Pero, como veremos, llegarán a destiempo.

La pompa se va ahí poco a poco. Termina el alboroto habitual. Algo poético asoma en esta gente que quería llegar antes y queda suspendida ahí hasta nueva orden, diríamos que con esa modesta ingenuidad con que uno es captado por la fotografía.

A partir de esta crisis, la situación excede los términos del lenguaje. Los personajes aparecen privados del contexto habitual y entonces integran un mundo aislado, se insiste en tomar el tiempo:

Qualquiera podía mirar su reloj pero era como si ese tiempo atado a la muñeca derecha o el bip bip de la radio midieran otra cosa...²

¹ Carlos Marx. *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, "Primer Manuscrito", p. 79.

² Cortázar. "Autopista del Sur" (V. Bibl.), p. 9. (En adelante, la paginación se cita entre paréntesis.)

El elemento clave del juego en que nos hunde el autor, es permitir esa ruptura que facilitará de algún modo el restablecimiento de la comunicación. Despojados de su habitual seriedad, los personajes son otros. El matrimonio de ancianos a bordo del ID Citroën integra ahora la visión de "una gigantesca bañadera violeta donde sobrenadan los dos viejitos, él descansando los brazos en el volante con un aire de paciente fatiga, ella mordisqueando una manzana. . ." (p. 10).

Las monjitas del 2HP con la cesta de hortalizas que transportaban para una cocinera, el matrimonio del Peugeot 203 que no quería perder los juegos televisados de aquella noche y la pareja central: el ingeniero del Peugeot 404 y la muchacha del Dauphine, todos son ahora como un cercano "ya nos conocíamos", todos nostalgia. Con el tiempo, se formará una comunidad que convivirá dentro de ciertos límites, teniendo por punto de referencia el coche y la preocupación de mantenerse viva en común: traer agua, alimentos, noticias. . .

La sociedad aparece caracterizada en sus ejemplos más típicos: el extranjero —ese ser a quien la literatura ha rendido, desde Eneas, el tributo insondable de lo desconocido— que representa siempre la novedad y se singulariza por el solo hecho de no ser del lugar, el que va y viene con noticias, el que las vende y hasta las inventa con tal de vender bien, la juventud rebelde recogida en los muchachos del Simca, las monjas (el lado religioso de las cosas), la pareja en distintos estadios: el soldado y la muchacha recién casados, los ancianos, y la pareja que nacerá ahí: la del ingeniero y la chica del Dauphine. También está la infancia distante e inconsciente, captada en el pequeño del Taunus a quien de seguro el calor haría llorar; los campesinos del Ariane, el médico, los muertos (el que se suicida y la que fallece de muerte casi natural), el que claudica y se fuga llevando una valija de mano, el jefe imprescindible del grupito: el del Taunus ("*que evidentemente sabía mandar*", p. 21), y la presencia vaga, pero cierta, de otros jefes.

Es dentro de este conjunto que se plantean las necesidades más elementales, la de buscar agua, la de explorar, la de jugar a los dados o conversar para matar el tedio, siempre bajo la meta de avanzar algún día, con la conciencia de estar viviendo un personaje colectivo: la columna, y la angustia, desde su sentir más hondo hasta el presentimiento de tener un hijo que, siguiendo al "*tímido anuncio de la muchacha del Dauphine*", al ingeniero termina por "*parecerle tan natural como el reparto nocturno de las provisiones. . .*" (p. 37), todo vivido intensamente en el marco de una naturaleza que está ahí para limitar el destino de los personajes a través de entradas magistrales como la búsqueda de agua, como la no-

ticia del principio de incendio "*provocado por alguien que había querido hervir clandestinamente unas legumbres*" (p. 25), mani-fiesta asimismo en las condiciones climáticas que afectan al conjunto, el frío, la lluvia y el viento "*que enervaron los ánimos y aumentaron las dificultades de aprovisionamiento*" (p. 36), periodo al cual "*siguieron días frescos y soleados en que ya era posible salir de los autos, visitarse, reanudar relaciones. . .*" (*loc. cit.*). Naturaleza que está dada con una nota de permanencia: ha estado ahí, seguirá ahí, infinitamente ahí, mientras el hombre a través de tanto tiempo despierto, ha venido a alejarse de ella y la ve como algo tal vez anterior, tal vez superior, pero en todo caso distinto, radicalmente distinto de él mismo:

Sin que pudiera saberse por qué, la resistencia exterior era total; bastaba salir del límite de la autopista para que desde cualquier sitio llovieran piedras.

(p. 32)

Siguiendo la relación del hombre con la naturaleza, vemos que el cuento lleva su lógica interna que responde a un tipo de enajenación: la columna se desplaza lentamente, como una conspiración de fondo. Una consigna. La naturaleza llega a añorarse, como un pasado.

Se envidiaba la suerte de los que en ese momento podían ir hasta la banquina y aprovechar la frescura de la sombra; quizá había un arroyo. . .

(p. 26)

La dialéctica del hombre en la naturaleza se mueve por debajo del cuento. Por eso se emplea el verbo *explorar* cuando se sale del auto para dar un recorrido, y la noción de selva se mantiene:

. . .olor a gasolina. . . sensación contradictoria del encierro en plena selva de máquinas pensadas para correr.

(p. 11)

El texto posee gérmenes de significado universal. Máquinas que fueron pensadas. Hubo una meta, pero de pronto se deshizo el teorema. La universalidad aquí reside en que la historia del hombre no ha sido otra cosa que este frenar y resistir; este pasarse la raya tras el cual se impone un ritmo de rectificación constante, sucedió

con la Tierra, la creyeron plana y era redonda, etcétera. Los personajes de Cortázar son como un extracto, la narración es como una caja de Petri que los cultiva para nosotros. Creían que llegarían a tiempo pegados a sus coches, en cierta medida eran una prolongación de aquéllos. Por eso adquirirán, en la narración, el mismo nombre a instancias de los muchachos del Simca que borran toda distinción al llamar al del Taunus, Taunus a secas. En lo sucesivo bastará, para designarlos, el que el autor aluda al título, a la marca como seña de identidad. Nuevamente aquí volvemos los pasos sobre Marx:

La máquina se acomoda a la *debilidad* del ser humano a objeto de hacer del *débil* ser humano una accesorio de la máquina.³

Pero la situación *podría* no ser así. Sin mencionarlo corremos el riesgo de citar este autor inútilmente. Recordemos la mariposa que se fija un instante en el parabrisas del Dauphine, sólo para sellar esa melancolía del destino de los personajes que la ven alejarse "*con exasperada nostalgia, ese destino en que Dios y el embotellamiento —vaya una pareja— llegan a verse unidos cuando el americano del De Soto alude a la voluntad del primero. Y en la noche, la otra vida, lo de adentro, portezuelas que se abren para sellar el rito de la novedad, mundo de sueño que vence al amanecer, de quien se espera 'más que de las noticias'*". (p. 29). Pronto, la columna andará. El grupo se disloca y el ritual no vuelve a repetirse. Cortázar se queda con el ingeniero y a través suyo emprende el rescate del cuadro; el ingeniero, personaje promedio que representa al cambio con algo de ciencia, con algo de ficción, un cambio cuyo rumbo él desconoce, y sólo sabe que es, irónicamente, hacia delante. Esto es nuestro, como el juego de velocidades y estados de ánimo. Leer este relato de Cortázar es como comprobar que somos de esa familia. Lo humano, se trata de lo humano: ¿dónde depositar el cadáver del hombre que se ha suicidado?

En la segunda obra que nos ocupa, *El túnel*, de Ernesto Sábato, la incomunicación produce la total destrucción de la pareja. Si en el ejemplo de Cortázar, la ruptura podía darse dentro de un marco cotidiano tan a la mano como el paro del tráfico, donde los personajes, a fin de cuentas, continúan su camino, en el caso que nos ofrece Sábato, obra más general por cuanto está concebida como novela, el aislamiento de la pareja, determinado por la necesidad de incomunicación con el grupo, acaba en la abolición de la pareja misma. La capacidad de amar sobrevive entre dos polos que asumen

³ Marx, *op. cit.*, "Tercer manuscrito", p. 119.

ticia del principio de incendio "*provocado por alguien que había querido hervir clandestinamente unas legumbres*" (p. 25), manifiesta asimismo en las condiciones climáticas que afectan al conjunto, el frío, la lluvia y el viento "*que enervaron los ánimos y aumentaron las dificultades de aprovisionamiento*" (p. 36), periodo al cual "*siguieron días frescos y soleados en que ya era posible salir de los autos, visitarse, reanudar relaciones...*" (*loc. cit.*). Naturaleza que está dada con una nota de permanencia: ha estado ahí, seguirá ahí, infinitamente ahí, mientras el hombre a través de tanto tiempo despierto, ha venido a alejarse de ella y la ve como algo tal vez anterior, tal vez superior, pero en todo caso distinto, radicalmente distinto de él mismo:

Sin que pudiera saberse por qué, la resistencia exterior era total; bastaba salir del límite de la autopista para que desde cualquier sitio llovieran piedras.

(p. 32)

Siguiendo la relación del hombre con la naturaleza, vemos que el cuento lleva su lógica interna que responde a un tipo de enajenación: la columna se desplaza lentamente, como una conspiración de fondo. Una consigna. La naturaleza llega a añorarse, como un pasado.

Se envidiaba la suerte de los que en ese momento podían ir hasta la banquina y aprovechar la frescura de la sombra; quizá había un arroyo...

(p. 26)

La dialéctica del hombre en la naturaleza se mueve por debajo del cuento. Por eso se emplea el verbo *explorar* cuando se sale del auto para dar un recorrido, y la noción de selva se mantiene:

...olor a gasolina... sensación contradictoria del encierro en plena selva de máquinas pensadas para correr.

(p. 11)

El texto posee gérmenes de significado universal. Máquinas que fueron pensadas. Hubo una meta, pero de pronto se deshizo el teorema. La universalidad aquí reside en que la historia del hombre no ha sido otra cosa que este frenar y resistir; este pasarse la raya tras el cual se impone un ritmo de rectificación constante, sucedió

con la Tierra, la creyeron plana y era redonda, etcétera. Los personajes de Cortázar son como un extracto, la narración es como una caja de Petri que los cultiva para nosotros. Creían que llegarían a tiempo pegados a sus coches, en cierta medida eran una prolongación de aquéllos. Por eso adquirirán, en la narración, el mismo nombre a instancias de los muchachos del Simca que borran toda distinción al llamar al del Taunus, Taunus a secas. En lo sucesivo bastará, para designarlos, el que el autor aluda al título, a la marca como seña de identidad. Nuevamente aquí volvemos los pasos sobre Marx:

La máquina se acomoda a la *debilidad* del ser humano a objeto de hacer del *débil* ser humano una accesorio de la máquina.³

Pero la situación *podría* no ser así. Sin mencionarlo corremos el riesgo de citar este autor inútilmente. Recordemos la mariposa que se fija un instante en el parabrisas del Dauphine, sólo para sellar esa melancolía del destino de los personajes que la ven alejarse "*con exasperada nostalgia, ese destino en que Dios y el embotellamiento —vaya una pareja— llegan a verse unidos cuando el americano del De Soto alude a la voluntad del primero. Y en la noche, la otra vida, lo de adentro, portezuelas que se abren para sellar el rito de la novedad, mundo de sueño que vence al amanecer, de quien se espera 'más que de las noticias'*". (p. 29). Pronto, la columna andará. El grupo se disloca y el ritual no vuelve a repetirse. Cortázar se queda con el ingeniero y a través suyo emprende el rescate del cuadro; el ingeniero, personaje promedio que representa el cambio con algo de ciencia, con algo de ficción, un cambio cuyo rumbo él desconoce, y sólo sabe que es, irónicamente, hacia delante. Esto es nuestro, como el juego de velocidades y estados de ánimo. Leer este relato de Cortázar es como comprobar que somos de esa familia. Lo humano, se trata de lo humano: ¿dónde depositar el cadáver del hombre que se ha suicidado?

En la segunda obra que nos ocupa, *El túnel*, de Ernesto Sábato, la incomunicación produce la total destrucción de la pareja. Si en el ejemplo de Cortázar, la ruptura podía darse dentro de un marco cotidiano tan a la mano como el paro del tráfico, donde los personajes, a fin de cuentas, continúan su camino, en el caso que nos ofrece Sábato, obra más general por cuanto está concebida como novela, el aislamiento de la pareja, determinado por la necesidad de incomunicación con el grupo, acaba en la abolición de la pareja misma. La capacidad de amar sobrevive entre dos polos que asumen

³ Marx, *op. cit.*, "Tercer manuscrito", p. 119.

diversamente su rechazo al medio exterior, pero sólo dura el tiempo necesario para aniquilarse.

En uno de estos polos, está el protagonista Juan Pablo Castel, que por su condición excepcional de artista —que lo pone al margen de cualquier convencionalismo social— encarna la incomunicación en toda su expresión, pero no se contenta con reflejarla, como sería el caso del ingeniero de Cortázar. No es una víctima más, sino que, a costa de sentirse tal, se eleva a la categoría de victimario. Lleva a su última consecuencia el proceso mismo que lo aflige: la incomunicación. Responde a la enajenación de fuera con un tipo de alienación más activo: la de dentro, desde la cual actúa sólo para destruirse y acabar con quien podría establecerse la comunicación:

Existió una persona que podría entenderme.
*Pero fue, precisamente, la persona que maté.*⁴

Del otro lado del "túnel" está María Iribarne, casada con un ciego (Allende), al parecer amante de su hermano (Hunter), al lado del cual suele pasar temporadas en la estancia que fue de la familia y él administra; y amada, además, por dos hombres que amarían, con ella, a la muerte. El uno (Richard, cuya historia apenas se menciona), se suicida. (Allende lo hace también al faltar ella como sabemos por unas líneas finales del protagonista). El otro acabará con ella, visto que el recurso del suicidio no dio resultado. Entre ambas formas de soledad ante la vida, María se define: "*La muerte tampoco es mi tipo y no obstante muchas veces me atrae*" (p. 75).

Diecisiete telefonemas y trece cartas producidos en la obra alrededor de María, forman un intento de comunicación que culmina trágicamente. De los primeros, sólo dos los hace ella, brevísimos. En el primero, Juan Pablo repite su nombre nada más, la emoción no lo deja hablar de otra cosa, mientras ella transmite el lacónico mensaje: "*Vuelvo mañana a Buenos Aires. Te hablaré apenas llegue*" (p. 61). Lo cumple al otro día, él pide verla en seguida y accede, después de cambiar el sitio que inicialmente le propone. El texto de las cartas de ella, excepto la última, que no transcribe Castel y de la cual afirma: "*llena de ternura*" (p. 88) se puede resumir así: la primera es de un renglón: "*Yo también pienso en usted*", firmado: María. En la segunda alude al recuerdo que le trae la playa a propósito de la pintura de él que con este tema los ha unido y al último, a él cuya figura se interpone entre el mar y ella: "*Mis ojos encuentran tus ojos. Estás quieto y un poco desconsola-*

⁴ Sábato. *El Túnel*, p. 13. (En adelante se cita entre paréntesis.)

do, me miras como pidiendo ayuda" (p. 60). La tercera apenas dice: "Tengo miedo de hacerte mucho mal" (p. 61). En cambio, analizando el texto de las cartas de él, asistimos a nueve demostraciones de angustia, en las que predomina el deseo de verla cuando menos en persona. Pregunta la fecha de su regreso inmediatamente después de haber salido a la estancia con Hunter y dejado la primera carta en manos de su esposo Allende que era ciego, para que la leyera delante de él. Más tarde, Castel se comunica para repetir que la quiere, "*estás pisoteando este amor*". Sabemos que en su quinta misiva le pide perdón, y envía la sexta, la séptima y la octava por no tener respuesta a la anterior. En esta última expresa su intención de suicidio, aunque confiesa que le apena usarla como arma. La primera vez, el recurso da resultado. A vuelta de correo recibe la carta que lo hace recordar el principio. Tras haber depositado la última carta, se arrepiente, quiere que le sea devuelta por el correo, discute con el personal en un fallido intento que cierra el ciclo de incomunicación general notando la extensión especial que el narrador concede a la escena (pp. 116-119), ciclo al que corresponde la imagen de aquel elevadorista del principio, respecto al que, preocupado el personaje principal por el vano temor de tener que justificar ante él su presencia en el elevador (va siguiendo a María), dice:

Lo corriente es que nadie tenga la obligación de hablar en el interior de un ascensor, a menos que uno sea amigo del ascensorista . . .

(p. 32)

Donde, naturalmente, la situación es como él la plantea, pero eso no la hace menos antisocial, y vemos que esta actitud convencionalmente aceptada como normal, acude así en apoyo de la anormalidad particular del protagonista, quien sigue la pista de un ser humano del modo más inhumano posible: "*no diría una sola palabra*" (p. 32). Este ciclo de incomunicación se completa con la reflexión que se hace el personaje sobre la mujer que ve por la ventanilla del tren, por primera y última vez en su vida: "*Un pequeño retraso del tren, un llamado desde el interior del rancho, y esa mujer no habría existido nunca en mi vida*" (p. 112). También nos hablan de incomunicación las figuras femeninas de Mimí y la mucama que contesta el teléfono en casa de Allende. Ambas, personajes cercanos a María que podían aportar datos sobre su persona. Cuando no le devuelven la última carta, Castel dice que su odio alcanzó a María y, "*cosa curiosa*", a Mimí. Mientras que de la mujer que contesta el teléfono Juan Pablo deduce muchos datos a pro-

pósito de sus vacilaciones sobre si María era señorita, o si había salido a lo de Hunter. La incomunicación se filtra en lo más nimio: la plática de éste y Mimí, en la cual se toca el tema del estatuto del peón, y ella "*empuñando la boquilla como una batuta*" dictamina: "*Lo que pasa... es que la gente no quiere trabajar más*" (p. 99).

A lo largo de la obra, María ve frívolamente los intentos de Castel para comunicarse. Es él quien se hace reflexiones sobre las cartas, haciendo su "aparte" con ellas, como había guardado su imagen para sí desde el momento mismo en que la vio contemplando su cuadro en una exposición y la aisló. Ella "*no vio ni oyó*" mientras tanto según él, impresión que recuerda cuando lo tutea, durante sus reflexiones en la segunda carta. También retiene frases como la de la mucama al explicarle que ha dejado para él una carta: "*Que perdonde, pero no tenía su dirección*"...

Ni ella me había pedido la dirección ni a mí se me había ocurrido dársela; pero lo primero que yo habría hecho en su lugar era buscarla en la guía de teléfonos.

(p. 55)

Y sin embargo, reconoce a su vez que:

Amaba desesperadamente a María y no obstante la palabra *amor* no se había pronunciado entre nosotros.

(p. 60)

Así se explica que, del aislamiento de la pareja siga su fin:

Ella, para hablar por teléfono, cierra la puerta porque "*entra y sale mucha gente*". Y corta la comunicación con estas dos palabras: "*Viene gente*". Así se forja un grado de complicidad: "*Bastaba que nos miráramos para saber que estábamos pensando o, mejor dicho, sintiendo lo mismo*" (p. 68). Juan Pablo siente que hay "*un vínculo secreto*" pero se decepciona al proponerle que escapen una noche, a lo que ella responde que no tienen derecho a pensar en ellos solos: "*El mundo es muy complicado*" (103), lo cual, si bien es motivo para que Juan Pablo sienta que no llegará a unirse con ella en forma total y se resigna a "*tener frágiles momentos de comunión*", en cierto modo es lo que otra parte de sí mismo deseaba oír; la que había hecho una pregunta de la cual surge toda la novela: "*Por qué la realidad ha de ser simple*" (55), anteriormente aclaraba, como previendo esto:

Sería un azar demasiado portentoso que la realidad coincidiera luego con una llave tan complicada, preparada de antemano ignorando la forma de la cerradura.

(26)

El mismo reconoce esta división de su personalidad: "*¡Cuántas veces esta maldita división de mi conciencia ha sido la culpable de hechos atroces!*" (81). También en María opera una división; lo vemos, por ejemplo, cuando le pregunta si ha traído "las manchas". El repudia ese pretexto para aislarse del grupo, como antes el que se hiciera llamar señorita, pero otra parte de él guarda celosamente todo esto. La misma que no alcanza a saber datos de ella como su verdadera edad, y necesita sólo los aspectos negativos de su pasado. La que, a pesar de estar Castel muy enamorado, sigue una tendencia a comprobar que no lo ama, mediante interrogatorios casi policíacos, quizá como reflejo del propio masoquismo que al ir por la calle buscándola le hace retener algo y pensar: "*Ya me torturaría más adelante*" (31). Lo que busca es que María reconozca: "*Hago mal a todos los que se me acercan*" (43) que lo reitera por teléfono al no quererlo ver y creer: "*sólo lograremos hacernos un poco más de daño, destruir... el débil puente que nos comunica*" (129). Mientras por otra parte quiere sentirla un ser semejante a él (57), su impulso es alentado por ella cuando se le pregunta, en un principio, algo referente a la ventanita sin aludir a la escena del cuadro donde ésta se hallaba, como dato previo, y María no sólo adivina el dato, sino que se disculpa por no haberlo advertido antes. Su confesión en torno al hecho de que, lejos de haber olvidado la escena de la ventana, ella la recuerda "constantemente", es para él como un acuse de recibo. Sin decir toda la verdad, ella la había encontrado: esta parte de Castel tendrá permiso, desde entonces, para continuar sobre entendiendo lo que ocurre. Así, confía en que después de haberla buscado en vano toda la tarde, acudirá al teléfono cuando él la llame y dé su nombre; pero le responderán que "*estaba en cama y le era imposible atender el teléfono*" (83), y él anotará: "*Algo se había roto entre nosotros.*" Víctima de la incomunicación, la posibilidad de que su amante no halle eco en esa "*gente frívola que son sus familiares*", lo reconforta (95) pero la posibilidad de que esta misma forma de ser la haya contaminado consigue entristecerlo (100). Henos aquí ante el ser auténtico, que siente nostalgia de la comunicación y olvidando sus dudas, por momentos quiere ser feliz, la que al final resurge como siempre con modestia para hacer ver que nada se ha perdido y él puede empezar "*a partir de ese instante de lucidez, una nueva vida*" (130), pero cuando él

intuye esta posibilidad, ella, paradójicamente, no acude a la cita y el proceso de la comunicación no se cumple.

Había sido como alguien detrás de un impenetrable muro de vidrio, a quien yo podía ver, pero no oír ni tocar. . .

(133)

Entonces el otro Castel, el que ha ido en contra desde el principio, el que se puso obstáculos para alejarla, el que durante meses planeó encuentros hipotéticos, el que creía que la iniciativa de la comunicación, llegado el caso, la tomaría ella; el que la perdió en aquel edificio al que regresara como tras de una presa, aguardando sigilosamente su salida: ese Castel queda en libertad para llevar el proceso de la incomunicación hasta el final. Tras las primeras horas de espera, ella no había caído en su trampa: "*A las siete todo había terminado*" (34), anuncia desde el café de enfrente del edificio. Y desde entonces, no será a ella a quien espere. Espera las pruebas: las atesora una tras otra. En adelante, toda su acción se reduce casi a conseguirlas. Ella, curiosamente, vendrá, la tendrá físicamente, pero no se trata ya de ella, sino de su existencia. La existencia de María Iribarne que debía ser real en alguna parte, pero que era incapaz de darle lo que él iba buscando, y por lo tanto había que sacrificarla. Más allá del afán de estar con ella, su existencia le duele, es un obstáculo más para que el personaje se encuentre a sí mismo. Las cartas, el teléfono, esos medios de comunicación habitual, se convierten ahora en un estorbo para lograrla y trabajan al servicio de la incomunicación: suministran pruebas, testimonios de que María Iribarne debe desaparecer. Reflexiona sistemáticamente sobre ello: las cartas se convierten en obsesión; no lo eran antes, lo sabemos por la primera carta que se le muestra a Castel en la novela, la que le brinda el psicoanalista para probar que ha sido invitado al coctel, y que él mira sólo por cortesía. En cambio, posteriormente, manifiesta una preocupación constante por la carta como medio de hacer llegar un mensaje, pero no sólo por las cartas de él. También anhela ver las de Richard, aunque fuera una de ellas. A pesar de que el autor ya no existía y había sido amante de María, dos buenas razones para olvidarlas. Es que quiere otra prueba. Lo que espera es esto, alguien dentro de él recoge y ordena cuidadosamente los datos; sabemos de esta despersonalización desde que insinúa: "*Alguien más audaz que yo pronunció desde mi interior esta pregunta. . .*" (p. 28). Ese alguien que vigila dentro de él mismo, establece a su vez un tipo de relación con el consumo. Espera desde el café. Hay una relación constante entre el café y la espera. Iba de-

trás de ella y para no perderla decidió: "*esperar con serenidad en el café de la esquina, desde cuya vereda podía vigilar la salida de la gente*" (34), luego, se lanza a la calle y al no verla por ninguna parte toma un taxi, va a su casa, espera en vano durante más de una hora, y nos dice: "*hablé por teléfono desde un café*" (82). El motivo se repite con frecuencia, cuando acaba de preguntar a Lartigue sobre el asunto, y al último, inmediatamente después del crimen, llega en la madrugada a Buenos Aires y aclara: "*Desde un café telefoneé a la casa de Allende. . .*" (139).

Como personaje, Juan Pablo Castel está al fondo de un enigma que no podrá reconstruir por sí mismo. Dos partes de sí se disputan acaloradamente a María Iribarne para fines absolutamente contradictorios. Por eso ante el chofer que lo llevara a la estancia duda de sí cuando éste le pregunta: "*¿Usted es el señor Castel?*", respondiendo "serenamente": "*No. . . No soy el señor Castel*", para agregar "casi inmediatamente": "*Sí. . . soy el señor Castel*" (88). Pero su condicionamiento literario reside en no poder darse cuenta de ello, de la raíz de su tristeza (p. 95) de lo que le recuerdan los ojos de ella (pp. 37 y 57), de si dijo o no la palabra "extraño", tras la cual ella repitió el vocablo y él no acierta a saber si acaso tiene la facultad de leer los pensamientos. Reflejos de este condicionamiento son las frases que se repiten en la obra como: "*¿Qué abominable comedia es ésta?*" (p. 50) y el miedo que tiene de eso, justamente, de la repetición del tipo, miedo que no es casual. Llegado al límite, el personaje teme su repetición. Ya al principio confiesa que ha estado enamorado de una mujer y ha huido espantado ante la posibilidad de conocer a las hermanas (17) y es la repetición del tipo, en la prostituta, lo que le lleva a concluir que María es una prostituta, hallando así una prueba más para justificar el nombre que le había dado anteriormente (p. 70). Finalmente, cuando ella hace notar que Richard no le gustaba porque no era su tipo "*dijiste que se parecía a mí*" lanza él como una acusación (74). Como en su sueño, está condenado a una metamorfosis que, al reverso de la Metamorfosis de Kafka, revierte a su víctima a un tipo de incomunicación con los demás en el que ni siquiera se dan cuenta de su transformación. La existencia de María le molestaba, porque sus soledades eran diferentes. Parecían ir en túneles distintos pero era más que eso: "*En todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío. . .*" (135). Cree haber conseguido la última prueba cuando, pasados unos minutos de encenderse la luz del cuarto de Hunter, no se encendía la de la habitación de ella, en la estancia, lo que certificaba su unión con él. Pero al destruirla lo sabe: no todo acaba ahí, su destino literario es el de ignorar, para siempre, el dato que

faltaba. A preguntarse si no sería él el monstruo ridículo (137).
 Exprime al máximo el tema que nos ocupa al decir:

Sentí como si el último barco que podía rescatarme de mi isla desierta pasara a lo lejos sin advertir mis señales de desamparo.

(138)

Hasta para contar el crimen, el personaje teme no lograr la comunicación. La esperanza de que alguien llegue a entenderlo lo anima débilmente, rechaza al mundo exterior: "*Hace un rato que me importa un bledo la opinión y la justicia de los hombres*" (11); la equilibrante de ese sentimiento no la encuentra en él mismo. Baste recordar la escena que refiere al principio a propósito de la muerte de su madre. La refiere: "*para que vean hasta qué punto no me creo mejor que los demás*" (12). Tampoco está en su madre, en quien cree reconocer, debajo de sus mejores acciones, "*un sutilísimo ingrediente de vanidad o de orgullo*" (12). La imagen de la madre se repite frente a aquel acantilado en que él reposa en el regazo de María a la vez que siente la tentación de arrastrarla con él al abismo; cuando, más cerca del crimen, le pregunta a Lartigue cuánto tiempo hace que ella es amante de Hunter, proceso similar al que seguía su madre para saber si se habían comido las manzanas (inquiría "cuántas"), en tanto que la imagen del padre sólo se menciona una vez, y se le ocurre citarlo en calidad de pretexto cuando Mapelli, el dueño del auto con que habrá de transportarse a la estancia para cometer el crimen, le hace reparar en el motivo por el cual se lo pide. Sólo entonces el personaje alude a su padre, afirmando que estaba muy enfermo y el tren no saldría hasta el día siguiente. Al no poder dar el salto mortal del "yo" al mundo exterior, rechazando ambos estadios como formas de enajenación primitiva, el personaje se queda en medio, en un nuevo tipo de enajenación que lo obliga a interpretar lo que ocurre sin salir de sí mismo en cuanto sujeto, tampoco asimila la realidad del objeto: se instala en el plano de lo sobre entendido. "*Puse cara de admiración y profundo respeto*" (19): necesariamente lo supone. "*Me elogió los cuadros de tal manera que comprendí que los detestaba*" (20), "*En todo caso, buscar un amigo común para que nos presentara*" (22), y la involucra a ella: "*No sé qué piensa y tampoco sé lo que pienso yo, pero sé que piensa como yo*" (41). En la escena de los fósforos, intuye una sonrisa en la cara de ella sin que pueda decirse que la ve realmente, y lo recuerda posteriormente. Dentro de lo sobre entendido actúa su parte auténtica, dando por hecho los datos, y María le responde con su propio juego, se va al campo y pone en manos del ciego la carta, al leerla delante suyo, la situa-

ción exige del protagonista un grado de complicidad que lo hace sentirse como un monstruo, esta es la parte que permite, que sobre entiende. Bajo la cual actúa la otra, que busca convencerse, probar la desaparición de María.

Precisamente porque su parte más auténtica, la que podría haberse salvado con la ayuda de los demás, sobre entiende la incapacidad de aquéllos, pues de hecho sólo contempla la posibilidad de comunicarse con los demás casi hasta el final (127) incide en la incomunicación y no aspira a hallar en sí mismo un marco de referencia. Antes se desprecia y escribe: "*Siento cierta satisfacción en probar mi propia bajeza*" (83). Este desprecio se extiende a la comunicación más elemental: no ya la establecida con el ser amado o con el arte mismo (ambas acabarán por destruirse) sino con los entes que les rodean: cuando Hunter, que en última instancia estaba cerca de ella, le enseña la estancia hablando de datos de la casa que había sido construida sobre el casco de la del bisabuelo, el personaje piensa resultantemente: "*¿. . . A mí qué me importa?*" (91). Cuando una prostituta vuelve a él su mirada en busca de una explicación por sus cuadros, repone: "*Como ustedes supondrán, me importaba un bledo el juicio que aquella desgraciada podía formarse de mi arte*" (124). Cuando Mapelli finalmente le ofrece ir con él en el auto, responde que preferiría ir solo. Víctima de su soledad, el personaje no vive un tiempo para amar. Ni siquiera un tiempo para arrepentirse. La naturaleza sólo sella su destino trágico. El campo al que le dicen por teléfono que ella se va, sólo contribuye a aumentar su soledad; el parque a donde Mimí y Hunter se irán después de la tediosa plática, entra a la acción como recurso para que María aparezca al fin. En cierta ocasión, compara la llegada de una carta con la salida del sol, "*Pero este era un sol negro, un sol nocturno*" (59). La escena del crimen se acompaña de una tormenta de verano, el calor, el murmullo del mar, la luz de la luna, el cielo que ya antes le había hecho "recordar el del Tintoretto en el salvamento del sarraceno" (105), el aire sensual que en cierto modo es cómplice al ser tranquilamente respirado por ella, las gotas que hacen refugiarse a la pareja, la furia al fin:

Los relámpagos me mostraron, por última vez, un paisaje que nos había sido común.

(139)

A cualquier lado que el personaje dirija su mirada encontrará soledad; pero, si ya estaba convencido de ello antes, en la novela se narra el proceso por el cual extirpará su última esperanza que es liquidada a través de ese "túnel", que no habiendo logrado con-

racto con el mundo, con la naturaleza y con el hombre, esperaba lograrlo con la mujer. Por eso su cuadro tenía el nombre: "Maternidad", con una gran mujer en primer plano, y otra, más pequeña, que se veía por una ventanita del ángulo izquierdo, con la vista al mar como en espera de algo. El personaje supone haber encontrado ese ser en quien creer, en la persona de María Iribarne que se acerca a contemplar el cuadro, pero el túnel está ya recorrido por él al momento de conocer a esa mujer, un túnel que partía de la zona más auténtica de él mismo, había pasado por todo en el punto en que se revelaba su enajenación, llegando a la otra orilla: la mujer como madre, como representación abstracta, y como amada. Pero venía de lejos, con error de perspectiva, desde un tiempo y un espacio que lo trascendían infinitamente: y por esta razón, el túnel falla.

BIBLIOGRAFIA

1. Cortázar, Julio. "Autopista del Sur", en *Todos los fuegos el Fuego*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 16a. Ed., 1975.
2. Sábato, Ernesto. *El Túnel*, Argentina, Ed. Sudamericana, Décimoctava Ed., 1975.
3. Marx, Carlos. *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, Ediciones de Cultura Popular No. 26, México, 1a. Ed., 1976, tomada de Editora Política, La Habana, 1965.

Presencia del Pasado

TEMAS Y TECNICAS SURREALISTAS EN EL "LICENCIADO VIDRIERA", DE MIGUEL DE CERVANTES

Por Carlos LATORRE

Introducción

ESTÁ generalmente admitido que "El Licenciado Vidriera" es una de las novelas más extrañas de Cervantes, y de las menos estudiadas. Añadiríamos también que es de las menos comprendidas, acaso porque hacía falta acercarse a ella con la perspectiva de exposiciones plásticas y de obras literarias surrealistas de nuestro tiempo.

Cervantes escribió esta novela hacia 1604.¹ Es la fecha en que, como sabemos, la Corte española se hallaba en Valladolid, "Capital desde 1600 hasta 1606, destinataria de las cargas valiosas de los galeones de América, administradora de los caudales de Flandes, Italia, India Oriental portuguesa y, según se afirmaba, 'la Corte más brillante del mundo'".² Tanto esplendor se estuvo manifestando durante sus seis años fastuosos y costosos de fiestas, con sus dispendio y dádivas a embajadores, la presencia de nobles altos y bajos y la abundancia de cortesanos. Mas el Rey, se ausentaba con frecuencia de aquel espectáculo de lujo, abandonando su puesto para ocultarse en residencias campestres de tal o cual dignatario interesado.

Un cenit de este ambiente de festejos cortesanos se alcanzó en abril de 1605. En efecto, el día 8 de abril de 1605, Viernes Santo, nace en Valladolid el Príncipe Felipe (luego Felipe IV). Es bautizado el 29 de mayo, Pascua de Pentecostés, por el Cardenal-Arzbispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas. El nacimiento fue solemnizado con soberbias fiestas, en que tomó parte el Rey, en-

¹ Angel Valbuena Prat, en su edición de las *Obras Completas* de Cervantes. Madrid, Aguilar, 1952, p. 875.

² Luis Ulloa Cisneros y otros. *Historia de España-Gran Historia General de los Pueblos Hispánicos*. Barcelona, Gallach, 1959; tomo IV, siglos XVI y XVII, pp. 242 y ss.

trando en un juego de cañas y danzando en el gran sarao, según nos cuentan las historias reales.³

En aquella brillante capital de fiestas y dispendios vive también, sufre y escribe un ciudadano desvalido, llamado don Miguel de Cervantes. Tiene ya 58 años, ya en su declive, frustrado en sus ilusiones, incluso en la de marcharse a América 15 años antes.⁴ Para Cervantes, aquel cenit de festejos y dispendios coincide con el otoño de su vida, con su etapa de renunciadas de madura resignación. Periodo también de cosechas finales. Recordemos, por ejemplo, que en 1605 aparece en Madrid la "Primera parte del Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha", a la que seguirán en 1609 la II Parte de Avellaneda y, en 1615, la II parte del propio Cervantes. Sobre aquellos años se han escrito títulos de libros como "La Corte se divierte", "El Rey se divierte", "También se divierte el pueblo", etc. Y muchos de aquellos cortesanos se divierten incluso con los ingeniosos episodios de la gran novela de Cervantes, mientras el autor sufre el desdén de los altos y los bajos, hasta de las vecindades de en medio y de los mediocres, que son la especie que más abunda en aquella "brillante" Corte. Esta es la historia real, ajustada a los hechos auténticos y referente a las gestas de aquellos Reyes holgazanes y sus séquitos.

Pero Cervantes también debía permitirse algunos momentos de esparcimiento. Acaso deambulaba por las calles vallisoletanas y observaba a las gentes, entre su casa alquilada cerca de la puerta del Campo, junto al puente del Esgueva, y diversos rincones de la Capital del Reino. Imaginemos, usando y abusando de las paradojas surrealistas, que el maltratado escritor se detiene un día ante un anacrónico cinematógrafo en uno de sus paseos. Adelantándose en siglo y medio a su tiempo, atraído por carteles anunciadores, decide pasar un momento a ser espectador de un film titulado, por ejemplo, "El discreto encanto de la burguesía". Es un film de un genial cineasta aragonés que sí se fue a América, donde tuvo ocupación en que se le hiciese merced, incluso merced de un Oscar para compensar tinieblas lejanas de una patria que tampoco le comprendió ni le comprende oficialmente. Cervantes se hallaría ante un film extraño, confrontado violentamente con un esquema tradicional de elaboración artística. Destaca en el film la falta de protagonista bien perfilado, la dificultad de que hay que adivinar el argumento, la aparición de escenas sucesivas de ironía, crítica mordaz, sátira social, banquetes fallidos, terroristas, un obispo homicida, lances sexuales

³ P. Aguado Bleye. *Manual de Historia de España*. Madrid, 1959, tomo II, p. 690.

⁴ J. A. Cabezas. *Cervantes - del mito al hombre*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1967, pp. 374 y ss.

descarnados y al natural. . . ¡es el surrealismo! Cervantes, espectador, también observaría que hay en el film sátiras erasmistas, en torno al obispo; y escenas más crudas que las a veces nada inocentes de algunas novelas "Ejemplares". Diremos que Cervantes contempla, medita, a veces sonríe, quizá con sobresalto ante una obra de arte extraña, en la que se suceden tipos e instituciones de la "comedia humana" de Capitales brillantes o de casas de campo cinegéticas, confortables y lujuriosas.

El espectador vuelve a su casa y siente impulsos de escribir. Se acomoda en su lugar de trabajo, "muchas veces toma la pluma para escribir y muchas la deja por no saber lo que escribiría", se queda "en suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría".⁵ Luego se lanza a hilvanarnos la serie de secuencias del discreto "Licenciado Vidriera". Hay en él un prolijo desfile de tipos e instituciones de la Corte, propias también de otras Cortes y lugares. Es ésta una obra desconcertante para muchos, carente acaso de protagonista personalizado, plagada de sátira, de humor crítico y aleccionador, de sueños, locuras, vigilias, paradojas y protesta social e institucional. Y todo ello con técnica insólita de novelar, con estampas o fragmentos sucesivos de imágenes enhebradas por un hilo conductor cuyas evoluciones hay que adivinar. Extraña obra la del "Licenciado Vidriera". Pero ¿no estaremos ante un fruto adelantado de genial creación surrealista?

Reiteradamente volveremos sobre el hecho de que Cervantes poseyó unas dotes geniales que le permitían quedar al mismo tiempo dentro de sus fronteras nacionales y culturales y saltar más allá de ellas. Son ya éstas unas cualidades en cierto modo surrealistas, que le permitían sintetizar y armonizar en su mente vivencias temporales separadas por siglos, como en un espejo mágico en el que incidiesen a la vez el presente, el pasado y el futuro. Y lleva esto hasta tal extremo que en el siglo XX reconocemos sus vislumbres certeros incluso en campos precisos de la ciencia, y también en el enjuiciamiento moderno de anacronismos institucionales, en el comportamiento de las personas y, no menos, en el arte de la expresión y de la elaboración artística.

Algunos dividen el "Licenciado Vidriera" en dos partes, otros en cuatro.⁶ Para nosotros, resulta arriesgado dividir en partes una obra como ésta, en la que tanto cabe en tan pocas páginas. Ciertamente

⁵ Miguel de Cervantes. *Primera Parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Prólogo (Edición de A. Valbuena Prat, citada en nota 1, p. 1032.

⁶ Joaquín Casaldueiro. *Sentido y forma de las novelas ejemplares*. Madrid, Gredos, 1962, pp. 137, 149, especialmente 137 y 138.

se acumulan en ella, hacia el final, numerosas máximas y abundantes sentencias de enjuiciamiento social, institucional y personal. Pero en otros lugares, antes y después de los consabidos apotegmas, Cervantes nos ha escrito demasiada teología, abundante filosofía implícita entre pausa y pausa de viajes y episodios entretenidos. El "Licenciado Vidriera" nos suministra temas de investigación para problemas como el de la locura, los sueños, la protesta contra las camisas de fuerza de instituciones sociales hechas fuera de la medida del hombre. Y todo ello se expone a veces con humor, otras con intención satírica, con ironía cervantina siempre, con todo lo cual nos sentimos ante una extraña forma de novelar, si establecemos comparaciones con otras obras narrativas de Cervantes. Mas con la lista de estos problemas ¿no estaremos enumerando el programa del surrealismo y hasta el índice de materias de algún breve manual del surrealismo?

Para nosotros está claro que el "Licenciado Vidriera" anuncia y aun desarrolla los temas que figuran en los índices de libros surrealistas y en los esquemas de identificación o contraste de tal o cual autor respecto del surrealismo.⁷ Estos temas surrealistas no inciden en la obra cervantina que comentamos al azar, sino que los hallamos presentados con vivo ritmo, a veces barrocammente acelerado, como apunta Casaldueiro, otras clásicamente reposado y, a veces, futuristamente resquebrajado. Una vez más, Cervantes logra la síntesis de espacios distantes, tiempos alejados y ambientes heterogéneos, que sólo se concede a los grandes genios y que los realistas han multiplicado en sus obras. En estas condiciones ¿hasta qué punto el "Licenciado" podría contener puntos y líneas de conexión con un "Discreto encanto de la burguesía" o con los trazos de Max Ernst o de Picasso? Vamos a confrontar al "Licenciado Vidriera" y a su autor con obras y autores surrealistas correlativos, centrandó las comparaciones en torno a algunos temas y técnicas especiales de elaboración artística.

I. *La locura*

EL mismo "Licenciado Vidriera", protagonista de la novela a la que incluso da el título, es una personificación de un caso de locu-

⁷ Yvonne Duplessis. *Le Surréalisme*. París, 1974; Presses Universitaires de France ("Table de matières", en la p. 128). A este breve manual, en su última edición, nos referimos ocasionalmente en varias páginas más. Hay reciente traducción al castellano, que no hemos consultado.

⁸ Un enfoque muy similar al seguido aquí, vemos en el meritorio libro de Evelyn Picon Garfield. *¿Es Julio Cortázar un surrealista?*. Madrid, Gredos, 1975. Véase todo su Índice, pp. 265-266.

ra. Naturalmente, al considerar la locura presente en esta obra no pensamos sólo en la "esquizofrenia paranoide". Esta expresión corresponde al diagnóstico clínico formulado por calificados psiquiatras, como el Dr. Vallejo Nájera,⁹ que la definen técnicamente como "vivencia de conversión o transformación". Como un "anómalo sentimiento de creer cambiada la materia del propio cuerpo, síntoma que por ser patognómico del proceso esquizofrénico, buscan hoy los clínicos como decisivo para el diagnóstico."¹⁰

No hay que ignorar que además de esta locura aparecen otras en el "Licenciado". Así por ejemplo la locura simulada, que también hallamos en las obras y en los personajes de algunos surrealistas de nuestro tiempo. No parece pues difícil entender qué índole de locura se autoatribuye públicamente, por ej., cierto pintor surrealista que se presenta ante las cámaras de la televisión surgiendo de un gran hueco en Cadaqués y proclamando humorísticamente sus genialidades. Tampoco parecen tan enigmáticos los modos de locura de que nacen cuadros pictóricos y dibujos aparentemente incongruentes, en los que lo mismo posan centauros de especies inverosímiles que híbridos mentales que serían sensatamente inconcebibles.¹¹

¿Estará la locura en los artistas, o en los autores-actores o bien en los espectadores? ¿Se trata de jugar, a veces hasta humorísticamente, con la oligofrenia de públicos despersonalizados y mecanizados? Concedamos, para facilitar respuestas a estas preguntas, la libérrima facultad de interpretación que invocaban para sí mismos los surrealistas, como el mismo A. Breton.¹²

Porque sucede que en "El Licenciado Vidriera" nos hallamos,

⁹ A. Vallejo Nájera. *Literatura y psiquiatría*. Barcelona, Editorial Barma, S. A., 1950 (4o., XIV + 190 pp.), citado por Amezúa. Véase también A. González de Amezúa y Mayo: *Cervantes, creador de la novela corta española*. Madrid, 1956 y 1958, 2 vols., t. I, 1956, pp. 165 y 168-169.

¹⁰ *Ibidem*, p. 168. Tampoco me ha sido posible consultar en Ginebra el trabajo de Armand E. Singer, *The sources, meaning and use of the madness theme in Cervantes Licenciado Vidriera*. West Virginia University Bulletin, VI, 1949, pp. 31-53, también citado por Alborg en su *Manual de Literatura Española*, Madrid, Gredos, 1970, t. II, p. 110, Nota No. 64.

¹¹ Obsérvense los dibujos de los últimos años de Picasso, o los cuadros surrealistas de Max Ernst, de Dalí, Nicolás de Staël y otros, que ensamblan paradójicamente en sus personajes y motivos los más heterogéneos componentes, como cuernos de toro con máquinas o piernas humanas con copas de árboles.

¹² A. Breton. *Manifeste du surréalisme*. París, Chez Simon Kra, 1920. El mismo: *Second Manifeste du surréalisme*. París, Chez Simon Kra, 1930. *Id. Les Manifestes du surréalisme*. París, 1946, Editions Sagittaire. *Id. Manifestes du surréalisme*. París, Gallimard, 1963. *Id. Le surréalisme et la peinture*. París, Gallimard, 1965.

al principio y al final, con la locura más o menos simulada, que no sólo se vislumbra en el protagonista antes de probar el membrillo toledano, sino que se halla difundida implícitamente en toda la obra. Esta locura simulada se puede adoptar como pretexto para mostrar que la Sociedad sólo permite a los locos decir verdades que no se toleran en boca de los cuerdos. Y es irónico que el autor nos demuestre, pluma en mano, que en la Sociedad se admite a Tomás Rodaja mientras permanece loco, pero se le abandona y destierra, de una manera u otra, tan pronto como recupera el juicio. Lo cual nos lleva a la conclusión de que no queda mejor sistema que estar loco, o simularlo, para poder vivir y expresarse en la Sociedad.

A título de ejemplo concreto recordemos que, muy al principio de la obra, el muchacho Tomás Rodaja es despertado cuando descansa a orillas del río Tormes. Le preguntan los viajeros de dónde es. El "se hace el loco" y responde que "se le ha olvidado el nombre de su tierra". He aquí un caso de amnesia inadmisible en un adolescente que siendo labrador o pareciéndolo sabía leer y escribir.¹³

Más adelante, Tomás Rodaja se nos presentará como víctima de la mencionada "esquizofrenia paranoide", que también podemos identificar con palabras menos técnicas. Así lo hizo Foulché-Delbosc, hablando de la "locura de la inteligencia", que permite al que la padece manifestar impunemente verdades que la Sociedad castigaría en un ciudadano cuerdo.¹⁴

Loco también se nos presenta a don Quijote. También encontramos un caso típico de simulación mental en el Persiles. Obsesionado como estaba Cervantes y aficionado como era a la presentación y representación de locos y locuras, usaba con experimentada maestría de este prudente recurso.¹⁵

Sin negar habilidad estratégica a Cervantes en la utilización de esta arma dialéctica, no compartimos la extendida opinión de que el "Licenciado Vidriera" no es más que una serie de máximas insertadas una tras otra so pretexto de una locura simulada. Creemos que hay aquí algo más que abuso del viejo dístico de Catón.¹⁶ Como afirmó Foulché-Delbosc hace mucho tiempo, el "Licenciado Vidrie-

¹³ Miguel de Cervantes. *El Licenciado Vidriera*, edición anotada por F. Rodríguez Marín. Madrid, Clásicos Castellanos, No. 36, pp. 9 y 10. (En adelante citaremos siempre por esta edición.)

¹⁴ González de Amezúa nos transcribe más detalles del Dr. Vallejo Nájera: "Todo es perfecto y ajustado a la realidad clínica en este caso cervantino de esquizofrenia paranoide, según nuestra opinión, la mejor de las historias clínicas que debemos al ingenio complutense" (*op. cit.*, I, 169).

¹⁵ Agustín G. de Amezúa, *op. cit.*, I, p. 169.

¹⁶ Dyonisus Cato. *Dísticos morales*, Libro II, 18: "Insipiens esto, quum tempus postulat aut res" (házte el loco cuando te lo reclamen el momento o la circunstancia).

ra" "padecía la más generosa demencia que puede imaginarse: la locura de la verdad".¹⁷ Y aclaraba este crítico que "Vidriera" no es sino la máscara tras de la cual se encubre el genial escritor".

Pues bien, son las mismas simulaciones que permitieron a Vidriera (o a Cervantes encubierto tras él) decir verdades con desparpajo surrealista, las que la Sociedad tolera a locos y a niños pero no a los demás. Estas mismas simulaciones las encontramos a cada paso en el mundo artístico —y aun social y político— del moderno surrealismo. En dondequiera que se encuentren, ya sean proclamadas ante las cámaras de la televisión francesa en Cadaqués, o en las creaciones literarias, plásticas y rítmicas de otros, proponen impunemente al público ese mundo de aparentes contrasentidos, de locuras más o menos simuladas, con que la producción surrealista ha inundado museos, exposiciones, bibliotecas y espacios de coleccionistas privados. En el caudal de esta inundación podemos hallar consagrados en obras de arte, amparadas por desvaríos simulados, balbuceos pueriles de cuño dadaísta, escenas sexológicas antes tapadas por tabús intangibles, o crudos episodios de la vida individual y colectiva, a que nos tiene acostumbrados el genial aragonés Buñuel.¹⁸

Más ficticia o violentada es la asistencia de Cervantes, en el Valladolid de 1605, a la proyección de un film de Buñuel, que problemática o inverosímil la influencia de Cervantes en el clásico cineasta aragonés, hombre por lo demás muy bien enterado de la cultura clásica española.¹⁹

No pretendemos presentar como si fueran reales hipótesis con tanto surrealismo como la mencionada asistencia de un clásico del Siglo de Oro español a una sesión de cine, fruto del siglo xx. Pero sí nos hemos propuesto llamar la atención sobre los vislumbres cervantinos, tan sorprendentes y geniales siempre. Estos nos llevan a "comprobar cómo el genio de Cervantes, aun en estas cosas tan alejadas de la literatura, se adelantó a su tiempo, con atisbos y adivinaciones que los estudios modernos han confirmado como exactos".²⁰

Meditando en torno a la locura del "Licenciado Vidriera" y a la forma de presentarla su autor, llegamos a una conclusión que siempre nos vuelve a la mente. Esto es, que Cervantes es a la vez

¹⁷ R. Foulché-Delbosc. *Le Licencié Vidriera*, nouvelle traduite en français avec un préface et des notes par R. F.-D. Paris, 1892.

¹⁸ Verdades surrealistas y anacronismos deliberados (locura simulada en fin de cuentas) nos ofrece Buñuel, por ej., cuando nos presenta a Simeón estilista en Nueva York (1965). Cfr. "Simon du Désert", en *L'Avant-Scène du Cinéma*, Nos. 94-95, julio-septiembre, 1969. *Id. Cahiers du Cinéma*, No. 211, abril, 1969 y No. 212, mayo, 1969.

¹⁹ Carlos Latorre. *Don Quijote y Viridiana*. México, Editorial Patria, 1965, pp. 59 y ss.

²⁰ A. G. de Amezúa, *op. cit.*, vol. II, p. 169.

un hombre terrenalmente humano y sobrehumanamente mítico. Es al mismo tiempo testigo de una época y de otras muchas, más o menos lejanas. Sin dejar de ser muy español es también profundamente universal. Salta por encima de barreras geopolíticas y hasta se proyecta temporalmente hacia siglos remotos del pasado y a otros períodos alejados en dirección del futuro. Nos muestra por ej. en el "Licenciado Vidriera" atisbos, concomitancias, anuncios claros de temas y maneras de hacer arte surrealista. Naturalmente hay que salvar las distancias con ciertos puntos de los manifiestos de A. Breton y las salidas de autores-actores surrealistas contemporáneos. A veces, estos últimos son aficionados a la rentable publicidad de estos decenios, los de los tiempos juveniles de A. Breton, los de Buñuel, del "Poeta en Nueva York", del genio ingenioso de Carraqué y de tantos otros.

Renunciamos también al fácil recurso de divagar sobre numerosos apotegmas o juicios rectificadores que el "Licenciado Vidriera" nos dispara al pasar revista a sus consultores. Son estos protagonistas de la brillante Corte vallisoletana de 1605, que desfilan ante el juicio de un velado crítico de una de tantas "comedias humanas", bordada por Cervantes en su telar mágico, para dejarnos una más de sus síntesis ultra-temporales y universales.²¹

II. Los sueños

HE aquí otro punto de tangencia entre los atisbos de Cervantes y los manifiestos surrealistas. Apenas abrimos el libro del "Licenciado", nos hallamos con la arcádica imagen en que dos caballeros, estudiantes, paseándose por las riberas del Tormes, hallan en ellas, "debajo de un árbol", *durmiendo*, a un muchacho de hasta edad de once años.²² Le hacen despertar de un tranquilo sueño en el campo, para invitarlo a adentrarse con ellos en la vida real de los estudios, y para seguir después asomándose al mar, viajando por Italia, afrontando peligrosos lances como el que le costó la locura de la verdad. Desde el momento en que le despiertan junto al Tormes van pasando vertiginosamente estas etapas de su vida, seguidas de la recuperación del juicio. Una vez cuerdo, se ve abando-

²¹ Véase el sugestivo ensayo de Alberto Gerchunoff, *Retorno a don Quijote*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951, Cap. VI ("Erasmus y la técnica de la locura", pp. 71-72. Gerchunoff propone una versión sensata del lugar común cervantino de las demencias simuladas, relacionándolas también con el holandés autor del *Elogio de la locura*.

²² Miguel de Cervantes. *El Licenciado Vidriera*, edic. citada, p. 9.

nado por la gente y decide lanzarse a las guerras de Flandes, donde pronto caerá en el sueño del que ya no se despierta.²³

El tema surrealista de los sueños. El descenso a la no vigilia. El retorno a la infancia. Todo esto hallamos en el "Licenciado", como lo encontramos en los surrealistas del siglo XX. Hay pesadillas y recuerdos de interpretaciones oníricas como la de los sueños faraónicos de las siete plagas. Hay la vida soñada o el sueño vivido de tantos Segismundos que fueron en el mundo, y que seguirán siendo y soñando, despiertos y también mecidos en la cuna de la no vigilia. Las coincidencias y armonías del sueño en la obra de Cervantes que nos ocupa, con los actuales surrealistas y sus obras, queda clara.

Y con el "Licenciado Vidriera" avanzamos un poco más en el texto de Cervantes y, en seguida, nos encontramos con esta sentencia del loco metido a juez: "Preguntóle uno qué haría para no tener envidia a nadie. Respondióle (el Licenciado): —Duerme; que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias".²⁴

¡Cuánto contenido en tan pocas palabras, para creerlas salidas de la boca de un mentecato!

Ya vemos que el tema del sueño aparece y reaparece en situaciones de tensión vital en las obras de Cervantes. Nos atreveríamos a afirmar que constituye otro de sus "topoi" o lugares comunes, aunque nos abstengamos aquí de acumular citas concretas de lugares de sus obras en que este tema aparece. Sí creemos oportuno en cambio reproducir unas palabras de un ilustre cervantista, que interpreta el idilio roto del Tormes como sigue: "La caída del hombre —El temor de la muerte. . . nos dice que llega a Salamanca una dama de todo rumbo y manejo— la tentación comienza; él (Rodaja) vence, pero la mujer le persigue, y Cervantes recrea el pecado original.²⁵ Recuerda Casaldueiro la descripción inicial del muchacho dormido, y prosigue diciendo:

"El árbol, la soledad, el no querer declarar su origen, todo está apuntando hacia el pecado original en el Barroco".²⁶ ". . . No es el pecado de la carne, el mundo sensual frente al mundo del espíritu; es el pecado de la inteligencia. Tomás rechaza a la mujer, pero come de la fruta que ella le ofrece un membrillo del árbol del bien y del mal".²⁷

²³ *Ibidem*, pp. 82-83.

²⁴ *Ibidem*, p. 57.

²⁵ Joaquín Casaldueiro. *Sentido y forma de las Novelas Ejemplares*. Madrid, Gredos, 1962, p. 147.

²⁶ *Ibidem*, p. 148.

²⁷ *Ibidem*, p. 148.

Nos parece que para ser ésta una obra tan breve de Cervantes, desempeñan en ella un papel bastante notorio los sueños que, efectivamente, han suscitado comentarios significativos de atentos lectores del "Licenciado Vidriera". Y es que no parece un mero azar la aparición de los sueños en los dos pasajes mencionados del "Licenciado". Del sueño de la infancia le despiertan a uno para que se adentre en el laberinto inextricable de la vida social. Dormir como recurso para escapar de momento de pesadillas o situaciones enojosas; buscar quizá el sueño largo de la muerte para dejar de seguir haciendo frente a la vida. Marcharse a la guerra tras de haber sido cruelmente rechazado por la Sociedad y lanzarse a las batallas, a las que pronto acude a la cita la muerte. . . Dos ejemplos de sueños muy significativos en esta obra de Cervantes, de los que podemos encontrar fácilmente paralelos en los surrealistas.

También sucede que los surrealistas se muestran reiteradamente inseparables del tema de los sueños, como de lo mágico y maravilloso, que suele ir emparentado con ellos y sus obras. Esta insistencia puede haber sido reforzada por ser una época de gran crisis la que conocieron los primeros surrealistas, tras de una guerra sin precedentes en sus dimensiones. Y también hallamos con frecuencia en las obras de los surrealistas el caso del *sueño largo de la muerte*, precipitado muchas veces por la propia mano: el suicidio.

Ya dijo Gerardo de Nerval, un precursor de los surrealistas, que "el campo de la imaginación tiene una realidad tan grande como el de la vigilia". Y a Nerval se atribuye la afirmación de que "el sueño nos permite penetrar en nosotros mismos y llegar así al conocimiento supremo".²⁸

Prácticamente todos los precursores y representantes calificados del surrealismo han dedicado largos párrafos de sus obras al tema de los sueños como fuente de conocimiento y como recurso de evasión vital. Son como un mirador abierto a un universo de imágenes fantasmagóricas, de recuerdos reprimidos que nos llevan fuera de toda lógica y de todo razonamiento. Hasta se podría trazar un paralelo y hallar una concomitancia entre la rebelión surrealista contra las represiones de la Sociedad tradicional y las expansiones libres, sin trabas de presión social, durante los sueños. "Para Freud, este mundo es el símbolo de deseos inconscientes, de inclinaciones o tendencias inconfesables; y descifrándolo, el hombre llegaría a un conocimiento integral de sí mismo".²⁹

El sueño como recurso pintoresco y resignado de expansión sin freno de tendencias públicamente reprimidas. El sueño, también,

²⁸ Véase el Manual de Yvonne Duplessis sobre el Surrealismo, citado en la p. 138, y Nota 7.

²⁹ *Ibidem*, p. 31.

como método de análisis introspectivo y como vía de conocimiento profundo. Recordemos las palabras de Dalí: "Durante el día buscamos inconscientemente las imágenes perdidas de los sueños, y por eso cuando hallamos una imagen del sueño creemos conocerla ya y decimos que sólo el verla nos hace soñar".³⁰

Es fácil avanzar hacia atrás desde este mundo de los actuales surrealistas, en relación con los sueños, a los reflejos de Pascal (el sueño como la faz de la vigilia en el astro completo del conocimiento humano), y un poco más lejos llegamos a las ideas platónicas, a los esfuerzos y creencias orientales en el mismo dominio de la interpretación de los sueños en relación con la vida y la muerte, la vigilia y la no vigilia. Y en medio de una Sociedad pretendidamente razonable, son estos dualismos los que marcan las zonas limítrofes con la "demencia razonable", en paralelismo con los juicios razonables del loco metido a juez en el "Licenciado", y con otros locos de las obras de Cervantes. Nos parecen curiosas, y acaso dignas de estudio, las posibles conexiones del tema de la locura elevado a categoría razonable frente a una Sociedad no tan razonable, en obras de Cervantes y ciertas esferas interpretativas del mundo oriental. Y no estará de más recordar que "la filosofía occidental, descuidando sistemáticamente los fenómenos que escapan a la razón, limita en otro tanto el conocimiento del hombre y del universo.

En Cervantes no deja de haber principios, y algo más, de rehabilitación de los sueños como método y sistema de conocimiento. Por su parte, el surrealismo posee la originalidad indiscutible de rehabilitar el sueño, de atribuirle una gran importancia, acaso mayor que la de la vigilia, y esto desde el doble punto de vista psicológico y metafísico".³¹

En cuanto a Cervantes, las dos imágenes evocadas del "Licenciado" nos demuestran ampliamente que el autor nos presenta y representa el sueño en esta obra como método expositivo, como técnica literaria y, también, como instrumento epistemológico. Nos parecen dos imágenes claras la del mancebo dormido junto al Tormes al límite de la salida de su infancia, y la del inquieto envidioso, cuyo remedio fuera el sueño. Pero no nos escapan las tangencias con la otra clase de sueño, el que tiene despertar. Díganoslo además los numerosos intérpretes cervantinos que han reparado expresamente en ello.³²

³⁰ Salvador Dalí. *La femme visible*, citado por Y. Duplessis, *op. cit.*, p. 32.

³¹ Y. Duplessis, *op. cit.*, p. 33.

³² Véase la Nota 25 del presente trabajo.

III. *La protesta contra la sociedad tradicional impuesta*

Si repasamos la amplia serie de apotegmas o juicios morales que nos ensarta el "Licenciado" enloquecido en esta obra de Cervantes, daremos inevitablemente con ejemplos graves de vigencia cotidiana en la Sociedad. Hallamos la injusticia consagrada por la Administración, la tiranía tratando de apoyar su origen en el mandato inapelable de la divinidad, vemos la violencia autoritaria, la represión inicua... y también, por reacción, pensaremos en varios remedios a este caos oficial y tradicional, soñando con la libertad, la justicia, la tolerancia y la expansión libre de inclinaciones humanas. Cervantes ha dado lugar, con sus sentencias expresadas por boca del "Licenciado", a verdaderos estudios y consideraciones morales sobre las respectivas anomalías de la Sociedad tradicional, tanto en su estructura como en su funcionamiento.

Recordemos el propio episodio de Cervantes en su fallida tentativa de liberación por alejamiento de una Sociedad insostenible. Así cuando trató en vano de irse a América. Porque Cervantes sufría hondamente por los atropellos y las locuras de la antisociedad hispano-habsburguiana en que malvivía. No es menos lo que pueden doler a los buenos surrealistas de hoy, y de ayer, las pesadas cadenas que les echaron encima sus respectivas Sociedades tradicionales, cargadas de tabús y prejuicios fabricados fuera de la medida del hombre, sobre todo del hombre no privilegiado en una Sociedad de privilegios.

¿Por qué no se dejó a Cervantes marcharse a América, a cualquiera de las Américas por él solicitadas, o a una América virgen como la que pronto iba a recibir a los "pilgrims" del "Mayflower" en 1620? Porque también "a Miguel de Cervantes le entra en un momento de su vida —y razones tenía para ello— un afán del que pocos españoles se libran", a saber, irse a América.³³ Vale la pena que recordemos el episodio, tantas veces repetido, de españoles inteligentes que en un momento de su vida se ven inconscientemente impelidos a huir de su Sociedad, por miedo, por náuseas ante las locuras legalizadas o, sencillamente, por nobleza de alma que desea no poner más los pies en donde falta la comprensión mínima para soportar el medio ambiente.

Cervantes, en elegante protesta contra desafueros de la Sociedad en que vivía y sufría, quiso también marcharse de ella. Concretamente irse a América. Posibilidad que ni siquiera le permitió la Administración habsburguiana.

Cervantes se enteró en Sevilla de que existían varios cargos va-

³³ J. A. Cabezas. *Cervantes - del mito al hombre*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1967, p. 290.

cantes en la Administración española de América. Entre otros, cuatro puestos para los que se creía capacitado por las experiencias administrativas de otro tiempo en Andalucía. Se trataba de la Contaduría del Reino de Granada, la de las galeras de Cartagena de Indias (actual Colombia), la Gobernación de la provincia de Socusco (Guatemala) y la Corregiduría de La Paz.

En abril de 1590 solicitó del Consejo de Indias que se le otorgase uno de dichos cargos, alegando testimonios de capacidad y méritos de brillantes servicios a su patria (¡como si en las tradicionales oposiciones españolas se eligiesen los mejores candidatos según capacidad y méritos!). La solicitud pasó por las manos del Secretario del Consejo de Indias, un tal Juan de Ledesma, que la trasladó al Presidente del mismo. El 6 de junio de 1590 la documentación de esta solicitud "salía de trámite" con unas simples líneas marginales que, sin duda, había escrito el Secretario Ledesma. . . La anotación marginal contenía una coletilla que implicaba una rotunda negación de lo solicitado: "busque por acá en que se le haga merced".³⁴

Así fue como Cervantes no pudo marcharse a América. Se lo impidió la exasperante e inapelable burocracia hispano-habsburguiana, la de "aquel reino que levantaba Escoriales de piedra y fe" . . . — pero que "tenía las entrañas podridas por la inmoralidad y la codicia".³⁵ Es claro que Cervantes, más inteligente y digno que casi todos sus contemporáneos de la "alta" Sociedad española, tenía que dejar oír o leer en alguna parte su amarga protesta social. Y así lo leemos en la segunda parte del Quijote, publicada en 1615, ya en vísperas de su muerte, en unas palabras de aquel duque repartidor burlón de gobernaciones de ínsulas. Hablando éste al bueno de Sancho, le dice: "y pues vos sabéis que sé yo que no hay ninguno género de oficio destes de mayor cuantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál más, cuál menos. . ."³⁶

Mas no hace falta salir del "Licenciado Vidriera" para descubrir fácilmente protestas de Cervantes, similares a las formuladas por los actuales surrealistas. El "Licenciado" declara en una de sus sentencias contra instituciones sociales desajustadas e indignas, respondiendo al emisario de un gran personaje de la Corte que viene a buscarle: "Vuesa Merced me excuse con ese señor; que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear".³⁷

³⁴ *Ibidem*, p. 292.

³⁵ *Ibidem*, p. 292.

³⁶ Miguel de Cervantes. "Don Quijote de la Mancha", II Parte; edic. de las *Obras Completas de Cervantes*, por A. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1952, p. 1410.

³⁷ Miguel de Cervantes. *El Licenciado Vidriera*, edic. cit., p. 43.

Con no ser pequeña esta sátira, vemos aún en otra la mayor censura del "Licenciado", la verdadera cumbre de la protesta. Se sitúa como la clave final del libro, después de flagelar por turno a los niños mocosos e impertinentes, a las vecinas, las alcahuetas, los médicos, los boticarios y demás caterva componente de aquella amalgama social mal integrada. He aquí la crítica que nos parece más grave contra aquel monstruo social: *será en fin preferible ser loco a ser cuerdo para poder vivir en la Sociedad*. Y leamos, en este sentido, las conclusiones a que llega un concienzudo cervantista:

"Para mí, donde se encierra toda su substancia novelística, la verdadera y honda intención cervantina, lo que a Cervantes le movió a escribirla, fue la visión de aquel tremendo y desconsolador contraste que se da en "El Licenciado", a quien, mientras está loco y la insania se apodera de él, las gentes todas le siguen y celebran, a pesar de las grandes y molestas verdades que espeta a cuantos quieren oírle; nadie le contradice, todos le escuchan y dánle crédito y autoridad; pero el día en que Tomás Rodaja recobra la razón, vuelve a su primer juicio, claro entendimiento y sensato discurso, la razón ya no le vale para nada; . . ." Extraña y turbadora paradoja, ciertamente, como si para Cervantes el estado de la locura en el hombre fuese superior al de la razón misma, y en la insania el entendimiento humano alcanzase su más alto poder, sus más agudos vislumbres".³⁸

Si pasamos ahora al dominio del enjuiciamiento de las normas sociales relativas al amor, hallamos semejante paralelismo de actitudes entre los buenos surrealistas (que también los hay mediocres) y los testimonios del "Licenciado Vidriera". Así Breton arremete contra las trabas sociales, que estorban lograr la elección conveniente en amor. Leámosle: "La elección inicial en amor no es permitida realmente. . . y se produce en una atmósfera de no-elección, en una de las más difíciles condiciones para su triunfo".³⁹

Otros surrealistas glosan la cuestión diciendo que "son ciertos prejuicios de clase, de ambiente, los que separan a los seres hechos para unirse. Superar esos prejuicios equivale a excluirse de la So-

³⁸ Agustín G. de Amezúa y Mayo. *Cervantes, creador de la novela corta española*, II, Madrid, C. S. I. C., 1958, Cap. V, pp. 186 y 187. Sin ánimos de agotar la especie, hemos comprobado en *El Licenciado Vidriera* más de treinta casos de protesta contra los desajustes sociales graves. Véanse las páginas siguientes de la edición citada: 13, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 29, 35, 38/39, 40, 42, 43, 44, 50, 51/52, 57, 58, 63, 64, 65, 67, 71, 75, 76, 79, 80, 81, 82 y 83.

³⁹ A. Breton. *L'Amour fou*, París, N. R. F. 1937. Advertimos que el título de esta obra podría inducir a error, ya que los argumentos que expone el autor en ella son en general muy sensatos y constructivos.

ciudad; someterse a ellos es conservar toda la vida la nostalgia de una felicidad vislumbrada".⁴⁰

La Sociedad anticuada es responsable además de muchos desajustes amorosos, porque deforma a los individuos, amedrentándolos con amenazas, con maldiciones consagradas y con tabús de pecados horribles, controles divinos implacables y otros fantasmas de coacción moral y religiosa. Es opinión de casi todos los buenos surrealistas con autoridad de grupo, que la Sociedad tradicional adolecía de un grotesco primitivismo en materia de ideas y usos de amor, por lo que merecía una condenación directa y unívoca. El hecho de que los surrealistas se hayan apoyado en la autoridad de Freud, más o menos adaptada a sus objetivos, es prueba de la importancia que les merece el desajuste social que acarrearán las represiones amorosas. Una parte considerable de las obras plásticas de Picasso, principalmente en sus últimos años, contiene gráficamente explícita la misma protesta.

Adentrarnos en este campo nos podría llevar a comentarios arriesgados. Mas no dejaremos de sugerir que "la dama de todo rumbo y manejo" que se lanzó a enloquecer al hombre de sus amores, al pobre "Licenciado", con el membrillo toledano, nos podría haber contado, seguramente, con los conocimientos y experiencias que se le suponen, muchos casos y cosas sobre desajustes de origen social tradicional. En la España habsburguiana, el no ser hijo legítimo cerraba el paso a puestos interesantes y de alta responsabilidad... salvo si el padre ilegítimo era un Emperador o un alto magnate de Toledo. ¿Cómo podría escapar esto a Cervantes, tan perspicaz observador de la brillante sociedad en que vivió y sufrió? Sabemos, en cuanto a los surrealistas, que la repugnancia de éstos hacia tamañas iniquidades ha hallado expresión en incontables obras artísticas de nuestro tiempo.⁴¹

Por su parte, Cervantes nos ha dejado, ya en el "Licenciado" aunque también en otras obras, la base suficiente para sistematizar una filosofía crítica contra los tabús sociales a que nos referimos. Eran tan visibles en aquella "brillante" Sociedad teocrática las cohibiciones inhumanas de los individuos (sobre todo de los no privilegiados), la asfixia de éstos en verdaderas camisas de fuerza teocráticas, contrarias a toda ética natural y a la más sencilla razón humana, que cualquier observador perspicaz podría desarrollar unos sabrosos comentarios contra las locuras del *ius familiae* al uso en tiempos de Cervantes... y en otros. ¿Qué nos dijo Cervantes de todo esto en el "Licenciado"?

⁴⁰ *Ibidem.*

⁴¹ Véase la edición citada del *Licenciado Vidrieta*, pp. 3-34.

Consideremos por ej., el apotegma de la doncella casadera y el novio viejo de barbas teñidas. Observemos también el vertiginoso desfile de ciertos tres personajes por "una iglesia", a la que Vidriera vio que "traían a enterrar a un viejo, a bautizar a un niño y a velar a una mujer, todo a un mismo tiempo, y dijo que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan".⁴² ¿Recordamos el matrimonio del autor del Pícaro por excelencia, del Guzmán de Alfarache? Sin salirnos de Cervantes, de sus novelas "ejemplares", de su Quijote, en casi toda la obra cervantina vemos núcleos de protesta o ironía mordaz sobre cuya base podría ordenarse un sistema demoledor, en el que no faltaría —a nuestro juicio— aquel traído y llevado pasaje de "con la Iglesia hemos dado", que los santones interesados pueden interpretar a su conveniencia, contra el evidente sentido que le damos los que hemos estudiado el castellano en el campo, de cara a la Naturaleza, antes de pasar por las aulas académicas.⁴³

Sin salir siquiera del "Licenciado", al releer las mencionadas palabras de Cervantes sobre el templo y el campo de batalla, nos parece estar repasando párrafos de los Manifiestos de Breton,⁴⁴ y también nos queda la impresión de estar recordando secuencias de varios films de Buñuel, o poesías de Eluard e incluso compases ilustrados de algún ballet de Bela Bartok. Toda esta ola contemporánea de queja y condena contra las camisas de fuerza impuestas tradicionalmente a los no privilegiados, nos la evocan ya, con varios siglos de adelanto, los numerosos y claros núcleos de protesta irónica que hallamos en un autor clásico español, genio que está presente a la vez en su tiempo y en el nuestro. Todo esto lo podemos identificar en párrafos de Cervantes, hombre de raigambre típicamente nacional y, al mismo tiempo, con frondosas ramificaciones universales. No nos parece, pues, arbitraria o infundada la existencia de tangentes supratemporales de que venimos hablando. En "El Licenciado", de Cervantes, vemos temas y modos similares a los del actual surrealismo, y nos referimos sobre todo al surrealismo constructivo y digno de respeto.

IV. *Humor, sátira, ironía*

HE aquí tres términos referentes a armas dialécticas que los surrealistas utilizan con abundancia, ya sea esgrimiéndolas separada-

⁴² *Ibidem*, pp. 74-75.

⁴³ La imagen nos hace pensar en el sibilino comentario "Con la iglesia hemos dado", que leemos en la II Parte del *Quijote*, Cap. IX (p. 1300, II, de la edición citada, de Valbuena Prat).

⁴⁴ Véase la bibliografía citada en nuestra nota No. 39.

mente o en combinaciones dobles, triples o fraccionadas. Porque "antes de trazar una nueva vía es preciso derribar, y la risa sigue siendo la mejor arma para sacudir el yugo de la hipocresía". Es cierto que "las mezquindades, las cosas absurdas del mundo en que se desarrolla la existencia, no pueden sino hacerlo ridículo o cómico ante los ojos de quien aspira al infinito".⁴⁵

Casi todos los surrealistas importantes de nuestro tiempo se han pronunciado abiertamente en estos términos, desde A. Breton a Max Ernst, sin dejar de hacerlo otros, como Duchamp, L. Aragon, Rousseau, Vaché, Rigaud, Dalí y Buñuel. Todo contemporáneo medianamente informado conoce testimonios de obras y actitudes personales de estos surrealistas, que recurren frecuentemente con éxito, a estos medios de ayudar a la rectificación de viejas normas éticas y estéticas que zahieren a la medida del hombre sometido a ellas.

En cuanto a Cervantes, sabemos que poseía un fino don para la ironía y el humor como medios de crítica y rectificación de vicios estéticos y sociales. No olvidemos su propósito, declarado ya en el prólogo de la primera parte del Quijote. Allí dice que "no mira más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de Caballerías". Confirmando su actitud al final de la segunda parte, cuando declara que "no ha sido otro mi deseo que poner en el aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando".⁴⁶

Mas, sin salirnos del "Licenciado Vidriera" hallamos en éste no menos de cuarenta lugares en que el autor ejerce la crítica alegre por este procedimiento.⁴⁷ Pensemos en las extravagantes imágenes de la indumentaria y las acrobacias empleadas para suministrar a distancia la comida y la bebida al *homo vitreus*,⁴⁸ que fácilmente nos evocan curiosas imágenes surrealistas en cuadros pictóricos y dibujos. Recordemos si no aquella ocurrencia del alivio que supone para un marido paciente la fuga (en buena hora) de la mujer que le adorna las sienas.⁴⁹ Otro tanto y más se puede decir sobre los comentarios de Tomás Rodaja acerca de los buenos y los malos

⁴⁵ Y. Duplessis, *op. cit.*, p. 20.

⁴⁶ Véanse, respectivamente, las pp. 1034 y 1525, de la citada edición de las *Obras Completas de Cervantes*, por Valbuena Pratt.

⁴⁷ Consultese la citada edición de Rodríguez Marín, pp. 10, 38, 40, 41, 42, 45, 47, 48, 49, 50, 53, 54, 55, 56, 59, 60, 62, 63, 65, 66, 67, 69, 73, 74, 75 y 76, varias de estas páginas multiplicadas por dos y aun por tres, ya que en muchas de ellas se encuentra más de un lugar irónico.

⁴⁸ Véase *El Licenciado Vidriera*, edic. cit., p. 38

⁴⁹ *Ibidem*, p. 41.

poetas,⁵⁰ o sobre los pintores⁵¹ y, en fin, sobre libreros, muchachos y hasta los coches como lugares de cita (ya en aquel tiempo), los mozos de mulas, boticarios, médicos y todos los demás individuos, profesiones y situaciones sociales que Cervantes va sacando a la escena irónica, a golpes de pluma, en acelerado esgrima humorístico. La presencia de todas estas muestras de humor rectificador en el "Licenciado Vidriera" bastan ampliamente para emparentar en cierto modo a su autor con los actuales surrealistas. Estos últimos ya nos han acostumbrado a encajar con sonrisas, aunque no siempre alegres, sus destructoras lanzadas irónicas, frecuentemente acompañadas de un segundo tiempo, constructivo y aleccionador, en lo que se apartan de dadaísmos y se acercan más todavía a Cervantes.

Vemos demasiado parentesco entre ambas series de variaciones paralelas a las del surrealismo como para atrevernos a negar al autor del "Licenciado Vidriera" ese don precursor tantas veces demostrado. Son claras sus visiones adelantadas en cuestiones siquiátricas, tan de moda en nuestro desquiciado mundo. Y son igualmente claras en los dominios del arte, de las costumbres y hasta en instituciones superiores que suelen figurar en casi todos los códigos napoleónicos, en los capítulos relativos al derecho de familia y las sucesiones. Y también se perciben respecto de algunos cánones de tal iglesia o, para citar un caso concreto, en la lanzada que asestó a los libros de Caballerías, tan leídos por magnates y medianos, con las risas irónicas por los dislates de don Quijote.

El arte de los surrealistas, mucho más moralizante de lo que pudiera parecer, ha logrado avances indiscutibles en la corrección de antiguallas institucionales de varia índole. El ejercicio gracioso y hábil de la ironía, de la sátira y del humor, ha dado y sigue dando resultados saludables en los que saben recoger el mensaje. Y no se diga que el surrealismo se limita a corroer y destruir, como se ha afirmado del dadaísmo, porque los surrealistas despejan el camino, pero también lo dejan preparado para que todos vayamos construyendo sobre bases más humanas.

Vemos estas técnicas en los films de Buñuel, unos de humor (a veces demasiado negro), otros irónicos, otros satíricos, casi todos ellos con sus reiterados tópicos. Vemos lo mismo en los cuadros de Dalí o de Max Ernst. Las producciones de estos artistas no pueden dejar indiferentes a quienes deseen y sepan interpretar este programa de los tiempos modernos: derribar lo anticuado e inhumano y reemplazarlo por soluciones más adecuadas a la medida del hombre.

Lógicamente costaría descubrir o inventar, si no es por métodos

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 45-48.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 49-50.

de acrobacias surrealistas, conexiones reales entre la galería de momentos irónicos del "Licenciado Vidriera" y sus congéneres surrealistas de nuestros tiempos. Sin embargo, una vez más, sin regatear originalidad a nuestros contemporáneos, hemos de reconocer que el genio imaginativo de Cervantes se proyectaba y se sigue proyectando sorprendentemente por encima de los límites artificiales del espacio fraccionado por el hombre, de las fronteras y del tiempo. Y esto parece que tiene ya mucho que ver por sí solo con las acrobacias surrealistas que combinan elementos tan incongruentes en apariencia.

V. Técnica creadora inhabitual, en el "Licenciado Vidriera"

ENLAZANDO con nuestras palabras preliminares, y de acuerdo en esto con casi todos los comentaristas de Cervantes y, en particular, del "Licenciado Vidriera", creemos que esta novela es, por su estructura y desarrollo, muy diferente de las demás novelas ejemplares, de la Galatea, del Quijote y del Persiles.⁵² Hasta ha habido quienes niegan que el "Licenciado Vidriera" sea verdaderamente una novela.⁵³

Nos enfrentamos directamente con esta obra de Cervantes y salta a la vista el carácter insólito de su estructura y desarrollo. No se trata de excluir de ella constantes cervantinas como la dignidad, la ausencia de juegos sucios para atraer a lectores de baja estofa. Ya declaraba Cervantes en el prólogo de sus "Novelas Ejemplares" que "si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso"... y añadía que "antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas al público"... y aún, "Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida", etc.⁵⁴

Sobre esta tesis ya generalmente admitida, nos ha escrito unas páginas definitivas Agustín G. de Amezúa en su laborioso estudio varias veces mencionado.⁵⁵ Y es éste un aspecto en el que sí se po-

⁵² Repárese por ej. en el juicio de Narciso Alonso Cortés, mencionado por Amezúa (*op. cit.*, II, 1958, p. 191): "Novela de índole esencialmente distinta de las restantes". Véase igualmente la erudita enumeración de juicios a este respecto, que recoge Amezúa en las pp. 192 a 197 de la misma obra.

⁵³ Así Apraiz, citado por el mismo G. de Amezúa (*op. cit.*, p. 195).

⁵⁴ Miguel de Cervantes. "Novelas Ejemplares", Prólogo, pp. 769 y 770, de la edic. de sus *Obras Completas*, por A. Valbuena Prat. Madrid, Aguilar, 1952.

⁵⁵ Agustín G. de Amezúa. *Cervantes, creador de la novela corta española*. Madrid, C. S. I. C., t. I, 1956, pp. 244-245 y ss.; lo mismo en los mejores Manuales de Literatura española al uso, como en el de Juan Alborg, *Historia de la Literatura española*. Madrid, Gredos, 1970, tomo II, p. 95.

drían hallar discordancias con ciertos autores contemporáneos, surrealistas o no, que pronto sucumben a la tentación de mendigar fama y dinero apelando a instintos naturales en sí, pero adulterados por su comercialización.

Además de estas constantes cervantinas en el "Licenciado", en tan inusitada novela vemos rasgos nuevos, temas nuevos, un extraño desarrollo y otros detalles que acercan esta obra a numerosas composiciones típicas de autores surrealistas. Probablemente sería excesivo negarle protagonista o afirmar —como se ha hecho— que carece de argumento y que, por consiguiente, no hay tal novela. No obstante, el muchacho de unos doce años que dormía en las riberas del Tormes y que, más adelante, es enloquecido por una requiriente que él rechaza, se aparta mucho de su hermano mayor, don Quijote de la Mancha. Y se aleja de él por la edad, por los actos, por el desenlace, que es jubilación casi pastoril para Alonso Quijada y que es arranque impulsivo del "Licenciado" sanado hacia la guerra, hacia la muerte en el campo de batalla.

También es cierto que es distinto el ritmo novelístico en el "Licenciado" si se compara con el Quijote, con el Persiles o con cualquier otra obra narrativa de Cervantes. El *tempus* del "Licenciado" se desarrolla al compás de tambores infernales como de danzas de la muerte, y nos lleva muy pronto del principio al fin, sin novelas intercaladas, sin digresiones tan habituales en el Quijote, por ejemplo.

Además, en pocas obras de Cervantes se podría hallar tal acumulación de sentencias sociales de largo alcance y en tan pocas páginas. A pesar de todo lo cual, el "Licenciado" sigue siendo obra típica de Cervantes, y vemos claramente quién nos habla por boca del "Licenciado" sentencioso y bueno.

Deja de ser esta obra lo habitual de Cervantes y sigue siendo el mismo Cervantes a pesar de tan insólita variación. Una vez más se sale de lo usual en su siglo y su país, para converger hasta lo que es habitual cuatrocientos años después, en su país y en otros.⁵⁶ He aquí que Cervantes nos muestra una vez más que también sabía ser "Novelista en Nueva York" sin más que proponérselo. Y aunque los chupatintas y prevaricadores lacayos de la Administración hispanohabsburguiana de su tiempo impidiesen a Cervantes marcharse a América, a seguir siendo novelista en La Paz, en Colombia, en Guatemala o en otro punto del Continente, su ingenio castellano y universal, de su siglo y de todos los siglos, se proyectó sobre América con sus obras, que tantos españoles llevaron al otro lado del Océano

⁵⁶ Véase, Guillermo Díaz-Plaja, "La técnica narrativa de Cervantes", en la *Revista de Filología Española*, XXXII, 1948, pp. 237-268. Véase también el Cap. VIII ("La preceptiva estilística") del documentado estudio de A. González de Amezúa, vol. I, 1956, pp. 349-395.

en sus equipajes. Allí fructificó abundantemente la siembra suya del idioma, y si dejó en América el vacío de su añorada ausencia física, no han faltado brillantes ensayistas americanos, enemigos de caducas opresiones, que hayan llenado añoranzas y vacíos cervantinos con admirables "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

Nos parece vislumbrar alguna paradoja surrealista en este hecho de que Cervantes, que no pudo ir allí en persona, fuese llevado, en su obra y en su espíritu por tantos amedrentados del viejo continente. Hasta parece que el autor del "Licenciado" trazó un surco que recorrerían sucesivamente varias oleadas de europeos, disparados hacia el Oeste por las locuras de grotescos Reyes y Emperadores. Ocorre que no pocos de estos emigrantes lograron organizarse en América una nueva vida, más digna de ser vivida que la que les esperaba "por acá". Lo cual hace pensar que alguna esperanza, acaso surrealista, debió sentir Cervantes cuando quiso marcharse a América, y no sabemos que renunciara a insistir en su fallido intento de 1590.

Lo que sí nos es permitido suponer, acaso con audacia paradójica, es que si Cervantes hubiese logrado alejarse de su península hacia el Oeste, se habría liberado, no sólo geográficamente, del pudridero hispano-habsburguiano en que le dejaron abandonado y preso el desdén de tantos "Grandes" que debieron venerar y proteger al mayor genio de su época. Mas, lejos de esto, le cerraron la última ventana hacia la esperanza, su ilusión del viaje a América, con el candado leguleyo del "busque por acá en que se le haga merced".

Y no queda más consuelo que la liberación sobrehumana por el genio. Porque Cervantes, saltando a través de algún misterioso apotegma de su "Licenciado Vidriera", con algún recurso precursor del surrealismo, se proyectó en espíritu a América, donde, por otra paradoja cervantina y acaso surrealista, sembró más hispanidad impercedera que los Reyes y lacayos de las clases "altas" de su patria, sobre los que cae, como una noche, la vergüenza de haber dejado en la miseria al autor de Quijotes y "Licenciados", que con su luz compensan aquellas tinieblas.

DIALECTICA DE LA ACCION EN PROSA Y LA NARRACION EN PROSA EN LA DOROTEA DE LOPE DE VEGA*

Por Manuel S. GARRIDO

I. Introducción

EL presente trabajo constituye tan sólo una aproximación a los problemas que se plantearán en él, y no creo que muchas cosas que queden dichas resulten, asimismo, aclaradas y resueltas del todo. Sin embargo, pueden constituir un punto de partida sugerente de una investigación de fondo que llegue a elucidar las sospechas que aquí se pondrán de manifiesto. Acaso esas sospechas iniciales puedan convertirse y ser llamadas después propiamente hipótesis.

El tema central de esta aproximación es el abordaje de la *dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa en "La Dorotea" de Lope de Vega*. Esto es, la dialéctica de la apariencia y la esencia.

Aquí se postula la idea de que *La Dorotea* es *aparentemente* una acción en prosa, como parece confirmado por el mismo autor en la portada de su primera edición, autorizada en Madrid en 1632. Y que en *esencia* constituye una narración en prosa. De alguna manera queda implícita en este problema la *dialéctica de la forma y el contenido*, ya que la estructura dramática de la obra alude, a mi juicio, a lo que he llamado la apariencia, así como los problemas que oculta aluden a su esencia.

* Este trabajo bien pudo titularse también "*Lope o la dialéctica del hombre viejo renovado*", según la expresión de Antonio Gramsci. O simplemente, "*Lope: el hombre viejo renovado*". Esta es la idea de Gramsci: "El 'hombre' viejo, con el cambio, se convierte también él en 'nuevo', ya que entra en nuevas relaciones, habiendo sido las primitivas subvertidas. De aquí el hecho que —antes que el 'hombre nuevo' creado positivamente haya dado una poesía— se puede asistir al 'canto del cisne' del hombre viejo negativamente renovado, y con frecuencia este canto del cisne es de un esplendor admirable." Cfr. Antonio Gramsci. *Literatura y vida nacional*, Juan Pablos editor, México, 1976, p. 27, t. 4.

En suma estamos planteando no sólo el abordaje de la dialéctica antedicha en primer término, sino, al mismo tiempo, una hipótesis, cuya demostración puede cumplir la función de conocer la contradicción.

Desde luego el planteamiento del asunto central de este ensayo no se agota en su formulación inicial, bajo la forma de la dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa, o de la apariencia y la esencia, o incluso la de la forma y contenido. He aquí la dialéctica de la acción y la palabra, de la actuación y la palabra; del teatro y la novela, del verso y la prosa; de lo festivo y lo cotidiano —como diría Alejandro Lipschutz—;¹ de la poesía y la novela; del hidalgo y el calculador; del aristócrata ocioso y el pequeño burgués interesado; de la conquista del mundo y la pérdida del hombre.

Como puede apreciarse, hay cuestiones que son afines a un enfoque de sociología de la literatura, y otras que son propiamente estéticas. Nuestro problema es, básicamente, estético, en tanto su objeto radica en la obra misma. Sin embargo, trataremos las cuestiones de sociología de la literatura, bajo las formulaciones pertinentes dichas más arriba, con el fin de iluminar el enfoque de la obra misma. Al fin y al cabo, el acceso a la estética puede pasar a través de la sociología de la literatura.² Tómense, por tanto, como apéndices en este sentido las partes II y III de este ensayo, que encarnan, por su parte, la dialéctica de *lo general y lo particular* histórico. En este sentido, el mismo Gramsci apuntó un criterio metodológico ya en los años 30, al establecer en el juicio sobre la obra de arte una confluencia entre lo que denominó la *interioridad* y la *exterioridad*, esto es, entre *los condicionamientos histórico-sociales* y *el examen concreto de la creación artística y de los elementos intelectuales puestos en juego por el autor*. Sin embargo, Gramsci subraya que prescindir del momento de la interioridad sería reducir el análisis estético a un mero cómputo de sociología.³

¹ Alejandro Lipschutz. *Seis ensayos filosóficos marxistas*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1968.

² Cf. Noël Salomon. "Algunos problemas de sociología de las literaturas en lenguas españolas", en *Creación y público en la literatura española*, Castalia, Madrid, 1974.

Cf. mi trabajo *Estética científica y sociología del arte*, publicado en el suplemento cultural de *El Sol de México*, 27 marzo de 1977.

³ Antonio Gramsci. *Op. cit.*, p. 22. Cfr. Prólogo a la edición argentina elaborado por Héctor P. Agosti, pp. 8-15.

II. Lo general:

*La época moderna. Dialéctica de la conquista
del mundo y la pérdida del hombre.
"La Dorotea" como anuncio del hombre sin atributos*

SIN pretender erigir la sociología de la literatura en fuente de valoración estética de las obras de las que se ocupa, es indudable que tal disciplina subraya con fuerza una verdad que, incluso en la investigación estética, no puede perderse de vista: que todo escritor crea sus obras (*produce sus obras*) en *determinadas* condiciones, y que sus textos se alimentan de cuanto hace las relaciones del hombre con el mundo y de los hombres entre sí.^{3 b1a}

De aquí que, convencido de la veracidad rigurosamente científica de tal formulación, comience el abordaje de mi trabajo y el tema de la dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa en *La Dorotea* de Lope con una incursión breve a través de algunos rasgos que encarna la revolución moderna, su repercusión en la literatura y, por supuesto, en el hombre mismo que las emprende. Me parece que poner de manifiesto, aunque sea de modo sucinto, algunos de estos problemas contribuirá a ver qué elementos contiene *La Dorotea* como anuncio en su época de cuanto será más tarde la característica fundamental de la condición humana a través de toda una época histórica.

En efecto, la prosa novelesca —que postulo incipiente en la obra de Lope que comentamos— exhibirá en su desarrollo en la sociedad burguesa una cierta correspondencia con rasgos distintivos importantes de la revolución moderna, de tal manera que su impureza y su ambigüedad como género literario, así como su origen y desarrollo, tendrán una fuente de explicación en el carácter mismo de la sociedad que la ha originado, una sociedad básicamente fundada en la propiedad privada capitalista de los medios de producción social, por una parte, y, por otra, en el análisis y la razón.

Se ha dicho que toda revolución es, al mismo tiempo, profanación y consagración. Ciertamente. Todo movimiento revolucionario echa abajo los viejos misterios —consagrados, a su vez, por una revolución anterior, que en su caso demolió y profanó también el orden que le sirvió de trampolín. Pero, esta degradación, se acompaña siempre por una consagración de lo nuevo revolucionario —que hasta entonces fue lo profano. Está claro, así, que la revolución consagra el sacrilegio.

^{3 b1a} Cf. Pierre Macherey. *Para una teoría de la producción literaria*. Citado, a su vez, por Salomon, *op. cit.*

Sin embargo, si se observa bien, la revolución moderna ostenta entre sus rasgos fundamentales uno que la hará única en la historia: su impotencia para consagrar *realmente* los principios en que se ha fundado. La revolución burguesa proclamará los derechos del hombre pero, al mismo tiempo, los pisoteará en nombre de la propiedad privada; declarará sacrosanta la libertad pero, la someterá a las diversas combinaciones del dinero; afirmará la soberanía de los pueblos y la igualdad de los hombres, mientras conquistará el planeta, reducirá a esclavitud a los viejos imperios y establecerá en Asia, África y América los horrores del régimen colonial.*

Tal será la suerte de los ideales burgueses en una revolución a cuyo sacrilegio no sucederá la consagración de sus nuevos principios.

De manera, pues, que el fundamento del poder burgués —ausente la consagración real de sus principios *en* la sociedad— se constituirá, a su vez, en posibilidad de someterlo a discusión. La crítica que le sirvió para destronar a la monarquía y a la nobleza se convertirá en su alimento y en su veneno. La negación de la negación.

De la fe al pensamiento crítico; del mito a la razón; del verso a la prosa; de lo festivo a lo cotidiano, tal es el tránsito del feudalismo al capitalismo, a la época moderna; ésta, a su vez, recorrerá el camino de la conquista del mundo a la pérdida del hombre.

La revolución moderna capitalista impondrá como condición inherente de su desarrollo la revolución permanente de los instrumentos de trabajo,⁴ la indagación de nunca acabar sobre las posibilidades de la materia, la naturaleza y el hombre, el desarrollo de la ciencia y la técnica, del pensamiento reflexivo, del análisis y la razón.

La prosa tendrá, pues, en esta realidad toda una fuente de desarrollo, que habrá de concretarse en lo que hoy se consideran sus géneros clásicos: el ensayo, el tratado, la historia, el discurso, la epístola. Todos ellos correspondientes en general a distintas formas o modos de expresión de la apropiación teórica-racional del mundo. En tanto que la forma expresiva de su asimilación artístico-literaria entraría también a experimentar, en lo fundamental, un tránsito importante desde el verso a la prosa; de la poesía a la novela.⁵ En realidad, la literatura, como arte que se funda en la palabra, no pudo

* Octavio Paz. *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica, México, 1972, tercera edición, p. 222.

⁴ Carlos Marx, Federico Engels. *Manifiesto Comunista de 1848*.

⁵ Lope dirá en el prólogo *Al Teatro de La Dorotea* que su obra es poesía, mas, la dinámica del fenómeno —que el autor no controla a voluntad— se encargará de poner en discusión la afirmación de Lope, como veremos más adelante.

escapar a la determinación que impuso en el pensamiento la filosofía, la historia, la economía, a la ciencia. De modo que, como puede observarse, la novela se inicia con un movimiento que la desprende de la poesía, ya en los tiempos de Lope y de Cervantes.⁶

Posteriormente este fenómeno se hará todavía más claro, en tanto el lenguaje bajo el capitalismo consolidado —reducida la palabra a mero instrumento del intercambio y de intercambio— pierda en grado sumo sus valores sonoros, afectivos y plásticos que lo caracterizan naturalmente (esto es, como poesía). De forma que será posible advertir el papel que las necesidades del pensamiento abstracto, de la lógica racional, y de la ciencia entran a jugar en el desgarramiento del idioma respecto de su pluralidad de significados naturales. Como se conoce, este fenómeno será llevado casi al extremo en literatura, cuando la novela decimonónica imponga prácticamente un lenguaje de resonancias científico naturales y científico sociales en su género.

Sin embargo, la novela, en tanto prosa, como la sociedad burguesa, dará comienzo en nuestro tiempo al desarrollo de la negación de la negación. Esto es, una prosa que entrará cada vez más en contradicción consigo misma, al abandonar la legalidad propia de la prosa, que impone el desarrollo *más o menos* lógico, coherente, unívoco, para acceder, en cambio, a una *prosa poética*, de vuelta a la poesía, de vuelta al hombre, otra vez a la fiesta.

La evolución histórica de la novela pone de manifiesto, pues, un proceso de repulsión y atracción permanente entre el verso y la prosa, entre la prosa y el verso; entre novela y poesía. En los tiempos de Lope, constituyendo una prosa que colindó estrechamente con el verso —como lo confirma *La Dorotea*— con la particularidad de que en esta relación dialéctica se trataba entonces de la afirmación de la prosa misma; en tanto que posteriormente, durante el apogeo del pensamiento racional y del espíritu de análisis, integrará una prosa que abandonará más o menos definitivamente el lenguaje poé-

⁶ Sobre este punto dice Dámaso Alonso: "Es que en el mundo, por entonces, ha muerto el héroe, el héroe medieval. . . Dios quita entonces, precisamente, al espíritu humano uno de los dones que durante siglos y casi eras le habían deleitado y exaltado: el poema. Y a truco le daba uno de los dones que más habían de mejorar el espíritu humano, que más habían de excitar la compasión hacia el desvalido, que más habían de contrabuir a este anhelo que hoy tenemos todos (salvo los monstruos) de una distribución justa de los bienes de la tierra. Recibía entonces el mundo, a cambio del antiguo poema, un instrumento noble, potentísimo y peligrosísimo: la novela. El poema no podía vivir ya porque entraron a estar ausentes las condiciones humanas que le dieron origen". Dámaso Alonso, Prólogo a *Aproximación al Quijote* de Martín de Riquer, Salvat editores, S. A., España, 1971.

tico. Ultimamente, en nuestro tiempo, el desarrollo implacable del pensamiento y del espíritu de crítico, por una parte; y, por otra, la evolución misma de la novela como tal han provocado a partir de Joyce, Proust y Kafka la negación de la negación. Ahora, a diferencia de los tiempos de Lope, en la novela ya no se afirma básicamente la prosa, sino el lenguaje de la operación poética.

Hay, pues, entre la aparición de ciertas formas de las relaciones capitalistas de producción y la aparición de ciertas formas literarias en prosa una cierta correspondencia, que no es mecánica, ni directamente provocada la una por la otra; sino a través de complejos procesos, entre los cuales interviene el de las condiciones del desarrollo del pensamiento humano, hecho que se vuelca a la literatura condicionando la aparición de la prosa novelesca como género literario.

Hemos dicho que en el decurso ya del capitalismo se observará también una dialéctica que pone de manifiesto la conquista del mundo y la pérdida del hombre. Aquí nos detendremos un instante, pues, en *La Dorotea* de Lope hallaremos, en efecto, la presencia *germinal* de esa dialéctica, configurada en personajes que portan como *anuncio* la pérdida de sus valores humanos y la sustitución de ellos por otros enajenados. Esto es el hombre sin atributos, sin atributos *humanos*, que *anuncia* la prosa de Lope en *La Dorotea* —oscura, indefinida, difusamente— en un momento indefinido aún entre el feudalismo y el capitalismo; mas, con la presencia de elementos de este último en la España de su tiempo.

Está claro que las relaciones capitalistas de producción social impondrán a la sociedad humana una determinada condición del hombre concreto, cuyo signo fundamental radicará en que éste —como adelantó Marx—, bajo la relación de la propiedad privada, se perderá totalmente a sí mismo.⁷ Esto es, se perderá como tal, como hombre, por lo que se tratará entonces de un individuo humano *degradado*. Bajo el régimen burgués, el hombre —como trabajador— producirá el capital y el capital lo producirá a él, mas no como hombre sino como mercancía; ya no más como individuo *humano* sino como *instrumento*. De modo que la existencia del capital vendrá a ser *su vida*, determinando el *contenido* de su vida de un modo que le resultará indiferente como vida *humana*.⁸

En consecuencia, la civilización burguesa, aunque proclamará los derechos del *hombre* —dadas las relaciones a que someterá a los hombres mismos en la producción social, enajenándolos del producto de su trabajo— acabará por negarlos. Acaso resulte, en últi-

⁷ Carlos Marx. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Ediciones de Cultura Popular, México.

⁸ *Ibidem*, pp. 84-85.

mo término, hasta coherente y lógica esta consecuencia, puesto que, en última instancia, tampoco se trata ya de hombres verdaderos, sino de seres espiritual y físicamente *deshumanizados*.⁹

He aquí la reducción de la condición humana bajo la civilización burguesa, donde —al decir de Marx— acabará por vencer el *dinero* a todas las otras formas de la propiedad privada.¹⁰ Lo que se reconocerá como al hombre en el capitalismo no será sino la apariencia del hombre, la negación del hombre mismo, una condición humana enajenada. Se conquistará el mundo, la materia, la naturaleza. Mas se perderá al hombre como tal.

En el universo complejo, ambiguo y contradictorio de *La Dorotea* hallaremos una prefiguración genial de Lope acerca de la transformación que sufrirá la condición humana en el mundo moderno. Personajes tan importantes como don Fernando se moverán permanentemente atraídos por dos fuerzas igualmente poderosas como opuestas: la pasión cortesana y el amor interesado. Por lo demás toda la sociedad burguesa capitalista se mueve por dos fuerzas, a su vez: la razón y el capital. En Marfisa y Dorotea, y en cada una de ellas, se establecerá un movimiento también que pendula entre el amor y el interés material. Dorotea, en particular, no escapará a este fenómeno una vez que entra en las combinaciones que la llevan ora hacia don Fernando ora hacia don Bela. Gerarda, acaso el más radical y definido movimiento interesado de toda la obra,^{10*} expresará nítidamente cómo la conquista del mundo material acabará con la pérdida total de sí misma, ya no sólo como ser *humano*, sino, incluso, como *vivo* ser humano natural.

El desenlace de la obra es, sin duda, expresión manifiesta de la pérdida del hombre como tal, de la condición humana auténtica. En efecto, si ésta radica en la sociabilidad, en las posibilidades de la comunicación, en el encuentro del hombre consigo, que es, al mismo tiempo, el descubrimiento del otro, de su semejante, en el amor, y la valoración de las cualidades humanas, destruidos sus fundamentos, quienes se mueven en la obra apenas aparecen como *cosas*, hombres casi sin atributos humanos —prefiguración, anuncio, de Lope de la condición humana de nuestro tiempo en la civilización burguesa aún dominante. Cada uno de los personajes, llegado el desenlace, se extravía: germen del desprecio humano proclamado por los tiempos modernos, que *La Dorotea* anuncia, oscu-

⁹ *Ibidem*, p. 85.

¹⁰ *Ibidem*, p. 91.

^{10*} "Gerarda.—No te lo digo yo porque te enojas, que bien puedes *agradar* a don Bela y *querer* a Fernando... *que la baca se vende por esso, porque unos quieren la pierna, y otros la da*". Acto V, esc. x. *La Dorotea* de Lope de Vega.

ramente si se quiere. Más aún: subraya en la dinámica de los personajes la presencia de aquello que llegará a considerarse como las fuerzas originales de la sociedad moderna: la razón y el capital. Bajo la presión de estas fuerzas, el hombre acabará por lanzarse a la conquista del mundo, cumpliendo con éxito su misión pero, a costa de su propio sacrificio, de su cosificación inevitable. El cuerpo y el espíritu del hombre acabarán por ser considerados como unos objetos más, aumentando entonces su soledad (los objetos y las cosas no se comunican). Lope, con el desenlace, sobre todo, que imprime a *La Dorotea* no hará sino vaticinar —como nadie imaginó— ese complejo y contradictorio porvenir humano de los tiempos modernos.^{10 b18}

Sucede que la novela, al fin y al cabo, es el género literario donde mejor se manifiestan dramáticamente las situaciones límites del hombre enajenado. Lo que explica no sólo *el origen* del género en la sociedad que desarrollará precisamente la enajenación humana sino, sobre todo, *su desarrollo* en la sociedad moderna. Esto es, como coincidencia con la crisis que se produce al finalizar la época medieval, cuando los valores, nítidos y firmes, dan paso a una era donde la angustia y la soledad se harán cada vez más los atributos del hombre escindido.

Por lo que se ha dicho acerca del realismo español, que ha tenido su origen a fines del medioevo, con la *Celestina*, *Lazarillo de Tormes* y el *Quijote*,¹¹ *La Dorotea* de Lope debe estar considerada entre las grandes creaciones de su tiempo. Sin embargo, puede ser que la obra de Lope no llegue a tener aún la grandeza que se ha descubierto ya en las que hemos indicado arriba pero, sin duda, creciendo a través de la historia, como todos los textos literarios auténticos, ocupará su lugar en una línea que logrará su forma definitiva —ya como novela propiamente— en el siglo XIX en Europa. Ello, por su carácter de texto en prosa, del tipo novelesco, que representa una mezcla de caracteres humanos en sus personajes que *anuncia* el rompimiento de la vieja novela por la irrupción de la novela moderna, hecho que materializará —como heredero de este fenómeno— el mismo Cervantes con el *Quijote*. Cervantes será, así,

^{10 b18} Los hombres al final de la obra se extravían: Gerarda es muerta buscando agua: "*murió cayendo como aquellos a quien levanta la fortuna*". Acto IV, esc. última; Don Bela muerto por negocios; Marfisa, muerta y fuera de la patria; Dorotea y Fernando, aislados uno del otro. Cf. *Acto V. La Dorotea* de Lope de Vega.

¹¹ "El realismo español —dice Dámaso Alonso—, desde sus mismos orígenes, se ha preocupado principalmente en hacer, evocando dentro de la imaginación, que viva *el hombre*, sobre todo *el alma del hombre*, la *reacción de esa alma ante las cosas*, y en especial *ante otros seres humanos*". Dámaso Alonso, *op. cit.*, pp. 12-13.

no sólo heredero feliz y afortunado de los descubrimientos que puso en su inteligencia *Lazarillo de Tormes* como novela, sino, también, de los descubrimientos que estamos apuntando en *La Dorotea* de Lope.¹²

III. *Lo particular:*

La Época de España: Siglos XVI-XVII

VISTOS algunos de los rasgos *generales* que acabó por desarrollar la revolución moderna, y sus repercusiones en la literatura y en las relaciones de los hombres entre sí —sin apartarnos de *La Dorotea* y de la observación de los elementos del porvenir que *anunció* en su tiempo—, conviene detenerse en el señalamiento de algunas *particularidades* de España en la época de la Conquista de América y la Colonia, con el fin de contribuir a la formación de una idea más precisa sobre el carácter peculiar que asumen en la literatura *española* las repercusiones de la crisis de transición del feudalismo al capitalismo generalizada en toda Europa, incluso en la Península.

Creo que el hecho clave de la particularidad española en la época radica en lo que Sergio de la Peña ha denominado como "*la frustración de España*".¹³ Esto es, el fenómeno que Enrique Semo puntualiza como el desarrollo de

un capitalismo temprano o embrionario, que después de un breve periodo de auge entra en una larga declinación durante la cual se acentúa su parasitismo y se produce la reversión, la integración entre capitalismo temprano y sistema señorial.¹⁴

He ahí el problema fundamental de la particularidad española en los siglos XVI y XVII, básicamente. Dicho con otros términos: la contradicción que determina en España el desarrollo de algunas

¹² Tómese, por ejemplo, de la técnica cervantina la representación de Sancho en el Quijote: oscilando constantemente entre su deseo de obtener ventajas materiales, al precio de tener que creer en la locura de don Quijote, y la razón sana del hombre que ve los rebaños como rebaños y los molinos como molinos. *La Dorotea* anuncia este movimiento, a nivel local, que Cervantes hará universal; en la obra de Lope está presente la tentación mani-fiesta que corroe la sana razón con la locura materialista vulgar.

¹³ Sergio de la Peña. *La formación del capitalismo en México*. Siglo XXI editores, S. A., México, 1976, 2a. edición.

¹⁴ Enrique Semo. *Historia del capitalismo en México*. Ediciones Era, S. A., México, 1973.

formas de relaciones capitalistas de producción que finalmente acabaron por chocar con el insuficiente desarrollo del aparato productivo del país. En esta última idea, estudiosos como V. E. Hobsbawm sustentan la explicación de la caída del imperio en el siglo XVII.¹⁵

Está claro que en las últimas décadas del siglo XV la economía española presenta un cuadro en el que predomina el feudalismo. En realidad, la agricultura es entonces la actividad económica más importante. Sin embargo, en ese panorama prevaleciente, en algunas regiones de la Península, comenzaba a desarrollarse —sobre la base de un feudalismo tardío, con aspiraciones mercantilistas— el capitalismo manufacturero. Hay quienes, basados en este hecho no generalizado, hablan de un *desarrollo* de España, aunque relativo por las condiciones predominantemente señoriales.

¿Cómo fue posible, entonces, que España —con una escasa población de seis millones de habitantes¹⁶— emprendiera con éxito la conquista, ocupación y explotación de las colonias de América? La interrogante tiene sentido, pues, en realidad, España se caracteriza entonces porque no es dueña de una grande y compleja base productiva industrial. Al respecto hay estudiosos que sugieren —como V. J. Vicens Vives¹⁷— que si bien España no se caracteriza en lo económico por un desarrollo predominantemente productivo industrial, en cambio ha logrado constituir una sociedad que ha alcanzado un importante avance que se expresa en el gran desarrollo de sus relaciones políticas internas. En esta línea de argumentación la guerra de reconquista y la de ocupación de los territorios moros determinaron en España fenómenos que indujeron el desarrollo de fuerzas y relaciones políticas internas que favorecieron el principio —aunque no el sostenimiento— de la Conquista y la Colonia. Aprovechando el éxito original, España logra al principio de su hazaña una cierta acumulación de capital, un adelanto relativo, que le permite seguir su experiencia imperial en América en los siglos XV y XVI. Como dice Pierre Vilar: *"entre 1450 y 1650, España ha sido el primer país que ha creado un imperio verdaderamente mundial"*.¹⁸

Sin embargo, España dejaría escapar su triunfo, hundiéndose en una frustración que se desplegaría a partir del siglo XVII, al no aprovechar las ventajas iniciales de la explotación colonial y al trasladar

¹⁵ V. E. Hobsbawm. *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*. Siglo XXI editores, S. A., Buenos Aires, 1971.

¹⁶ Antonio Domínguez Ortiz. *Historia de España*, t. III. Alianza editorial, Madrid, 1973.

¹⁷ V. J. Vicens Vives. *Historia social y económica de España*. Barcelona, 1969.

¹⁸ Pierre Vilar. *Crecimiento y desarrollo*. Ariel, Barcelona, 1964.

una gran parte de los excedentes sustraídos de América, no a España, sino al resto de sus posesiones en Europa.

¿Podía España hacer otra cosa? ¿Hubo factores estructurales de la sociedad española de ese tiempo que obstaculizaron objetivamente otra salida? Parece que aquí entró a pesar en grado decisivo el escaso desarrollo de una infraestructura productiva industrial en el país, que no permitió la percepción de la necesidad de la reinversión de los capitales en la Península ni la multiplicación de los mismos, sino el desarrollo del derroche en gastos fastuosos de la corona en sus diversas posesiones en el continente. Parece que esto llegará a ser decisivo.

En el nivel de la estructura social española entraron a operar fenómenos como el de la necesidad de compensar la debilidad del desarrollo productivo industrial mediante la incorporación de masas indígenas y de los recursos americanos al aparato productivo. Lo que quiere decir que la expansión de las fuerzas productivas que se observa en toda Europa, tuvo en España, a partir de la Conquista y la Colonia, la característica de que se resuelve, no a través del aumento de las fuerzas productivas peninsulares, como ocurría en el resto de los países de Europa, sino que descansa en la gloria que le depara la demanda americana.

De manera que la expansión general de las fuerzas productivas y, por consiguiente, de la producción capitalista y sus beneficios materiales de capital no encontró en España una fuente de desarrollo y multiplicación de los excedentes para su reinversión en la industria, sino una fuente de continuo derroche de los beneficios.

En esta argumentación, un antiguo estudio de Chávez Orozco sobre el desarrollo económico mexicano, de 1938, citado por Sergio de la Peña,¹⁹ dice que España fue capaz de la conquista y la colonización de América gracias a que fue prácticamente el primer país de Europa que resolvió con éxito su unificación política, constituyéndose en verdadera nación. Sin embargo, agrega, la magnitud gigantesca de la empresa contribuyó a paralizar, a su vez, el desarrollo social y económico de la Península, al mismo tiempo que aceleró la consolidación de la burguesía de otros países.

Se sugiere, en consecuencia, que la conquista y la colonización de América tiene su base de apoyo en España, más que en los factores de desarrollo económico de algunas regiones importantes como Cataluña y los países vascos, en la fuerza militar que creó la prolongada guerra de reconquista y de ocupación de los territorios moros. De manera que la conquista aparece así, prácticamente, como

¹⁹ Sergio de la Peña. *Op. cit.*

la continuación en el continente americano de la poderosa expansión hispana en la propia Península y en Africa en el siglo xv.

Si nos atenemos a la idea de Sergio de la Peña, y de la mayor parte de los investigadores que se han ocupado de España en esta época, algunos de los cuales hemos citado, es evidente que la llamada frustración de España presenta una dialéctica particular dentro del desarrollo general de Europa hacia el capitalismo. En el caso hispano, un fenómeno que va del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al feudalismo mercantilista. Dialéctica que se presenta como cierta analogía con la dialéctica que en literatura se expresa en un movimiento que va de lo festivo a lo cotidiano y de lo cotidiano a lo festivo; esto es, del verso a la prosa, de la prosa al verso. Una ambigüedad, una cierta impureza —por así llamarla— del género novelesco por venir, de las que no se deshará a lo largo de todo su desarrollo. En la obra de Lope, objeto de nuestra preocupación, esta realidad indefinida, ambigua, entreverada está presente, tanto en la estructura como en el carácter de los personajes y el contenido temático de *La Dorotea*.

IV. El tema central: la obra misma

ALFONSO Reyes ha dicho alguna vez que la literatura encarna una verdad sospechosa, lo que pone de manifiesto el carácter dialéctico que asume el fenómeno artístico en general y la literatura en particular. Apariencia y esencia son así dos procesos, y dos aspectos, de un mismo movimiento. En *La Dorotea*, Lope se propuso, en efecto, hacer poesía, o pensó o creyó que su obra era poesía.²⁰ Sin embargo, por su interés de representar fielmente la historia, la verdad real, abandona el verso y básicamente toma la prosa. He aquí ya la presencia manifiesta y dinámica de la contradicción, lo que pondrá en movimiento a toda la obra. Porque el oficio del prosista acabará por superar la conciencia del poeta y la poesía; se interpondrá entre poesía y poeta obligando al autor a la narración, a la prosa de la realidad. Con esto acabará también por vencer al teatro, a la acción que proclama Lope en la portada de su primera edición, ya que *lo que pasa* en la obra resultará evidentemente menoscabado ante la narración de *cómo pasa y por qué pasa*. Aplicando aquí un atinado razonamiento crítico de Trotsky sobre el poeta ruso Vla-

²⁰ "La *Dorotea* de Lope —dice él mismo— es poesía, aunque escrita en prosa, porque siendo tan cierta imitación de la verdad, le pareció que no lo sería hablando las personas en verso como las demás que ha escrito". Cf. *La Dorotea*, prólogo Al Teatro.

dimir Maiakovski;²¹ cualquiera que sea en definitiva su explicación histórica y cultural, el hecho cierto es que en *La Dorotea* de Lope lo que falta *esencialmente* es la acción dramática; esto que puede parecer una paradoja, pues el teatro se funda enteramente en la acción. Sucede que aquí interviene la incorruptible dialéctica: la narración impetuosa acaba por paralizar toda la acción.

Mi idea es que la presencia del *cómo* suceden las cosas y del *porqué* de las mismas constituyen el anuncio de lo que será más adelante, en el desarrollo de la narrativa, la trama novelesca,²² y que este elemento llega a constituirse en algo esencial en *La Dorotea*, aunque revelado y oculto, al mismo tiempo, por la apariencia dramática de la obra. Este es el punto que ya me he comprometido a desarrollar básicamente, conjuntamente con las otras formulaciones que reviste y que se han hecho notar en la introducción a este trabajo. En el intento, tal vez no recurra mayormente a lo que se ha dicho sobre *La Dorotea* de Lope, y si el esfuerzo no resulta frustrado acaso logre superar lo que don Miguel de Unamuno señalaba como pereza mental: juzgar sólo conforme a precedentes, lo más propio de los que se consagran a críticos.

¿Por qué Lope no abandonó totalmente el drama, sino que dejó aun la señal tipográfica de los personajes, si su intención era el empleo consciente de la prosa? Aquí es donde el asunto comienza a complicarse, pues Lope está interesado en llevar a cabo una *imitación* seria de la verdad.²³ Ello lo conduce a dejar el verso, por las consideraciones que expone en el prólogo Al Teatro. Pero, por otra parte, la novela en boga —pastoril, morisca, picaresca, bizantina, etc.— destacaba sólo lo fantástico y lo satírico; lo satírico y lo grotesco; sentidos opuestos a la seriedad con que Lope pretende representar la verdad histórica.

De manera que aun cuando lo atrae la prosa para su obra, no

²¹ León Trotsky. Introducción a *Poemas 1913-1916* de Vladimir Maiakovski. Visor, Alberto Corazón editor, Madrid, 1972.

²² En realidad, en este punto, Lope —consciente o inconscientemente— se aproxima bastante a demostrar la certidumbre del pensamiento teórico de Aristóteles, expuesto en *El arte poética*. Para el griego, las letras pertenecen al género de las artes poéticas, y tienen de común el ser todas *mimesis* (o representación). Pero, se diferencian por los medios *con que* representan, por la naturaleza de *las cosas que* representan, y por la manera o el *cómo* representan. Si las letras se definen en el ámbito de los medios *con que* se produce la representación ("el arte que emplea tan sólo palabras" —dice el filósofo), es en el ámbito del *qué* y del *cómo* de ella donde se da la distinción de los géneros literarios. Cf. *El arte poética*.

²³ Lope dice: "imitación de la verdad". Evidentemente pesa la *mimesis* aristotélica, pero sobre todo, la idea de los traductores del filósofo, que hasta hoy dicen "imitación" y no "un volver a hacer presente la realidad", esto es, una re-presentación.

la acepta del todo, y se queda en una especie híbrida de texto en prosa con personajes. Es evidente que para Lope la cuestión consiste en huir tanto de la comedia en verso como de las formas novelescas en circulación entonces para el fin de elaborar una representación *seria* de la realidad, al fin de cuentas, lo más próximo a la prosa llana, que tomará forma definida en la novela moderna del XIX.

La complicación aparece cuando observamos que Lope denomina a su obra "*Acción en prosa*". He aquí la contradicción, la presencia de una verdad sospechosa. Lo que nos lleva a hacer algunas consideraciones históricas acerca del empleo del vocablo "*acción*", ya que sería pecar de subjetivismo entender el término tal y como se le percibe en nuestro tiempo, al margen de sus significados en la época de Lope. En realidad, la palabra "*acción*" está cargada de sentidos extraliterarios.²⁴ Por otra parte, se entiende "*acción*" como el ordenamiento estructural de los sucesos que la componen de modo que convengan al fin de la obra, próximo a lo que vulgarmente se entiende por "*enredo*". Lope mismo lo considera culteranismo, un neologismo de moda.²⁵

Sin embargo, en *La Dorotea*, ya no en la portada sino en el texto mismo de la obra, Lope le da un contenido muy específico a la voz "*acción*" que contradice lo que uno podría entender hoy por ese término ubicado al comienzo de *La Dorotea*. En boca de don Fernando se refiere a la *eficacia* con que el recitante —el actor— atrae sobre sí la atención del público, lo que en este caso no alude tanto a que hayan más o menos sucesos en la obra como a la *forma*, al *modo* como son narrados.²⁶

Considerando el problema con cierto apego a la concepción aristotélica, lo que se representa en el arte poética, en literatura, es siempre la acción. Aquí el *cómo* de la acción es el mito o lo que el mismo Aristóteles denomina como "*fábula*".²⁷ Ahora bien, el poeta, al representar una acción real lo hace considerando que es oficio del poeta no contar las cosas como sucedieron sino como debieron o pudieron haber sucedido.²⁸

En este sentido, Lope parece acercarse a la concepción poética de Aristóteles —pero para huir de ella— en cuanto pretende referir las cosas en particular, esto es, qué cosa sucedió en realidad,

²⁴ Cf. Joan Corominas. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Editorial Gredos, Madrid, 1974. 4 tomos.

²⁵ Un lindísimo mancebo / de éstos que dicen *acción*, substancia, reducción". Cf. *Amar sin saber a quién*.

²⁶ "Fernando.—Con tanta *acción* has leído, Julio, esos versos, que me has traído las lágrimas a los ojos". Acto III, esc. primera.

²⁷ Aristóteles. *El arte poética*, Espasa Calpe, Austral, Madrid, 1974, cuarta edición, p. 41.

²⁸ *Ibidem*, p. 45.

como es más propio de la historia —al decir de Aristóteles— que del poeta. Según el filósofo, la poesía, la literatura, es re-presentación de la realidad. Lope quiere otra cosa: la verdad misma. Dice Lope:

Si algún defecto hubiere en el arte . . . sea la disculpa la verdad; que más quiso el poeta seguirla que estrechase en *las impertinentes leyes de la fábula*.²⁹

No habría que olvidar que el mismo Lope llamará *tragedia* a su *Castigo sin venganza*, destacando su intención de hacer una tragedia pero, una tragedia *española*, huyendo de "*la antigüedad griega y severidad latina*".³⁰

Sin embargo, no está Lope seguro del todo, ya que en *La Dorotea* no descarta la posibilidad de un defecto en ella por seguir la verdad y no las impertinentes leyes de la fábula. De todas maneras, se disculpa indicando que si así fuere se debe a su afán de seguir la verdad histórica real y no el fingimiento literario. Esto explica que su intención es no fabular —no hacer literatura, como dice en el prólogo de *La Dorotea*— sino casar la acción con la historia, y decir verdad, esto es, casar la acción con la prosa, no con el verso.

De modo, pues, que el término "*acción en prosa*" que usa Lope en la portada de su obra, por sobre cualquier otra consideración, parece aludir a su propósito de distinguir, por una parte, que tomará un asunto de la realidad —*una acción*, o un enredo, un todo que tiene principio, medio y fin— y que, por otra parte, desarrollará los sucesos de que se compone la acción conforme lo que ocurrió en la realidad misma —*de aquí la prosa*, propia del historiador, como diría Aristóteles— y no lo que pudo o debió haber ocurrido —oficio del poeta y del verso. En tercer lugar, la indicación de los personajes obedecería así a un esfuerzo por distinguir la prosa de la prosa novelesca en boga, en tanto no conviene a su propósito serio.³¹

²⁹ *La Dorotea*, prólogo Al Teatro.

³⁰ Citado por Edwin S. Morby en su edición de *La Dorotea*, editorial Castalia, Madrid, 1968, p. 15.

³¹ Un dato interesante indica que en el siglo XVI y principios del XVII los caballeros cultos prefieren las novelas caballerescas —de amor refinado, marcadamente sensual y hasta brutal: la hazaña de ganar el amor. En tanto que la novela pastoril —que también interesa— tiene por tema el amor, pero como pasión llorosa, concepto totalmente opuesto a la acción, incluso a la acción heroica del caballero. Lope, al parecer, huye de ambas. A la pastoril la desprecia, como dice manifiestamente en *La Dorotea*; mientras que, por otra parte, resulta evidente que no escribe para los caballeros cul-

En este sentido, el término "*acción en prosa*" no parece oponerse al de *narración en prosa* que yo he postulado como esencial en *La Dorotea*. El problema es que tal sentido constituye sólo una parte de la cuestión, porque sucede que el mismo Lope —como se ha visto— no emplea el vocablo *acción* con una acepción unívoca, sino con diversas significaciones. Por ejemplo, la idea de *eficacia* con que aparece en el acto III, que sin duda alude a la de *actuación* en el teatro. Puesto el acento en esta consideración, la idea de teatro en *La Dorotea* se ve afirmada con la estructura dramática que presenta la obra.

En suma, *La Dorotea* —obra de transición en una época de transición; ambigua en una época ambigua; indefinida en una época indefinida en España— se caracteriza por la presencia en ella de la contradicción dialéctica entre la *acción en prosa* y la *narración en prosa*; entre el teatro y la novela, formulaciones que no agotan la presentación de esa dialéctica, sino que permiten —como hemos apuntado en la introducción— el abordaje de otras formas que reviste el planteamiento de este problema dinámico en la obra de Lope.

Está claro que una aproximación lo es siempre desde varios puntos, como hasta aquí hemos hecho. Pero si consideramos un *determinado* punto de vista, el de la acción en su sentido corriente, vinculado al de *eficacia* de Lope, propio del teatro, se podrá apreciar mejor la dialéctica *acción en prosa-narración en prosa* que hemos indicado anteriormente. *La Dorotea*, considerada como teatro exhibe, sin duda, una pobreza casi extrema en la acción, hecho que contrasta con el énfasis que alcanza, en cambio, la narración de los sucesos.

Para demostrar este punto ya no es necesario, como antes dijimos sobre otro problema, un rodeo teórico, sino una descomposición del todo en sus partes —como propone Karel Kosík³²— a fin de arribar a la esencia, a la estructura esencial, oculta en los movimientos que presenta la apariencia, en este caso dramática de la obra.

La acción que yo diría que se podría *presenciar* en *La Dorotea* no supera cinco sucesos, todos los cuales se dan en el Acto I, dentro de una obra que consta de cinco:

1. Proposición de Gerarda a Teodora.
2. Riña entre Teodora y Dorotea.

tos, sino para una especie de estamento o segmento social medio de la ciudad. Cf. el dato en *Creación y Público en la literatura española*. Varios autores. *Op. cit.*

³² Karel Kosík. *Dialéctica de lo concreto*. Editorial Grijalbo, México, 1976.

3. Ruptura entre Dorotea y don Fernando.
4. Huida de don Fernando.
5. Tentativa de suicidio de Dorotea.

En los cuatro actos restantes, en forma bastante desproporcionada en cuanto a la acción en la obra, se podrían presenciar no más de cinco sucesos:

1. Don Bela recibido por Dorotea.
2. Encuentro de don Bela con don Fernando.
3. Reconciliación de los amantes.
4. Reproches de Marfisa a don Fernando.
5. Muerte de Gerarda.

Luego tenemos algunos sucesos presentes en la obra que apenas podrían presenciarse en el teatro. Aquí, en ellos, no todo es acción predominante, sino una mezcla donde el elemento narrativo pasa a convertirse en el principal, en el vehículo principal de la dinámica de *La Dorotea*:

1. Visita de Marfisa a Dorotea.
2. Comida en casa de Teodora.
3. Cambio de saludos entre Dorotea y Marfisa en el Prado.
4. Rompimiento de retratos y quema de papeles y cartas.

Una cuarta parte, muy significativa, en esta descomposición del todo que tiene como fin apreciar enfrentadas la acción y la narración está compuesta de elementos que podrían perfectamente haber transcurrido en presencia, por así decirlo, del público, como acción, y que, sin embargo, al no suceder de esa manera en *La Dorotea*, se puede interpretar como una opción de Lope por la narración, no así por el teatro:

1. Vida y amores de don Fernando antes de conocer a Dorotea.
2. Ausencia de Madrid y vuelta a Madrid.
3. Desenamoramiento y ruptura definitiva.
4. Nuevos amores con Marfisa.
5. Muerte de don Bela.

Me parece que una confrontación tan elemental como la que he presentado —entre la parte que se presencia y la que no se presencia directamente*— contribuye a demostrar que en *La Dorotea* hay un movimiento tendiente a menoscabar al teatro y a afirmar, en cambio, los elementos evocativos de las acciones, en los cuales el vehículo que los expresa resulta ser el narrativo.

* O que presenta dificultades evidentes para su representación teatral.

Sin embargo, Lope, al parecer, pone de manifiesto una segunda opción en este sentido: la de no enfrentar directamente entre sí a los personajes principales: don Fernando, Dorotea, don Bela, Marfisa —huyendo, a mi juicio, en forma evidente de la representación dramática, del teatro, de la acción en sentido corriente, del verso, de la poesía, para dejar todo el espacio libre al desarrollo de la narración:

1. Dorotea y don Fernando: sólo dos veces dialogan entre sí (Acto I, esc. v; Acto IV, esc. i)
2. Don Fernando y Marfisa: también sólo dos veces (Acto I, esc. vi; Acto IV, esc. viii)
3. Marfisa y Dorotea: dos veces también (Acto II, esc. iii; Acto IV, esc. i)
4. Dorotea y don Bela: una vez (Acto II, esc. v)
5. Don Bela y don Fernando: casi ni una vez siquiera. Tan rápido es el encuentro que apenas reúne a Dorotea, don Fernando y don Bela (Acto III, esc. ix).

Si se considera que *La Dorotea* constituye una obra con tan pocos actores —donde, por lo demás, chocan las voluntades— parece evidente que Lope opta por la *narración de* los motivos, las pasiones, los intereses en juego, el cálculo, las reacciones humanas, el pensamiento, los procesos internos, antes que por la puesta en escena de la acción que las exprese por sí misma.

Cabe preguntarse: ¿qué está sucediendo en Lope?, mejor dicho: ¿qué fenómenos se suscitan en la ideología de Lope que, en un momento determinado, ya hombre maduro, publica *La Dorotea* bajo la forma de un género que manifiesta una opción por el elemento narrativo en prosa cubierta por la apariencia del teatro, y descartando conscientemente —reducidos a meros elementos de variedad y descanso— el verso y la poesía?

Creo que aquí entra en juego una red bastante compleja de fenómenos como, por ejemplo, el hecho puesto en evidencia por la publicación tardía de *La Dorotea*³³ de que Lope ha sido tocado por la esencialidad que oculta la realidad española de su tiempo, y no sólo la de España sino de toda Europa: la crisis de transición del feudalismo al capitalismo que, en España, surge con las particularidades que se han señalado: un desarrollo relativo que a medio camino se frustra para desandar el progreso hacia una regresión al

³³ Se habla de que *La Dorotea* fue compuesta entre 1584-1588 y publicada sólo en 1632. El mismo Lope dice en el prólogo *Al Teatro* que su obra es de juventud, antigua, extraviada después, escrita "*en mis primeros años*".

feudalismo y sus valores. Mas, la sociedad que vive esos fenómenos asimila una conciencia en la que se debate la dialéctica de lo nuevo y lo viejo; lo barroco y lo manierista; del idealismo y el realismo; la dialéctica del pasado y el porvenir.

En Lope esta verdadera crisis está presente en *La Dorotea*, en tanto se observa aquí la presencia dialéctica de valores contrapuestos, con una cierta tendencia a la afirmación de lo nuevo por venir que no lo caduco decadente.

En realidad, hacia 1600 —cuando Lope cobraba unos 300 reales por cada comedia suya— está posesionado de una idea bastante clara, y novedosa, sobre el teatro. Lo considera entonces un género menor, algo así como infra-literatura, no obstante que lo percibe como un medio de vida. Sin embargo, por esto mismo, aprecia en la comedia su valor como mercancía y, por ende, le resultan tal vez bastante falsas en general, sometidas, como diríamos hoy, a la presión del círculo "producción-consumo".

Por otra parte, las novelas en boga —sobre todo la picaresca— son también consideradas por Lope "un género menor",³⁴ de mero entretenimiento para el lector, sometidas también al círculo producción-consumo, ya presente germinalmente en la España de Lope. Creo que es probable que este fenómeno haya realizado ante su inteligencia y su percepción ideológica su carácter falso o de mera ficción, de "literatura" que representa aquello de lo cual se propone huir con *La Dorotea*.

Así, pues, no sería del todo arbitrario —aunque algo de esto pueda haber— explicar su alejamiento del teatro y la comedia, esto es, de la acción en sentido de *eficacia*, del verso y la poesía, dadas las consideraciones anteriores, ya que su propósito de fondo es hacer con *La Dorotea* la *re-presentación* (volver a presentar) de la historia verdadera tal como sucedió en la realidad. Esto quiere decir: con todo el juego de los intereses de los personajes en pugna, el choque de sus mentalidades calculadoras, sus motivaciones que se aproximan a la búsqueda intensa del aprovechamiento material; el individualismo que los corroe. Es obvio que en este propósito la prosa supera al verso; la novela a la poesía; el realismo al idealismo; lo cotidiano a lo festivo.

Si la comedia aparece como lo falso, lo ficticio, lo inventado por los literatos y los poetas para ganarse la vida ¿sirve a Lope la comedia y el teatro en esas condiciones para plasmar lo que él considerara la realidad *verdadera*, la historia *real*, de modo que no se la tome por "literatura"? Me parece que no. De aquí su alejamiento del teatro como de la acción en sentido corriente; de aquí la re-

³⁴ Noel Salomon. *Op. cit.*, pp. 15-39.

ducción del verso y la poesía a meros agentes de variedad y descanso para el lector en *La Dorotea*. No como sus elementos esenciales.

Pero al mismo tiempo se plantea huir de la novela en boga. ¿Qué hacer entonces? Lope resuelve la contradicción en forma práctica:⁸⁵ genera una estructura híbrida, una especie que no es ni teatro —a pesar de que la llama *acción* en prosa— ni novela —a pesar de que la denomina acción en *prosa*. Da origen a una obra que manifiesta desde el punto de vista formal la dialéctica *teatro-novela*, y desde el punto de vista de su contenido la dialéctica *acción-narración*, con una tendencia dominante a la afirmación del elemento *narrativo novelesco* en la misma.

Me parece que en este caso sirve para la demostración de cuanto venimos afirmando la escena iv del Acto I. En efecto, se trata del acto más movido, más dinámico, en general, como hemos indicado anteriormente en la descomposición del todo. Sin embargo, y no obstante lo anterior, esta escena constituirá la introducción casi exacerbada de elementos que después serán reconocidos como propios de la prosa novelística moderna: digresiones por doquier —anticipo de la naturaleza episódica de la novela, que no está ausente en *La Dorotea*. La escena que señalo apenas tiene como acción la de unos dedos sobre las cuerdas de una lira. Lo demás es todo digresiones, un ir de Lope como huyendo del asunto principal.

La Dorotea es en verdad —como Lope de 1600— una transición. Hay en la obra una afirmación del individualismo entre otros valores ya manifiestamente burgueses; valores de un mundo por venir pero, al mismo tiempo, coexistiendo en la obra con formas, valores e ideas de la tradición feudal española. Si se quiere, una afirmación del espíritu laico (burgués) pero tratada con elementos de forma y contenido en los que no se abandona totalmente el medioevo. Una afirmación de la prosa novelesca mezclada con teatro, comedia, poesía y amor cortesano. Una afirmación de lo cotidiano sin abandonar del todo lo festivo.

En efecto, parece que *La Dorotea* es ya la obra de la cotidianidad citadina española, cuyos protagonistas pertenecen más propiamente a una fracción de clases, en cierto modo, pequeñoburguesa; no es ya el caso de una obra de mundo campesino feudal. Puede ser que este hecho contribuya a explicar la opción formal de Lope des-

⁸⁵ Tres siglos más tarde, Carlos Marx dirá: "se verá cómo subjetivismo y objetivismo, espiritualismo y materialismo, actividad y pasividad sólo pierden su carácter antitético en la condición social... y cómo la resolución de la antítesis teórica es sólo posible de una manera práctica, en virtud de la energía práctica del hombre". *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Ediciones de cultura popular, México, 1976, p. 110.

de la comedia a la prosa narrativa con visos novelísticos. ¿Pudo Lope haber conciliado la realidad cotidiana con las exigencias del teatro, que necesita —para ser dinámico— una cierta tensión dramática *prácticamente sistematizada* en la obra, sin que esto atentara contra su propósito de verosimilitud? En realidad, parece claro que Lope manifiesta una opción que lo lleva a descartar básicamente el teatro —aunque no del todo— por la prosa novelesca. Pero, al mismo tiempo, tiene presente que tiende a fortalecer su carácter de literatura, de invención, de ficción, no obstante que se presenta como una autorrevelación del mundo. Puede ser que sea esta la razón por la cual, en último término, Lope ha procedido *prácticamente* a estructurar una prosa muy *sui generis* con la introducción de técnicas dramáticas a fin de acentuar su carácter de hechos reales, vividos en la historia.

Por lo demás, el diálogo parece ser la parte más agradable de una novela, aunque no constituya su esencia, ya que ésta radica en la narración misma, que debe conducir, a pesar de algunos episodios digresivos, hacia la historia principal. Lope habría introducido elementos dramáticos para reafirmar el realismo —supuestamente debilitado por lo que habría sido la novela pura, la narración pura. Sin embargo, los elementos dramáticos podrían llegar a constituir en *La Dorotea* un atentado, precisamente, contra aquel pretendido realismo. ¿Quién es capaz de recordar diálogos enteros? Además, el diálogo siempre se constituye como una amenaza natural contra la dirección única de la historia, ya que no hay prácticamente forma de hablar dialogando en la que los personajes respondan siempre a lo que su interlocutor se ha referido antes. Por lo general sucede que el interlocutor está preocupado más por continuar su propio pensamiento que de la respuesta a su pareja en el diálogo; de aquí que el diálogo en la novela o en la prosa narrativa engendre naturalmente la posibilidad de la digresión con mayor fuerza de lo que se cree o se piensa, constituyendo por eso una cualidad inherente a la novela misma, y no su invención gratuita. De modo que, en último término, la digresión en la prosa narrativa de Lope en *La Dorotea* vendría a ser, en último término, un elemento realista, en cuanto no desnaturaliza la dirección real que asume obligatoriamente el diálogo en la conversación humana.

Con lo dicho hasta aquí, al hablar del tema acción-narración; poesía-novela; verso-prosa, lo que tenemos planteado es de alguna manera tangencial de otro problema mayúsculo que se verifica en la teoría del arte: las relaciones *entre forma y contenido*. Los problemas que aquí hemos sugerido nos llevan hacia la problemática del contenido y la forma en *La Dorotea*. Contenido como el mundo de la transición en España de Lope. Forma como género —siempre

en construcción en *La Dorotea*. Desde luego, aspectos contrarios en la obra, pero interna, activa y recíprocamente concatenados. Creo que en este caso, *La Dorotea* contribuye a poner de manifiesto que la forma en el arte lo es siempre de un contenido particular que se expresa organizado, estructurado en ella.

Esta dialéctica —contenido-forma— explica en la obra artística, a su vez, los cambios que se operan en las formas artísticas, al alterarse en su esencia el contenido. Sin embargo, el contenido, al intervenir en aquéllos, resulta también sujeto de modificaciones en tanto las que experimenta la forma suelen repercutir en él. Así, pues, sucede en el arte el fenómeno de su hibridez permanente, tanto en la forma como en su contenido.

La Dorotea no exhibe una forma definida: no es novela pura, propiamente dicha; tampoco teatro, ni poesía; sucede que en cuanto a su contenido, tampoco es *definidamente* una crítica al feudalismo, desde posiciones *definidamente* burguesas; ni es una exaltación definida del cálculo en el amor, del individualismo burgués, de la explotación mercantil de los sentimientos tras un beneficio material. Hay, sin duda, estos elementos pero, mezclados con valores propios de la tradición feudal española: el amor cortesano; el altruismo heroico; la exaltación de los valores espirituales del hombre por sobre sus riquezas materiales, etc.

En suma, *La Dorotea* es obra de la transición particular de España en el siglo XVI, representativa del desajuste que se opera entre el contenido y la forma de las obras artísticas, cuando las condiciones histórico-concretas de una época determinada, más agudas que de ordinario en épocas de crisis, por la transición de un modo de producción a otro, constituyen el *humus* del cual, en último término, resultan hijas las creaciones más geniales.

Lope mismo encarna —ya en 1600— una personalidad en la que luchan los contrarios: la ideología ascética medieval, monárquica, tradicionalista, por un lado y, por otro, la libertad, los valores heréticos de un nuevo mundo por venir que *La Dorotea* anticipa, a veces sutilmente, otras con fuerza inusitada.

De la fe al pensamiento crítico; del mito a la razón; del verso a la prosa; de lo festivo a lo cotidiano, he ahí el movimiento de *La Dorotea* de Lope que se hará *anuncio* de la conquista del mundo por el hombre y de la pérdida de sí en la civilización que entonces está por venir. Prefiguración del hombre sin atributos, sin atributos propiamente *humanos* de la época moderna. He ahí una esencia de fondo *que se oculta* en la apariencia dramática de la obra —y en su apariencia de obra meramente sentimental—, y *que se revela*, al mismo tiempo, en su estructura básicamente narrativa.

LA REFORMA COMO PROCESO IDEOLOGICO Y CULTURAL

Por *Ernesto DE LA TORRE VILLAR*

LA Reforma en México no significó una revolución más en nuestra larga lista de asonadas y levantamientos, sino un proceso profundo, que no buscaba la sustitución de los hombres en el poder ni un simple cambio de régimen o de organización político-jurídica. Uno de sus actores, percatóse que no se trataba de una algaraza, de una rebelión soldadesca, sino "de la primera guerra ideológica efectuada en México".

Esta expresión de Guillermo Prieto, auténtico liberal, es la que realmente califica a este periodo de nuestra historia que conmovió y transformó al país, pues en verdad, la Reforma mexicana tuvo una esencia ideológica, intelectual, que la caracteriza, y emparenta con otros procesos ideológicos ocurridos en el mundo occidental a partir del siglo XVI.

En el siglo XVI se inicia la historia moderna, fructifican los anhelos renacentistas y el mundo se encauza por la vía de la razón alejándose de las interpretaciones dogmáticas, de toda explicación que no surja del propio intelecto, de la reflexión personal. La base esencial de la filosofía escolástica que asentaba toda interpretación posible en la dualidad razón y fe, se escindió cuando se prescindió del argumento de autoridad teológica y se quiso comprender al mundo y al hombre a base de la pura razón. Un siglo más tarde Descartes, con su luminosa inteligencia, encauzó ese pensamiento y le dio bases indestructibles.

Como proceso intelectual promovió la cultura, la instrucción del hombre como medio indispensable no sólo para comprender al mundo sino también las bases esenciales de su religión. El conocimiento e interpretación de las escrituras obligaba saber leer y esa necesidad forzó a los reformistas a emprender grandes esfuerzos alfabetizadores, con el fin de que la población pudiera acercarse con provecho a sus sustentos religiosos, las Santas Escrituras.

La Reforma coincide con la invención de la imprenta y a través de ella, de la posibilidad de reproducir infinitamente toda suerte de obras. A partir de ese momento los países reformistas prohijan la

instrucción popular, y la alfabetización de la sociedad significó un adelanto importante en la cultura de muchos países. En Europa se inicia a partir de esos años un proceso civilizador extraordinario, que culminaría con "la ilustración", una de cuyas características o finalidades esenciales consistió en postular como medio de comprensión del hombre y de su mundo circundante a la razón. La razón, para poder ser ejercitada requería ser cultivada, iluminada a través de severo aprendizaje en el cual las ciencias humanas y las exactas o puras ocuparían lugar preponderante. El gran desarrollo científico que arranca en el siglo xvi, llegó a su máximo esplendor en el xvii. Los aportes de Galileo y Leonardo, se acrecientan con los de Bacon, Newton, Leibnitz, Spinoza que sientan las bases en torno de las cuales la ilustración se desarrolla.

Por otra parte, la política económica vigente desde el siglo xvi, el mercantilismo, una de cuyas finalidades esenciales consistía en el fortalecimiento del Estado Nacional, estimaba que ese fortalecimiento sólo podía lograrse en la medida en que los súbditos fuesen elemento útil al propio Estado, fermento vigoroso lleno de ambición y en el cual el Estado pudiera descansar. El siervo como súbdito, no tenía gran utilidad; para que pudiera representar algo más que una posibilidad tributaria tenía que transformarse, convertirse en burgués cuya condición ya llevaba aparejado un elemento de mayor utilidad, el de creador de riqueza y cultura, impulsor de empresas que si lo enriquecían a él, también acrecentaban la economía estatal.

Si bien el burgués se esforzaba por mejorarse a sí mismo mediante el cultivo de sus facultades intelectuales y sensibles, el pueblo tenía que ser impulsado por el Estado. Los Estados Nacionales que surgen a lo largo del tiempo: Francia, Austria, Prusia, Holanda, harán los primeros y más notables esfuerzos por dar a sus súbditos la instrucción que requería un conglomerado político social importante. Los monarcas de estos países que con razón fueron llamados despotas ilustrados, Luis XIV, José, María Teresa, Federico incorporan como parte esencial de su programa de gobierno, impulsados por sabios y filósofos que les sirven de consejeros: el fomento de la instrucción elemental y el apoyo más amplio a la cultura superior. La creación de gabinetes de trabajo, bibliotecas, salones científicos y literarios, museos de historia natural, formación de colecciones arqueológicas y artísticas, literarias y artísticas, hechas en Austria, Francia, Inglaterra, Alemania y en otros países europeos, revela cómo la ilustración prohibía el desarrollo intelectual, cómo tendía a transformar la mentalidad del mundo occidental, a modificar su manera de ser, de pensar, con base en una actitud racional, apoyada en el libre uso de la razón, en el cultivo de la inteligencia y de sus frutos, en la ciencia, el conocimiento del mundo y del hombre.

Pasmosa transformación operóse en el mundo occidental del siglo XVI al XVIII y esa transformación no podía dejar de influir en España y en su imperio americano. España recibió largamente la influencia ilustrada como lo ha demostrado luminosamente Jean Sarrailh, ex Rector de la Universidad de París. A partir del advenimiento de los borbones, España inició un amplio esfuerzo para no quedar a la zaga de los restantes países europeos. Con Fernando VI y los llamados Ministros ilustrados y ya más efectivamente con Carlos III que se asesoró por italianos, irlandeses, franceses e ingleses, la ilustración penetra en España, tamizada de sus excesos anti-religiosos y dirigida fundamentalmente a propiciar tanto con una finalidad pura, la científica, como mediatizada, la económica, el desarrollo del reino y de las posesiones americanas.

A partir de ese instante se da un amplio apoyo a la instrucción pública, a los trabajos científicos y culturales y se apoya toda acción civilizadora. Se propician las exploraciones, se crean nuevas y eficaces instituciones como las sociedades de amigos del país que ejercieron benéfica influencia y se rompen un tanto las barreras de la censura político religiosa que se oponía a todo cambio. Este esfuerzo en pro de un desarrollo cultural amplio, pues se dirige tanto a la escuela rudimentaria como a las universidades, es apoyado por los administradores hispanoamericanos y por los intelectuales de estos países. Nuestros científicos, y hombres de letras se esfuerzan por reconocer el país, inventariar y estudiar sus recursos que, piensan, pueden favorecer a los amplios grupos sociales aquí establecidos, y preparar vastos planes de reorganización político-jurídica para encauzar al país por nuevos rumbos, que lo transformen, que lo saquen de su estado de dependencia, no sólo política, sino principalmente cultural, e ideológica. D'éronse cuenta las generaciones dirigentes de las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX, que si el país quería progresar debía escapar de la sujeción política y que al salir de ella haría posible cambiar su mentalidad, absorbiendo los beneficios que las luces europeas brindaban; en suma, que era indispensable un cambio de forma de ser, de pensar, de mentalidad.

Entre las más serias y profundas preocupaciones que los dirigentes de las naciones hispanoamericanas tuvieron al independizarse de España se cuentan: asegurar definitivamente su emancipación política; alcanzar la igualdad socio-económica de sus pueblos; organizarse como antes jurídico-político autónomos; liberarse de toda sujeción ideológica y transformar a sus pueblos en naciones cultas y progresistas. Es indudable que no todos los países americanos percibieron en el mismo momento estos problemas ni que éstos se presentaron en la misma forma en cada uno de ellos, pero sí está fue-

ra de duda que los aspectos señalados ocuparon la atención de nuestros próceres durante muchos años y aún siguen varios de ellos preocupando a nuestros gobernantes.

La ilustración europea que normó la mentalidad de los emancipadores, confirmó en ellos una de sus más amplias preocupaciones, la de liquidar la ignorancia general y elevar el nivel cultural del pueblo. Estaban conscientes los próceres americanos que no era posible formar naciones progresistas y cultas con masas rudas e ignorantes. Para que esas masas pudieran utilizarse como algo más que como carne de cañón en las batallas, era indispensable crearles una conciencia de su capacidad, instruirlos, para "transformar su alma de siervo en un alma de ciudadano". Tal transformación sólo se lograría mediante el fomento de la educación, que se consideró obligación fundamental del Estado, quien con apropiada política cultural debería realizar mejor sus finalidades. Si los déspotas ilustrados habían prohibido en forma intensa la instrucción pública y preocupádose por extenderla entre todas las capas de la población, aun las más desheredadas, los gobiernos republicanos resultaban mucho más obligados a utilizar educación y cultura para elevar a su pueblo, para hacerlo gozar de los beneficios de las ciencias, letras y artes, pero también, y esto era muy importante, para crearle una auténtica conciencia de ciudadanos, conscientes de sus derechos cívicos, de sus obligaciones en torno a la sociedad y también para preservarlas, por ese conocimiento y su ejercicio, de todo sistema dictatorial que ahogara la iniciativa individual, el ejercicio de los derechos civiles y el disfrute de las garantías que los hombres tienen por el simple hecho de serlo.

Esta razón fue la que impulsó a los creadores de los países hispanoamericanos a realizar notables esfuerzos civilizadores: promoción de la instrucción pública declarada obligatoria, gratuita, e impartida por el Estado; transformación de las instituciones de enseñanza superior existentes, de elitistas y de estructura clerical, en instituciones populares, abiertas a la enseñanza de las ciencias modernas; fundación de bibliotecas, y salas de lectura, museos, gabinetes de experimentación científica; adopción como garantía general, de la libertad de imprenta, necesaria para expresar sin obstáculos el pensamiento, sin más limitaciones que las que imponía la moral y la seguridad del Estado.

A ese anhelo continental débese la erección por Mariano Moreno de la Biblioteca Nacional en Buenos Aires, la creación en México de salas de lectura que Fernández de Lizardi proclamara; la declaración de los constituyentes de Apatzingán de que "la instrucción como necesaria a todos los ciudadanos, debe ser favorecida por la

sociedad con todo su poder", y la obligación impuesta al Congreso de "cuidar con singular esmero de la ilustración de los pueblos".

Multitud de testimonios de las primeras décadas del siglo XIX, revelan en toda América esa ansia de renovación cultural. En México son numerosas las voces que reclaman a las autoridades prestar mayor atención a la instrucción del pueblo. Fernández de Lizardi en varios números del *Pensador Mexicano* insta a las autoridades a preocuparse por "desembrutecer e ilustrar al pueblo"; propone medios, crea métodos y recoge las ideas más salientes del educacionismo europeo en su noble afán. Con inmenso celo escribe amplios y frecuentes artículos en los que precisa los principios esenciales de la educación, y señala sus finalidades esenciales, entre otras despertar en el pueblo la conciencia de ser libre, enseñarle el cumplimiento fiel de sus obligaciones y derechos y así preservarle de una vuelta a la dependencia y al absolutismo. Un artículo suyo *Sobre la Educación Popular* del 16 de junio de 1815 concreta sus ideas a este respecto al decir:

"Es menester crear y confesar que mientras no haya cuidado en un pueblo católico de instruir a su mayor parte en los principios de nuestra religión, en la sana moral, y en aquellos primeros rudimentos de leer y escribir bien, jamás sabrá usar de su razón y sus potencias, ni menos las obligaciones que lo ligan con Dios, con el Rey, consigo mismo, ni con los demás hombres".

"Sólo los tiranos han procurado en todos tiempos destruir los caminos que conducen a los pueblos a su mayor ilustración. Tanto déspotas como bárbaros han creído que en la ignorancia de aquellos hombres infelices, que trataban como esclavos, consistía la seguridad de sus ensangrentados tronos. Por esto, unos desterraron a los filósofos de sus estados, otros quemaron las más preciosas bibliotecas y todos conspiraron contra aquellos pocos hombres que se decidían a desengañar a sus semejantes de algunos errores..."

La multiplicación de las escuelas y el cuidado de dotarlas tanto de maestros competentes como del material necesario para la enseñanza, era lo que proponía Lizardi para transformar a la sociedad mexicana.

En Nueva Galicia Francisco Severo Maldonado al planear la primera Constitución del país incorpora en ella la obligación de fomentar la cultura y lo mismo hace Prisciliano Sánchez en su *Pacto de Anáhuac* y Tadeo Ortiz en varios escritos.

Más sistemático y profundo, verdadero ideólogo y promotor de la cultura mexicana, fue el Dr. José María Luis Mora. Creía con firmeza en el poder de la educación como fuerza de transformación social y luchó por instaurar un sistema educativo que a la vez que instruyera en las letras, ciencias y artes a los individuos, formara su

carácter, su conciencia, los hiciera miembros útiles de la sociedad y del Estado. Sería éste, el Estado, el encargado de dirigir la educación, pues a través de ella crearía una conciencia nacional que favorecería la existencia de la República y la formación de ciudadanos que cambiarían a la sociedad y al país.

El Dr. Mora apoyado por un amplio grupo de mexicanos ilustrados y sirviéndose del estímulo que les daba el Presidente Gómez Farías, formado en la Nueva Galicia elaboró amplio plan de reforma educativa, basado principalmente en el ejemplo europeo. Inspirándose en las amplias reformas napoleónicas que originaron la creación de toda una serie de instituciones consagradas al estudio y fomento de las diversas ramas del saber humano, lo cual significó romper con los viejos modelos institucionales del antiguo régimen, Mora y su grupo planteó una nueva organización de la instrucción superior. Su proyecto, de acuerdo con el dechado napoleónico, significaba un amplio cambio en la estructura institucional, cambio que haría posible un cambio de mentalidad.

Otro grupo, que había puesto los ojos en el ejemplo más inmediato y cercano y muy deslumbrante, el progreso material, e intelectual de los Estados Unidos, trató de adoptarlo a nuestras circunstancias, y si no lo pudo realizar, siempre admiró y prohibió el desarrollo de instituciones educativas tan eficientes como las norteamericanas. A partir de Lorenzo de Zavala y hasta Justo Sierra, nuestros educadores y no sólo los mexicanos, sino los de toda Hispanoamérica, alabaron y trataron de imitar la labor educativa de los Estados Unidos.

Ambos grupos que seguían modelos diferentes perseguían una misma finalidad: la de civilizar al pueblo mexicano, dotarlo de una instrucción que cambiara su mentalidad, que lo abriera al progreso, a integrarse en el mundo de las luces. Ambos sintieron que un pueblo ignorante no podía progresar, ni ser libre. Ambos creyeron, como el gran estadista norteamericano Jefferson, quien al solicitársele ayuda para emanciparse de España respondió al agente que se la pedía que la emancipación de México sólo se lograría cuando los mexicanos cambiaran de mentalidad, dando a entender con ello, que eso sería posible tan pronto estuvieran libres de toda sujeción espiritual e intelectual, en tanto, por medio de la cultura, ejercitaran libre y ampliamente su razón.

Los esfuerzos del Dr. Mora, apoyados por un grupo valioso de liberales, dio origen a importantes reformas educativas que no cristalizaron debido al temor que inspiraron a los grupos ultraconservadores. La creación de la Biblioteca Nacional proyectada en 1833 habría de posponerse para épocas mejores. Hay que señalar que destacados hombres que no militaron en la extrema liberal, pero

igualmente ilustrados, también propiciaron la reforma de la instrucción pública y apoyaron la fundación de instituciones de cultura, como Lucas Alamán y Carlos María de Bustamante.

La gran reforma ideológica planeada por el Dr. Mora que pudo haber cooperado a un desarrollo pacífico y positivo del país, no pudo realizarse sino treinta y cinco años más tarde, con una generación de hombres que a la vez que empeñaron todas sus energías y valor para salvar la independencia del país venciendo en lucha desigual al extranjero invasor, trazaron con extraordinario cuidado la transformación cultural del país como base indispensable para su evolución política y social.

De 1833 a 1867, pese a la anarquía dominante, los ilustrados mexicanos persistieron en su acción positiva de transformar al país, de reformar al mexicano. Cerráronse viejas instituciones que por inercia, desaliento de sus miembros y pérdida del ideal con que habían sido fundadas, oponíanse no sólo a la introducción de las ideas nuevas sino también a su más necesaria y urgente reforma; créanse por todo el país, aprovechando los restos de antiguos colegios clericales y conventos, instituciones de ciencias que difundieron principios ilustrados y liberales. Se prohibió en el país como reacción en contra de los sistemas absolutistas, un sentimiento de libre autodeterminación que tuvo en la idea de organización federal el mejor apoyo, por cuanto significaba romper con un sistema de sujeción política central, rompimiento que se sentía como liberación de todo tipo. Las diversas entidades federativas incorporaron como parte de sus programas esenciales de gobierno, el fomento a la instrucción pública y a la vez que ésta se intensificaba, se procuraba dar a la niñez y a la juventud una instrucción cívica sobresaliente. Si para aprender las verdades esenciales de la fe se había utilizado secularmente el catecismo, bien fuera el de Ripalda u otro, en esos años confeccionóse por publicistas educadores un *Catecismo Político* o *Catecismo Político Cristiano*, del que ya nos habla Severo Maldonado, quien tal vez formulaba uno mediante el cual se proporcionaban a la niñez y a la juventud, los principios básicos de la teoría política en boga y principalmente los que constituían la base de la organización jurídico-política que el país tenía. Una nueva catequisis se impuso, la política, que subrayaba y trataba de fijar en la mente de los futuros ciudadanos los nuevos principios que debían normar su forma de pensar, de actuar, de conducirse en torno de sus semejantes y del Estado.

A partir de aquellos años se empezó a cambiar la mentalidad del mexicano, a crearle una conciencia nacional, una conciencia cívica. La formación de la conciencia nacional fue una labor que los primeros estadistas mexicanos consideraron urgente y fundamental.

El nuevo país, México, sólo podría subsistir si el pueblo creaba conciencia de pertenecer a una comunidad con intereses, valores y finalidades idénticas, independientemente de cualesquiera relaciones que anteriormente hubiera podido tener con otros Estados.

México requería no sólo la defensa armada, contra cualquier agresor, sino principalmente la defensa espiritual que sólo podía otorgársele en la medida en que todos sus hijos se consideraran pertenecientes a esa colectividad afín, en tanto que se sintieran unidos en un origen y un destino comunes, manteniendo ideales que les cohesionaran, les permitieran progresar, y desarrollar en libertad no sólo sus aptitudes particulares, sino las de la sociedad mexicana en común.

Obtenida la autonomía política, era necesario conservar esa independencia, fortalecerla y nada mejor que infundir en las nuevas generaciones las luces del siglo y los principios político-jurídicos que le permitirían realizar eficazmente ese desarrollo. Instrucción general y educación cívica fueron los móviles de los estadistas mexicanos, la mayor parte de los cuales actuaban como decía Sarmiento "no sólo educando hombres, sino educando pueblos".

Para crear la idea de nación, de su origen y desarrollo, de su existencia material, elaboráronse también *Catecismos de Historia y Geografía*, esto es, tratados elementales que llevaban al fin enunciado, y sólo más tarde las primeras *Historias Patrias*. Para aumentar la conciencia cívica, y a semejanza de los años cristianos, se pensó en presentar como modelos de virtudes cívicas, no sólo a los que la antigüedad clásica ofrecía: los Licurgos, los Catones, los Pericles, sino a los personajes más cercanos a los mexicanos de entonces, o a los que mayor relación ofrecían con ellos: Colón, pero también los grandes sabios y científicos: Cuvier, Newton y a los dirigentes de los modernos países, Washington, elogiado por el mismo Severo Maldonado, esto es, hombres que por su genio científico, por su conducta cívica ejemplar sirvieran para estimular a los mexicanos, para que trataran de emular a través del ejercicio de sus derechos y obligaciones a aquellos grandes hombres. Esto es lo que nos explica las grandes preocupaciones de Mora, de Sarmiento, de Sierra y de otros estadistas educadores de América. El pueblo requería de santos laicos, de un martirologio cívico que apoyara un cambio de mentalidad. Ya no la sola obediencia, la pobreza y la pureza constituirían los valores a seguir, sino la integridad cívica, el valor, el patriotismo, la honestidad y eficacia administrativa deberían ser virtudes a imitar.

A partir del mes de agosto de 1867, los reformistas mexicanos dotaron a la República de una serie de instituciones, y más que eso, de una ideología, de una filosofía cultural tan operantes que modifi-

có totalmente la mentalidad nacional. Tan trascendente, tan orgánicamente tramada, tan bien planeada fue la política cultural de la Reforma, que el país ha seguido viviendo de la bondad de esas instituciones, de los beneficios que de ella emanaron.

La Biblioteca Nacional de México, creada definitivamente el mes de noviembre de 1867 gracias a los esfuerzos de Antonio Martínez de Castro y José María Lafragua, apoyados por Juárez, Lerdo e Iglesias, hizo posible que los esfuerzos de Mora de 1833, los del presidente Salas de 1846 y de Ignacio Comonfort de 1857 se hicieran realidad. Todos ellos habían advertido la importancia civilizadora de los libros, y la necesidad de apoyar el desarrollo cultural en la existencia de buenas bibliotecas. La labor efectuada por Lafragua y más tarde por José María Vigil, ilustre jalisciense, para organizar los inmensos e importantes fondos bibliográficos con los que se formó la Biblioteca Nacional y para complementarlos con libros modernos con los cuales los mexicanos pudieran estar al día de los adelantos científicos y técnicos; su intensa actividad de promoción editorial; la creación paulatina de bibliotecas especializadas en medicina, ingeniería, física, química y ciencias sociales con que se dotó a nuestros institutos de cultura, sólo es equiparable al enorme esfuerzo realizado por Faustino Domingo Sarmiento en la región austral de nuestra América, pues tanto en el austro como en el septentrión hispanoamericano, nuestros mejores hombres empeñáronse en sostener intensa lucha contra la barbarie. México, a más de esa lucha, tuvo que realizar otro gran esfuerzo: combatir desesperadamente, pero con fe inmensa, para supervivir como nación amenazada por agresores del exterior. Ese combate llevó a México más de dos décadas de luchas que le impidieron atender los problemas internos con plena eficacia. Sin embargo, ese tiempo fue el que se trató de recuperar febrilmente a partir del triunfo de la República sobre el Imperio. ¡Hermoso combate por la libertad y el derecho, por ser una nación, un país culto y progresista!

Junto con la educación y la cultura la cual influía a través de la razón, de un movimiento racional que tocaba tanto al espíritu, al intelecto como al corazón; dejando actuar el convencimiento reflexivo que se ejercía en la medida que la cultura se extendía y aumentaba, los reformistas utilizaron la ley, que brotando de un consenso de voluntades otorgaba a la nación la organización estatal que requería y fijaba también los derechos y obligaciones de los ciudadanos y del propio Estado. La ley con su fuerza coactiva impulsaría la transformación institucional e individual que el Estado deseaba. Al Estado correspondía formular leyes acordes a las corrientes filosóficas, jurídicas y políticas vigentes.

Es indudable que esa doble acción encaminada a un mismo fin representó el objetivo fundamental de los reformistas. Educación nueva y progresista, como quisiera Mora, y legislación adecuada, operante. La educación se convirtió en un apostolado. La legislación se consideró sagrada y efectiva.

Por ello los reformistas, una vez llegados al poder, emitieron disposiciones tendientes a lograr una transformación individual e institucional. Para salvar los obstáculos que los prejuicios de la época oponían y los intereses y presiones de grupos afectados que se aferraban a mantener un estado de cosas que no correspondía a los cambios que en todo el mundo se operaban, los reformistas decretaron algunos cambios substanciales, que tendían a erigir instituciones acordes a los tiempos, operantes y eficaces, suprimiendo las irreformables. A partir de los decretos dados en 1833 durante la administración de Gómez Farías, una serie de leyes reformistas empiezan a aparecer. En esas y en las subsecuentes, tanto tratárase de normas fundamentales, esto es, constitucionales, como ordinarias, los hombres del progreso, como se denominaron los reformistas, emitieron poco a poco leyes tendientes a transformar al país.

Tanto las disposiciones aisladas como los mecanismos jurídicos que se crearon para evitar la concentración del poder en unas solas manos, que podría llevar nuevamente al país hacia el absolutismo; las encaminadas a contener las ambiciones de los grupos de presión, representados entonces por el clero y el ejército; aquellas que tendían a asegurar a los ciudadanos una efectiva protección judicial contra las arbitrariedades y excesos de poder del Estado como fue el Juicio de Amparo y el establecimiento del jurado; las que trataban de organizar la vida de familia, las relaciones personales, el derecho a la propiedad; como aquellas que configuraban las normas delictuosas que era obligación del Estado punir, todas esas disposiciones revelan un alto afán progresista, reformador, una ideología que tendía a imponerse por su propia bondad a la sociedad mexicana. En esa labor distinguieronse destacados jaliscienses como Mariano Otero e Ignacio L. Vallarta y personajes de otros estados como Lafragua.

Mas si se buscaba una vida jurídico institucional positiva, que impulsara a un cambio social profundo, también los reformistas elaboraron, conducidos por una experiencia dolorosa, una política internacional asentada en los principios más sólidos, en las doctrinas más respetables que garantizaran la soberanía nacional, la integridad territorial y el derecho a la libre autodeterminación. Los tratados internacionales que a partir de 1824 se conciertan, los acuerdos que se firman con diversas naciones obedecen a esa sana política. Se trataba de que la República Mexicana fuera considerada como nación soberana, como país capaz de ingresar al concierto internacio-

nal con los mismos derechos y obligaciones que las potencias mundiales tenían. Garantizar la independencia de la nación y obtener para ella las ventajas que otras naciones podían ofrecerle sin sacrificio ni mengua ninguna a su libertad, fue el anhelo fundamental de los directores de la política internacional. El colocar a México en una situación equiparable a la de los países respetables, significaba no sólo cambiar la propia mentalidad, sino lo que era más difícil, hacer cambiar la mentalidad de los demás respecto a nosotros. Había que conseguir, en virtud del respeto que debíamos merecer, del reconocimiento de nuestra capacidad para gobernarnos y para celebrar acuerdos bilaterales en plan de igualdad, que las potencias europeas y la norteamericana nos consideraran no como una colonia, ni como nación anárquica e inestable, sino como un Estado nuevo pero respetable, joven pero seguro de sí mismo, y capaz de darse tanto una organización interna, como de organizar dignamente sus relaciones internacionales. Había que cambiar la mentalidad, el pensamiento que se tenía en torno de nosotros, las ideas y las formas como habían de tratarnos. A eso estuvo destinada nuestra política internacional y de ella fueron forjadores hombres de la talla de Lucas Alamán, José María Lafragua e Ignacio L. Vallarta.

La cultura que apoyaría el cumplimiento de la ley, y la ley que estimularía el desarrollo cultural del pueblo, serían las armas, los instrumentos más eficaces para transformar al país, para renovar su mentalidad, para dar a la sociedad mexicana la posibilidad de vivir una vida más justa, más noble, sin diferencias ni desajustes sociales y económicos, y en donde sólo el cultivo de las virtudes y del saber distinguiera, como lo anhelaba don José María Morelos, a los mexicanos.

Es en este sentido que debemos entender el proceso reformista en México, como un proceso cultural, como una transformación ideológica. Por otra parte, no se nos escapa que ese movimiento es parte de un amplio proceso de renovación universal que afecta al mundo occidental preferentemente, y el cual a más de variar las mentes y el espíritu individual, modifica la conciencia colectiva. Implica ese movimiento —ya lo dijimos— una transformación espiritual y una material: el cambio de mentalidades hacia procesos ideológicos más modernos; hacia concepciones socio-económicas en las que se establecía una lucha entre los intereses particulares y los colectivos; hacia formas de organización política en las que el Estado se fortalecía pero sin detrimento de los intereses privados y colectivos que una sociedad diversificada imponía; hacia un aprovechamiento más riguroso, aun cuando no siempre justo de los recursos naturales de cada país, todo ello estaba en juego. También implicaba una lucha tenaz, decisiva entre las grandes potencias imperiales herederas de

viej os sistemas, y los pequeños estados surgidos de la configuración de antiguas nacionalidades, ricas en valores y tradiciones culturales y políticas. Este aspecto, necesario es señalarlo, ocupa un primerísimo lugar en este proceso, pues las guerras de liberación nacional que surgieron de ese enfrentamiento constituyen uno de los aspectos esenciales del periodo. La lucha que México realiza contra las fuerzas francesas de ocupación se inscribe en este aspecto y es una de las más representativas como lo fueron las ocurridas en Italia, Grecia, Irlanda y otros países. Estas guerras se originan por la expansión imperial, territorial y económica que realizan ciertas potencias: Francia, Inglaterra, Turquía, Estados Unidos bien en los territorios vecinos, bien en zonas alejadas como Africa, América, los Balkanes, etc.

El resultado de estas guerras sangrientas y desiguales significó la toma de una conciencia colectiva entre los países débiles y el despertar de muchas naciones que se encontraban injustamente dominadas.

También hay que admitir que este proceso reformista se da, de acuerdo con las peculiares condiciones y circunstancias históricas, en buena parte de los países americanos y en momentos más o menos cercanos. Hispanoamérica no escapaba al fenómeno de transformación que se operaba por todos los ámbitos del mundo. Uno a uno, en cada nación Hispanoamericana surge un movimiento reformista que transforma algunos aspectos de su estructura general, transformación que se realiza a menudo por la guerra o la violencia, bien mediante movimientos más o menos pacíficos y con resultados muy dispares. El siglo diecinueve famoso por el desorden, la anarquía, las sediciones militares, las revueltas sociales que dan a Hispanoamérica un peculiar sentido, es el gran siglo de los procesos reformistas, los cuales no tuvieron en todas partes ni la misma secuencia ni iguales consecuencias, pero sí el mismo espíritu de transformación.

Si los presupuestos de esos movimientos no fueron iguales, sus resultados tampoco; mas la verdad es que buena parte de la lucha que Sarmiento definió como lucha entre civilización y barbarie es en su esencia una lucha reformista. En ella se humanaron con los nombres de nuestros próceres los de Alberdi, Sarmiento, Alfaro, Hostos, Martí, esto es los de los más representativos forjadores de la nacionalidad y de la cultura de los países hispanoamericanos. Algunos países no experimentaron ese cambio o lo sintieron tarde, de ahí la diferencia de situaciones y mentalidades existentes en algunos, mas en términos generales podemos decir que la Reforma fue el gran movimiento que abrió las puertas de la modernidad a Hispanoamérica.

ENRIQUE JOSE VARONA

Por Raúl ROA*

¡D^E las academias y de los pergaminos, libranos Revolución! —clamarían, parodiando a Rubén Darío, las generaciones insurgentes que protagonizan el movimiento de reforma universitaria en nuestra América. Era un desaforado y espléndido grito de rebelión espiritual contra las poltronas obsecuentes y los falsos ornamentos con que se maquillaba un mundo cosificado, estancado, corrompido, seco, deshumanizado. Me ha parecido oportuno recordarlo, a modo de aleccionante contraste, cuando se me confiere el alto título de *profesor de mérito* de una institución que hoy personifica, en la esfera de la cultura, las esencias removedoras de las relaciones sociales de poder, de riqueza y de clase que le infundieron objeto y sentido a aquel grito, que aquí también se gritó. No sólo constituye honor desmedido este que me concede, con legítima autenticidad, la Universidad de La Habana: ha desordenado a la par, por su espontáneo arranque y unánime acogida, el ritmo vegetativo de mi "miocardio inocente".

¿Y qué decir de las palabras desbordadas de mi querida, antañóno y juvenil amiga y compañera, Vicentina Antuña, mujer de lúcido entendimiento, sensibilidad acendrada, saber cimentado y convicciones indoblegables, sino que brotan de los manantiales puros de su generosidad? Como soy marxista-leninista y carezco, por ende, de la facultad taumatúrgica de desdoblarme, resultaría imposible elogiar su elogio sin elogiarme yo mismo y semejante autobombo riñe con mi manera de ser y con el buen gusto.

Dejo conmovido testimonio, empero, de mi reconocimiento entrañable a su cariñoso madrinazgo, que inevitablemente me retrotrae a los días crepitantes en que nos conocimos bajo la fronda levantista del *Patio de los Laureles*, teatro y tribuna de las hazañas iniciales de Julio Antonio Mella y rincón propiciatorio de nuestros balbuceos revolucionarios. La nostálgica reminiscencia, parece obvio añadirlo,

*Discurso pronunciado por el autor al recibir la investidura como Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana en acto efectuado en el Aula Magna el 23 de abril de 1977. "Año de la Institucionalización". Tomado de "Granma" del 8 de mayo de 1977.

es reanudación de vida y afirmación de porvenir. Ya, desde entonces, contrapusimos al melancólico dicho del clásico el beligerante apotegma del Primer Congreso Nacional de Estudiantes: "todo tiempo futuro tiene que ser mejor".

El presente verifica, a ojos vista, su plena validez. El ansiado futuro del sombrío ayer es hoy radiante mañana que despuntó en el épico asalto al cuartel "Moncada" y descendió, henchida de claridades nuevas, de los breñales legendarios de la Sierra Maestra, con Fidel Castro al frente, ceñido y aclamado por el pueblo revolucionario de Cuba, coronando, con la victoria colmada, cien años de sacrificios, hazañas, victorias y reveses. Permitaseme, compañero Rector, compañeros profesores y compañeros estudiantes, que deposite simbólicamente el título de *profesor de mérito*, como ofrenda viva, en las manos llameantes de cuantos cayeron en el prolongado derrotero de mi vida estudiantil y docente y, con especial reverencia, en las de aquéllos que los encarnan en su actitud y altitud y ahora me acompañan: Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Rafael Trejo, Antonio Guiteras, Pablo de la Torriente Brau, José Antonio Echeverría, Frank País y Abel Santamaría. La presencia de su ausencia inunda de luz esta solemne ceremonia revolucionaria.

Acaso parezca inopinado el tema que he escogido para embargarles la atención un rato. No lo es, sin embargo. Bien sé, no obstante, que pude haber seleccionado otro de mayor vuelo y trascendencia. Mas yo quisiera evocar esta noche la noble memoria de un viejo que murió joven por haber permanecido anhelante, vibrátil y preocupado hasta el minuto postrero.

Cuando lo vi por primera vez, arrellanado libro en ristre en un tranvía eléctrico —Vedado-Muelle de Luz— lindaba ya con los ochenta años. Parvo el cano cabello, la frente huesuda y deslucido el bigote ralo. Cuanto le restaba de vitalidad, resplandecía en sus ojillos intranquilos y taladrantes. Vestía usualmente de blanco: traje blanco, chaleco blanco, camisa blanca, corbata blanca. Y, entre los dedos afilados y rugosos, alceando, a toda hora, como brisa de cuerda, un abaniquillo de guano. Su voz parecía un hilo de cristal. a punto de quebrarse. Mantenía intacto el carácter. Se llamaba —se llama, porque sigue viviendo después de muerto— Enrique José Varona, camagüeyano nacido en Santa María de Puerto Príncipe, solar de próceres jacobinos y de aristócratas plebeyos. Es, ni más ni menos, un héroe de la cultura y un representante de la ilustración cubana, como lo caracterizara Elías Entralgo con la terminología de Carlyle y de Emerson.

Pero ese viejo que murió joven no está inserto únicamente en la herencia cultural progresista que la Revolución ha incorporado a su

propia savia: su nombre, además, refulge en las luchas del pueblo cubano por su liberación nacional, cuenta en párrafo aparte en la biografía de Julio Antonio Mella y fue maestro de juventudes en las jornadas heroicas contra el machadato (es decir; la tiranía de Gerardo Machado, N. de R.). Aún más, intentó transformar radicalmente los fundamentos y los fines de la educación superior en los albores de la república mediatizada y sentó cátedra de ciencia y conciencia, durante varios años, en esta colina rellena de arenas y de balas.

Imagino que todavía flotan en el Aula Magna, como partículas invisibles, los ecos de la enjundiosa y emocionada oración que dedicó el presbítero Félix Varela —heraldo de la independencia absoluta de Cuba cuando ésta apenas se columbraba— al reposar sus ardientes cenizas en esta casa. Una sola vez han sido profanadas esas reliquias: el día infausto en que un matarife a sueldo del imperialismo norteamericano recibió, con un solo voto en contra del claustro de profesores y el repudio de la juventud, el título de *doctor honoris causa*. El incalificable agravio fue condignamente reparado el día glorioso en que las cenizas clamoreantes de Julio Antonio Mella, expuestas cerca de las suyas, fueron honradas por la patria socialista y revolucionaria.

Hace más de cuatro décadas, en un atardecer morado de noviembre, dije adiós a Enrique Varona en medio de enfebrecida muchedumbre, la isla toda convulsionada y circuida en navíos: "Sobre la tumba de los hombres como Enrique José Varona sobran, por inútiles, las lamentaciones huecas y los pésames de ritual. Hay una fraseología necrológica que repetir aquí implica profanación. Quede eso para los mercenarios de la oratoria, que ni ante la muerte misma sienten el rubor de su descoco. Yo he traído a este acto, de desigual relieve histórico, la palabra del estudiantado universitario. Una palabra genuinamente joven, viril, afirmativa, que despide al viejo y amado maestro con la determinación de completar su obra superándola, ya que el magisterio es estéril si no existen discípulos dispuestos a la negación constructiva".

En su ya remontada ancianidad, había confesado con sutil desilusión: "Tantos años soñando con ser un hombre de acción". La recogía, al pie de sus labios, Juan Marinello, que ha poco se ha ido para quedarse siempre entre nosotros guerreando señeramente en el camino con sus dichos y sus obras. No fue Enrique José Varona, no pudo ser, un hombre de acción, como hubiera querido. Pero sus funerales —banderas desplegadas, consignas enhiestas, duelo popular— serían los de un hombre de acción.

Puesto a elegir un tema que guardase relación con el destino de Cuba, la historia de esta casa y los sueños de mi generación ¿quién

más acreedor que Enrique José Varona a esta evocación de otoño que trasmina el efluvio primaveral de mis días liminares de su día último?

En la larga vida de Enrique José Varona, se entrecruzan la epopeya de la emancipación, la república neocolonial, los cambios ocurridos en la estructura de la sociedad contemporánea y el resurgimiento trunco de 1930. Aunque fue un genuino exponente de las concepciones y los intereses de la burguesía democrática cuando parte de ésta encabezó la insurrección popular de 1868, era hijo de padres desprovistos de fortuna y fue ejemplo inmarcesible de existencia morigerada, a despecho de haber sido vicepresidente de la república durante el primer periodo de Mario García Menocal. De él se pudo aseverar que nació pobre y murió pobre.

Su severa formación intelectual es hija de su propio esfuerzo. Como Andrés Bello o Faustino Domingo Sarmiento, fue un autodidacto. Venía ya de vuelta de los clásicos griegos, latinos y castellanos apenas tramontaba la adolescencia. Señoreó rápidamente el inglés, el italiano, el francés, el alemán. Nadie lo incitó a adentrarse en los túneles de la filosofía. Huérfano de maestros inmediatos, no trabajaría en el vacío. Encuentra el terreno abonado por una rica tradición en orden de los estudios literarios, históricos y filosóficos.

Se fue a la manigua con su fraternal amigo Esteban Borrero Echeverría. Retornaría a los pocos meses, maltrecho y enfermo. Nadie ha sabido realmente por qué escribió *La hija pródiga*. El instinto de conservación y la presión españolizante del ambiente influyeron quizá en la desdichada ocurrencia, de la cual se arrepentiría amargamente cuando el cadáver de Ignacio Agromonte fue arrastrado por las calles de la ciudad. Se recluyó entonces en su biblioteca y afila sus armas: lee, estudia, reflexiona, compara. Monda la prosa y bruñe el estilo.

Al trasladarse a la capital de la colonia, la firma de Varona apareció en la prestigiosa *Revista de Cuba*. Expone y valora a Baine, Stuart Mill, a Darwin, Comte, a Spencer, a Huxley, a Ribot, a Wundt, a Emerson. Y, al mismo tiempo que auscultaba los más vigorosos latidos de la cultura universal, se curva, ansiosamente, sobre los problemas de su patria y los examina metódica y objetivamente, con pupila serena y además científica. Su moderación intelectual es fruto de su temperamento. Hasta traspuesta su madurez, nunca fue hombre de posiciones radicales, como lo fue José Martí. Paradójicamente, a medida que los años le lluevan, caminará hacia la izquierda. Fue mucho más revolucionario en la vejez que en la juventud.

Su curso de conferencias filosóficas marca un momento estelar

en la evolución de las ideas en Cuba. Versa sobre lógica, sicología y filosofía moral.

La nota dominante de la proyección de la filosofía europea en la isla aherrojada fue el impulso ascendente. Es curioso que hayan sido tres sacerdotes los que inicien la limpia de la paja escolástica en la enseñanza: Hecheverría, José Agustín Caballero y Félix Varela. Los gérmenes de la filosofía racionalista los introducen Hecheverría y Caballero, batiendo duramente los rancios reductos del pensamiento cubano.

Varela trasplanta el método discursivo y el pensamiento antidogmático y antimetafísico de Descartes. Abogan, en una forma u otra, por la ciencia experimental.

José de la Luz y Caballero da un salto cualitativo al fundir el racionalismo con el sensualismo a la luz de Bacon y Locke, los progenitores —al decir de Marx— del materialismo moderno. A pesar de permanecer todavía sutilmente atado a la trama profunda del idealismo metafísico, el austero, ardoroso, concentrado y coloquial Don Pepe impulsa la filosofía cubana hacia más amplios y fértiles horizontes.

En sus conferencias, Enrique José Varona remata la faena crítica y renovadora emprendida y la supera con creces, al difundir y pregonar el positivismo como etapa superior de la filosofía. Pero Varona no se afilia a la "religión positivista" ni es catecúmeno de Augusto Comte. Hablando con rigor, le importa esencialmente el acento cientifizante del positivismo y, por ende, su congruencia con los requerimientos materiales y culturales del proceso democrático-burgués en un país de estructura colonial, dependiente y uncido, por partida doble, a la filosofía escolástica y al hegelianismo calificado del Partido Autonomista. Su énfasis en el imperio omnipotente de la ciencia y su destierro de Dios en la interpretación de la realidad humana, natural y social trasunta, obviamente, su ideario político.

¿Varona materialista? El positivismo, como es notorio, permanece en el zaguán de todo materialismo y, mucho más distante, del materialismo dialéctico. Existió, sin duda, una proclividad en el pensamiento de Varona de llegar a las últimas consecuencias de su postura filosófica. No trasciende, sin embargo, el portillo vergonzante del agnosticismo. Lo que efectivamente lo entronca a nosotros es su actitud ante el poder de la ciencia para resolver los enigmas de la naturaleza, del hombre y de la sociedad. No fue Varona, conviene puntualizarlo, filósofo en la genuina acepción del vocablo. Sus conferencias filosóficas se contraen a denotar un conocimiento jugoso de las corrientes ideológicas en boga en los medios universitarios, un aguzado sentido crítico y una soberana facultad para adaptar, a

nuestra mestiza realidad social, un fruto específico del pensamiento europeo.

Fue Varona, incuestionablemente, uno de los más extraordinarios escritores de nuestra lengua. Ahí están, para corroborarlo, sus ensayos, sus conferencias, sus artículos. Nadie antes de él, en nuestra América, intentó examinar la obra literaria en función de las tendencias culturales y de las estructuras sociales en que fue concebida, madurada y escrita. Compartía la tesis de Guyau sobre la función social de la literatura y el arte. Y dicho sea de soslayo. Da fruición leer, en país tan dado como el nuestro a la retórica emperifollada, esa prosa tersa, vivaz, rítmica, elegante y serena. Cada página de Varona es una lección de sobriedad, precisión y limpieza.

Por los años en que pronuncia su admirable conferencia sobre Cervantes y publica un volumen titulado *Artículos literarios y filosóficos*, Varona irrumpe en el palenque de la vida pública. Cautivado por el canto de sirena del autonomismo, predicará una reconciliación imposible con el poder colonial de España. Su temperamental posibilismo, ajeno totalmente a cualquier tipo de oportunismo, se estrella contra las fuerzas impulsoras y los factores objetivos que engendran la antinomia nación-metrópoli. Se convence, muy pronto, que no hay otra vía que la revolucionaria, y se separa del Partido Autonomista. Sella su ruptura con este epitafio: "De un partido lo tiene todo: la organización, los jefes, los procedimientos, los principios, las actas, todo, menos la eficacia. Es un mecanismo admirable y perfecto, que funciona, sin aplicación, en el vacío".

Editará, a la muerte de José Antonio Cortina, la *Revista Cubana*, que se proclama heredera de la *Revista de Cuba*, dirigida por aquél. Diez años apareció, ininterrumpidamente, esta publicación, en cuyas páginas quedan registradas las pulsaciones del espíritu universal y las inquietudes del espíritu cubano. La labor de esclarecimiento, siembra y propaganda realizada por esta revista, en el plano de las ideas, sólo puede parangonarse con las *Hojas literarias* de Manuel Sanguily. Fue uno de los focos intelectuales más activos del separatismo.

Pero ya Varona está comprometido con la nueva guerra de liberación nacional y ancho contenido social concebida, organizada y dirigida por José Martí. Cuando aquélla estalla, sale clandestinamente como polizón en un carguero norteamericano y se incorpora a la redacción de *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano. Y cuando Martí cae, rifle en mano, en el campo de batalla, Varona lo sustituye en la dirección del periódico. Se le confía el panegírico del héroe epónimo. Es una pieza literaria y política magistral y de sus palabras encendidas brota, resurrecto, el egregio

precursor de la lucha continental por la segunda independencia. En ese atorbellinado periodo, Varona ha dado a la estampa documentos políticos cardinales, en que a su enérgico anticolonialismo se aúna el vuelo de la interpretación histórica y el dominio de los factores económicos, sociales y culturales que configuran la naturaleza del conflicto: *Cuba contra España, El fracaso colonial de España en América y el Manifiesto a las repúblicas de América*.

Al retornar a la patria, la bandera que ondeaba en el Morro, después de seculares proezas y abnegaciones, no es la de la estrella solitaria. Como símbolo de usurpación y codicia, ondeaba la bandera de las barras y las estrellas. Se había consumado la independencia política de España. Pero se inauguraba un nuevo ciclo de dominación colonial a hechura del emergente imperialismo norteamericano y sus cipayos criollos. El genial designio de Martí de impedir, con la independencia de Cuba, que se extendieran por las Antillas los Estados Unidos "y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América", se había frustrado.

Varona se resiste, tenazmente, a participar en la vida política a su regreso de la emigración. Rehusó formar parte de la Asamblea del Cerro —único poder legítimo de la República en Armas y de la Asamblea Constituyente. Dudas enormes sobre el futuro enfeudado de Cuba ensombrecían su entendimiento, "No veo claro el horizonte", consignó entonces. Aceptó, sin embargo, desempeñar la Secretaría de Instrucción Pública del gobierno interventor, acometiendo, con certera visión y celoso patriotismo, la reorganización de la enseñanza superior y secundaria. Uno de sus méritos principales fue haber implantado, tras enconada porfía, el laicismo en todos los grados de la educación oficial.

Cuando se conmemoró el centenario de su nacimiento, los perseguidos del pensamiento más reaccionario se ensañaron con los planes, métodos y objetivos del sistema de enseñanza superior que había puesto en vigor y jamás se aplicó. Ni faltarían entonces quienes atribuyeran a su orientación positivista los descabros, concupiscencias y defraudaciones de la seudorrepublica. Se cargaban, estúpida o dolosamente, a su filiación filosófica, los efectos de causas que se precisaba indagar en los estratos más profundos de la sociedad cubana y de su dependencia estructural del imperialismo yanqui. De donde vendría a resultar que el único responsable de la crisis de la moral pública en Cuba era Enrique José Varona ¿y por qué no José Martí, que antepuso Darwin a la Biblia y Spenser a Rousseau.

Varona mismo se encargaría de impugnar, anticipadamente, a sus contradictores. "Sólo he intentado", advierte, "sentar las bases y hacer los trazos en el terreno, dejando a la mano de los obreros

levantar las definitivas construcciones. Desde luego, he buscado un cambio radical en nuestra manera de enseñar y aprender en las materias de estudio y enseñanza; pero sabía que no podía hacer más que indicar direcciones. He pensado que nuestra enseñanza debe dejar de ser verbal y retórica para convertirse en objetiva y científica. He pensado que a nuestros escolares les convendría leer menos y observar más, comparar más, en una palabra, interrogar más a la naturaleza que oír al maestro. He pensado que nuestros profesores deben ser solamente profesores, y serlo en el sentido moderno: hombres dedicados a enseñar cómo se aprende; cómo se consulta, cómo se investiga; hombres que provoquen y ayuden al trabajo del estudiante; no hombres que den recetas y fórmulas al que quiera aprender en el menor tiempo, la menor cantidad de ciencia con tal de que sea la más aparatosa. Hoy un colegio, un instituto, una universidad deben ser talleres donde se trabaja, no teatro donde se declama".

Y, a los que entonces le imputaban como crimen la supresión del latín en los institutos les replica de esta guisa: "Necesitamos recuperar el tiempo perdido y no es haciéndolo malgastar en un estudio de mera erudición como se pone un pueblo al nivel de los que están transformando la tierra y la sociedad en torno suyo. Abrir caminos, muchos caminos, canalizar ríos, alcantarillas, poblaciones, limpiar puertos, encender faros, desmontar bosques, explotar minas, mejorar en todos sentidos nuestra condiciones de vida material, para que se morigere e ilustre la gran masa inerte de nuestra mísera población, es lo que necesitamos, antes de sentarnos a saborear a Virgilio o descifrar a Horacio. Ni siquiera como disciplina del intelecto puedo admitir que debamos los cubanos preferir el estudio de las humanidades al de las ciencias. La enseñanza clásica, preferida a la enseñanza científica, significa la imitación preferida a la observación directa. Los problemas que tenemos delante son vitales. No es con la imaginación y el buen gusto con lo que se abordan victoriosamente, sino con el cálculo, la previsión, el manejo de los instrumentos, la aplicación de las máquinas y la consulta de las tablas estadísticas".

Es incontrovertible que algunos batientes de la reforma de la enseñanza establecida por Varona se habían tornado anacrónicos y su carácter unilateral tendía a mutilar el desarrollo integral de la personalidad. No es menos indisputable que sus fines básicos tienen aún eficacia rectora, que respondía a las exigencias más perentorias del desarrollo de la nación y que se preocupaba del cultivo de los valores éticos, estéticos y sociales.

A Varona se debió la transformación de la universidad colonial en una universidad teóricamente en condiciones de escalar la altu-

ra de la época. Fundó nuevas facultades. Barrió las aulas de profesores botelleros. Trasladó la institución, del añoso convento de Santo Domingo a la eminencia en que hoy exhibe, a la pupila transeúnte, su bello perfil clásico. Varona ya había erguido el santo y seña del movimiento de reforma universitaria en su discurso inaugural del curso académico de 1903-1904. Según él, la Universidad debía ser "el laboratorio científico de la nación". Y añade: "Debe la Universidad enseñar, desde luego, pero debe ante todo despertar la curiosidad del saber, el deseo de ver cada cual por sí mismo, de experimentar, de investigar, de criticar". No sólo eso. Su "más alta incumbencia es formar hombres cada vez más aptos para realizar la plena vida humana y más capaces de asegurar al país condiciones favorables al desarrollo armónico y continuado de sus elementos de bienestar, cultura y moralidad superior"; debe ser preparar ciudadanos con "la firme resolución de resistir el mal y la injusticia y el carácter templado para ese arduo empeño, con el corazón encendido en el amor a la patria y en el anhelo del bien de la humanidad".

Esta concepción, en sus lineamientos generales, es la misma que en 1923 levantó Julio Antonio Mella en demanda de una profunda y verdadera reforma de medios y fines académicos, docentes y culturales en la Universidad de La Habana. ¿Presidió acaso Varona por obra de la casualidad la histórica reunión en el Aula Magna en que se proclamaron los principios y propósitos de la revolución universitaria?

Se está ya encimando, por cierto, el doscientos cincuenta aniversario de la fundación de la Universidad de La Habana. Es una oportunidad preciosa para rendir cuentas de su debe y haber antes y después de la Revolución. La historia de la Universidad de La Habana está inextricablemente vinculada a la historia de nuestro pueblo. Si muchas veces fue mero espejo de la infecta y chata realidad circundante, otras fue llamarada impelente y renovadora, como está hoy en la avanzada revolucionaria de la época al soldar estudio y trabajo como esencia y potencia de su misión formadora y social y de su participación activa en el proceso de edificación de la sociedad socialista y comunista.

Grandezas y miserias se acumulan en el dilatado transcurso. No le fue ajeno, antes al contrario consustancial, el conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que se va y lo que viene. Algunos sabios han meditado y creado en sus aulas, laboratorios y bibliotecas. Sometido al más riguroso balance, el patrimonio cultural que acarreo es apreciable. Y, más de una vez, la juventud estudiantil de esta casa fue conciencia, vigía y abanderada de la nación sojuzgada. Sería tam-

bién la oportunidad inesquivable de rendirle a Enrique José Varona el homenaje público que el machadato impidió por la fuerza.

En una conferencia pronunciada en días oscuros, Varona enfrentó el problema del imperialismo con óptica y método positivistas. Lógicamente, el meollo de la cuestión se le escurrió entre los conceptos, como el agua se fuga por las rendijas de una canasta. Fue lamentable su desenfoque y errónea su identificación del imperialismo con un fenómeno de biología social, trayendo a colación, como exponente de su continuidad inexorable, la expansión vital de Roma y la de la Gran Bretaña. No dejó, sin embargo, de referirse a la expansión norteamericana en términos similares, y, tampoco, de señalar la necesidad de formas de resistencia en defensa de los recursos naturales de Cuba y de su desarrollo económico. Fue, si se quiere, un alerta indirecto sobre el drama que ya comenzaba.

Mucho más certero, profundo y explícito será su discurso sobre la invasión succionante y deformadora del capital extranjero. Se declara partidario de la diversificación de la economía cubana y de la paulatina industrialización del país, sustentando la tesis de que "el gobierno es el encargado de auxiliar al pueblo en la obra urgente del rescate y no elemento inconsciente de su ruina". Por primera vez, abandona sus posiciones sobre la abstención del Estado en la economía.

Varona se refugió de nuevo en su biblioteca. Sobremanera punzante había sido su experiencia política reciente. Vicepresidente de la República, muy pronto se sintió moralmente incompatible con el estilo zafio, las decisiones autocráticas y las medidas antinacionales del mayoral de Chaparra (el presidente Mario García Menocal, N. de R.). Durante largos años, viviría aislado con sus libros y sus memorias, sus angustias y sus esperanzas, mirando inquietamente en torno, lanzando día a día —chispas de su pedernal— el consejo, la reprimenda, la advertencia: "la vida republicana es un encharcamiento progresivo"; "soñé que vivía en república y me he despertado en colonia"; "cada millón que recibimos es un eslabón de nuestra cadena de galeotes del extranjero"; "hay dos tipos de políticos: los que hurgan en la espina para sacar la almendra y los que se comen la almendra"; "un pueblo que se confía a los mediocres se suicida"; "el individualismo político ha tocado a su fin: la doctrina se ha gastado y se va deshilachando a vista de ojos"; "pongámonos en guardia contra los representantes del dólar y del puño"; "la organización industrial vigente está podrida hasta los tuétanos"; "toda revolución política se esteriliza como no abra camino a una revolución social".

Era un apartamiento activo, fecundo, aleccionador. Era la suya una soledad radiante e irradiadora, una sonora soledad de patriota en pugna con su circunstancia.

La tabla de valores en que asienta su pensamiento político ha entrado progresivamente en crisis. Seguirá siendo, en última instancia, fiel a determinados principios. Pero su visión ha ido cambiando y su sensibilidad política también.

"No son momentos propicios los actuales", expresaba en 1919, "para quienes han dado calor en su seno a esperanzas que están muy lejos de haberse cumplido. Ni en la situación general del mundo, sacudido por la más pavorosa catástrofe de que hay memoria, ni en la particular de mi patria, desgarrada por las pasiones de sus hijos, que parecen ciegos ante las tremendas señales de los tiempos, pueden encontrarse alicientes para mantener un estado de ánimo que se abra confiado al porvenir".

¿Qué había acontecido en Cuba y en el mundo para que fluyera este hondo desaliento de su pluma? De la república de nítida y potente raíz popular, libre y laica, sin distinciones de raza ni privilegios de fortuna, efectivamente soberana y económicamente independiente, que propugna José Martí, sólo sobreviven ya los símbolos ficticios de la constitución, la bandera y el himno. "Salida ayer de la colonia", concluiría patéticamente Varona, "Cuba ha vuelto, casi por su propio peso, a la colonia. Impulsada, con oculto pero firme empuje, va tomando su antigua posición doblada sobre la caña con la mocha en la diestra". Y no podrá ser más desconcertante, para él, lo que había acaecido en el plano universal de la historia. "En ocasiones", apuntaba, "me figuro asistir a la apocalíptica destrucción de un mundo, la cual predice el alumbramiento de un orden social muy diverso. Los poderes públicos, elevados sobre las mismas ideas en que se había nutrido mi espíritu, parecen tocados de vértigo y lanzados unos contra otros en una colisión tremenda de la que han de salir destrozados. Sólo el socialismo, como doctrina, se mantiene, o pretende mantenerse, fuera del conflicto, cual si hubiera de ser el llamado a edificar sobre estas ruinas".

Frustrada la República, la Universidad en decadencia, el mundo sacudido por subterráneos terremotos, el socialismo en marcha en el antiguo imperio de los zares. Ese era el inquietante panorama que se abría ante la generación estudiantil de 1923. Una erupción volcánica se desata, súbitamente, en la colina. Mella adquiere, con rapidez fulmínea, la estatura de paladín. Varona, invitado por éste, preside, junto con el general Eusebio Hernández, la memorable asamblea en que se rompen las hostilidades con la vieja Universidad y se propone el rescate de la república de sus chupópteros nativos y de sus amos extranjeros.

Cuando Mella encandila el viejo laurel con sus parrafadas de fuego, sentencia: "Y esta revolución no se puede perder porque con nosotros está el viejo filósofo y admirado maestro, Enrique José Varona, cumbre de la intelectualidad latinoamericana". Y cuando Mella yacía casi moribundo, después de quince días de voluntario ayuno, Varona encabeza la carta abierta al dictador en que se protesta rudamente por su arbitrario encarcelamiento y se demanda su inmediata libertad.

Saluda esperanzado la Revolución de Octubre, como antes había saludado la Revolución China, la Revolución Mexicana y la Revolución Turca. Y, al enjuiciar el puritanismo de levita y la cortedad de miras de Wilson, ensalza la genialidad política de Lenin. Procesa, enjuicia y sentencia el fascismo en una frase: "cesarismo sanguinario empapado de aceite de ricino". Y, en su mensaje a José Salvador de Miranda, puntualiza: "¿Recuerda Ud. cómo se hablaba hace treinta años de los Estados Unidos? No nos cansábamos de hojear la obra colosal de Bryce y pensábamos con orgullo y regocijo que en nuestra América se había encendido ese enorme faro de libertad. Pues ya los Estados Unidos son una república imperialista del último modelo". Denuncia la farsa del panamericanismo y exalta el gesto másculo del nicaragüense César Augusto Sandino, guerrillero, patriota y antiimperialista.

El 30 de marzo de 1927, los estudiantes universitarios acuden a su domicilio, en combativa manifestación, a entregarle el manifiesto en que protestan contra la ilegal reforma constitucional urdida por Machado para viabilizar la prórroga de poderes de su feroz dictadura. La policía allana su hogar, ataca a los estudiantes, destroza el mobiliario y lo atropella de palabra y de obra. Menudo, canijo, frágil, el viejo Varona, pasmosamente empinado sobre sus ochenta años, le indica el camino al bárbaro galoneado que pastorea la jauría:

—¡Salga de aquí, miserable, cobarde, borrico! ¡Usted se ha atrevido a hacer hoy lo que no se atrevió a hacer nunca un capitán general de la colonia!

Esa propia noche, recibí yo de sus manos venerables esta clarinada: "La actitud de los estudiantes cubanos, que constituyen la más viva fuerza del país, al protestar de la violación de nuestros postulados constitucionales me reafirma el concepto de que Cuba tiene una juventud capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que sea, en defensa de las libertades públicas o individuales. Bajo la honda impresión proporcionada a mi espíritu en esta mañana, me dirijo a la juventud universitaria alentándola a mantener su actitud valerosa".

Incomprensiblemente, los genizaros habían respetado su biblioteca y, como siempre, sobre su diminuto escritorio flameaba un puñado de rosas rojas y se desplegaban alegóricamente las túnicas de la Victoria de Samotracia.

Estaría, a partir de aquel instante, a nuestro lado. En plena batalla contra el machadato y al día siguiente en un primero de mayo heroico, en que los obreros se lanzan a la calle y tremolan sus banderas rojas bajo la dirección del primer Partido Comunista Cubano, Enrique José Varona, ya enfermo, le escribe una carta a Jorge Mañach, que puede considerarse como un testamento político. No resisto la tentación de transcribirla íntegramente:

Desea usted que repita para 1930 lo que dije a usted sobre nuestra situación y la del mundo. Voy a complacerlo.

Por curioso contraste, usted en plena juventud y en plena ebullición productora se ladeaba hacia el pesimismo y su interlocutor, fatigado por la vida, parecía husmear hálitos de esperanza. Y me pedía usted que transmitiese a esa juventud que busca orientación, como la aguja imantada busca el polo.

Ojalá pudiera yo señalarle la ruta con dedo seguro. No me arriesgo a tanto. Pero sí a aconsejarle que se fije en las señales de un despertar de la inquietud creadora, que por todas partes se advierte. Va desvaneciéndose la cerrazón que pesaba sobre la conciencia y se anhela salir del marasmo en que la dejó la gran catástrofe.

Fijémonos primero en lo nuestro.

En cuanto va de año, apenas pasa una quincena sin que se produzca alguna manifestación de desasosiego público. El pueblo se ha incorporado; parece tantearse el cuerpo gigantesco, y tratar de convencerse de que sus miembros no están ya agarrotados. Acontecimientos de suma trascendencia se han ido sucediendo. Desde los grupos de estudiantes intrépidos, conscientes del derecho, hasta las imponentes reuniones públicas de la nueva agrupación política y el despliegue de las masas obreras, en forma de avalancha irrepresible, el Día del Trabajo.

Vuélvase la vista atrás, muy poco atrás, y quedará patente el contraste; sea cual fuere la honda causa, si alguna causa interna existe, el hecho innegable, lleno de enseñanzas y promesas, es que el país ha vuelto a darse cuenta de sus fuerzas. Porque sólo en su complicidad, querida o consentida, pueden los gobiernos alzarse a la dominación.

Dirijamos ahora la vista más lejos.

En torno nuestro, desde lo más próximo hasta lo más remoto, parece el mundo en periodo de gestación. El añoso árbol de la civilización occidental fue sacudido y casi derribado por la guerra, que arrebató sus ramas en furioso torbellino de sangre. Pero sobre el

viejo tronco pululan verdes renuevos. La reacción que sobrevino en el occidente y el sur de Europa, era natural y también naturalmente transitoria. La centralización pasará, la dictadura pasará, el fascismo pasará. En cambio, observemos estos hechos que van a lo hondo.

La forma republicana se extiende por el centro y el sudeste europeo; la confederación soviética se esparce por la inmensa Rusia; China es república, la India se sacude y pone en pie. Oigamos la voz resonante de nuestra América: es saludo a nuevos tiempos; y en el viejo Anáhuac cristaliza otra forma de organización de la propiedad. El indio se transforma.

¿Y el colosal imperio americano? Su sombra ingente se proyecta sobre nosotros, sobre nuestros vecinos. Tremenda amenaza silenciosa, que va paralizándolo como secreta ponzoña nuestros miembros. Incubo que chupa nuestra sangre.

Sin vacilar respondo. El imperialismo americano ha llegado a su cúspide y a las cúspides se puede llegar. En ellas no es dable permanecer. La era del imperialismo ha completado su trayectoria. Un hindú con la vista fija en las estrellas, se ha levantado para decir a la grande Albión: Tienes que detenerte, ya es hora. Y volvemos a contemplar el singular espectáculo del pastor israelita amagando con su honda certera al Goliath atontado. La potente federación de Norteamérica, a su vez, ve surgir en su seno hombres agitados por el espíritu de la verdadera libertad, que claman hacia nosotros: De donde os va la amenaza, os irá también el aliento. ¡En pie, pueblos del Caribe! Las comunidades humanas no valen sólo por sus millones en hombres y en oro, sino principalmente por lo que realizan en la región superior del espíritu.

A mi vez les hago coro, y digo a los nuestros: el mundo se transforma; hagámonos dignos de vivir en los tiempos que alborazan.

El 30 de septiembre de 1930, en histórica tångana, muy cerca de la escalinata, es asesinado por un policía el estudiante Rafael Trejo. La huella general política de 20 de marzo de ese año, dirigida por Rubén Martínez Villena, líder máximo del Partido Comunista y del pueblo trabajador, ha contribuido, decisivamente, a radicalizar el movimiento universitario y a empujarlo a la calle. Sangre estudiantil se mezcló con sangre obrera al grito de ¡Abajo Machado! ¡Abajo el imperialismo yanqui! La lucha abierta del pueblo y de la juventud contra la república mediatizada daba comienzo: una nueva etapa, en tiempo y contexto distintos, de la revolución inconclusa.

Semanas antes del sangriento sucedido, Varona había exhortado de nuevo a la juventud universitaria y al pueblo de Cuba. Esas declaraciones le imprimirían un carácter más vasto al homenaje que

se proyecta rendirle por una prestigiosa constelación de intelectuales hispanoamericanos en el cincuentenario de su primera lección de filosofía. Se trataba ahora de completarlo con un gran acto de masas en reconocimiento a sus virtudes ciudadanas y de apoyo a su valerosa protesta contra el Asno con Garras. Se señaló para el día 3 de octubre y fueron designados para hablar Juan Marinello, Gustavo Aldereguía y el que perora. Machado impediría, por un úkase, que se le rindiera este tributo popular al viejo que moría joven.

Varona, a pesar de su ancianidad quebrantada, ocupará posición de vanguardia en la brega. Dio lo que pudo y lo que no pudo. Su hogar estuvo siempre abierto a la juventud perseguida. Aceptó participar en el recordatorio revolucionario de Rafael Trejo organizado por las mujeres cubanas. El gobierno clausuró el local. Varona brindó el jardín de su casa. La policía dispersó violentamente la concurrencia. Y lo que entonces se dispuso a decir sin poderlo, se transcribe a continuación:

En plena juventud, rebosante de esperanzas, en todo el vigor de una alta inteligencia y una voluntad bien dirigida, cae Rafael Trejo fulminado. Aún lo vemos empapado de sangre; conducido por manos amigas entre el horror de los circunstancias, al lecho que se trueca en mortuario: llevado en lúgubre apoteosis, en hombros de un pueblo entero, a su tumba prematuramente abierta. Dolorosísima pérdida para sus padres, para sus amigos, para la Universidad: tremenda lección para Cuba, que tiene allí ante sus ojos el ejemplo lamentable de a dónde puede conducir el menosprecio de algo que debiera ser intangible para el hombre: la vida humana. Cegar la vida en flor, como ha sucedido con Rafael Trejo, ¿no es proclamar que se tiene en poco la existencia humana? Y no se diga que el generoso mancebo no fue muerto intencionalmente. El hecho resalta por eso si no menos lastimoso, mucho más grave. Por coartar el derecho de un grupo, se ha sacrificado una vida. Los disparos no iban contra él. Iban contra nuestra libertad.

Tres jóvenes revolucionarios que vieron expirar a Rafael Trejo tragándose el llanto, tocaron una noche de zozobras a su puerta. Sabían ya de persecuciones y cárceles. Desde el 30 de septiembre, se les vio desafiando el peligro y dando el ejemplo. Graves eran las condiciones y oscuras las perspectivas. El maestro los recibió entre sus libros. Le abrieron el corazón y, al cabo, la interrogación surgiría, dramáticamente, de sus bocas apretadas:

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Y ésta fue, la juvenil respuesta:

—Resistir y esperar.

Es decir: combatir.

Cuando el machadato se desploma al empuje irresistible de una huelga general revolucionaria y el dictador huye despavorido hacia Nassau, Varona, casi ya en los umbrales de la agonía, recibió de uno de sus hijos la ansiada nueva:

—Ya puedo morir.

Fue su único comentario. Y, probablemente, serían sus últimas palabras políticas.

Aunque sin traspasar por entero la frontera de su progente social, Enrique José Varona expiraba con la pupila clavada esperanzadamente en el futuro. Partía, a la izquierda de lo que otrora había sido y representado. Noble e incitante memoria. Era un viejo que moría joven.

Al instaurarse el poder revolucionario del pueblo, la Universidad de La Habana se comprometió a aparearse al impetuoso ritmo de desarrollo de la nueva vida que trajeron Fidel Castro y sus guerrilleros indómitos, con la cooperación combativa del llano y el respaldo efectivo de la clase trabajadora. Ahora debe ser, puede ser, el laboratorio científico y cultural de la sociedad socialista. El empeño es arduo, complejo, difícil, responsable. Exige, en igual medida, voluntad, denuedo, entusiasmo y saber mancomunados. No se olvide que vivimos en plena revolución científico-técnica. Téngase presente que sólo mediante la aplicación de sus conquistas lograremos elevarnos a los niveles que nuestra plenitud de desarrollo requiere. Si de veras mayúsculo el compromiso, también de veras hermoso.

Hago patente, de nuevo, mi hondo reconocimiento a la Universidad de La Habana por el desusado honor que me dispensa. Mi universidad de estudiante y mi universidad de profesor.

Sobra el pañuelo de despedida. Aquí arribé un día con los mástiles empavesados de ilusiones y afanes. En los hornos de las luchas del estudiantado contra la reacción y el imperialismo me forjé como revolucionario. Y ahora, medio siglo después, en vez de irme a dormir plácidamente la siesta con el honroso pergamino sobre el pecho, aquí me anclo con el mismo ánimo desvelado y febril de servicio.

Compañero Rector, compañeros profesores, compañeros estudiantes: la Universidad de La Habana puede disponer de mí como de un hijo fiel y agradecido.

Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón. Por Zenaida Gutiérrez-Vega. Fundación Universitaria Española. Biblioteca Histórica Hispanoamericana. Madrid, 1976 (286 pp.).

RECIENTEMENTE ha salido de las prensas un nuevo libro de la profesora Zenaida Gutiérrez-Vega que cubre otro ángulo de sus investigaciones sobre el erudito cubano Don José María Chacón y Calvo. Antes había publicado *José María Chacón y Calvo, hispanista cubano* (Madrid, 1969). Esta vez el libro se refiere al epistolario sostenido casi de por vida, por Don Alfonso Reyes, el escritor mexicano, con su amigo Chacón.

Reyes y Chacón se conocieron personalmente en Madrid en 1918. Antes ya habían mantenido correspondencia, pero con el conocimiento personal ambos hombres devinieron grandes amigos. Compartían afanes comunes y tal vez se sentían vibrar al unísono por muchos de los valores que regían sus vidas. En 1918 tenía Chacón 26 años y Reyes tres más. Estaban ambos en la plena madurez, cuando el perfil de la vida comienza a tomar forma definida en persecución de los ideales que la informarán en el decursar de los años. Excelente edad, por lo mismo, para anudar amistades duraderas, pues ya no se basan en la mera simpatía del momento sino en una cuidadosa selección que se atiende a lo que Goethe llamó "las afinidades electivas".

Desde esa época inicial hasta el final de sus días se cruzó un epistolario de rara continuidad entre los dos amigos sólo interrumpido durante ciertos lapsos de tiempo. Pero siempre se reanudó con renovada frescura y profundidad. Y por rara y venturosa circunstancia ambos guardaron copia de ese epistolario o, al menos, muchas de las cartas originales. Añádase a esto otra coincidencia feliz: que la doctora Gutiérrez-Vega fuese a residir en Madrid en la casa en que vivió Chacón y Calvo y que era su "museo literario" en España, si puede llamársele así. Recordemos que tenía otro en el Ateneo habanero. Y todavía otra fortuna: que la doctora Gutiérrez-Vega tenga un raro espíritu de investigación y la sensibilidad para descubrir tesoros donde otros verían un simple acaecer sin mayor trascendencia.

Es de la conjugación de todos estos factores propicios que nace este libro. Se basa en las cartas originales que envió Reyes a Chacón y que se guardaban en su casa de Madrid, y en las originales de Chacón y las copias de las de Reyes que se conservaban en el archivo de éste llamado "Capilla Alfonsina", en México.

El epistolario es sumamente interesante pues cubre un periodo tan rico en eventos como el que va de 1914 cuando estalla la primera guerra mundial en Europa hasta 1959, bien pasada la segunda con todas sus posteriores consecuencias. Toda la efervescencia social y política de esos años se reflejó en la literatura y estos dos humanistas —Reyes y Chacón— comentan una vez que otra muchos acontecimientos. Pero el valor sustantivo de este

epistolario radica en el estímulo que para cada uno representó la amistad del otro para realizar su obra, y también en la referencia a muchos personajes que han quedado ya en la historia de la literatura, así como algunos de sus juicios sobre diferentes tendencias o modas literarias.

Las cartas, salvo las primeras llenas de formalidad, revelan una gran espontaneidad como de hombres que se conocían tanto que podían permitirse el lujo de hablar en voz alta acerca de los grandes y pequeños incidentes de la vida. Y tanta espontaneidad había en esa correspondencia que es ese uno de los escollos con que tuvo que tropezar la compiladora. En general superó el obstáculo con gran tino y discreción, tal como ellos —de alma tan fina ambos— hubieran querido. Sin embargo, en alguna que otra ocasión se citan algunos nombres propios que hubieran podido silenciarse por el tipo de comentarios que expresan y que no añaden nada sustantivo al valor del epistolario. Pero esto es una menor objeción a libro tan valioso y en todo caso se justifica el hecho por la fidelidad a los textos que —como buena investigadora— la autora ha querido conservar.

Otro escollo ha tenido que enfrentar la doctora Gutiérrez-Vega y es el de datar convenientemente algunas de las cartas que aparecen sin fechas. La autora se ha servido para ello de excelente criterio.

El libro se divide en tres partes: 1). El epistolario en su etapa europea (1913-1927). 2). El epistolario de la América del Sur (1937-1939). 3). El epistolario de la etapa mexicana (1939 a 1959). Esta clasificación se basa, obviamente, en la movilidad de Reyes no en la de Chacón, quien, después de Madrid, fijó su residencia en La Habana hasta su muerte ocurrida hace pocos años.

Cada sección del libro está precedida de notas aclaratorias sobre la vida de Reyes y en algunos casos sobre la de su corresponsal. Y el libro tiene una introducción en que se narra con lujo de detalles todo el proceso de la larga amistad entre Chacón y Reyes.

Antes de terminar quiero señalar que uno de los méritos sustantivos de este libro es el cuidado y seriedad que ha puesto la autora en las copiosas notas que acompañan la edición, así como en la reseña de la bibliografía consultada y en los índices que completan la obra.

La edición en su parte técnica es cuidadosa, de fácil manejo y de agradable lectura y añade a sus méritos el venir ilustrada con una serie de excelentes fotografías, en su mayoría inéditas y de gran valor humano y documental.

Puede la profesora Gutiérrez-Vega sentirse satisfecha de la labor realizada y la Fundación Universitaria Española estar orgullosa de la edición presentada al público español e hispanoamericano, así como a todos los hispanistas.

Mucho éxito auguramos a este libro.

Dimensión Imaginaria

CARLOS PELLICER

Por *José Luis MARTINEZ**

HACE algunas semanas vinimos a este Panteón Civil de Dolores a despedir a Carlos Pellicer. A pesar de que desde el momento de su muerte existía el sentimiento de que el poeta merecía un lugar entre nuestros hombres ilustres, el Presidente José López Portillo, en honrosa muestra de respeto a la opinión pública, quiso escucharla antes de firmar el decreto respectivo. Ésta se ha pronunciado ampliamente, y si bien todos coinciden en el múltiple esplendor de la obra del poeta, algunos piensan que su calidad no requiere reconocimiento oficial. Él mismo, que tenía el humor antiolemne y nunca buscó los honores, hubiera reído de ello. Ciertamente, nada le añadiremos, pero ante la historia le debemos este homenaje.

¿Por qué el Gobierno de la República, en nombre del pueblo de México, distingue al poeta Carlos Pellicer colocando sus cenizas entre los hombres que por su valor, su sabiduría o sus creaciones llamamos ilustres, es decir los que han intensificado nuestra luz, los que han aumentado brillo y prestigio a la comunidad que formamos? O bien, podemos preguntarnos más radicalmente, ¿qué es un poeta y por qué es importante para un pueblo?

El poeta es el que da nombre a las cosas, el que nombra las cosas y las redescubre y el que revela lo que ignoramos, el que inventa realidades y sentidos y correspondencias, el que con palabras y ritmos crea la belleza y el horror, el juego y la alegría, el himno y la plegaria, la pasión y el amor, o el que nos enfrenta a la angustia y denuncia la miseria.

El hombre no sabría qué hacer con el precioso instrumento de su lenguaje sin los poetas que le han enseñado a servirse de él para expresarse a sí mismo, para explicarse el mundo y para tratar de encontrar el sentido de su existencia y de su estar en el mundo. Homero inventó el canto a la belleza de las cosas y de los seres; Job expresó el desamparo y la ira; Shakespeare, la voz de las pasiones. Y en México, nuestros poetas verdaderos nos han ido perfilando el alma y nos han ido educando los sentidos y los ojos. Uno de estos raros poetas verdaderos es Carlos Pellicer.

* Palabras pronunciadas en la ceremonia de inhumación de las cenizas del poeta, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, el 31 de marzo de 1977.

Luego será tiempo de ordenar cuanto fue y cuanto nos dejó: su leyenda viviente, las obras de sus manos y las de sus palabras. Ahora, con su muerte, todo lo que fue Carlos Pellicer y todo lo que fue suyo se nos confunde y atropella. Percibimos que algo grande, múltiple y único se dio en él, que lo compartimos algunas veces y fue como el don de la alegría y el humor a flor de piel, y que ahora esa presencia está concluida y sellada. Comienza a ser historia.

Sin embargo, podemos reconstruir aún su presencia y el rastro de sus obras. Su voz, honda y pausada; su cabeza de patricio irónico, que se había vuelto desnuda y como transparente; la juvenil sencillez de su vida. Recorrió una y otra vez las viejas cunas de la cultura humana, como su propio reino. En su juventud —en la juventud de México— siguió la estrella breve que fue José Vasconcelos y padeció cárcel por su creencia. Su amor por las culturas prehispánicas y por los pintores del paisaje mexicano lo llevó a crear admirables museos, concebidos con paciente sabiduría, para dar de nuevo vida a cada poro de las piedras labradas y a cada matiz de los paisajistas. Y gracias a sus afanes, se movieron poderes y máquinas para que México acrecentara sus tesoros.

Pero si estas obras de sus manos, sin olvidar los Nacimientos en que cada año reinventaba la fiesta de la renovación del mundo, son memorables, Carlos Pellicer seguirá presente en cada lector que descubra el júbilo verbal de su poesía. "Brillan en sus poemas —decía uno de sus amigos— los nombres de las cosas, aparecen diáfanas las plegarias y cobran los colores una existencia prodigiosa. Surge el héroe, se desvela el pecador, avanza el trópico y dicen su misterio viejas teogonías indígenas. Hay agua y arqueología, mística y sensualidad, árboles y lámparas, nubes y palomas. Todo un universo con las manos llenas de color y el alma interrogante".

Será siempre más fácil reconocerlo como el poeta del mundo exterior, el que cantó los grandes ríos y la selva del trópico, y el que fijó instantes de belleza:

El segador, con pausas de música,
segaba la tarde.
Su hoz es tan fina,
que siega las dulces espigas y siega la tarde

Pero fue también el poeta del amor y la desolación que en el mediodía de su vida escribió:

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento

y fue, en fin, el que al lado de la profundización religiosa y de los temas cívicos y heroicos volvió con palabras más sabias a los viejos temas del paisaje, dibujó una vez más el esquema para una oda tropical y escudriñó su propia y desamparada condición humana:

Ando en mi corazón como en el fondo
de un pozo abandonado que enronquece
la sequía y de noche no merece
ni una estrella en su antártico redondo.

Este persistente creador de obras hermosas, este defensor constante de nuestras raíces, recibió hace apenas unos meses la dignidad de Senador de la República. Mereció esta elección no sólo por haber convertido en poesía el agua, la tierra y el cielo de su tierra tabasqueña y por haber organizado los dos museos de Villahermosa, sino también por la intensidad de su vocación de servicio. En su última entrevista periodística declaró Carlos Pellicer: "Me acuso de no haber hecho a mis semejantes todo el bien que habría podido hacerles", y añadió: "Hasta que muera seguiré luchando por la causa de los campesinos. En México, queramos o no, las cosas cambiarán en favor de los desheredados. Y digo esto porque siempre he creído que sin el sentimiento de la esperanza, fundado en la justicia y en la belleza, la vida no tiene sentido. Y nadie, ya sea senador, poeta, periodista, o lo que sea, nadie puede ser ajeno a la injusticia social."

Permítaseme agregar un testimonio personal. Pocos días antes de su muerte, Carlos Pellicer me pidió que le seleccionara una biblioteca básica con la que deseaba obsequiar a cada uno de los municipios de su estado. Y agregó: Voy a pagarlas de mi sueldo como senador.

El poeta eminente y el gran mexicano que fue Carlos Pellicer recibe de la República este reconocimiento público y este máximo honor póstumo: un lugar en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Aquí está su sitio, en el cielo de nuestros poetas mayores, entre sus pares, Othón y Díaz Mirón, Nervo y López Velarde. Y después de la tristeza y el sentimiento de pérdida con que ayer lo despedimos, recordemos que persistirá la alegría y la fiesta de sus palabras, que son ya parte del patrimonio de México.

ENIGMAS DE PICASSO

Por F. COSSIO DEL POMAR

CORRE el año 1909. Hace nueve que Pablo Ruiz Picasso llegó a París, no para conquistarlo ni para seducirlo sino, como él dice, "para hacer la cura de mi vida". Cura de lucha tremenda que le obliga a pasar temporadas de recuperación en su amada Cataluña.

Cuando le conocí, Picasso ya había pasado por la miseria del Bateau-Lavoir, en la Plaza Ravignan. Está lejos la despiadada explotación de mercaderes como Soulier y Sagot, la "Epoca Azul" y la "Epoca Rosa". Comienza la escalada del Cubismo Analítico.

Picasso vivía en el Boulevard Clichy donde me llevó el poeta y periodista André Warnaud; acababa de regresar de Barcelona en compañía de Fernande Olivier, su primera querida francesa.

Confieso que ninguna impresión me produjo el ser presentado al pintor del que tanto se hablaba en los círculos artísticos. Ninguna importancia di al artista que tenía delante. Me despistaba su aspecto vulgar, su jovialidad despreocupada, su pequeño cuerpo enfundado en un *overall* que le daba aspecto de aprendiz de fontanero. Nada del clásico pintor de aquella época. Sí, me llamó la atención su mirada. Transparentaba un espíritu poco común, aquel que inspira la presentación que de él hace Gertrude Stain: "Cuando conocí a Picasso era positivamente hermoso. Estaba iluminado como si llevase un halo". Para Gertrude, Pablo era un hermano de raza. De esa admirable raza israelita, sobreviviente de flagelos y persecuciones, victoriosa en todos los campos del espíritu, a costas milenios de pesadumbre. Hermanos en el dolor cautivo.

Pablo era hijo de José Ruiz Blasco y María Picasso (1881). El padre, de origen vasco, era alto, de cabello claro, cabeza pequeña, apuesto y pulido. Toda su vida la dedicó a la enseñanza del dibujo en las Escuelas de Bellas Artes. La madre, de procedencia italiana, probablemente de Génova, de origen judío. Radicaba en las Baleares donde su familia ejercía el comercio en pequeña escala. Mujer de mediana estatura, cuerpo sólido, tez morena, los mismos cabellos negros y lacios que hereda el hijo. Madre e hijo tienen el inconfundible tipo semita. Iguales. Por eso no nos sorprende que a pesar de la adoración que siente Pablo por su padre, optara por llevar el nombre de la madre.

La confianza con que me trató Picasso, desde el primer momento, me halagó mucho. Nos tuteamos, a pesar de los siete años que nos separaban en edad. Complacido noté que escuchaba con interés las cosas intrascendentes que yo decía. No tardé en percatarme que estaba ante un artista que, según me previno Warnaud, "era un fenómeno más interesante que Cézanne".

Entonces Picasso, a los veintisiete años, cuenta con una obra considerable: dibujante, pintor, grabador. Trabaja incansable con el principal propósito de hacer cosas diferentes a las de otros artistas. Ese día le oí afirmar: "Hasta ahora no he hecho sino sentimentalismo", refiriéndose a la "Epoca Rosa".

Desde 1900, y antes, desde Barcelona, demuestra talento en la variedad de su obra, mezcla de anarquismo platónico y retratos naturalistas pintados, según su propia expresión, "para ver si puedo hacerlo como todo el mundo". "Lo malo es que cuando comienzo a dibujar, lo que hago, luego se convierte en otra cosa".

Con el tiempo me convencí de que estas y otras frases no eran sino *boutades* del pintor. Lo demuestra en los retratos. Cuando los toma en serio —como el de Gertrude Stain— emplea ochenta poses, sin llegar a concluirlo. Prueba de que Picasso no siempre se deja llevar por la fantasía; conoce la frase de Baudelaire: "Un retrato es una biografía dramatizada". Bien lo sabía el poeta y bien lo sabía Proust, en sus retratos literarios.

Aquella tarde Picasso me consideró más como escritor que como pintor, siendo yo principiante en las dos cosas. Sabía que Picasso prefería como amigos a los escritores y poetas: Apollinaire y Max Jacob estaban más en su intimidad que Braque y Derain, sin dejar de admirar a los pintores de Barcelona, entre ellos Casas y Nonell. Al primero mucho le debe su dibujo, al segundo, mucho le debe la técnica de su pintura.

Pasado algún tiempo de esta visita, comencé a comprender que bien merecía el título de Maestro. Era justa la resonancia mundial de su nombre, aunque en París destacaran, con mayor vigor, otros pintores españoles, entre ellos Zuloaga, La Gándara, Anglada Camarasa, el mexicano Angel Zárraga. Además, me parecían más osados los pintores de la Escuela Expresionista que acababa de fundar el alemán Schmist Rottluff, titulada *Die Bruecke* (El puente). Representaba una reacción más violenta contra el impresionismo en auge. Abría nuevos caminos a la objetividad estética y a la cerebralización de la pintura. Sin embargo, es Picasso quien encabeza la lucha por la libertad de expresión. El que inicia la insólita representación de una cara con tres ojos y dos narices en gamas grises y colores violentos, desconcertantes. ¡Con qué pasmosa facilidad asímila, desde muy joven, los estilos! El de Nonell, el de Casas, el de

Toulouse-Lautrec, le de Van Gogh, de El Greco y los anteriores a El Greco: los imagineros del Medievo, el arte egipcio, sin perder su personalidad ni su propio impulso creador.

Desde entonces los apóstoles de la crítica repiten sus frases y le proclamaban explorador, inventor, el número uno de los creadores plásticos.

LA segunda vez que vi a Picasso fue en el velatorio del joven escultor catalán Julio. ¿Para qué mencionar su apellido? Julio murió como tantos otros, sin dejar huella, en plena ilusión de juventud. La dieta abnegada del café con leche no le permitieron ir más lejos.

Nevara copiosamente aquella noche de fines de noviembre. Algunos amigos, unos con abrigos, otros envuelto el cuello en rudas bufandas, asistíamos al velatorio en una habitación destartada del Bateau-Lavoir. Julio tendido en un camastro, al lado de un enorme trozo de mármol, indiferente y lívido, libre de angustias, como un Santo, recibe las oraciones de los amigos, en su mayoría catalanes, que llegan a despedirlo. Pocos se quedan. Sólo hay un banco y tres sillas donde sentarse. Entre los apretujados en el banco, está el escultor Manolo Huguet, antiguo compañero de Picasso en la escuela que funcionaba en los pisos superiores de la "Lonja del Mar" en Barcelona.

Arreciaba el frío. Ni estufa, ni vino para entrar en calor. El humo de algunas pipas griseaba la luz que clareaba los visillos de la única ventana de la habitación. Amanecía cuando crujió la puerta dando paso a Picasso y Max Jacob, su "secretario de cabecera", como él mismo se titulaba.

No habiendo donde sentarse, cedí mi silla a Picasso. Su llegada vino a romper el silencio que reinaba. Silencio de derrota. Y en un velatorio se impone la conversación. Distráer los pensamientos concentrados, por el momento, en el deseo de una taza de café que nadie se atrevía a mencionar.

Imaginaba que Picasso, siendo andaluz, fuera locuaz. No lo era. Media hora sin despegar los labios, hasta que volvió a abrirse la puerta de un violento empujón. Esta vez era Jeannette, la amiga de Julio. Volvía de hacer su "esquina", cargada de *croisants*, y una cafetera de latón llena de humeante café con leche. Alta, huesuda, los ojos muy pintados, la boca muy pálida. En la gastada piel de zorro que envolvía su cuello, prendían copos de nieve. Vivo modelo de Toulouse-Lautrec.

Manolo se encargó de repartir el café mientras Jeannette, sentada en el camastro contemplando a su amigo, llora negros lagri-

mones mezclados de rimel. En la bohemia es cosa demasiado vista. El café anima la conversación. Las primeras palabras de Picasso, mirando el bloque de mármol, mientras lentamente sorbe el café, son para indagar lo que se proponía hacer Julio con el mármol.

Un joven escultor ruso, amigo íntimo de Julio, le enteró: —Estaba empeñado en hacer escultura de una pintura de Millet. Traspasarla al mármol. Julio ignoraba que las formas vienen solas, cuando uno menos las espera.

—Todo viene solo. La muerte también —concluyó Picasso—. Es grave error para un artista empeñarse en reproducir obras que obedecen al sentido creativo ajeno.

A Max Jacob le gustaba discutir:

—Ciertamente que es tontería tomar temas siguiendo la inspiración de otros. Sobre todo temas tan manoseados como la explotación del hombre por el hombre. Millet pinta al campesino que lleva adentro. Estaba atado al campo, como el obrero está atado a la máquina. ¡Si lo sabré yo, hijo de campesinos! —(Bien sabíamos que era hijo de un sastre judío en una aldea bretona).

—Millet, más esclavo del arte que del campo, solía decir: "El arte es un combate donde uno entrega hasta el pellejo". Es el primero en integrar el campesino al paisaje. Lo hizo tema central. Era un gran artista, no un propagandista. Más que el socialismo, le interesaba el lado humano. "El hombre de la hoz" ha servido de tema para atacar el egoísmo de la sociedad en que vivimos, agregó otro.

—Es el cuadro que Julio se proponía reproducir, confirmó el ruso.

Siguió la conversación sobre Millet, muy comentado treinta años después de su muerte, a raíz de la venta del "Angelus", por un millón de francos, al millonario Suchard.

Manolo Huguet tomó parte en la discusión que siguió sobre el arte revolucionario. Típico mediterráneo, con fuerte acento catalán, concluía: "¡Pintura socialista! ¡Escultura socialista! ¿Qué más da? Lo principal es que sea una buena obra de arte".

La conversación volvió sobre los vanos esfuerzos del "pobre Julio" y de todos los incautos que trabajan obedeciendo los mandatos de la naturaleza.

—Eso hacía Cézanne.

—Eso hacen los que buscan con la vista, afirmó Picasso a media voz. "El artista no busca: encuentra". Años más tarde me daría cuenta de esta afirmación.

Clareaba la mañana invernal en la sola ventana de la habitación. No tardó en llegar la carroza de tercera, gracias a la venta del blo-

que de mámol, hecha por Manolo. Partió el entierro en luz radiante. Se hundió Julio irresistiblemente en el sol.

Nos dispersamos. El resto de la mañana acompañé a Manolo en sus andanzas. La vida de Manolo, era una historia continua de tristeza. Empleaba su talento en dibujos y pequeñas esculturas, pero la mayor parte de su tiempo, desde que llegó a París, en 1903, lo dedicaba a ingeniárselas para no morir de hambre. Para mí tenía mucho de gitano en su manera de afrontar las desdichas materiales. Paco Durrio, que le acusaba de haberle birlado dos cuadros, decía: "Manolo está siempre en busca de un albergue, de una cama, de un franco, de una buena pasada de la que siempre saca algún provecho".

Años después, leyendo el libro de José Pla: *Vida de Manolo*, 1950, me vine a enterar de otras muchas cosas, que pueden aplicarse a cientos de bohemios que vivieron la misma interminable angustia sin dejar obras dignas de museos, como las dejó Manolo, amigo de Picasso y hermano de todos los menesterosos.

Esa mañana después de visitar con unos dibujos a los pequeños marchantes de la Rue Lepic, me tocó pagar el desayuno.

DESDE aquel triste entierro de Julio, tuve oportunidad de frecuentar la "Banda del Lapin Agil", de la que Picasso formaba parte. Inolvidables veladas de los sábados. Entre sorbos de vino caliente se hablaba de arte y literatura. Artistas y escritores cocinaban la "Revolución del arte" para ponerlo a tono con la "Revolución social". Despiadados ataques contra las academias y los pintores naturalistas, mientras el patrón, el Père Fredé, metido en un grueso jersey rojo, en invierno cuidaba de mantener vivas las brasas de la chimenea, y que no faltara el vino a sus parroquianos mientras, de vez en cuando, intervenía con un "*merd alors*".

Por mi parte, me bastaba con encontrarme entre personas de fama asegurada, y contemplar los cuadros en las paredes de la taberna. Presentía que más tarde valdrían fortunas. Entre ellas, un "Arlequín" de Picasso marcado con el precio de 150 francos.

Alrededor de la mesa rústica se sentaban: Pierre Mac Orlan, con la eterna colilla del cigarrillo colgando del grueso labio inferior, de vuelta de algún viaje extraordinario que nunca duraba más de quince días. Estos viajes los relata en el libro que tiene mucho de su autobiografía: *Le quai de brumes*, odisea del hambre, brillantes paradojas que han inspirado a muchos escritores de Francia y fuera de Francia. A Mac oí decir: "Para escribir bien, hay que no saber escribir", frase que nunca olvidé.

Otros concurrentes eran André Salmon, autor de la novela, *La negra del Sacre Coeur*, donde evoca nostalgias de aquella época; Francis Carcé, luego ilustre novelista. Entonces escribía más versos que prosa. Acababa de publicar una exquisita *playette*, *La bohemia y mi corazón*. El único que hablaba de mujeres era Willy. Se jactaba de conocer como nadie esa fauna especial, con andares de gata y ojos de loba, que es la mujer del Fouburg, sin olvidar las injurias dedicadas a su mujer, Colette. De vez en cuando Paco Durrio, Picasso y Apollinaire y, entre los más asiduos, Max Jacob y Manolo Huguet.

"Renovarse o morir" era la divisa de estos representantes del Nuevo Arte. Cada cual exponía sus ideas con pasión. Apollinaire en su revista *El festín de Esopo*, declaraba: "La evolución de la escultura fetichista de los negros se ha efectuado según ritmos infinitamente más extensos que los que han presidido la evolución del arte europeo y el arte chino.

Algunos de los concurrentes traían consigo fetiches de los comprados en los navíos que recorrían las costas del Congo, el Camerún, La Cote d'Ivoire. Máscaras y figuras humanas que vendían los ambulantes del Barrio Latino por ínfimos precios. En el "Lapin Agil" pasaban de mano en mano, admirándolos con fruición de etnólogos. Principalmente Picasso los consideraba como material útil para deshumanizar el arte y hacerlo "diferente". Por esos tiempos ya ha pintado "Les damoiselles de Avignon", donde hace patente la influencia negroide.

¡Lo que yo aprendía en aquellos extraordinarios simposiums que duraban hasta la madrugada! Apollinaire justificaba las retiradas tardías: "Nos llevan a los límites del arte y a los confines de la vida".

POCAS veces tuve ocasión de visitar el taller de Picasso, cuando vivía en Clichy, el mismo taller donde le conocí, 1909, cuando el cubismo se había impuesto y Picasso demostraba su excepcional talento de dibujante. Gertrude Stain anota su insatisfacción: "Dicen que puedo dibujar mejor que Rafael, y es posible que sea cierto, pero si así es, lo menos a que tengo derecho es a elegir el camino que a mí me plazca, pues por el contrario, me niegan tal derecho".

Las visitas al taller, tenían que ser después de almorzar y podían durar hasta el anochecer, que era la hora en que trabajaba, casi siempre con luz artificial.

Picasso no es una persona que guarde etiquetas. Extrovertido, natural, simpático, con su espontánea naturalidad convida a las confidencias. La segunda vez que fui a verlo, estaba en compañía de

dos pintores italianos: Severini y Carra, de la Escuela Futurista, fundada por Marinetti. Carra reservado; Severini, preguntón y petulante. Picasso respondía a sus preguntas:

—¿El fin que me he propuesto haciendo cubismo? Ninguno. Pintar y nada más. Seguir una nueva manera de expresarme, de acuerdo con una realidad que se hace palpable. Sólo obedezco a mi voluntad de tomar en cuenta otro aspecto de las cosas.

Por mi parte en mis conversaciones con Picasso, traté varias veces de obtener, por boca del artista, una definición de su concepción del arte.

A Picasso no le gustan las definiciones. No pretende encerrar su arte en límites precisos. No admite el arte con un fin determinado. La pintura picassiana lleva en sí su propia definición. Sus fines se conocen una vez realizados. Cuando ha logrado reunir los elementos necesarios "sin buscarlos", según él.

—¿Quieres que te dé la mejor definición de mi pintura?, me dijo un día en casa de Durrio. Ven esta tarde a mi estudio. Mis cuadros te la darán mejor que yo.

En su estudio estaba lo explicable y lo no explicable. Periodos antiguos y modernos, todos relacionados entre sí. Todos diferentes y unidos, como signos freudianos en un mismo espejo.

"Hay artistas que se preocupan por mi técnica, me dice mientras va colocando sobre el caballete algunas telas y dibujos. ¿Qué les puede ayudar mi habilidad? Yo no la tengo. Cuando empiezo a dibujar, lo que hago se convierte en otra cosa. A veces echo mano a una manera que es mía, otras pinto y dibujo como todo el mundo, otras me recreo en crear algo nuevo. "El pintor no hace nacer el cuadro sobre la tela —decía Teodoro Rousseau— sólo retira sucesivamente los velos que la ocultan".

Me hizo ver sus últimas pinturas; algunas de la época española: Saltimbanquis y arlequines que apuntan una ligera tristeza intelectual. Otras evidencian la delicadeza francesa inspirada en Lautrec. Mujeres maquilladas alternan con personajes castellanos. Negruras de tierra y sangre, adolescentes, desnudos femeninos, formas sin parentesco con las normas académicas. Todo marcado con su personalidad.

La crítica al hablar de estos cuadros se desborda en laudatorias. Christian Zervos los coloca "en el trayecto hacia lo real a través de las zonas del espíritu y del ensueño". ¿Qué podía decir yo sino admirarlos? Y admirar el talento con que Picasso expresa sus ideas sobre el arte.

Ante un cuadro de la Epoca Azul comenta: ¡Cuántas tonterías se han dicho de mi pintura azul! (1901). Para explicarla buscan razones, y la única razón que puede intervenir en la creación de un

Estilo o de una Escuela, es el tiempo. Mi pintura azul, obedece a las últimas manifestaciones del romanticismo. Rubén Darío funda la *Revista Azul*, Gauguin aconseja pintar la sombra "Tan azul como puedas". El afán de encontrar explicación para todo, lleva a Gertrude Stain a afirmar que Picasso pintaba azul "por la falta de rojos y verdes en su España". ¿Qué razón encontrará en la pintura de Seurat, Serusier, Signac, donde predomina el azul? Lo probable es que Picasso se inspirara de la pintura azul de Nonell.

Contempladas en conjunto, como yo las contemplé aquella tarde, uno se convence de que Picasso desempeña en el arte, el mismo papel que Freud o Lesvy Bruhl en la ciencia. Arte y ciencia juntos en el pensamiento moderno. Picasso lo expresa en un grafismo esencial; mendigos angulosos, ciegos, hampones, prostitutas, equilibristas, bailarinas. Niños y viejos. Pintores y modelos en un fondo de dolor humano. La "Mujer llorando" es todo un curso de patología de la desesperación.

Aparte de las pinturas, aquella tarde vi esculturas, cerámicas, grabados, cada cual más original. Cuadros donde han intervenido objetos extraños, pedazos de cristal, papeles pintados, cartones, cuerpos disparatados que parecen haber encontrado su lugar. A mí me parecía haberlos visto antes, sin lograr localizarlos. ¿Dónde?

AQUEL 14 de julio de 1911, parte de la banda, está invitada a almorzar por un joven pintor brasileño que gozaba del respaldo de las "fasendas" de café de su padre, en San Paolo. Picasso había aceptado la invitación; Manolo Huguet y yo quedamos en ir por él. Punto de reunión, "La Mere Catherine", en la Place du Tertre, en el corazón de la Comuna libre de Montmartre. Mesitas cubiertas de manteles rojos, azules y blancos bajo de ligera arboleda que alguna sombra daba. Estrado con tres músicos.

Cuando llegamos al restaurant, cada uno con su amiguita, pues no podíamos concebir la vida sin compartir alegrías y pobreza, con una compañera; y no la íbamos a dejar sola en una ocasión como ésta. ¡Admirable midlineta parisina! No es la amante apasionada, tampoco la sufrida amiga a *tout faire*. Es la ternura en los momentos buenos y malos. Lo que era Fernande para Pablito, como llamaban las mujeres a Picasso.

Ese día Fernande le acompañaba. Picasso tuvo suerte con la primera Fernanda, y con la última, Jacqueline. Las dos no pudieron ser más devotas.

La sexta amiga, con quien tuvo dos hijos, Françoise Guillot, escribió en su libro *Mi vida con Picasso*: "No me he casado con un hombre sino con un monumento".

AQUEL mediodía Picasso estaba radiante como un escolar en asueto. Seguía, con batuta imaginaria, el compás alegre de la "Java", tocada por un acordeón acompañado de dos violines; y no bailó porque le faltaban ojos para mirar la gracia coqueta de la muchacha que tenía al frente, con la que brindaba desde lejos, sin que le importara mucho a Fernande.

Pablito se me presentaba bajo un aspecto diferente. ¿Cómo era en realidad Picasso? ¿Idealista? ¿sensual? ¿epicúreo? ¿mujeriego? Nada de eso. Picasso era un artista. No podía ser otra cosa. Incapaz de amor, de amistad, de compasión, de odio, de sentimientos que no se relacionaran con el arte. Atado a él como a una cruz, "Jugándose el pellejo", como decía Millet. Por ser hombre, no es extraño al hombre. Trabaja porque así el arte se lo ordena. "Por mi parte —le oi afirmar— continuaré siendo pintor puro, sin preocuparme de "humanizar" la vida. Si encierra una verdad, mi obra será útil sin que me lo haya propuesto. Si no la encierra, *tant pis*. Habré perdido mi tiempo. Pero nunca haré arte con la idea preconcebida de servir los intereses de la vida política, religiosa o militar de un país. Nunca formaré entre los predicadores del superhombre de Nietzsche".

Acabado el almuerzo, el atardecer fue borrando el ánimo festivo de Pablito. Aparecía Picasso, el pintor, camino a una cita urgente en el taller.

En otro asueto, Gertrude Stain ve a Picasso como a un Napoleón rodeado de cuatro enormes granaderos: Braque, Apollinaire, Salmón y Derain. Hoy camino de su casa, le escoltamos con humildad criolla tres americanos: Diego, Sampayo el brasileño anfitrión, y yo. Al llegar, tiene prisa en despedirnos. Con ese pretexto nos muestra su última pintura, que titula "La alegría de vivir". Dirigiéndose a Diego:

—A ustedes los americanos, aficionados al realismo, seguramente les va a gustar.

Efectivamente nos gustó; no por su realismo, sino por la verdad que representa, a pesar de su sentido puramente estético. En "La alegría de vivir" se ciñen en apretado abrazo una mujer encinta y un hombre. Dos cuerpos desnudos plantados en la tierra como dos árboles. ¿Alegría en este cuadro? Vida. Vida terrenal, intensa. Por lo profunda, triste.

¿No crees —pregunta Diego— que el público acoge con más favor tus obras realistas? En este cuadro, sin pretenderlo quizá, has dado importancia al realismo.

Sí, a lo mejor. En el retrato, sobre todo, me rebelo ante el modelo. Salvo muy contadas excepciones, no me importa saber

si tal retrato es parecido o no. Los años, los siglos pasan, y no tiene importancia que los rasgos fisonómicos sean iguales a los del retratado. El artista se pierde en un esfuerzo inútil. La obra es bella sin tener parecidos convencionales. Mientras tenga vida.

Hace tres años pintó el retrato de Gertrude Stain. Tan bello, tan profundamente real, que llegó a convencer al propio Durrio. En algo le hizo mudar la opinión que tenía de su antiguo amigo.

Este diálogo duró algunos minutos. Algo parecido volvería a oír años más tarde en casa de la Stain, rue Vaugirard, donde encontré a un Picasso ocurrente y comedido ante una señora que le admiraba, y a la que Picasso solía llamar "hermafrodita", claro que cuando no le oía. Esa tarde vi el retrato que tomó a Picasso ochenta poses en concluir, minutos en destruir y horas en restaurar, hasta hacerlo uno de los mejores retratos del arte moderno.

VINO la guerra del 14. La mayor parte de la bohemia de Montmartre vistió uniforme y se incorporó a los *poilus* (peludos). ¡Con cuánta pena abandoné París! Una ausencia que duraría nueve años.

Desde los Estados Unidos seguí la vida y obra de Picasso, las nuevas "épocas" de su arte. Entre ellas una interpretación de periodo antiguo que sigue al cubismo (1919). Antiguo en lo referente al espíritu que lo inspira y, si acaso, a la concepción griega. Mujeres gruesas, jóvenes desnudas o a medio vestir, brazos y piernas ampliados hasta la deformidad. Figuras clásicas con frialdad de estatuas. Formas arcaicas paganamente divinizadas en playas sombrías.

Este periodo picassiano fue acogido con gran fervor en Alemania. Inspiró el sólido expresionismo adoptado por los artistas germanos de la postguerra.

AL regresar a París en una corta estadía el año 1920, una de las primeras visitas que hice fue a Picasso en la calle de la Boetie, barrio de lujo de París. El pintor casado con la bailarina rusa Olga Koklova. Muebles de estilo, criados. Picasso, trajeado con impecable elegancia, sigue siendo el mismo de siempre. En nada ha cambiado. La prueba es que la mayor parte del tiempo lo pasa metido en el amplio taller, amueblado con la simplicidad que le gusta. El mismo desorden; telas, dibujos, cacharros por todas partes. Los estantes llenos de libros; valiosas piezas de museo: estatuillas sumerias, fetiches Batú, piedras pulidas del antiguo Irán. Picasso las acaricia y las muestra con deleite. Son sus juguetes y su inspiración.

En cuanto a su persona, tampoco ha cambiado mucho. Los años han marcado, acentuándolas, sus facciones. La cara siempre afeitada, los mismos cabellos duros, ahora entrecanos. De su vida es difícil hablarle. A Picasso no le gusta. "Habla de la vida, cuando habla de la pintura", (Malraux). Picasso añade: "Me gusta sentir crecer mis ramas, las ramas de uno mismo, no de la naturaleza. Es lo que yo hago".

Respeto su costumbre. Los pintores no están muy dispuestos a hablar del poder del arte. Todos los reconocen en las grandes obras "las que tienen la violencia y el mensaje de los profetas". Recordando esta frase de Malraux, en esta visita no le hablo de nada serio o aburrido. Le converso de los amigos. Le pregunto por Manolo Huguet, Uranga y otros. Hace algún tiempo no sé de ellos. También le cuento mis proyectos. Al despedirme quedamos en vernos en la tertulia del "Lapin Agil", el próximo sábado.

Ahí encontré a la "Banda" con algunas bajas y nuevos contertulios, entre ellos Robert Delaisnay. La "Banda" ha adquirido cierta seriedad que demuestra su importancia. En algunos la huella de la guerra. Apollinaire desaparecido en 1918, en plena juventud, y Max Jacob. Francis Carco con redondeces de banquero, Mac Orlan lejos de sus penurias; Dorgeles, autor de la famosa novela *Les Croix de bois*. Las inquietudes y discusiones siguen siendo las mismas, el Père Fredé tan comedido como siempre al servir el vino. Picasso es el punto central de atención. Llegué en el momento en que se hablaba de cubismo, por aquel entonces monopolizado por Braque y Juan Gris. Dorgeles se dirigía a Picasso:

—Tú has demostrado a los críticos de nuestro tiempo que el cubismo no es uno de los absurdos del arte por el arte. La negación del goce estético. La estupidez elevada al cubo. El cubismo obedece a causas determinadas y es, quizá, una de las escuelas modernas que más han influido en la vida práctica. La geometrización de la forma se comprueba desde las culturas primitivas.

También recuerdo frases de Apollinaire, teorizante del cubismo, dirigidas a Picasso: "Los cubistas han ido a lo sustancial en los objetos y no a los objetos mismos. A la propia personalidad y no a ese algo establecido por estetas y filósofos. El cubismo inicia uno de los más concretos periodos en tu pintura".

Y es verdad. A pesar de anunciarse su fin, el cubismo no daba trazas de desaparecer. Como todo arte, se transforma y adapta. La prueba es que la pintura nunca volverá a ser lo que fue.

Siguieron los diálogos, no tan intensos y apasionados como año, ni llegaron a tardías horas de la madrugada. Cierta seriedad detiene al pragmatismo que ha contagiado a la ciudad entera. Aunque París sigue siendo París.

Dejé de ver a Picasso. Ocasionalmente nos encontrábamos en la "Rotonda" de Montparnasse, mi nuevo barrio. Y Picasso vive en el mundo entero. Tiene casa y castillos en París, en Avignon, en la Costa Azul. Su ascensión ha sido vertiginosa y sorprendente. No es la evasión la que le lleva de un punto a otro, es la afirmación de su conciencia directriz en el arte contemporáneo.

Picasso poeta

POR Ceferino Palencia, buen pintor y crítico de arte, íntimo de Picasso desde sus años mozos, me entero de la inquietud poética de Picasso.

Me cuenta que ha pasado tres meses sin coger un pincel. Para mí —convencido de que poeta y pintor se completan— la noticia no me toma de sorpresa.

Desde los tiempos de Montmartre, Picasso solía decir que sus poemas en prosa y verso eran los cuadros que no había pintado. Efectivamente, en Picasso se percibe lo que estos dos caminos —la pintura y la poesía escrita— tienen de complementario y de unificable.

En varias ocasiones le oí recitar a Rimbaud, Verlaine, Mallarmé y algunos versos de *El poeta asesinado* de Apollinaire. Su admiración por Rubén Darío no tenía límites. Le conoció en Barcelona, en la taberna "Les Quatre Gats" de donde partió la transformación de las artes que luego irradió a toda España. Rubén se reunía ahí con su gran amigo Rusiñol, quien le presentó a Picasso. En Montmartre le oí recitar: "Cuando iba yo a montar / ese caballo rudo y tembloroso dije / la vida es pura y bella / el cielo estaba azul / y yo estaba desnudo /." Daba tal énfasis a sus palabras, que hacía olvidar el acento catalán que conservó en sus primeros años en Francia. A Picasso, tan aficionado a frases mordaces, jamás le oí alguna contra los que consideraba poetas. Cierta vez en su presencia, alguien hizo alusión a las maneras afeminadas de Jean Cocteau, lo que originó la intervención indignada de Picasso. Tratándose de poesía, no niega su sentimentalismo. "¿Y toda su inmensa producción —se pregunta Ceferino Palencia—. No es una desbordante poética expresión sentimental?" André Breton confirma: "La poesía del español no puede dejar de ser plástica, del mismo modo que su pintura es poética".

Estos antecedentes explican el colapso que sufre Picasso entre el año 30 y el 33, cuando suspende la pintura de caballete y se dedica a la escultura rodiniana y a la poesía. Los aplausos de Breton le animan: "Picasso en poesía, afirma, ha visto tanto como Rimbaud".

La crítica literaria sigue a la crítica artística. Hay algunos que acusan a la poesía picassiana de carecer de contenido lírico y de sentimiento. En cambio encuentran delicada belleza, riqueza, variedad cromática e ingenio en sus diminutas pinturas poéticas:

El grito del rosa
que la mano le tira
como una limosnita.

O en la concreta plasticidad de:

El cisne sobre el lago
hace el escorpión a su modo.

Claro que esto bien lo puede firmar Ramón Gómez de la Serna.

Por estos tiempos, me habló Picasso de mi compatriota el poeta César Vallejo. Conocía algo de su persona y poco de su poesía torturada. Al morir Vallejo, en 1938, Picasso le hizo un magnífico retrato a pluma, tan dramáticamente acorde con su poesía, que creí hubiera trabado amistad con el genial "poeta en quien no sólo resuena sino en quien se personifica arquetípicamente, con proyección a la conciencia universal, el estado de espíritu de nuestro Nuevo Mundo" (Juan Larrea).

Al ver este retrato, en París, pregunté a este otro gran poeta que es Juan Larrea, si Vallejo y Picasso se habían conocido personalmente. Larrea, el más devoto amigo que tuvo Vallejo, fundador de las Conferencias Vallejianas de la Universidad Nacional de Córdoba, República Argentina, me aclaró las circunstancias en que Picasso hizo este retrato: "Mes y medio después de la desaparición de nuestro amigo, cuando le preparábamos en París el homenaje que le rindió "Nuestra España", le hablé a Picasso de César, de las condiciones de su vida y de su muerte. Le leí tres de sus poemas póstumos, que entre otros muchos me había facilitado Georgette (su mujer), con miras al homenaje, y le pedí que me hiciera un diseño para el mismo. Emocionado Picasso me dijo: "A éste sí le hago yo un dibujo". Se refería a que cuando le pidieron un dibujo de García Lorca, no hacía mucho, había respondido: "Que se lo haga su amigo Dalí".

"En consecuencia, el día 9 de junio le llevé a su taller de la rue des Grands Augustines tres *stencils*, por si se estropeaba alguno, y tres fotografías de Vallejo, dos en su lecho de muerte y la to-

mada por Juan Domingo Córdoba, con la mano en la barbilla. Le dejé solo, y al regresar unos veinte minutos después, había dibujado los tres, de los cuales publiqué entonces, ilustrando su *Profecía de América*, el que me pareció más adecuado y hermoso, luego tan reproducido".

Por Larrea me volví a poner en contacto con la bondad de Picasso.

Su originalidad

A raíz de la publicación del "Manifiesto Surrealista" por André Breton (1934), Courthion roza el misterio de la creación plástica picassiana: "Es un mundo independiente, vuelto a crear por el genio de un artista. Nueva vida en la vida". Mundo palpable. Durante su fecunda vida, Picasso asimiló lo que hay en la creación de otros artistas, del pasado y del presente, dándole su versión personal. Es pues, discutible la absoluta originalidad del maestro universal.

En el "Guitarrista ciego", del "Art Institute de Chicago", Ceferino Palencia descubre "claros antecedentes de la talla en madera representando "La Divina Majestad", en San Pedro de Busgal, de la región catalana. Agrega Palencia: "Picasso ha tomado de los unos y de los otros, lo que estimó aprovechable".¹

Esto no creo que haga desmerecer el arte de Picasso. Por el contrario, lo afirma. ¿Cómo puede un artista improvisar un sistema de formas consagradas, sin relación con otras que no han sido creadas por él? La idea pura es inmateral. Obedece a leyes demasiado exactas. La creación de formas pertenece al artista que con su poderosa intuición las capta de otras que localiza en lejanos y cercanos tiempos. Las adopta, les da vigencia y diferente expresividad. Revive la práctica de símbolos que parecían muertos. Los actualiza, les da nueva vida sin romper la organización reconocida a lo largo de la historia: el hábito, la tradición, la lógica.

Picasso da a estas transformaciones una interpretación que va con su sensibilidad. Pinta de acuerdo con el planteamiento nietzscheano: "Hacer como si fuera novedad las cosas viejas y conocidas, vistas y revistas por todo el mundo". Afirma la perennidad histórica del arte, su constante floración nacida de una sola raíz: la Humanidad.

Prueba concluyente es la pintura "Guernica", cuadro pintado por Picasso en 1948, y considerado "el más famoso de nuestra época". Picasso en esta tela de seis metros por cuatro, representa la destrucción, por aviones extranjeros, de un amado rincón del país

¹ Ceferino Palencia. *Picasso*. Edit. Leyenda. México, 1945, p. 135.

vasco, cuadro que consagra a Picasso como juez de la criminal agresión. ¿Fue acaso el pintor, testigo de la tragedia?

Juan Larrea, con su capacidad de poeta excelso, estudia el cuadro en todos los detalles de sus signos y símbolos, para llegar a la conclusión de que en esta obra están representados, "mejor que en alguna otra, los más fundamentales problemas del arte de nuestros días".²

Años más tarde, en un simposium celebrado en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, Larrea insiste en su propósito de esclarecer los elementos creativos que llevan a Picasso a una concepción tan original de la tragedia, concepción que viene a demostrar que "La humanidad está pasando en estos años, de un mundo a otro mundo". Y el poeta pregunta "¿Cómo puede considerarse genial una obra que carece de casi todas las virtudes atribuidas por tradición al arte de la pintura?..." "¿Se concebiría, por ejemplo, al autor del "Juicio Final" de la Sixtina como un ser movido sólo por impulsos ciegos?" Larrea responde: "No es posible ser un artista excepcional, un transformador de los gustos de la época, si se carece del grado de conciencia eficiente. Conciencia que no explica el proceso seguido por el artista "y que Picasso trata de ocultar", según declara a su amigo Christian Zervos. "Yo quisiera que no se supiese nunca, cómo se han hecho mis cuadros".

Larrea termina confesando: "Picasso no siempre dice la verdad. Para pintar 'Guernica' se ha servido de símbolos conocidos, lo que Picasso niega... No repara en recurrir al engaño cuando piensa que la verdad perjudica su deseo de conservar el misterio preciso para que su obra produzca en cada cual la emoción en que radica su arte..."

ESTE "misterio" tan celosamente guardado por Picasso, ha hecho que muchas veces yo me contradiga al escribir sobre su obra. ¿No se ha contradicho él mismo? He llegado a afirmar, que Picasso es un nigromante en posesión de recetas cabalísticas nacidas de un proceso conceptual. Un creador puro. Tiempo me tomó enterarme de que su originalidad estriba en rehacer formas transmitidas de generación en generación, indefinidamente: Sumerios, hititas, zulús, imagineros del Medioevo, inscripciones cuneiformes semíticas. ¡Qué de mundos a resucitar echando mano de estilos y técnicas de artistas antiguos y contemporáneos, de aquellos que mejor han sabido comprender el tiempo en que viven.

Por eso cabe admitir que Picasso es el más tradicionalista de los

² Juan Larrea. *Guernica*. Ed. Curt Valentín Pub. New York, 1947.

pintores contemporáneos. Basa su pintura en los mismos principios en que se basa toda obra de arte, al margen de aquello que se detiene en la palabra "mortal". Rilke en las *Elegías de Duino*, confirma la idea: "Hagamos lo que hagamos, estamos siempre en actitud de despedida. Vivimos sin cesar jamás de decir adiós".

EL cuadro "Guernica" hace confusas y vanas las preguntas que plantea la creación picassiana. Es una prueba indiscutible de que Picasso se inspira en lo "ya hecho" por otros artistas, así sean tan antiguos como los tallistas medievales, o tan recientes como los *col-lages* de Juan Gris.

La casualidad me hizo conocer las ilustraciones de "El Apocalipsis de San Juan", por los imagineros de Mont Tabor, del siglo XII. Ahí está, inconfundible, la fuente que ha servido a Picasso para pintar el "Guernica", expuesto en el Museo de Arte Moderno de New York. Igual composición, la misma distribución de personas y bestias doloridas, igual desolación, la misma tragedia concebida en grandes dimensiones, con magna simplicidad, en tonos grises y negros, representativos de muerte y luto.

¿Copia Picasso las ilustraciones del periodo más espiritual del cristianismo? No, simplemente se inspira en ellas. En el dolor humano. El mismo y eterno dolor. Igual espanto con iguales causas. A siglos de distancia del "3 de Mayo", y cerca de los enfrentamientos ideológicos de Marx y Hegel.

Al publicar las reproducciones del "Apocalipsis" y el "Guernica" en mi libro, *La rebelión de los Pintores*,³ se descubrió el "misterio" que envuelve la creación picassiana, la perennidad histórica de la forma plástica y de los símbolos que mueren hasta que un resucitador viene a darles nueva vida.

Epílogo

Todos los medios de publicidad nos han informado de la muerte de Pablo Picasso. Extraordinario epílogo de acuerdo con la época en que vivimos.

El último capítulo sobre el pintor, lo acaba de escribir el Tribunal de Grasse. Tres notarios han resuelto el problema de la herencia, valorada en dieciséis mil millones de francos. Un año ha tomado poner de acuerdo a los seis herederos, comenzando por dos-

³ *La Rebelión de los pintores*. Ed. Leyenda. México, 1945.

cientos cuarenta millones de francos para Jacqueline, la viuda del artista.

En cuanto al Estado francés, éste ha aceptado el pago de los derechos de sucesión (casi el veinte por ciento del valor total) por un sistema de donativos. La Secretaría de Estado para la Cultura, escogerá las obras que le interesen entre las propuestas por los herederos, destinadas al futuro Museo Picasso, en el barrio de Marais, de París. Por su parte el Museo del Louvre, conservará las cuarenta telas de pintores clásicos y modernos de la colección personal del pintor, donadas por la viuda.

Para paliar la depreciación de 1,600 cuadros, 7,000 dibujos, unos 30,000 grabados, más de 1,200 esculturas y unos 3,200 objetos de cerámica, parte de los herederos han decidido proceder a la constitución de una Sociedad Civil, encargada, principalmente, de velar por las ventas conforme a un plan que impediría, fueran realizadas en condiciones poco favorables.

Así el mundo del espíritu, creado por Picasso, termina en una Casa Bancaria, encargada de transformar en moneda lo bello y noble que aún se cultiva en el mundo.

EL FRACASO EN LAS NOVELAS DE MARIO MONTEFORTE TOLEDO: LA OBSESION DE LA LIBERTAD

Por *Nicholas W. ROKAS*

LA lectura de las novelas del autor guatemalteco Mario Monteforte Toledo es una experiencia gratificadora: en él coinciden un diestro estilista, un inspirado inventor de personajes, un experto tejedor de tramas y un hombre de recia posición política. La evolución de su obra novelística es paralela a la de la novela hispanoamericana del siglo XX; por consiguiente, tiene cuatro etapas: la regionalista (*Anaité*, 1938, publicada diez años más tarde), la social indigenista (*Entre la piedra y la cruz*, 1948), la social psicológica (*Donde acaban los caminos*, 1953) y la influida por el existencialismo literario (*Una manera de morir*, 1957). *Llegaron del mar*, 1966, es más difícil de clasificar, pero acaso susceptible de situarse dentro del "realismo mágico".

Todas las novelas, algunas más que otras, se caracterizan por una atmósfera de frustración, de angustia y de fracaso. Casi sin excepción, los protagonistas y muchos de los personajes secundarios apenas consiguen realizar a medias la misión o el impulso fundamental que motiva todas sus acciones. Con frecuencia sus esfuerzos desesperados son completamente en vano. Diversas son las razones de su fracaso, como veremos. Sin embargo, se pueden clasificar en sociopolíticas, culturales y psicológicas o de carácter personal.

Anaité,¹ basada en las experiencias personales del autor en la región guatemalteca del Petén, presenta a un hombre de la ciudad, Jorge, que enfrenta la barbarie de la selva y la de los que en ella viven, de la misma manera que en *La vorágine* y *Doña Bárbara*, lo cual sugiere la influencia de Rivera y Gallegos. El autor reconoce con franqueza su deuda.²

Al igual que Arturo Cova, Jorge es rechazado por la sociedad. Los padres de su prometida lo desdennan por su modesto nivel social y económico. Con la determinación de vencer esos obstáculos, Jorge

¹ Guatemala: *El Libro de Guatemala*, 1948. Premio Nacional. Todas las citas de esta obra provienen de la misma edición.

² Carta inédita.

se interna en la selva y establece una empresa maderera. Cuatro años después se hace rico. Si al final de la novela él va a vivir con los indios lacandones de esta región, no es porque lo haya subyugado la jungla sino porque durante su ausencia su prometida se casa, destruyendo así su vida, sus sueños y su única razón de volver a la ciudad.

Los personajes secundarios de *Anaité*, también se han asilado en el anonimato de las montañas por su rompimiento con la sociedad, sus crímenes o sus irreparables fracasos. Con pocas excepciones, los ha brutalizado el poder desolador de la selva. Por ejemplo Rafael, el primer monterero que emplea Jorge, es un cínico. Cobrando la cuenta a una mujer que lo engañó, cree que todas las mujeres son malas y que en el mundo no hay nada noble. Su misoginia se manifiesta en el trato que da a Lola, una mujer casada que llega a vivir con él, escapando del aburrimiento de su casa confortable y de su esposo insulso. Lola se da cuenta de la amargura de Rafael e intenta redimirlo con el cariño de que es capaz; pero él nunca se decide a aceptarla. Su existencia carece de propósito; y su última acción es incluso, pérfida y brutal: traiciona la confianza que Jorge ha puesto en él, destruyendo su montería. Rafael es, definitivamente, un despiadado protagonista del fracaso.

Igualmente perverso es el doctor Wood, un anglosajón que se ha refugiado en la selva ocultando un turbio pasado. Varias mujeres que con él vivieron, mueren por mal trato o lo dejan "por pan menos duro" (p. 47). Sus hijos viven abandonados y crecen en el bosque como animales. Hasta vende a una de sus hijas, Carmita, a un malhechor llamado Vergara.

Juan Ross, un viejo de Belice, es uno de los pocos personajes alegres y equilibrados. Está en la selva, y adaptado, sólo por "la ansiedad de distancias que le hervía adentro" (p. 62).

La nota de optimismo con la que Monteforte Toledo concluye su siguiente novela, *Entre la piedra y la cruz*,³ es más bien una posibilidad que una seguridad de que el personaje central tenga éxito.

Al nacer el indio Lu (Pedro) Matzar, el brujo vaticina que "va a pelear contra los fuertes y a creer en lo que nadie cree" (p. 13). Los indios le asignan la desmesurada misión de redimir a su pueblo de la perpetua servidumbre y de la explotación del blanco.

Su padre trata de inculcarle las costumbres de sus antepasados, la creencia en la santidad de la tierra y del trabajo, y sobre todo, la idea de que "aparte son los ladinos y aparte los naturales" (p. 46). Esta última adquiere progresivamente un significado más concreto a medida que Lu crece y atestigua (en la segunda parte de la novela)

³ Guatemala: *El libro de Guatemala*, 1948. Premio Centroamericano, "15 de septiembre." Todas las citas de esta obra provienen de la misma edición.

el trato que los suyos reciben diariamente de manos de los terratenientes blancos. La violación de su hermana por el hijo de un finquero alemán lo ayuda a comprender "la maldición de ser indio" (p. 117). Esta experiencia llega a ser un *leitmotiv* que se repite hasta el último capítulo de la novela y motiva cada acto del protagonista. El padre de Lu decide enviarlo a estudiar a la capital para que aprenda la maña y el poder de los blancos, y vuelva a cumplir con su misión redentora. El trato que recibe Lu en la escuela de la capital, tanto de los maestros como de los alumnos, refuerza la idea de que las diferencias entre indios y blancos son irreconciliables. Sin embargo, la benevolencia de sus benefactores, Teófilo Castellanos y su familia, hace que Lu empiece a creer en la simbiosis cultural y humana. Así germina su descastación y su desgarramiento.

En la cuarta parte de la novela se encuentra a Lu en una aldea india donde ya ha servido como maestro cuatro años. El medio empieza a derrotarlo. En la miserable choza donde funciona la escuela hay niños hambrientos que no hablan castellano, libros de texto inapropiados y casi ningún material escolar, ante la indiferencia completa del gobierno.

Las dificultades de Matzar se complican aún debido a su tormentosa vida sexual con la tabernera blanca, enigmática, pasiva y sin interés alguno por las ideas que bullen en el joven maestro. La conquista de una mujer blanca era una especie de venganza contra muchos siglos de violaciones de mujeres indias por los blancos; por otra parte, esa relación pronto se vuelve fuente inagotable de angustia, porque Matzar se da cuenta de que lo hace abandonar la cólera y la determinación de salvar a su pueblo. Este conflicto lo conduce a emborracharse. Se sentía, dice el texto, acompañado de sí mismo, "un ser apestoso y asqueante" (p. 239).

Finalmente, la suprema ironía de recibir una cajita de tiza en vez de los materiales pedidos al gobierno desde hacía tres años, da el golpe de gracia a sus ideales ya titubeantes. Dice el autor: "El apóstol había muerto en él; sólo quedaba la venganza" (p. 264). Ahora Lu está convencido de que sólo hay dos caminos, opuestos como una "blasfemia y una oración" (p. 252): refugiarse en la inercia de su mundo nativo o hacerse poderoso, a cualquier costo, para castigar a los explotadores. En una escena dantesca de embriaguez y de miedo, por fin huye de la aldea, de noche. Matzar se alista en el ejército y gana ascensos rápidos sirviendo a sus superiores, incluso como guardián de la horrenda tortura aplicada contra un perseguido político.

Ya como comandante militar de una zona costeña, abusa de su poder humillando y aterrorizando a los finqueros y los comerciantes ladinos. Es ahí, sin embargo, donde adquiere una conciencia

más auténtica de la composición social del país, al descubrir que las víctimas no son los indios por ser indios sino por ser pobres, y que es a los pobres de todo el mundo a quienes hay que salvar y movilizar para su liberación. Es en este momento de su proceso de conciencia cuando a través de un joven oficial se entera de que habrá una revolución, y se entrega a ella. Termina la novela en el hospital donde atienden a Matzar de las heridas sufridas en batalla. Margarita Castellanos está ahí, como enfermera.

La tesis que sugiere el autor en *Entre la piedra y la cruz* es que la solución al problema del indio y la del futuro de Guatemala radica en la fusión de razas y de seres humanos con los mismos intereses profundos, y deja la impresión de que Lu va a casarse con Margarita, comprendiendo que "para redimir a los suyos, abandonaba el dios de su padre y la casa de su padre" (p. 302).

La obra en su totalidad es mucho más que una novela social y de protesta. Es, además, el estudio psicológico de un hombre que se encuentra desgarrado entre dos órdenes de valores y que termina asiéndose a una pequeña esperanza para compensar su gran fracaso.

Comentando la próxima novela de Monteforte Toledo, el crítico Seymour Menton opina que "lo novedoso . . . en *Donde acaban los caminos*⁴ es que a pesar de la importancia del mundo indio, esencialmente la obra no es una novela indigenista".⁵ En efecto: aquí, como en *Entre la piedra y la cruz*, el autor vuelve a considerar la cuestión de la simbiosis cultural, que en este caso da resultados negativos. Pero el tema central, más que en la novela anterior, es de naturaleza psicológica y existencial.

En *Entre la piedra y la cruz*, vimos los esfuerzos agónicos que hace Lu Matzar para mantener sus ideales. En la presente novela el protagonista intenta liberarse de los prejuicios familiares, morales, políticos y religiosos de su clase, la pequeña burguesía. También fracasa.

Raúl Zamora, joven médico, sale de la capital de Guatemala y va a un pueblo de la provincia a ejercer. Su objetivo más profundo es aislarse, para hacerse y afirmar una personalidad.

Poco después de establecer su consultorio conoce a una hermosa muchacha india, María Xahil. De aquí en adelante, la mayor parte de la novela está dedicada a las relaciones entre ellos y a cómo influyen en la lucha de conciencia de él. Desde su adolescencia ha sido víctima de varias mujeres. La primera fue su hermana, quien

⁴ Primera Edición: Guatemala: Tipografía Nacional, 1953; segunda edición: Santiago de Chile: Zig-Zag, 1966. Todas las citas de esta obra provienen de esta última edición.

⁵ *Historia crítica de la novela guatemalteca* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1960), p. 262.

lo tiranizaba y lo humillaba; una niña lo inicia en inocentes juegos de amor casi a la fuerza, y su primer contacto sexual es con una prostituta que le deja una impresión de culpabilidad y asco. Estas tempranas experiencias influyen en sus futuras relaciones con las demás mujeres. Son ellas, piensa, "las que me dirigen, dejándome en cualquier posición; muñeco de hilo de plomo" (p. 64).

Al descifrar sus sentimientos por María, resuelve: "Esta vez quiero decidir sin ayuda de nadie. Debo empezar a vivir por mí mismo algún día" (p. 78). En otras palabras, como un personaje existencialista, se da cuenta de que él solo debe lograr autenticidad y definir su esencia. En efecto, la muchacha, con su exotismo y su candorosa fuerza, por primera vez lo hace sentirse "señor varón" (p. 94).

Zamora comienza a percibir la presión de la sociedad provinciana por estar vinculado a una india; y lo que es más grave para él, siente flaquear sus orgullosos propósitos de romper las cadenas de su inferioridad personal. Busca entonces apoyo en el cura danés del pueblo. Este no cree que Zamora sea un "poderosísimo solitario" (p. 105), calidad indispensable para desafiar a la sociedad provinciana y obtener la verdadera libertad personal. El provincialismo, dice, es "un mal del mundo actual... una enfermedad del pensamiento y del espíritu de comprensión... El mundo es cada día más una tenebrosa confabulación contra el hombre. El mundo está temeroso de avanzar, de romper sus seguras cadenas" (p. 106). Su pasado tormentoso de vitalidad y rebeldía le permite vislumbrar que Zamora acabará sacrificando a la muchacha india y perdiendo su arranque emancipador. Y así lo sentencia: "Pobre, infinito miserable, parte de destripadas colectividades" (p. 107).

La más indignada por la conducta del joven médico es la familia Arriaga, la de mayor influencia en la población. A ella pertenecen una solterona rica que lo ha tomado bajo su tutela, y Panchita, cuyo amor por Zamora va en furioso aumento.

Pero el fracaso de la rebeldía de Zamora hay que atribuirlo también a su debilidad de carácter, ya percibida por el cura. Tan pronto debe responder por sus acciones ante el jefe máximo de la provincia —un general que le ha tendido una trampa para acusarlo de corrupción de menores, pues María tiene diecisiete años—, niega su verdadera relación con la muchacha. En un gesto de gran señorío que rebaja a Zamora, el padre de María confirma su coartada de que sólo tiene con ellos un trato profesional. Así queda definido el fracaso del médico. Los hechos siguientes no hacen sino reubicarlo en su antiguo medio de familia y clase. Su casamiento con Panchita Arriaga, epítome de las mujeres que siempre lo habían dominado, constituye la claudicación total de sus ideales.

Como recurso para objetivar los hechos relacionados con los personajes principales, el autor se vale de un personaje secundario que narra la ceremonia nupcial y da los elementos faltantes para conocer la personalidad de Panchita. "Le serví para despertarle la carne; eso fue todo" (p. 181), dice el maestro-testigo. Al perderla definitivamente, se suicida, dejando una carta donde expresa la soledad que padecía entre el sofocante egoísmo provinciano. Su muerte simboliza a la vez la de Zamora como presunto y efímero hombre libre.

La aseveración del cura danés en *Donde acaban los caminos*, de que el mundo es cada día más "una tenebrosa confabulación contra el hombre", figura como tema importante de la novela siguiente de Monteforte Toledo, *Una manera de morir*.⁶ El elemento criollista está completamente ausente de esta obra. Al respecto, afirma Menton que "no hay ningún elemento artístico que la identifique como guatemalteca".⁷ El tema, en efecto, trasciende los límites nacionales. La lucha del protagonista contra las diversas ortodoxias que asedian la libertad intelectual, y su fracaso consiguiente, son de naturaleza universal y dotan a esta novela de las cualidades de una verdadera epopeya política de angustia y desesperación.

Mientras que el conflicto del doctor Zamora tiene su origen en el complejo psicológico, el de Peralta, protagonista de *Una manera de morir*, es el resultado de una crisis ideológica. Peralta, un joven tipógrafo consagrado desde la infancia al servicio del partido comunista en la época de Stalin, se da cuenta de que se ha convertido en un autómatas eficaz y deshumanizado. Resume su vida de militante así: "Sólo es eso: obediencia, y remordimiento y más obediencia" (p. 114).

Una de sus misiones lleva a Peralta a enjuiciar a un líder campesino, Rueda, de "desviación". El crimen consiste en haber zanjado un viejo conflicto con una recia latifundista, consiguiendo el agua que necesita el pueblo y suprimiendo, de paso, una causa de lucha y de formación de conciencia de clase. Rueda no puede entender la lógica de su enjuiciamiento y pregunta: "¿Debí esperar consignas para obtener algo tan beneficioso?" (p. 46). Peralta expresa la línea del partido así: "En nuestra línea no hay mejor ni peor. Sólo está el camino y la lucha, caiga quien caiga" (p. 46).

Peralta recurre a toda suerte de argucias y calumnias. Este "juicio" hace estallar su gran crisis ideológica y moral. Al regresar a la capital todos lo advierten. Trata de explicar a Laura, su novia, el

⁶ México: Fondo de Cultura Económica, 1957. Premio de la Unión de Universidades de la América Latina. Todas las citas de esta obra provienen de la misma edición.

⁷ *Op. cit.*, p. 268.

conflicto. Somos "igual que los yogas, que se acuestan sobre clavos y comen moscas" (p. 134), dice. "También los obispos despedaban a los herejes con los ojos en blanco y la Salve en los labios" (p. 139).

Peralta emerge de este desmoronamiento con la convicción de que debe renunciar al partido. En una confrontación dramática con Urrutia, uno de los dirigentes máximos, chocan la fría inteligencia de la razón política ortodoxa y la apasionada dialéctica de la libertad del hombre. Esta polémica no presenta a un juez y un acusado; está más allá de implicaciones morales y sirve de marco a la trama de la novela.

Parece que Peralta se ha puesto en el camino de su arbitrio para buscar la sociedad justa y el hombre descosificado; sin embargo, al entrar en contacto con la burguesía empieza otro conflicto de valores, no muy distinto del anterior. En el banco donde trabaja —corazón de la burguesía, si los hay— encuentra la sordidez de las intrigas. Don Alfredito, un viejo patético que acaba desapareciendo sin dejar rastro, ha trabajado en el banco mucho tiempo y le señala a Peralta a sus compañeros. "Fíjese cómo miran: como buitres que esperan el derrumbe del viajero en el desierto" (p. 203). Encuentra también la farsa de la superioridad de los jefes, y la usura.

En realidad, le resulta fácil entrar en el campo íntimo de la burguesía. Silvia, hija de un banquero, es su novia y le ofrece su alegría, su genuinidad y su amor para hacerlo feliz. El golpe de gracia, no obstante, sobreviene cuando prepara los documentos para el matrimonio. El sacerdote católico hace gala de la misma dureza ortodoxa e inhumana que el jerarca del partido. Al negarse Peralta a firmar como católico, porque no lo es, el cura niega los sacramentos con las mismas palabras de Urrutia: "No hay más que dos caminos, señor". (350).

Peralta ha perdido la admiración de su madre, el amor de Laura y el respeto de Luis, su hermano menor. Todos sus seres queridos, sus amigos, existían exclusivamente dentro del partido, como piezas de un mismo engranaje que ahora se ha roto. La burguesía no lo entiende; sólo aprovecha, y lo tolera, lo cual es "la forma más humillante de la indiferencia" (p. 327). Dice entonces: "No tengo dioses que me rediman por el arrepentimiento, ni ideas que me salven porque las practique. Sé que existen los que piensan como yo; pero ¿dónde, dónde están?" (p. 329).

El final es obligado: "una manera de morir", la vuelta al partido, donde hay obtusos, fanáticos e inteligencias frías y deshumanizadas; pero no *manos sucias*. En esto se diferencia la orientación ideológica de la novela de los enfoques de Sartre, que le son contemporáneos. Pero Monteforte Toledo coincide con Sartre en que

el hombre es responsable por sí mismo y por toda la humanidad. Esto da la clave al final del libro.

Al rebelarse, Peralta había abierto una esperanza a otros compañeros, que no se confesaban su anhelo de liberarse. La renuncia-ción subsecuente de sus ideales decepcionó, entre otros, a su mejor amigo, Lamberto. En lo exterior Lamberto es un cínico, "un aneste-siado" (p. 247); sin embargo, debajo de esta aparente indiferencia se halla un hombre angustiado, que sólo aspira ardientemente a es-caparse de la opresión partidista. Por eso "cifra en la liberación de Peralta un orgullo secreto y generoso; encontraba en ello una pequeña vida prestada, una dádiva que era lo único verdaderamente suyo" (p. 278).

El desengaño producido en él al abandonar Peralta su lucha, se expresa con violencia en el último capítulo. En el mismo tren donde Peralta, asqueado por su misión, entra en la crisis definitiva de su conciencia, Lamberto lo confronta con su cobardía preguntándole por qué regresó. Peralta contesta que la vida no tenía ningún senti-do fuera del partido y que su rebelión había sido "un ataque de individualismo" (389). Enfurecido, Lamberto trata de arrojar a Peralta del tren. El pie de éste, trabado entre los barrotes, le salva la vida; no opone ninguna resistencia, pues la muerte física ya no tiene consecuencia. Lejos, atruena la voz de Lamberto: "Eres un traidor, un traidor que nos enseñaste a soñar. . . Eres vil porque engañaste a los cobardes" (p. 391).

El único débil rayo de esperanza en tan sombrío panorama de fracasos y enajenación es Luis, el hermano menor de Peralta, quien al liberarse de la admiración imitativa e irracional por él, escoge el camino de su modesta, pero plena afirmación individual en el mundo.

Una manera de morir es una obra definitivamente comprometi-da con la libertad como condición para actuar contra la injusticia en el mundo y para acreditar la presencia del hombre sobre la tierra. Esa libertad implica enfrentarse a todo lo que la limita o la amenaza.

La última novela de Monteforte Toledo que estudiaremos es *Lle-garon del mar* (1966); aunque aparentemente ubicada en la época prehispánica, completa integralmente su visión del mundo indígena con las más viejas raíces de su derrota y de su pasividad, y de su explotación actual.

Comienza la novela con el fin de otra de las "guerras floridas" cíclicas que el imperio de los Tukur desencadena contra el reino de

* México: Joaquín Mortiz, S. A., 1966. Todas las citas de esta obra provienen de la misma edición. A finales de 1976 la misma editorial Mortiz publicó *Los desencontrados*, el último trabajo novelístico del autor.

los hijos del Arbol Rojo por razones en fondo lucrativas. Siete Cañas, señor de Ixcayá, vuelve a su casa, donde esperan su joven hija, Corazón Reclinado, y sus dos esposas: Antes, símbolo de la reciedumbre de las tradiciones, y Ala con Pestañas, una espléndida muchacha que encarna la sensualidad y también el misterioso designio de traicionar a su pueblo (la personificación es demasiado clara para ignorar que se trata de una Malinche).

"Mañana irás al campo solo" (p. 12), dice Antes. En efecto, tres hijos de Siete Cañas han muerto en la última batalla; los cuatro, mejor dicho, porque el mayor, Jaguar de Montaña, cayó prisionero y será ritualmente sacrificado. En capítulos posteriores, retrospectivamente, se cuenta la vida de estos muchachos. Dos de ellos, los Cerbataneros, son el símbolo de la alegría y la imaginación poética; se enamoran de la misma mujer y la preñan escupiéndole las manos. Irritan con sus artes al opulento y perverso Frente Alta Tsiquín, quien "odiaba a los puros... Para aborrecerlos rejuvenecía, y se transformaba en un dios lleno de ferocidad" (109). Por defender a su esposa en la batalla, estos gemelos se separan, y así dejan de ser invulnerables y mueren. El otro hermano, Flecha de Cumbre, envidia enfermizamente al mayor, quien lo supera en todo. "Nadie era dueño de tanto odio. Era su sangre, su tuétano, su pensamiento, su desposada" (p. 27). Es la encarnación de un complejo mutilador y de una pasión sórdida, superior a la vida. Siete Cañas lo ve morir con rencorosa indiferencia, porque la historia insinúa que de una manera turbia, Ala con Pestañas lo amaba, por perverso. Jaguar, un héroe, recibe permiso de sus captores para despedirse de sus montañas; a su hora vuelve para morir en el fuego, danzando. "¿Seremos huérfanos allá, como lo fuimos en este mundo?" (p. 174), se lamenta este joven guerrero, destinado quizá a salvar a su pueblo. Más que cualquier otro personaje en esta obra, es víctima de la ortodoxia de las costumbres de su pueblo. Se ha dedicado por completo al desempeño de sus obligaciones de noble y, por eso, ha dejado de vivir como hombre.

Los Tukur toman esclavos y suplantán todos los valores de los vencidos. Para ello encuentran cómplices entre los mismos señores del reino; por ejemplo Frente Alta, que funge como gobernador y explica su servicio con descarnado realismo para convencer a los renuentes. Hasta los sacerdotes se pliegan, para conservar algo de la religión antigua. El supremo sacerdote advierte que ha caído el castigo porque ese es "un ciclo de fornicadores y de ladrones y de irreverentes y de maldecidores de sus padres y de sus madres" (p. 80). Los tributos son enormes y los paga todo el pueblo, en una escena estremecedora de humillación. Se oye el lamento: "¡Ay! Han muerto nuestros dioses" (p. 135).

Peto el señor de Ixcayá no se conforma con la derrota. Se da cuenta de que sólo se debe a la división entre los reinos, y a la cobardía de los caciques y de los sacerdotes, guiados por el interés de conservar sus prebendas y su rango. Argumentando, implorando, Siete Cañas recorre muchos caminos, inútilmente. Uno de los caciques le dice: los pobres no se lanzarían; "no se interesan en nuestras guerras porque son ellos los que mueren" (p. 146). "No se puede exigir que tomen decisiones los que no han hecho otra cosa que obedecer" (p. 148).

Entre tanto y como estaba resuelto, Corazón Reclinado es recluida en la Casa de las Doncellas, donde se las enseña para el sacrificio propiciatorio. "Así, viviendo y muriendo, acataba las leyes de su pueblo" (p. 90). Frente Alta busca ensuciar a la casa de Ixcayá torciendo este designio, y se vale de El Incompleto, un eunuco que tiene acceso al claustro, para marear a la muchacha con alabanzas e inducirla a fugarse y a lanzarse a la vida mundana.

Agobiado por el peso de la derrota de los suyos y del fracaso de su campaña para levantarlos en armas, Siete Cañas pierde por completo la moral al ver que su hija entra en un prostíbulo. El suicidio es propio de este símbolo de honradez y espíritu nacional cuando se han frustrado todos sus ideales.

De pronto cunde la noticia de que los dioses anunciados por las profecías han desembarcado; las mujeres empiezan a soñar con seres de ojos claros, y los Tukur tratan de unificar a todos sus vasallos para rechazar a los invasores. Para convencerlos de que no son dioses sino hombres y mueren, exhiben una cabeza ensangrentada. Casi todos los reinos cobran entonces sus agravios y se niegan a ayudar a sus amos; hay quienes ansían que llegue la hora de traicionarlos. Como recuerda Monteforte Toledo en una de sus obras sociológicas, "la conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles".⁹

El reino del Arbol Rojo decide luchar. Entre el polvo se adivinan las cabezas de los caballos, los pendones católicos, las corazas, los perros carniceros. Va a empezar la batalla cuando de la casa de Ixcayá sale Ala con Pestañas y va, lentamente, hacia los extranjeros. "Y alargó la mano, con gesto de entregar la llave del reino, el secreto de sus viejos papeles, la voluntad de existir, el recuerdo de lo que había sido" (p. 216). Las supersticiones y la esclavitud mental de los guerreros los derrotan definitivamente. "Un solo estruendo se levantó de la ciudad . . . Eran las armas de los guerreros. Eran las armas que los guerreros dejaron caer juntas" (p. 216). El destino del Nuevo Mundo estaba sellado.

⁹ *Guatemala: monografía sociológica* (México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1959), p. 115.

En el último capítulo, "La estirpe", se refiere al destino del pueblo del Arbol Rojo, su dureza para sobrevivir, ambulando, entre los pueblos ya asentados; es una reminiscencia del destino de los aztecas, tal vez. De la línea de Ixcayá queda Balam —nombre de tigre—, educado por su madre, la viuda de los gemelos prodigiosos, y por Antes, la viuda de Siete Cañas; una enseña al niño el amor y la poesía, otra la dureza y el odio. A los dieciséis años Balam mata por primera vez a un soldado español. "Es mejor comenzar temprano, mientras tengo la disculpa de los años" (p. 233), dice. El encarnará la lucha y la esperanza de su pueblo. Y como sabía cantar, como sus padres, dice en el último párrafo de la novela: "La flor, la risa, la aurora, el maíz, el sueño, el placer de la carne con que se propaga la especie, la voz guiadora de los dioses, alivian el llanto y la certidumbre de estar sobre la tierra" (p. 234).

Llegaron del mar es, sin duda, la obra con mejor estilo y más profundo sentido histórico y crítico de la narrativa de Monteforte Toledo. Paradójicamente, también es la más contemporánea, y la más universal. Una habilidosa transposición e interpenetración de culturas, y un conocimiento profesional de la dialéctica que explica el poder y el dominio de unos pueblos sobre otros, hacen de esta obra un documento vivo. Se vuelven realidad los mitos del *Popol-Vuh*, del *Rabinal-Achí* y de las leyendas incásicas, y los mensajes proféticos de la poesía maya y náhuatl; porque el tema es común a toda la América. Pero hay algo más: la novela exhibe la razón directa del triunfo de un imperio sobre las demás naciones.

Hasta hoy, los rasgos que más resaltan en la novelística de Monteforte Toledo son una intrincada trabazón dialéctica que hace a casi todos los personajes —e invariablemente a los principales— contradictorios y humanos; una viva conciencia de las condiciones sociales, y una mezcla de brutalidad y de ternura en el tratamiento de la temática. Con independencia del argumento, la principal contradicción parece establecerse entre la búsqueda de la libertad y el poderío de las fuerzas que se le oponen. Esta contradicción procede menos del planteamiento objetivo de la novela que de un íntimo conflicto del autor; el que algo sabe de su vida no se sorprende al encontrarla tan frecuentemente en sus obras, porque sus convicciones le han acarreado cárceles y exilios que lo han tenido fuera de su país la mitad de su vida adulta. Esas convicciones han acarreado a Monteforte Toledo bastante soledad y un difícil éxito en el campo literario, pues a menudo le llueven dardos de todas partes. "Siempre me he esforzado en ser intelectualmente libre; por eso dejé la religión, la política activa; por eso no pertenezco a asociaciones imponentes"

de criterios";¹⁰ ha dicho. Y añade: "Todo ello resulta a menudo socialmente ineficaz; pero de cualquier modo, inevitable."¹¹

En casi todas las novelas de Monteforte Toledo hay pequeñas conclusiones optimistas, pequeñas esperanzas salvadas de los desastres que plantea; pero el hallazgo final de los protagonistas decisivos es el fracaso. Su causa es el condicionamiento negativo prevalente en las sociedades latinoamericanas, y el inmenso poder de corrupción y cosificación propio del sistema predominante en el mundo occidental, tal como lo diagnostica el autor en sus obras de ficción y en sus obras sociológicas. Pero hay otra lógica en ese fracaso: el hecho de que los personajes se proponen luchas contra enemigos superiores a sus fuerzas. Nunca un destino inmanente rige ese proceso; el esfuerzo hacia la salvación se da siempre, angustioso, desesperado.

La mayor riqueza de matices en el desarrollo de la trama y en el crecimiento dramático de los personajes hay que buscarla a nivel ideológico, es decir bajo apariencias donde la verdad y la mentira se entremezclan. En esto, entre otras cosas, se distingue la narrativa de Monteforte Toledo de la orientada por el realismo socialista, tan llena de arquetipos y de simplismos mecánicos. Hay escaso absurdo, escaso surrealismo en aquella narrativa; se trata de un ejemplo de realismo poco experimental, seguro e invariablemente comprometido, a la manera de Brecht. La poesía que subraya a veces el texto se debe a que todo artista de la prosa es, inevitablemente, también un poeta. Los remanentes modernistas tan propios de la generación de Monteforte Toledo sólo se advierten en *Anaité*, donde por cierto es más descuidado el estilo; posteriormente se detecta una influencia nerudiana y vallejjiana, así como la carga cultural que también llevaba Miguel Ángel Asturias, de la literatura prehispánica; estos orígenes resultan obvios en *Llegaron del mar*.

Entre la obsesión de la libertad y el fracaso, pues, se despliega la maraña de la novelística donde Mario Monteforte Toledo sitúa el drama del hombre y el drama de la sociedad que lo condiciona. Nada en este drama es pasivo e inevitable; prueba de ello es que el autor sigue planteándolo obstinadamente, como si estuviera convencido de que la lucha es fecunda y de que alguna vez, en alguna parte, la solución existe.

¹⁰ Carta inédita.

¹¹ Entrevista con el autor.

PARALELO ESTRUCTURAL ENTRE EL JARAMA DE SANCHEZ FERLOSIO Y EL CORTEJO DE OTAOLA

Por Maryse BERTRAND DE MUÑOZ

HACIA el final de su novela *El Cortejo*¹ Simón Otaola pone en boca de un personaje la afirmación siguiente: "Creo que Cela es el escritor español más importante de España en la actualidad. Digo escritor, Pardo. Entiéndeme. Ahora que como novelista, qué quieres, como novelista... Mira, como novelista, me quedo con Sánchez Ferlosio. Así: sin discusión. No tiene más que una novela, "El Jarama", pero ¡ahí queda eso!" (342). A lo cual el interlocutor, el poeta Pardo, contesta un poco más tarde: "A propósito de "El Jarama": A mí me han dicho varios amigos que es un libro aburrido, sin interés alguno, que todo se va en hablar y decir vulgaridades, que es, en fin, una novela fatigosa en donde no pasa nada absolutamente y todo se resuelve en pura cháchara" (342).

De estos dos juicios divergentes partiremos para establecer nuestra comparación. El poeta Pardo emite una opinión frecuentemente oída sobre la obra de Sánchez Ferlosio, obra clave en la novelística de la posguerra como todos saben. El crítico Juan-Luis Alborg, en su primer tomo de *Hora actual de la novela española*,² explicita este parecer: "Creo que muchos lectores, aun admitiendo su importancia (de "El Jarama"), acusan de aburrida la novela; lectores no sólo apresurados, incapaces de resistir un relato tan falto de aventuras como la novela de Ferlosio, sino gente de letras mucho menos sensibles a la anécdota" (315).

El contenido, el lenguaje, la estructura de *El Jarama*³ de Sánchez Ferlosio son conocidos de todos. Muchísimos estudios, tanto en revistas como en libros, se han hecho de esta novela que marca un hito, una fecha importante en la evolución de la novela española posterior a 1939. Los más acertados son sin duda los de Juan Luis

¹ México, Joaquín Mortiz, 1963, 368 p.

² Madrid, Taurus, 1958, 358 p.

³ Barcelona, Destino, 1956, 365 p.

Alborg,⁴ de Eugenio de Nora⁵ y de Ramón Buckley⁶ en sus amplios trabajos sobre la novela contemporánea, el libro de Darío Villanueva, "*El Jarama*" de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado⁷ y los artículos de Edward C. Riley, "Sobre el arte de Sánchez Ferlosio. Aspectos de 'El Jarama'",⁸ y de José Schraibman, "La estructura simbólica de 'El Jarama'",⁹ No nos detendremos pues en analizar *El Jarama*, cuya bibliografía crítica es ya muy extensa, sino que insistiremos más en *El Cortejo* y sus relaciones estructurales con la obra de Sánchez Ferlosio.

El Jarama, Premio Eugenio Nadal 1955 y Premio de la Crítica 1956, a pesar de haber sido tachada por muchos de novela pesada, sin trama y con personajes innovables fue reconocida en seguida por los críticos serios como obra de valor; no tardó en ser traducida, pasar las fronteras y suscitar imitadores. Entre estos últimos, Simón Otaola aparece como el más evidente, y las palabras de su personaje, el escritor Manuel Miraflores, citadas al principio de este estudio, expresan sin duda su propia convicción. *El Jarama* le entusiasmó y entonces ideó algo parecido en otro ambiente, el de los exilados españoles en México.

Nacido en San Sebastián en 1907, Simón Otaola emigró a México en 1939, donde se dedicó a trabajos de publicidad cinematográfica; escribió varios libros y con *El Cortejo*, publicada en 1963, se estrenó en el campo de la novela. Buen conocedor de la literatura mundial y de la novelística española de posguerra —como puede apreciarse en la lectura de *El Cortejo*—, Otaola se propuso reflejar el mundo de los españoles forzados, como él, a abandonar la patria al final del gran trauma de 1936-1939. Sitúa la acción en la ciudad de México y el libro se abre con un grupo de personas enlutadas frente al cadáver de un hombre político destacado. Esta escena inicial es el punto de partida para hacer desfilar ante los ojos del lector más de ochenta personajes, casi todos exilados.

La obra tiene prácticamente la misma extensión que *El Jarama* —tres páginas más que ésta, en un texto también apretado, tupido—, y se reparte en ciento once apartados, o sea, casi el doble que en la novela de Sánchez Ferlosio. Asistimos a un día en la vida de los refugiados: empieza a las cinco de la mañana para terminarse más

⁴ *Hora actual*, pp. 305-321.

⁵ *La novela española contemporánea*, II. II (Madrid, Gredos, 1958), pp. 299-305.

⁶ *Problemas formales en la novela española contemporánea*. (Barcelona, Ediciones Península, 1968), pp. 47-78.

⁷ Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1973, 168 p.

⁸ Buenos Aires, *Filología*, IX, 1963, pp. 201-221.

⁹ *Philological Quarterly*, 51, I, Jan. 1972, pp. 329-343.

o menos a la misma hora al día siguiente. No se trata aquí de un domingo —unas dieciséis horas— como en *El Jarama*, sino de un día laborable, y así, varios personajes se dirigen primero a sus oficinas para luego ir a comer, acudir a la tertulia y volver al trabajo antes —o después— de presentarse en la Agencia Gayosso, donde tiene lugar el velatorio, y asistir posteriormente a una fiesta en casa de los Báguena. Pero en las dos novelas el día escogido es un día señalado: día de reposo, de evasión esperada en una, día de desaparición de un hombre importante y bodas de plata de unos magnates del exilio en la otra.

A la venta de Mauricio, situada en lo alto de la ribera del Jarama, llegan de Madrid varios jóvenes por la mañana y a las siete de la tarde se juntarán más de veinte; acuden también allí cerca de veinte adultos y algunos niños, la mayoría de ellos gente del campo. En realidad, se constituyen dos grupos principales: los jóvenes ciudadanos y los mayores rurales. No tenemos esta distinción tan marcada de edad en *El Cortejo* en el cual los personajes son españoles que emigraron al finalizar la guerra civil, o poco después de dicho momento, y entonces ya tenían todos más de diecisiete años; la fecha en que transcurre la obra no está indicada, pero se supone que alrededor de 1960, y por lo tanto, la edad de los exilados oscila entre los cuarenta y los setenta años. Todos, menos Jerónimo, un ranchero solitario que aparece frecuentemente desde el mediodía hasta el final, viven en la ciudad. A la superioridad numérica de los personajes de *El Cortejo* sobre *El Jarama*, se añade su mayor variedad de procedencia: entre los desterrados encontramos a gente de casi todas las regiones españolas, aunque destaquen los aragoneses, los murcianos y los andaluces. Predominan aquí los hombres sobre las mujeres de forma más evidente que en Sánchez Ferlosio, y aparecen núcleos más homogéneos de seres: así, deambulan tres grupos de hombres que siempre están juntos: siete ex-revolucionarios, tres interventores de cine y tres empleados de la funeraria. Estos últimos, "el zopilotón" —el calvo y bizzo don Pompilio—, "el zopilote" (58) —el cojo don Baluarte—, y "el zopilotito" (59) —el enano don Cenizaro—, que emiten sus "Cuaj, cuaj, cuaj" y rezan en latín todo el día al lado del cadáver, recuerdan al inválido Coca-Coña y al alcarreño tuerto del *Jarama*, a la vez que parecen salir de la película *Viridiana* de Buñuel. En ambos libros, de todas formas, estamos en presencia de un protagonismo múltiple, como en las obras unanimistas y simultaneístas: a ningún personaje se le concede más importancia que a otro, todos están medidos poco más o menos por el mismo rasero.

En *El Jarama*, los madrileños se bañan, comen, beben, descansan un rato, hablan de naderías, discuten un poco, bailan y son testigos de la muerte de una muchacha del grupo, en tanto que los aldeanos pasan el día en juegos inocentes y charla intrascendente, y ni siquiera el cadáver de Lucita consigue conmovierlos de manera acusada. El día de los exilados se desarrolla también en un ambiente de tedio a pesar de los hechos que lo señalan. El acontecimiento nefasto del día no suscita la emoción, el dolor que se podrían pensar. Un político significativo para todos los refugiados muere del corazón, pero el hecho no pasa de ser considerado sino como "lo de siempre. En esta altura, ya se sabe, el corazón estalla, como un globo" (28). Se habla del "muertito" (71), del "hambre" (73), y sin embargo, es tan conocido que nadie lo nombra. Para todos es un deber presentarse en la Agencia Gayosso, pero las reacciones se reducen a frases como "Otro que se queda aquí" (58) o "todos los días pasa lo mismo: el muerto... El muerto y sus comentarios. El de hoy traerá sus consecuencias" (41). Las bodas de plata de Genoveva y Joaquín Báguena debían despertar alegría en los amigos y, a pesar de la espléndida cena, el baile, el espectáculo de flamenco, las canciones, etc., es manifiesto el hastío de los asistentes: pelean, riñen por motivos insignificantes, se emborrachan para olvidar; sólo se siente el "bochorno, de ese universo reducido a sudor, ceniza y brasa humana" (306), y acaba por decir un invitado: "Esto, como verás, es un sepelio" (352).

Un espíritu de fiesta anima a los que salen de Madrid para ir a pasar el domingo a las orillas del Jarama; sin embargo, el día les pesa, no se divierten y la jira se termina en tragedia sin producir la conmoción que la misma podría hacernos suponer. Entre los exilados, los hechos se producen a la inversa, pasando de la noticia dramática de la mañana a las horas de regocijo de la noche, pero el suceso no les afecta demasiado, así como tampoco logran pasar bien el rato en casa de los Báguena. El aburrimiento es el denominador común de las dos novelas; la alegría y el dolor, la vida y la muerte se confunden en un mismo sentimiento de vacío.

Recordemos las palabras de Fernando en *El Jarama*; quisiera "No tener tanto trabajo. No renegarme los domingos, acordándome de toda la semana" (201); o las de Miguel: "Yo, la verdad, yo no sé distinguir cuando me aburro de cuando me divierto. Te lo juro" (204) o "Qué sé yo. No me hables de bodas ahora. Hoy es fiesta" (172); "Gente desesperada de la vida es lo que parecen" (357) dirá de ellos el pastor a la noche. Ni siquiera la muerte de una compañera logra trastornarles demasiado: Mely hace muchos aspavientos, pero en esto sigue fiel a su manera de ser, a su gusto por

l'amar la atención; pero veamos de nuevo a Miguel, al entrar en Madrid después del suceso: "¿Esto? Vallecas City, ciudad fronteriza —contestaba riendo" (349) escribe el autor. La gente de la tasca tampoco disfruta mucho del domingo: para Mauricio, Faustina y su hija Justina es el día de más trabajo de la semana, y los parroquianos apenas saben qué hacer de estas horas de asueto, no encuentran casi temas de conversación, y se limitan a repetir lugares comunes, banalidades como los bañistas y, también como éstos, tienen aun el ánimo de reírse y seguir bromeando una vez pasado el sobresalto del accidente en el río; la muerte es parte de la vida, no hay remedio, y es preciso resignarse: "Son las cosas que pasan" (356), "La vida... que es así de imprevista" (317), "No hay por dónde cogerla. Mala por cualquiera de los cuatro costados que le entres... Mala sin remisión. La misma cosa tiene el embolado éste de la muerte asquerosa, que no hay por dónde desollarla" (318).

En *El Cortejo* se percibe constantemente este mismo abatimiento, esta sensación de una vida inútil, con esperanzas siempre frustradas. Los personajes son en general de un nivel social y cultural más elevado que los del *Jarama*, pero no por esto dejan de sentir el peso de una existencia sin sentido. Unos son escritores, los otros profesores, agentes o empleador de empresas, de oficinas, etc. Casi ninguno tiene verdaderas dificultades económicas y sin embargo, la vida carece de aliciente para ellos; su situación de emigrados políticos podría ser la causa de tal estado, pero llevan ya tanto tiempo en el exilio que su angustia y su ansia de volver a España se han borrado casi del todo. En un largo párrafo, el autor plasma de forma notoria su desapego:

La tertulia del café se está poniendo al rojo vivo y polemizador: al agresivo rojo de la querrela. Hoy se dispone de tema: la muerte del día; muerte de larga y profunda significación política. El muerto nuestro que, como un pan caído del cielo, hoy, también ha descendido a inquietar al desterrado. Sin embargo...

El destino propone el suceso y el refugiado español dispone el tema. El muerto va, como una dramática procesión, por dentro. Tal acontece en la tarde de hoy. Plato del día: el muerto de hoy. Está caliente y mercede la pena. (84)

La frase "Hoy se dispone de tema" es muy reveladora de este ambiente habitual de aburrimiento así como la expresión "Plato del día" no podría ser más irónica ni significativa de la poca importancia concedida a la muerte. En efecto, los contertulios siguen sus costumbres de todos los días, discuten de literatura, riñen, se molestan

sin motivo: Joaquín Báguena, el magnate que celebra sus veinticinco años de boda, filosofa de esta manera: "La vida es así. ¡Qué le vamos a hacer! Como dijo el poeta: También se muere el mar. De acuerdo, completamente de acuerdo. . . Me voy ahora mismo a la Agencia a cumplir con los muertos. Dejé a los muertos el trabajo de enterrar a sus muertos" (125). Nótese bien esta última frase: Bágueda se considera a sí mismo como un muerto. En la fiesta nocturna, ninguno de los presentes disfruta realmente de la compañía, del convite: una riña fortísima surge porque uno afirma que la bailarina Estrella Barbi parece fría; uno se emborracha de tal forma que provoca e insulta a varias mujeres; los dueños apaciguan a los alborotadores, y el resultado es que todos se sienten a disgusto, nadie está contento. Varios prefieren volver a la Agencia Gayosso, otros se quedan sin saber por qué, y el poeta Burgos Juan, que desde el principio decía que se marchaba, acaba por quedarse a dormir en la mansión.

En realidad, todos estos seres que deambulan en las dos novelas sufren de soledad y tratan en vano de salir de ella. En *El Cortejo* leemos: "Llega otro contertulio. Hoy es día de movimiento. La muerte de un ilustre personaje tiene poder, siempre, para congregador admiradores. De la muerte, ni pío. Mejor. Así crecerá El inmensamente en su terrible y amarga salsa: el silencio. La muerte de un amigo servirá, al menos, en la emigración, para reunir los desperdicios de la soledad. Juntos y alborotadores —o mudos. En definitiva: solos. Cada uno, en el montón escandaloso, con su soledad a cuestas" (104). En *El Jarama*, la excursión, el domingo, reúne a varios seres que están también juntos y solos. No saben qué hacer, qué decir para vencer las barreras que los ensimisman. Pensemos en Lucita que confiesa a Tito: "De algo hay que hablar" (69). Este es el gran problema de los grupos humanos de ambas obras: se reúnen para escapar de la monotonía diaria, quisieran sentir el calor humano y sin embargo nada logra animarlos. La compañía de sus semejantes no les saca de su condición de seres aislados en un mundo hostil —"Armamos estruendo para espantar el silencio en torno" (369). Concluye un personaje de Otaola—. Su conversación es una prueba hartamente convincente.

En la obra de Sánchez Ferlosio, los jóvenes hablan poco de su vida íntima y de su trabajo; las películas y artistas del momento, la moda, el bronceado, el casamiento y otras generalidades les atraen un poco más, pero todo se queda en lo superficial, como en los diálogos de los mayores sobre el orgullo, la justicia, la tacañería, el dinero, el deseo de aparentar, la superioridad de la experiencia sobre los libros. Los chismes, el fútbol, el fatalismo, la discusión sobre

la muerte, la guerra civil, son temas comunes a ambos grupos, e incluso a ambas novelas (Subrayamos sin embargo, que si la revolución española aparece en las dos novelas, Otaola se detiene más veces en este conflicto que Sánchez Ferlosio, y esto por razones obvias). Pero entre los exilados de México, casi todos de cierta cultura, tampoco se discute nada de manera seria: el clima, la situación geográfica de México, la literatura, los libros y las revistas de moda, los problemas familiares, los negocios, la vuelta a España; todo se reduce a alusiones breves, nunca a discusiones prolongadas ni hondas. Cualquier tema serio que pudiera llevar a la expresión de opiniones personales, de valor o de sentimientos íntimos, cae en el olvido de forma inmediata a su aparición por falta de interés del interlocutor, o simplemente porque alguien le interrumpe y lleva la conversación por otros derroteros.

Se ha hablado a menudo del objetivismo de Sánchez Ferlosio; sin embargo, críticos como Buckley, Riley o Villanueva han demostrado que la objetividad no es total ni mucho menos. De todas formas, no cabe duda que en *El Jarama* el autor tiende a presentarnos a sus personajes por sus actos, sus palabras, su discurso. Y aquí es donde vemos la diferencia mayor con *El Cortejo*. Otaola se aparta a menudo de la técnica behaviorista para indagar en el pasado de ciertos exilados; sus narraciones son frecuentemente explicativas de la conducta como en el fragmento citado sobre la tertulia (84). Es más, utiliza a lo largo de todo el libro el paréntesis más o menos extenso para dar su opinión y expresar el flujo de la conciencia de algún personaje. Por lo tanto, el conductismo, el magnetofismo, la técnica cinematográfica tan mencionados a propósito del *Jarama*, si bien son técnicas que le sirven a Otaola en varios momentos, se combinan con otras más antiguas y más modernas para dar una mayor complejidad.

La nota dominante en *El Cortejo* es, a pesar de todo, la presencia de los personajes y, como en Sánchez Ferlosio, el diálogo. "Hablando se retrata la gente" (359) afirma el hombre de los zapatos blancos al final del *Jarama*, y el autor hace suya esta frase impregnándonos de la insignificancia de sus criaturas por medio de diálogos anodinos a lo largo de las casi cuatrocientas páginas del libro. El lenguaje que emplean sus criaturas se acerca tanto a la realidad, que puede servir perfectamente de ejemplo práctico para un curso de español coloquial.¹⁰

Por su parte, Otaola se acerca tanto a Sánchez Ferlosio en el

¹⁰ Villanueva parte en efecto del libro de Werner Beinhauer, *El español coloquial* (Madrid, Gredos), para estudiar el lenguaje de Sánchez Ferlosio, pp. 111-124.

aspecto lingüístico que el hecho llama la atención del lector; en efecto, parece hasta extraño que unos exilados que llevan veinte años fuera de su país no hayan asimilado más el lenguaje de su tierra de adopción, y hayan conservado tan intacta su manera de hablar. Los mejicanismos más conocidos, como "mano", "saco", "carro", "chula", "chamaca" aparecen repetidas veces, pero no se oye ninguna expresión extraña en España. Encontramos refranes, aforismos, chistes conocidos, lugares comunes totalmente propios entre españoles, y si entre los exilados se pronuncian ciertas palabrotas y expresiones fuertes bien sabemos que son normales entre hombres, y que Sánchez Ferlosio no las recogió en su obra debido a la censura imperante en el momento de su publicación. Otra coincidencia entre los dos autores: españolizan ciertos nombres extranjeros como el "Cuin Mery" (Queen Mary) (54) y "la Dekauve" (el coche DKW) (156) en *El Jarama* y "Chaicosqui" (Tchaikowski) (174) y "Rocanrol" (Rock-and-roll) (206) en *El Cortejo*. También notamos que hacen hablar a ciertos personajes de forma diferente de los otros para ser fieles a la realidad: así, el alemán Schneider (Esnaíder, como le llaman varios) y la catalana Pepeta en *El Jarama*, y el valenciano Anfructuoso, "el ché qué hombre" (256) como le apoda el autor del *Cortejo*, y Don Cuco, el cargador que acompaña al desgraciado Carlitos Tobalina.

El tiempo, factor tan importante en la vida del hombre y tan sujeto a interpretaciones subjetivas como lo demostró Bergson, constituye un elemento capital en ambas novelas. En *El Jarama* hay constantemente referencias a los momentos del día, al movimiento del sol y luego a la aparición de la luna, a las horas que transcurren lentamente desde la mañana a la noche. Otaola señala de manera menos precisa los pasos del día y, contrariamente a Sánchez Ferlosio, no desarrolla su trama de forma netamente lineal, cronológicamente: a veces vuelve a atrás en el día para sacar a escena otros personajes, así como también nos refiere a menudo el pasado de varios exilados. Las dos obras son morosas pero el tiempo no cobra el mismo sentido en el desterrado Otaola que en el peninsular Ferlosio. Para los jóvenes madrileños, las horas de descanso se escapan demasiado pronto a pesar del aburrimiento, y querrían detener el fluir del tiempo: Fernando retrasa la aguja del disco para tener la impresión de bailar el doble y Mariyayo le hace observar: "Y te crees que por eso no corre el tiempo igual" (212-3); Zacarías llama al reloj "la muerte niquelada" (274). Los que han tenido que huir de su patria sienten de forma muy diferente el paso de las horas: para ellos nunca se acaba el paréntesis que creían que iba a durar unos meses en su vida; desde el año cuarenta han esperado volver a su país, y tan larga ha sido la espera que les ha

desgastado, la ilusión se ha esfumado. Valga de ejemplo el diálogo siguiente: "Las cosas se van precipitando, Teodoro. El pavo de Navidad en "Madriz". Me juego la... —no te juegues tanto, Matías; para ti todos los pavos de Navidad están allá" (49). Se han tenido que resignar a hacer su vida en tierras lejanas y se agitan vanamente, en una existencia sin meta. Cada uno tiene que enfrentarse con su propio destino: esto es lo que se desprende de las dos obras: la suerte es adversa para todos los hombres, el tiempo acaba siempre por vengarse y llevar a la muerte. Los jóvenes domingueros españoles, tan ansiosos de divertirse, están dominados por el hastío, y el río Jarama, símbolo del tiempo que corre y del destino, se lleva al más inocente de ellos, del mismo modo que los años van borrando la esperanza en los desterrados, y la altura de la ciudad de México —símbolo quizá de las elevadas aspiraciones democráticas— mata, haciendo estallar el corazón, hasta a hombres de talla como el muerto del día.

Toda esta gente que se mueve en las dos obras que estudiamos siguen ritmos distintos que responden al conjunto de cada una: *El Jarama* transcurre en un día festivo, en el campo; dos coordenadas espacio-temporales que obligan a un tempo lento, a pesar de la impresión contraria de los jóvenes; *El Cortejo*, por tener lugar durante un día de trabajo, en una gran ciudad, es forzosamente más veloz. Los mismos modos de locomoción empleados por los personajes —moto, bicicleta, carro y coche—, en la primera, contrasta con los lujosos y rápidos coches de los exilados ricos y los taxis mejicanos. Los traslados de los diferentes jóvenes, una vez llegados al borde del Jarama, siempre se efectúan a pie: se pasean por la orilla del río, y sobre todo suben y bajan varias veces la pendiente que les separa de la venta de Mauricio. Los mayores, por su parte, evolucionan en un radio de acción muy limitado. Las andanzas de los madrileños se podrían dibujar y resumir por una línea horizontal —el río, símbolo hemos dicho del tiempo, del destino— y otra vertical, símbolo de su vida, de una difícil empresa en la cual todos se ven reducidos a la tarea ingrata de Sísifo. El autor acrecienta esta impresión de movimiento ascendente y descendente pasando de forma casi constante de un grupo al otro, como una cámara cinematográfica. En *El Cortejo* constatamos los mismos desplazamientos: unos pocos aparecen solamente en la Agencia Gayosso, y se pasean entre los varios grupitos que forman el duelo, pero la mayoría, después de habernos sido presentados en diferentes lugares de la capital mejicana, acuden al velatorio y luego a la fiesta. Presenciamos el mismo ir y venir de un sitio al otro que en *El Jarama*, subrayado por Otaola mediante el mismo procedimiento del autor-cámara. Añade sin embargo Otaola un elemento inexistente en Sánchez Fer-

losio: la tertulia, reunión de intelectuales o seudointelectuales imprescindible en todo ambiente hispánico y, aquí, parada intermedia entre los dos polos opuestos, cronológicamente colocada en medio del día narrado.

Señalemos que Otaola fue un asiduo de la tertulia de "El Papagayo" en México: su descripción es hábil y brillante como lo es en otro de sus libros, *La librería de Arana*, dedicado enteramente a este tema.

Este vaivén constante en las dos novelas entre puntos estratégicos —de una gran capital (hasta tal punto que el resto de México no parece existir) o de una aldea— suscita en seguida la imagen de círculo cerrado. Y cuando a esto se suman más hechos significativos, como el tiempo reducido a un solo día y la oscilación entre el dolor y la alegría, la muerte y la vida, entonces la impresión esférica es total. Tanto Otaola como Sánchez Ferlosio nos presentan cada uno un microcosmos, una réplica diminuta de la vida en la tierra: los hombres, exilados o no, pasan por la vida tratando de evitar el sufrimiento y de divertirse el máximo posible, pero el éxito obtenido es mínimo y quedan abocados al aburrimiento, la soledad y la nada, donde tarde o temprano han de volver. Los títulos de ambas novelas son significativos de la idea básica de cada autor en ellas: el Jarama es el lugar de la diversión, pero sobre todo, el instrumento de la muerte así como en *El Cortejo* los hombres se enfrentan todo el día con la presencia de ésta, a pesar del intento de regocijo. Obras testimoniales, *El Jarama* y *El Cortejo* no preconizan ningún valor individual ni colectivo, sino que van mucho más allá del simple reflejo de su tiempo para llegar a constituir una expresión del ser humano en el siglo xx, ser despersonalizado por excelencia, pero hombre a pesar de todo. Las dos estructuras son reveladoras de la universalidad de las obras ya que desde Homero, se ha representado el viaje del hombre en la tierra como un partir de un punto para volver al mismo, tal un amplio círculo.

Se ha calificado a menudo al *Jarama* de "epopeya de la vulgaridad",¹¹ se le ha tachado de gris, de anodina, tanto en sus criaturas como en su trama; lo mismo se podría afirmar del *Cortejo*. Pero ¡cuánta luz!, ¡cuánta magia!, ¡cuánta poesía! descubre en ellas el lector atento.

Otaola se ha inspirado en Sánchez Ferlosio en la concepción y realización de su obra, sabiendo crear una obra original, llena de fuerza, magnífica. Como Manolo Miraflores en el fragmento mencionado al principio de este trabajo, concluyamos: "me quedo con Sánchez Ferlosio", pero no sin añadir: con Otaola también.

¹¹ Señalado por Alborg, *op. cit.*, p. 312.

RESUMEN

PARALELO ESTRUCTURAL ENTRE *EL JARAMA* DE SANCHEZ FERLOSIO Y *EL CORTEJO* DE OTAOLA

El Jarama de Sánchez Ferlosio señaló un hito en la novelística española de posguerra y suscitó la creación de varias novelas; entre éstas *El Cortejo* de Simón Otaola parece la más evidente. Publicada en México en 1963, esta obra es muy poco conocida y sin embargo constituye una de las más interesantes escritas por los exilados. En ella se narra "un" día de la vida de varios desterrados españoles en la ciudad de México, día en el cual muere un hombre político destacado entre ellos; acuden todos al velatorio y forman el largo cortejo que luego desfilará también por la casa de los Báguena, ricos magnates del exilio que celebran sus bodas de plata. El conjunto se acerca mucho al domingo que pasan a las orillas del Jarama los jóvenes de Sánchez Ferlosio subiendo frecuentemente a la tasca-venta de Mauricio donde se reúnen varios campesinos. Varios elementos son similares en las dos novelas: la extensión, la disposición material, la abundancia de personajes y de diálogos, la acción muy reducida, el tiempo del desarrollo de la trama, los movimientos pendulares y la estructura circular; sin embargo en Otaola no predomina la técnica behaviorista, sus narraciones explicativas y los monólogos interiores dan mayor complejidad a su obra. Sin duda alguna Otaola se inspiró en Sánchez Ferlosio pero en *El Cortejo* describe de manera extraordinariamente eficaz y viva la vida aburrida de los desterrados a los veinte años de terminarse la guerra; si utilizó ideas y técnicas ajenas se revela original en la creación y la realización de su mundo.

NONONO, TRES VECES NO

Por Pablo GIL CASADO

CONSULTÓ el reloj de pulsera, luego, abrió la carpeta. Repasando los apuntes, una hoja, otra, vuelta atrás, pasando hojas, más hojas, lo veía de reojo desde el extremo del gabinete de consulta, diametralmente opuesto al psiquiatra; un rincón, un sillón; él en otro sillón, él en otro rincón; le oía (ajá, ajá, ajá) nervioso; enfrente el sofá, el fatídico (¿me tengo que acostar ahí?) mueble, tapicería marrón, tejido áspero (¿por qué lo pregunta?) donde ni muerto se dejaría caer (por curiosidad). Lo contempló burlón, insignificante mueblecillo, fantásticas invenciones de estos señores, tapizado de cuero negro debiera estar, impresionaría más, pero así, a ver cómo (si no quiere no tiene por qué) qué risible, atendiendo de reojo las manipulaciones, siguiendo con desinterés los murmullos del doctor Millán.

—Ajá, ajá, ajá. Ocho días ya. Ha regresado de la Florida hace ocho días. Desde hace cinco, se despierta con la sensación, invariablemente, de que en sus habitaciones, ciertamente, rondando su lecho, indudablemente, hay una serpiente coral. ¿Extraordinario, no?

Noticias frescas: ¿Me lo dirá o me lo preguntará?

—Extraordinario, doctor. Y tanto.

Si no fuese por eso; si no fuese porque he revuelto la alcoba, y registrado los rincones, y movido los muebles, y abierto las maletas que siguen llenas al pie de la cama, y nada; si no fuese porque me despierto con la sensación de que la serpiente coral se oculta en el cuarto, dónde no sé, y la siento por la cama y entre la ropa y la oigo deslizarse, y me levanto atemorizado, y no logro dar con el reptil; si no fuese porque tengo los nervios destrozados, a ver su linda cara iba a venir, iba a regalarle la atrocidad que me cobra, yo.

Extraordinario el caso de don Teodoro Torres, edad cincuenta y cinco, propietario de los Laboratorios Farmacéuticos Excel. Viaje a la Florida: visita a su hermana, cuñado y sobrina. ¿No está hecha un bombón con sus dieciocho, su sobrina predilecta, Marichu? Una temporadita deliciosa pasó en la Florida, trayéndola, llevándola, embobándose con ella. Regresó, porque todo lo bueno se acaba. A los pocos días de la vuelta, tres para ser exacto, la sensación de la serpiente. ¿Quién le quitará el sobresalto que lo despierta una, dos veces,

cada noche? ¿Quién le libraré del sudor frío que le cala hasta los huesos?

¿No le parece extraordinario, señor Torres, que haya una serpiente coral en sus habitaciones? Porque, en primer lugar, ¿de dónde ha salido la víbora? Ya, ya sé que en la Florida, donde su hermana reside, sí, ha habido una alarmante invasión de esos reptiles, ya me dijo que hasta llegaron a meterse en las casas. Así todo ¿cómo va una serpiente a hacer el viaje desde allá? ¿Volando?

Pacientemente, con un conato de ira en la voz, contestó: sí, volando.

Exactamente en el mismo avión que yo, en mi maleta, entre mis objetos personales. Qué se habrá creído ¿que ando mal de la cabeza?

—¿No se tratará de un sueño? —volvió a insistir el psiquiatra, tecleando sobre los apuntes.

Las imágenes del sueño, metáforas que disfrazan un sentido. ¿Una víbora? ¿La obsesión con las serpientes? ¿El miedo a los reptiles? Es universal. Cree que recibe la impresión en el preciso momento de despertarse, siendo un sueño reprimido, olvidado, probablemente.

Miró el reloj de pulsera.

Mediante el análisis estamos descubriendo, descubriremos todo su significado, el significado del sueño, los deseos, temores, la ansiedad que consume a este hombre. Porque como estar, está al borde del pánico.

—¿Qué es lo primero que se le viene a la mente, sin pensar, cuando se le ocurre la palabra reptil?

Largo. ¿Qué más? Picadura. ¿Qué más? Veneno. ¿Y qué le sugiere coral? Rojo. ¿Luego? Mar. ¿Mar? Mujer. ¿Y rojo? Pues, pues... muleta ¿Muleta? Torero. ¿Qué más? Toro. ¿Qué más? Estoque. ¿Y la palabra estoque? Muerte.

Ha ido anotando las respuestas. Largo-picadura-veneno-mujer. Rojo-toro-estoque-muerte. Sexo, agresión, miedo. Simplísimo, no podía serlo más.

Ajá, ajá, ajá.

El psicoanalista consultó el reloj de pulsera. En las manos, la carpeta rotulada TEODORO TORRES. Dentro de unos minutos llegará. La brecha ya está abierta. Segunda sesión, hoy. Dijo: la sensación de la serpiente es más intensa al amanecer. Adormecido, entre el sueño y el momento de despertar, levantándose de un salto, un grito dando, el reptil en la habitación, sin acertar a saber dónde. ¿Un sueño? Todos los indicios apuntan en esa dirección. ¿Qué no se acuerda? Naturalmente que no. Si en el estado despierto es demostrable la inequívoca intención de olvidar el sueño, ya sea en su totalidad inmediatamente después de despertar, o poco a poco

durante el día, el principal factor que contribuye al olvido es la resistencia psíquica contra el sueño. Y él, en posesión de todos los datos, ha podido, podrá de nuevo hoy mismo, demostrar a su cliente que se trata de un sueño, y que la motivación del sueño tiene una causa y un fin perfectamente lógicos.

Cerró la carpeta que contiene las notas, los datos personales de Teodoro Torres. Se puso a leer el periódico. Entre titular y titular verá la figura rechoncha, al casi propietario de los Laboratorios Excel, con su sonrisa de bobalichón despierto. Se queja del trabajo, de las preocupaciones. ¿Cuáles? Cazar faldas, en eso reside su preocupación, fama de ello tiene. Porque los productos Excel, mientras siga la moda de enfermarse, se venden solos. ¿Cuánto le sacará al laboratorio? Claro que ahora, preocupaciones sí tiene. Bien las conoces tú. Su cuñado y su hermana son los socios mayoritarios del laboratorio. Si se les ocurriese retirar su capital, él no podría sostener la industria en pie. Su inversión en el negocio no es de la magnitud de sus parientes. Adiós sueldo, adiós trampas, adiós mordidas, adiós ingresos. A pedir limosna. No tiene conocimientos para más. Don Teodoro, buena pieza, es un carterista disfrazado de persona honrada. Después de todo, los honorarios que le cobras son muy poca cosa. Le advertirás que a partir de la próxima sesión deberá retribuirte el doble. Con suerte, le descubres toda una neurosis, de las enredadas. Tendremos para una temporadita, alargándolo hasta donde sea posible y un poco más allá. Los piratas, en definitiva, se han convertido en fabricantes de drogas.

Fui a visitar a mi hermana, a mi cuñado y a mi sobrina, residen allá, te dirá. ¿Edad? Marichu tiene dieciocho. Soltera y sin compromiso. Una preciosidad de criatura, si usted la viera, doctor. Morena, una cascada el pelo, ojos como lunas, finito el tipo, cara linda, buena vanguardia, mejor retaguardia, no hay quien se la pueda comparar.

Recitaba las excelencias de la sobrina con desusada vehemencia para un tío. Te lo oliste. ¿Qué se le ocurre cuando piensa en su sobrina?

—En lo afortunado que soy teniendo como tengo una sobrina así.

—¿Nada más?

—Es una bendición. ¿No cree?

Debió pensar que te la ibas a tragar como si fueses un pavo. Mas tú, mutis, esperando y él azorado, nervioso, contemplando el sofá enfrente, tirándose de las patillas, cinco, diez minutos, callado. Con voz apenas perceptible, te confesará:

—Me he enamorado locamente de mi sobrina.

Por aquella puerta que entonces él abrió, entramos en el secreto jardín de las delicias. Con mayor franqueza por momentos, te irá

confiando su intimidad, sus repulsivas perversiones, para terminar por donde había empezado; es su sobrinita la que le ha trastornado la cabeza, ha sucumbido ante su atractivo físico. Irresistible. Por ella daría la mano derecha, toda su vida. Y a ella, le consta, su tío no le es del todo indiferente. ¿El problema, entonces? El problema, doctor, reside en mi hermana, en mi cuñado. ¿Por qué? Un día, medio en broma, les dije que si Marichu seguía sin novio, la raptaría y me casaría con ella. ¿Sabe lo que me contestaron? Que ni se me ocurriese, que una cosa así sería el final de la familia y del laboratorio; como creyera que les había sentado mal lo del rapto, rectifiqué en el sentido de que nuestro matrimonio sería con su permiso, con toda pompa y circunstancia como Dios y todos los santos mandan; no era eso porque añadieron que me buscase una mujer de mi edad y condición, que ellos ya encontrarían marido apropiado para su hija. Ya ve, una simple broma les sentó como un tiro. Piensan que soy demasiado viejo, demasiado pobre.

Te diste cuenta que había alcanzado el punto máximo, todas sus cuerdas vibrando.

—Ella es, ella, la que me quita el sueño.

—Y la serpiente ¿no será un sueño?

—¿De veras cree que no hay víbora alguna en mis habitaciones?

—No, no hay.

Era el momento de reforzar la relación ya establecida. Comentarás el hecho que treinta y siete años de diferencia en un matrimonio no es razón para oponerse a un enlace. Ahí está, o estaba, Pablo Picasso, Pablo Casals y tantos otros. En una unión existen aspectos mucho más importantes que es preciso considerar. El pobre hombre sonreirá, secándose una lágrima que se le escurría mejilla abajo.

El doctor Millán abandonó el periódico para volver a abrir la carpeta. Precisamente en la misma noche en que por primera vez, hará cinco días o quizá ya siete, amaneció con la conciencia de que la serpiente andaba por la habitación, tuvo un sueño que te venía ocultando. Difícil fue, pero con paciencia, con notable persuasión llegará a descubrirte lo que había soñado. En una de las hojas lo has anotado:

Mi sobrina y yo, juntos, viajamos en tren. La vía tiene curvas, muchas curvas, tantas que me mareo. De pronto, el tren coge velocidad, una velocidad imponente, avanzando por una recta interminable. Entramos en un túnel que parece no tener fin. En el vagón no hay luz. Aunque sé dónde se encuentra el conmutador, pretendo no encontrarlo. Aprovecho para enredar con Marichu, achuchándola, manoseándola. Cuando salimos del túnel, se presenta el revisor pi-

diendo los billetes. Lo siento, dice, examinando el mío, el billete no lo autoriza a viajar en este tren. Ofrezco pagar otro billete, la diferencia de tarifa, lo que sea preciso. Lo siento, replica, no puede ser. ¿Por qué no? Porque no tiene derecho. Protesto. Entonces llega otro revisor. Entre los dos me arrojan del tren en marcha.

Muy obvio, susurró el doctor Millán. Como en todo sueño, formula un deseo o un contradeseo que para el caso viene a ser lo mismo. El túnel tiene un significado clarísimo, motivado por un incidente: una carta de la sobrina recibida en la misma fecha, la fecha de la aparición, supuesta, de la serpiente. ¿Casualidad? Ni hablar. Querido colega, avancemos una hipótesis, supongamos que hay dos, no uno, sueños. Fíjate que empezó por negar que hubiera soñado sueño alguno, ni siquiera lo del tren y el túnel. Luego...

Por un lado el deseo de unirse a la sobrina es intenso, incontrolable; por otro, su ruina es cierta.

¿Se casaría con su sobrina?

Sí, bueno, creo, vamos.

Dudando de algo que desea vehementemente: resistencia a la emergencia en la conciencia del pensamiento: por ahí deberás seguir.

¿Qué dificultades existen para la realización de ese deseo?

La familia, se pondrá de uñas.

¿Por la diferencia de edad?

Por eso, porque somos familia, porque mi hermana ambiciona un noble millonario para su hija. Quiere un conde. ¿No es ridículo? De una cosa estoy seguro: tan pronto como se enteren de mis pretensiones retirarán el capital.

¿No ve la forma de convencerles?

No. Los conozco muy bien. Son unos egoístas.

¿Seguro?

No me queda la menor duda. Además, desde hace tiempo, mi cuñado anda buscando un pretexto para convencer a su mujer que deben deshacer la sociedad. Mi participación es pequeña comparada con la suya. Sin capital adecuado, tendría que cerrar. Es terrible, doctor. Si veo una vez más a mi sobrina, no respondo, me la llevo. Sería la ruina, desde luego. Si ocurre así ¿de qué voy a vivir? ¿cómo la voy a mantener? Porque a mi edad, pensar en empezar de nuevo es absurdo. No me encuentro con fuerzas, los principios son duros. ¿Comprende ahora el dilema en que me encuentro? ¿El miedo que me da un enamoramiento tan, tan intenso?

Peligro, miedo, ahí tienes sus propias palabras. La posibilidad de conseguir lo deseado se le hace intolerable. ¿Resultado? Ansiedad. El líbido ha sido desviado de su objetivo, se ha transformado

en ansiedad, en miedo. Y por ahí viene la víbora coral culebreando, no te quepa la menor duda. ¿Que la víbora es real, que la oye, que la siente? Lo dice, lo jura. Consideremos ahora, por un momento al menos, tu hipótesis, la de que existe un segundo sueño. Querido colega, no te hagas el interesante. Es elementabilísimo. Él no recordará el segundo sueño, en eso al menos puede que sea sincero, porque el censor psíquico habrá suprimido el contenido en su totalidad; problema de fácil solución como tú sabes, la pérdida de memoria se puede recobrar mediante el análisis. Ahora bien, señor colega, habiendo un segundo sueño, la interpretación se cae por su propio peso, cuestión de asociación; dos sueños diferentes que ocurren durante una misma noche se consideran como una unidad, de acuerdo con Freud, padre nuestro que en los cielos estás, santificado sea el tu nombre.

El doctor Millán cerró la carpeta. El paciente se retrasaba. Visto ya el ovillo, el resto es cuestión de tirar del hilo, contra más mejor, hasta que quede desenredado. . . en unos cuantos años, con suerte. Cogió el periódico para pasar el rato. Distraídamente paseando la vista por las noticias de la tercera página. Cómo está el mundo: una estafa, dos robos, un asalto a un banco, tráfico de cocaína descubierta. Lo de siempre: el dinero. ¿No es acaso lo mismo que le ocurre a Teodoro Torres, lo de siempre? Si se deja llevar por sus deseos, se queda en la miseria, horrible perspectiva para una persona que está acostumbrada a comodidades, a caprichos; la felicidad constituye una amenaza para su seguridad. Lo de siempre: el dinero viene primero: qué gente: viva la avaricia.

—No, no, ninguna serpiente coral, culebra, víbora, reptil o como quiera llamarle, anda merodeando por sus habitaciones.

Se quedó como confuso al principio; obviamente dudaba; terminando por sonreír. Primer paso hacia la solución del problema que nos ocupa. ¿No es más que un sueño, doctor? Naturalmente. ¿Está seguro? Porque recibo la impresión todas las mañanas en el preciso instante antes de despertar.

Mire, mire, mire, no conviene confundir dos problemas diferentes en uno. El sueño parece siempre rápido, momentáneo, cuando lo percibimos al despertarnos. En realidad, sigue un curso lento, fluctuante, durante un período más extenso. Con frecuencia se nos olvidan partes. O todo. No se preocupe, para eso está aquí. Con tiempo, porque estas cosas llevan tiempo, lo recordará. Entonces, ya no volverá a preocuparle más. ¿Ve qué sencillo es? Lo otro, la repetición, bien pudiera ser el resultado de la impresión que le ha causado la visión del reptil, representada en forma de obsesión. Aparte que el sueño puede recurrir. A su debido tiempo solucionaremos la incógnita. De momento tanto da Isabel como Fernando.

Don Teodoro quedó mirándose la punta de los zapatos, un codo apoyado en el sillón, la mano pasándose la por el pelo. Daría su vida por Marichu, pero era imposible convencer a su hermana y cuñado. Antes de enfrentarse con ellos, preferiría hacerlo con un par de tiburones, aun no sabiendo nadar. Por unos momentos se ha olvidado de la serpiente. ¿Qué tendrá que ver la víbora con su sobrina? Pensándolo, cae en la cuenta de que se siente mucho mejor. La preocupación por la serpiente ha disminuido. ¿Será posible? La sensación que tenía era vivísima, en sus habitaciones había un reptil escondido, estaba seguro. ¿Seguro? No tanto ya. Parece absurdo, un poco, la verdad. Se ha ido tranquilizando. ¿Será posible que la víbora esté en su imaginación, en ningún otro sitio excepto en su cabeza? Para serenarse del todo, preguntará una vez más:

—No cree, doctor, que existe la posibilidad, aunque sea muy remota, de que la haya traído conmigo desde la Florida, oculta en mi equipaje?

De un bolsillo sacará un papel en que ha copiado unos datos, los ha tomado de un libro que fue a consultar en la biblioteca, un lugar donde nunca había estado en su vida. Decía:

Amplias bandas circulares negras y rojas, separadas por anillos amarillos. Las serpientes corales normalmente permanecen ocultas pero suelen aparecer de madrugada. Su veneno, peligrosísimo, ataca el sistema nervioso, especialmente el centro que controla el aparato respiratorio, paralizándolo.

—Nononó, tres veces no.

Don Teodoro rasgará el papel. Aliviado, se despedirá a continuación del psiquiatra que lo ha acompañado hasta la puerta. Antes, han quedado en que volverá a las cuarenta y ocho horas para continuar atando cabos. Será entonces cuando el verdadero análisis empiece, con sofá, calmantes, y con cuantos recursos ha puesto la moderna medicina al servicio de la humanidad, suponiendo que fuesen necesarios. Hasta la fecha, todo se ha reducido a una simple introducción.

El doctor Millán volvió a consultar el reloj. La mitad de la consulta, pasada. Se la cobró, desde luego. Siguió ojeando el periódico. Cuarta plana. Una noticia le sacó de sus pensamientos: Misterioso accidente. Estos periodistas, murmuró, tan aficionados a cultivar la histeria colectiva. ¿Cómo? "Don Teodoro Montes, industrial de la capital, ha fallecido a causa de la mordedura de una serpiente coral que alojaba en su casa". ¿Qué?

Paralizado, con las pupilas dilatadas, como si el veneno lo hubiese recibido él, dobló el periódico. Sumido en sumo estupor, mecánicamente, garrapateó en la cubierta de la carpeta:

Sanado.

**Se terminó la impresión de este libro
el día 24 de junio de 1977 en
los talleres de la Editorial Libros
de México, S. A., Av. Coyoacán
1035, México 12, D. F. Se imprimieron 1 650 ejemplares.**

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu (I y II), por Juan Larrea .	12.00	0.60
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	6.00	0.30
Lluvia y Fuego, por Tomás Bledsoe	12.00	0.60
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña	12.00	0.60
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez Acosta	18.00	0.90
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes	18.00	0.90
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossio del Pomar	18.00	0.90
Otro Mundo, por Luis Suárez	12.00	0.60
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón .	18.00	0.90
Razón de Ser, por Juan Larrea	12.00	0.60
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Ale- gría	6.00	0.30
La Espada de la Paloma, por Juan Larrea	18.00	0.90
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples Arce	18.00	0.90
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas, por Luis Sánchez Pontón	18.00	0.90
La Exposición, por Rodolfo Usigli	18.00	0.90
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900-1950, por Frederic H. Young	12.00	0.60
El Drama de América Latina. El Caso de México, por Fernando Carmona	30.00	1.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet	12.00	0.60
Pastoral, por Sara de Ibáñez	6.00	0.30
Una Revolución Auténtica en nuestra América, por Alfredo L. Palacios	4.00	0.20
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	40.00	2.00
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	18.00	0.90
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx, Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	25.00	1.20
Indices de "Cuadernos Americanos", por Materias y Autores, 1942-1971	180.00	9.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA:

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

NUESTRO TIEMPO

Francisco Martínez de la Vega
Mario Monteforte Toledo

Cuba y Estados Unidos: ¿Fin de la política-ficción?

Antonio García

Mecanismos ideológicos del poder en los países dominados. El caso de Centroamérica.

Marconi Osorio

Reflexiones sobre la crisis del humanismo burgués. Una perspectiva del tercer mundo.

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

Leopoldo Peniche Vallado

Una visión particular de China.

Jesús Silva Herzog

El idealismo pragmático de Salvador Alvarado.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Manuel Sandoval Vallarta

Las ideas económicas, sociales y políticas de Salvador Alvarado.

Sergio Bagú

La responsabilidad moral del hombre de ciencia.

Jacobo Kogan
Carlos Santibáñez

José Luis Romero: Evocación y evaluación.

PRESENCIA DEL PASADO

Carlos Latorre

Actualidad de Spinoza.

Manuel S. Garrido

La incomunicación en dos obras hispanoamericanas.

Ernesto de la Torre Villar

Temas y técnicas surrealistas en el "Licenciado Vidriera", de Miguel de Cervantes.

Raúl Roa

Dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa en *La Dorotea* de Lope de Vega.

Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón, por Zenaida Gutiérrez Vega,
Nota por ROSARIO REXACH DE LEON

La reforma como proceso ideológico y cultural.

DIMENSION IMAGINARIA

José Luis Martínez

Enrique José Varona.

Felipe Cossío del Pomar

Carlos Pellicer.

Nicholas W. Rokas

Enigmas de Picasso.

Maryse Bertrand de Muñoz

El fracaso en las novelas de Mario Monteforte Toledo: La obsesión de la libertad.

Pablo Gil Casado

Paralelo estructural entre *El Jarama* de Sánchez Ferlosio y *El Cortejo* de Otaola.

Nononó. Tres veces no.